

LA DESIGUALDAD

Testimonios de la sociedad chilena
en la última década del siglo XX

José Bengoa, Francisca Márquez, Susana Aravena

Fotografías de Álvaro Hoppe

Colección Estudios Sociales
Ediciones SUR

Las fotografías de Álvaro Hoppe fueron facilitadas gentilmente por el autor para esta publicación. En todas se utilizan detalles del encuadre original.

Las fotografías de las páginas 306, 320 y del colofón fueron aportadas por los entrevistados.

Primera edición, diciembre de 1999

Segunda edición, noviembre de 2000

© José Bengoa C., Francisca Márquez B., Susana Aravena R.

D.R. © Ediciones SUR, Santiago, 1999

J. M. Infante 85, Providencia, Santiago de Chile

surpubli@surprofesional.cl

Inscripción RPI N° 111.545

ISBN N° 956-208-056-0

Edición de texto:

Paulina Matta

Fotografía portada:

“Avenida Libertador Bernardo O’Higgins”,

© Álvaro Hoppe, Santiago, 1999.

Fotografías del interior:

“Fotografías de Chile, año 1999”,

© Alvaro Hoppe, Santiago, 1999.

Composición y diagramación:

Paula Rodríguez / Ediciones SUR

Corrección de pruebas

Edison Pérez

Gestión editorial:

Luis Solís D.

Impresión:

LOM Ediciones

Fono (56-2) 672 2236 - Fax (56-2) 673 0915

impresos@edicioneslom.cl

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ÍNDICE DE CONTENIDOS

PRESENTACIÓN, 7

- La desigualdad, 17
- Las historias de vida: un método, 26
- El invierno del 97, 29

PRIMERA PARTE

La gente del país urbano, 34

CAPÍTULO UNO

Los hijos de la modernidad, 41

CAPÍTULO DOS

La clase media amenazada, 68

CAPÍTULO TRES

Sobrevivir en la ciudad, 102

CAPÍTULO CUATRO

Los trabajadores de la modernidad cambiante, 135

SEGUNDA PARTE

La gente del otro país, 162

CAPÍTULO UNO

Las temporeras de la modernidad, 164

CAPÍTULO DOS

Tradición y modernidad en el campo, 183

CAPÍTULO TRES

Lota suspendida en el tiempo, 214

CAPÍTULO CUATRO

Gente de esta tierra, 245

TERCERA PARTE

La gente de fin de siglo, 281

CAPÍTULO UNO

El fin de una época, 283

CAPÍTULO DOS

Las mujeres de la esperanza, 294

GLOSARIO, 308

Al lector

Este es un libro escrito a varias voces. Están las múltiples voces de los entrevistados que relatan sus historias de vida. Están las voces escondidas de quienes realizaron las entrevistas. Sus preguntas y opiniones han sido quitadas del texto. Y está la voz de las introducciones, de las presentaciones. Es la voz de los autores. Puede ser leída como un otro libro. Es un intercambio entre las voces de las entrevistas, otros datos sociales, problemas y preocupaciones que aquejan a la sociedad chilena. Es una opinión entre todas las opiniones. El libro es abierto. El lector puede obviar la opinión de los autores y leer solo las historias de vida, o leer secuencialmente las presentaciones en que los autores exponen su visión del país de los noventa, o leer en el orden propuesto, combinando la diversidad de voces. Es el lector el que llegará a su propia conclusión.

Trabajaron en este libro

Patricia Beltrán, estudiante de Antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Clorinda Cuminao, estudiante de Antropología, hoy antropóloga, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Bernarda Espinoza, antropóloga, Universidad Católica de Temuco.

Claudio Espinoza, estudiante de Antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Cristián Espinoza, estudiante de Antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Antonio García, estudiante de Antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Patricia Guerrero, socióloga, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Rodrigo Herrera, estudiante de Antropología, hoy antropólogo Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Marlene Mesina, socióloga, Universidad Arcis.

Iván Micelli, antropólogo, Universidad de Chile; master en Antropología, Flacso, Quito.

Luis Moreno, estudiante de Antropología, hoy antropólogo, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Enrique Moletto, estudiante de Antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Paulina Morales, socióloga, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Alberto Moreno, estudiante de Antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Alberto Parra, Licenciado en Historia, Universidad de Chile.

Paulina Pavez, estudiante de Antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Daniela Peña, estudiante de Antropología, hoy antropóloga, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Cristián Pérez, sociólogo, Universidad Arcis.

Elena Teillier, egresada de Psicología, Universidad de Chile.

José Varas, estudiante de Antropología, hoy antropólogo, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Presentación

Chile cambió profundamente en la última década del siglo que recién ha terminado. La modernización pareciera ser la característica principal de estos años que han seguido al largo período del militarismo. El país creció económicamente y se modernizó, abrió sus puertas y ventanas al mundo, exportó productos y se llenó de mercancías, bienes y también “baratijas” de la modernidad. Barrios nuevos de Santiago y también de otras ciudades, con sus grandes tiendas y edificios de consumo, denominados *mall* en la jerga chilena. Las familias los recorren los días de fiesta, como ciudadanos de cualquier parte del mundo, de cualquier ciudad del mundo moderno y globalizado. Pero es evidente que los beneficios del “desarrollo” no llegaron a todos los sectores. Un cierto “malestar” se fue apoderando en los últimos años de un sector de los chilenos y cruzó capas sociales, regiones y localidades. Las frustraciones y las críticas hablan de una parte de esta sociedad que se autopercibe excluida de esa modernización.

Las miradas pareciera que se trasladaron entonces desde el Mercado al Estado. La “gente”, peculiar concepto que describe ambiguamente a los ciudadanos, exige un Estado menos ausente. Un Estado con un mayor grado de intervención, eficiencia en los servicios que presta, actitud alerta frente a una mala distribución de los recursos, los bienes y las oportunidades. La sociedad chilena quiere ser moderna no sólo por tener más computadoras y acceso al mundo globalizado, sino por ser más equitativa y tener más espacios de igualdad, oportunidad y seguridad en sus vidas.

Las historias de vida que se han transcrito en este libro hablan de esas aspiraciones, frustraciones y demandas que se debatieron en la sociedad chilena de fines del siglo. Las voces que hablan permiten comprender con mayor profundidad algunas de las claves de la discusión. Para ciertos sectores, la modernización es una oportunidad, pero para otros ha sido una amenaza. Hay quienes vieron oportunidades, y pudieron aprovecharlas; otros, a pesar de haberlas percibido, no supieron o no pudieron hacerlas parte de sus vidas. Al leer las historias relatadas, se puede comprender que la diversidad de experiencias ha aumentado. Hay varios países en un solo país.

Este es un libro con testimonios de personas comunes y corrientes. Son hombres y mujeres que nos han contado su vida. Relatan sus esperanzas y sus desesperanzas. Pretende ser un libro amable y respetuoso. A través de estas voces creemos que surge una suerte de retrospectiva de lo que ha sido la década del noventa del siglo veinte, la última década del siglo pasado, para muchos chilenos. Escuchar estos relatos es un acto de no-olvido y resguardo de la memoria, mínimo necesario para ingresar conscientemente al siglo que comienza.

La primera parte de este libro recoge relatos de la gente del país urbano. Se inicia con las historias de gente joven de clase media, grupo que en los años noventa adquirió características tan peculiares que nos han llevado a denominarlos como “los hijos de la modernidad”. Gente que, por ejemplo, vive en La Florida y Maipú, dos verdaderas ciudades satélites de Santiago surgidas en esta década y que se caracterizan por agrupar familias jóvenes, por lo general profesionales y empleados. Personas que trabajan en bancos y financieras, en los *mall*, y venden servicios, como las AFP, o seguros. Personas que han recibido una educación mayor que el promedio, y mucho mayor que la de generaciones anteriores, a quienes se les ha abierto en esta década un conjunto de posibilidades antes desconocidas en Chile.

8 Algunos publicistas hicieron de este sector emergente el prototipo de la nueva sociedad del Chile de los noventa. Pero las historias que aquí transcribimos muestran que las promesas de la vida moderna, cuidadosamente trabajadas por la publicidad, no siempre se cumplen. Incluso para quienes, “aperados” de un teléfono celular, despliegan su creatividad entre los recovecos de la ciudad moderna, las evidencias de la desigualdad abundan. Sin embargo, no cabe duda de que en estos años ha surgido una nueva clase media al amparo del crecimiento de la economía, de la ampliación de los servicios privatizados, de las nuevas oportunidades educacionales y, en fin, de las oportunidades que abre el mundo moderno al que Chile trata de sumarse.

Continúa nuestro relato con las historias de la clase media tradicional. Las clases medias fueron un “sector de orden” por definición, que equilibraba —como se decía— los extremos sociales. Confiaban en el progreso y en la evolución social: durante largas décadas del siglo veinte fueron llamadas “progresistas”. Conformada por profesores, técnicos, ingenieros, profesionales, tanto de Santiago como de regiones; empleados y funcionarios que han llegado a tener un nivel de vida relativamente “pasable”, hoy, sin embargo, ven con temor la modernidad. Si los jóvenes, hijos de la modernidad, la nueva clase media emergente, ven allí principalmente oportunidades, los segundos, la clase media tradicional, visualizan un complejo mundo de oportunidades y amenazas. No saben —y temen— si sus hijos podrán mantener el nivel de vida que ellos alcanzaron y, sobre todo, continuar el proyecto que para ellos soñaron. El temor ha conducido al conservadurismo de este sector social. Paradójicamente, han transformado su discurso acerca del orden en un discurso acerca de la seguridad. La salud, la protección frente a la vejez, la seguridad pública, la violencia delictual, la droga y el embarazo adolescente son algunas de las preocupaciones que obsesivamente aparecen en sus relatos.

Modernización y seguridad aparecen al finalizar la década como dos asuntos relacionados centralmente en la sociedad chilena. La apelación al Estado es evidente. El mercado, agente principal de la modernización, por sí solo no es capaz, o no se ha mostrado capaz, de resolver los problemas y temores. El mercado entrega oportunidades, pero es al Estado al que se recurre para recuperar la seguridad perdida.

La familia aparece en el centro de los relatos y preocupaciones de la clase media tradicional chilena. Desde el discurso se construye el culto de la familia como respuesta a las amenazas de la modernización: el mundo de “adentro” de la familia, puro y afectivo, frente al mundo de “afuera”, de la calle con sus peligros, la droga, la delincuencia. Junto con valorar la modernidad como oportunidad, la clase media se atrinchera en un discurso conservador que afirma la estructura tradicional familiar. El lector atento podrá ver que esta clase media tradicional es más gravitante en las “demandas de la gente” que la nueva clase media, más audaz y moderna. El peso cultural que posee en Chile este sector “de orden” sigue siendo grande, y ha logrado permear las propuestas y discursos de la clase política, apareciendo como la demanda del conjunto de la población. Los sectores modernos de la clase media, que ven en la modernidad solamente oportunidades, no se refugian en las estructuras familiares tradicionales. Son más escépticos a las viejas enseñanzas que señalaban que con “orden y trabajo” se podía surgir en la vida.

En la ciudad convive esa clase media con múltiples personas que se cruzan en su camino cotidiano. No sabemos quiénes son, no conocemos sus trayectorias y a veces ni siquiera los percibimos. Una familia de cuidadores de auto en un cine de Las Condes nos introduce a un universo diferente, a la otra cara de la sociedad chilena de fines de siglo. Familia de larga tradición urbana, en algún tiempo obrera, hoy se debate en la pobreza. La frustración de no lograr salir de la situación en que se encuentran está presente a lo largo de sus relatos. Es la gente que salió a la calle en los tiempos difíciles de los setenta y ochenta, y que se quedó allí. En este caso, se trataba de personas que trabajaron por generaciones en la industria textil, que —como es sabido— se liquidó en el período militar. Porque lo que se percibe en las historias que nos relatan es que, en la década los ochenta, continuando en la del noventa, la antigua clase obrera retrocedió hasta, en algunos casos, desaparecer. Han cambiado de tal suerte los mercados laborales que la mayor parte de los trabajadores transita de un trabajo a otro. Los viejos oficios se han desdibujado y su significado ha cambiado. Mucha gente trabajadora creyó que la redemocratización del país traería consigo un retorno de la clase obrera y de las viejas formas y condiciones de trabajo, como la seguridad en el empleo, existentes en la antigua democracia. Ello no ocurrió. La economía chilena, altamente globalizada, sigue el comportamiento mundial. Los trabajadores que no tienen calificación a veces no se diferencian demasiado de los pobres. Poseer un trabajo hoy día no sólo no asegura ubicarse por encima de la línea de pobreza, tampoco poder traspasarla. Numerosas trayectorias laborales dan cuenta de estas características y transformaciones que adquiere el trabajo a fines del siglo veinte.

La cuestión de la pobreza perdura como uno de los asuntos sociales no resueltos de la sociedad chilena. Los pobres siguen siendo casi un tercio de los habitantes de este país. Y sin embargo, su presencia y peso político en la sociedad actual es escasa. Las demandas de los pobres están intermediadas por las clases medias, por sus visiones del mundo, por sus maneras de pensar. Las organizaciones que los agrupan son de carácter, cuando más, local. La invisibilidad de la pobreza es tal, que bien cabría preguntarse si ella existe como categoría social y cultural. En diez años de democracia, los pobres no han sabido ni han podido transformarse en interlocutores del Estado. En tanto objetos de asistencialidad, caridad y compasión, la pobreza y los pobres han quedado fijados en su situación de carencia y silencio. Desde esta figura estigmatizada, la posibilidad de una propuesta autónoma parece difícil.

La década estuvo marcada por el tema de la “erradicación de la pobreza”. Ha sido el eje de las políticas sociales, el objetivo social del Estado. Comenzó la década del noventa con la imagen de que en el país existían cinco millones de pobres. Un estudio realizado por la Universidad Católica a fines de los ochenta, estableció esa cifra emblemática. De cada tres chilenos, uno era pobre. Se configuraba una imagen clara del país en que vivíamos. Ser pobre significaba que los ingresos no alcanzaban para satisfacer las necesidades básicas de alimentación, vivienda, vestuario. Las líneas de pobreza, las canastas de productos utilizadas para medirlas, mostraban que esas personas vivían en condiciones muy malas y que había un enorme sector fronterizo a ellas que no era mucho más rico, a pesar de no estar contabilizado entre los “estadísticamente pobres”. Lo paradójico es que, en algún nivel, había comenzado a formarse la imagen de Chile como un país cada vez más próspero. Ello, en medio de una población pobre, muy pobre. No fue casualidad que, con los comienzos de la democracia, las metas que fueron colectivamente aceptadas señalaran que la “superación de la pobreza” sería el elemento central de las políticas sociales.

A fines de la década, el número de personas “estadísticamente pobres” había disminuido a un poco menos que la mitad, pero la meta de erradicar la pobreza no se ha logrado. En 1994, el ministro encargado de materias sociales en ese momento señaló que al llegar al año dos mil se habría erradicado “la extrema pobreza” del país. Habiéndose logrado una sociedad más rica, con un incremento de casi el doble del PIB en la década, se sigue manteniendo una enorme masa de personas en situación de pobreza. En algunas áreas, en particular en el campo, ha aumentado la extrema pobreza en la segunda mitad de la década. Como se ve en los relatos de este libro, muchas personas han transitado desde una situación de pobreza a una de exclusión. Son miles de excluidos de la sociedad que difícilmente ven posibilidades de cambiar de situación. Al escucharlos se tiene la impresión de que el sistema social chileno ha dejado de lado a una parte de su población, irremediablemente. Estas personas son objeto de políticas sociales, de subsidios estatales, pero no son parte de una propuesta que los involucre. Tres millones, a lo menos, de personas “estadísticamente pobres”, esto es, muy pobres, golpeaban la conciencia nacional

a fines de la última década del siglo pasado e interpelan la acción del Estado en el siglo que comienza.

No puede extrañar que, a fines del siglo, este sector sea objeto de promesas populistas. El populismo surge peligrosamente cuando se reconoce a los pobres sólo en su generalidad de carencia. La idea de “pobre” desnuda a la persona de todos sus atributos y la muestra frente a la sociedad como una “persona necesitada”. Es una masa de seres humanos indiferenciada, estigmatizada y fijada en su situación de pobreza.

En los relatos no se percibe lo que tradicionalmente se ha conocido como la “conciencia obrera”. El siglo veinte estuvo caracterizado por la aparición de dos contradiscursos a la dominación oligárquica tradicional chilena: el discurso democratizador de la clase media y el discurso de la conciencia obrera, que prometía un cambio radical en las formas de convivencia. Estos dos discursos se legitimaron de tal suerte en Chile, que se disputaron durante todo el siglo el poder político. Fueron discursos con capacidad de hegemonía. En la década de los noventa el discurso obrero desaparece paulatinamente, y con él la “conciencia de hegemonía y protagonismo obrero” como eje simbólico y organizador de amplios sectores de la población trabajadora chilena. Los relatos muestran que las aspiraciones de las personas que trabajan transitan entre la búsqueda por constituirse en miembros de la clase media, o simplemente la aceptación del estar excluidos de todo espacio social de integración a la modernidad.

Algunos, en especial los jóvenes, logran, desde los márgenes de la sociedad, levantar un espacio donde construir lo propio. A menudo, sin embargo, estos espacios quedan replegados a los no-lugares, a las esquinas de las calles de la población, a ámbitos reservados para los iniciados. Y entonces las propuestas de autonomía dan lugar a la frustración, o simplemente a la exclusión. Construir país y trayectorias de movilidad social desde los espacios de autonomía es una opción que en Chile desconocemos. Por ello, no es de extrañar que la pobreza transe finalmente con el ideario de orden, seguridad, movilidad social de la clase media, la más tradicional y temerosa a los desafíos de la modernidad.

El silencio de la clase obrera marca el final del siglo veinte. La conciencia de pertenencia a un mundo pobre domina a la clase obrera que aún existe. El discurso de los sectores populares perdió autonomía. No es por casualidad que los partidos políticos que otrora se decían representativos de obreros, trabajadores y sectores pobres de la sociedad, estén dirigidos, y pensados, por profesores, por personal de los servicios públicos de salud. Por cierto que hay una larga tradición de alianzas y relaciones fuertes entre estos sectores profesionales e intelectuales y los trabajadores, pero el peso político de estos últimos ha disminuido radicalmente, como es fácil observarlo al analizar la composición social del Congreso Nacional y los gobiernos nacionales y regionales. Los trabajadores han quedado sujetos a las relaciones del mercado, al mundo privado de las empresas, y han perdido la centralidad que, de una u otra manera, conservaron simbólicamente hasta la década del ochenta.

La segunda parte del libro se detiene en los relatos de la gente del otro país, del país rural y campesino que cambió profundamente en la década del noventa. Miles de mujeres trabajan en la fruticultura. Es una de las actividades más prominentes del país. Las exportaciones de uvas, duraznos, peras, manzanas y tantas otras frutas, recorren el mundo y enriquecen al país. En San Felipe, dos mujeres relatan sus esperanzas y frustraciones. Una de ellas trabaja hasta de madrugada en los packings, con la secreta esperanza de que sus hijas estudien y “sean algo” en la vida. No lo ha logrado. Sabe todas las técnicas del proceso de la fruta. Especialista extraordinaria —y también orgullosa— de una actividad compleja, vive en condiciones de pobreza extrema. Otra mujer nos relata la tragedia de haber tenido un niño con malformación congénita, producto de la exposición a los pesticidas, el que es atendido en la Teletón, institución de beneficencia. Son las uvas amargas de la modernización de los noventa. Un país que crece económicamente como nunca antes lo había hecho, y la gente que allí trabaja vive en verdaderos campamentos, como hace un siglo ocurría con las salitreras del Norte Grande. Son las nuevas poblaciones, cerros llenos de mediaguas, donde se alojan los temporeros de la fruta. Las condiciones de vida no son buenas. Han mejorado estos años, hay luz, agua potable, se ripian los caminos secundarios, se hace alcantarillado también. Pero siguen siendo malas, sobre todo si se las compara con la riqueza que producen los campos donde ellos trabajan. Porque el campesinado no ha logrado ser arrastrado positivamente por la modernización, y con ello aumenta el sentimiento de desigualdad.

12

Curepto, cerca de Talca, es un pequeño poblado donde los padres, viejos campesinos, aún siembran para su propio consumo. La mujer amasa el pan. Los hijos van y vienen. Van a trabajar a las cosechas como temporeros y vuelven a la casa de los padres a pasar los inviernos. Trabajan de peones en las empresas forestales. Los campesinos viejos los observan, los ven ir y venir. Las casas del campo son lugares de “estacionamiento de la mano de obra” en los períodos en que no hay actividad en las empresas agrícolas del Valle Central. La vida tradicional se combina con las actividades modernas, con la economía de exportación. Un hilo mantiene unida la globalización, los mercados mundiales, con esos pequeños pueblos del interior de la Cordillera de la Costa. Ocurre algo semejante en todos los campos, más al norte de Santiago, donde también familias de agricultores nos relataron sus vidas. Hay esperanzas tranquilas, como es tranquila la vida del campo.

Más al sur del país se mantienen, aún, diversas culturas comunitarias. Hay áreas de crecimiento y modernización, y otras de rezago y pobreza. Las historias de vida muestran que es una pobreza diferente a la del centro urbano del país. También es diferente el sentimiento de desigualdad. Aquí surge el sentimiento de discriminación y marginación al que se responde con el refugio en la comunidad. Las actividades del carbón en Lota se cerraron definitivamente en la década del noventa. Fue una larga historia que caracterizó una época, la época industrial de Chile. Ya el carbón no sirve, las minas bajo el mar se cerraron y los ex mineros no se resignan. Deben buscar otra ocupación, trabajar pescando o vendiendo los pescados que otros

traen, en las empresas forestales, en lo que puedan: deben “reconvertirse”. Lo cierto es que ningún lotino quiere irse de Lota, la vida transcurre como en una gran familia que se resiste a olvidar el pasado nostálgico de la mina. Símbolo de las transformaciones ocurridas en esta sociedad, la cuna minera de la conciencia obrera se cerró en la última década del siglo veinte.

Siguiendo por la costa hacia el sur, escuchamos los relatos de familias mapuches de Arauco y Tirúa, otra de las culturas comunitarias chilenas. Ven la modernidad con desconfianza. No quieren que la modernidad los invada. Por cierto, quieren un mejor futuro para sus hijos, pero que sigan siendo mapuches. Una mejor educación es la obsesión de muchas personas. Algunas mujeres se vinieron a Santiago. Han encontrado en los cultos evangélicos el necesario espacio para reproducir sus comunidades abandonadas. La visión de las historias de vida mapuche no es heroica, no es tampoco desesperada. Es clara su demanda de mejores oportunidades y la defensa de su cultura. Las demandas mapuches han invadido el imaginario nacional en los últimos años. Al comenzar la década, prácticamente no parecían existir. ¿Qué fenómenos permitieron la emergencia de la cuestión indígena en Chile? Se preciaba el país de su homogeneidad étnica. Más de alguno pensaba que era ese aspecto el que diferenciaba a los chilenos de muchos otros pueblos latinoamericanos. La década pasada transformó esta imagen. Los mapuches reivindican sus derechos, sus tierras, su cultura. Han construido una alianza con los ecologistas, llegando a confrontar una de las inversiones hidroeléctricas más grandes que se realizan en el país: la represa Ralco. No es una sola cara la que tienen los mapuches. En los relatos se puede percibir la diversidad de sus demandas y a la vez la fuerza de sus convicciones. La fuerza política y simbólica que el pueblo mapuche recobró a fines del siglo veinte hace pensar que permanecerá como un actor principal en la sociedad chilena a lo largo de todo este nuevo siglo.

13

La tercera y última parte de este libro termina con historias que dan cuenta del fin de un siglo, y también de las esperanzas que el nuevo siglo heredará. Son historias de sueños inconclusos y de esperanzas y fuerzas vitales que quedan como herencia para construir el siglo veintiuno.

Durante la década final del siglo, muchas personas vivieron también el fin de una época, de sus épocas. La dictadura interrumpió procesos sociales, sueños y formas de vida. Muchos creyeron que el advenimiento de la democracia iba a reponer las dinámicas anteriores. No fue así. La vida social había cambiado irremediablemente. La imagen del Bim Bam Bum es prototípica. Se trataba de un centro de variedades, ubicado en medio de la ciudad. El cierre de ese “centro nocturno” tras dos décadas de toque de queda nocturno, marcó una época para la vida urbana, para la sociedad y para quien nos relata su vida ligada a la farándula santiaguina. Algo cambió en la cultura chilena, vio su fin una época de vida urbana amable, bohemia, de ciudad de provincia, tranquila. El “tempo” del fin de siglo cambió. Para el personaje que nos relata su vida, se terminó el tiempo de las “her-

manas Ubilla”, quedando un algo de nostalgia en la mirada que tenemos de la modernidad.

La década del noventa fue también testigo del término de las militancias. Muchas personas se vieron frente al final de un período en que se habían jugado por un ideal de sociedad, de país. En otros países, este cambio epocal se había venido produciendo lentamente en las décadas pasadas, en particular en la década del ochenta. En Chile, la dictadura militar pareciera que prolongó el “tiempo de las militancias”, de los grandes relatos, de las hazañas personales ligadas a las “hazañas de la Historia”. La finalización de la dictadura en los ochenta ofreció emociones en las cuales “ofrendar la vida”. Los cambios ocurridos en los noventa, en cambio, mostraron una crisis de los ideales que habían conducido a la militancia. La percepción de una transición a la democracia de carácter pactado, negociado, y un reordenamiento social ambiguo, fueron progresivamente menoscabando el imaginario de democracia construido durante los tiempos de militancia y resistencia: herencias pasadas que no desaparecen y que se reproducen en las nuevas dirigencias, disolución de las antiguas ideologías y el regreso de una modalidad de hacer la política que terminó por desencantar a muchos que quisieron creer en la reconstrucción de otro país. En estos relatos, el tiempo histórico y el tiempo biográfico se cruzan. Ellos fueron testigos de una época histórica, y actores en la reconstrucción de sus propias historias.

14 Dos relatos de esperanzas cierran este libro. Son dos mujeres luchadoras que han organizado sus poblaciones, sus localidades. Se enfrentan al Estado y consiguen lo que buscan. Habría que decir que sobre estas mujeres reposa el país, en especial el país de los pobres. Venden en las ferias, crían sus chiquillos, soportan a maridos “curados y creídos”, protegen y sanan a los más débiles, organizan las fiestas que marcan el ritmo del año y lideran todo tipo de asociaciones de progreso. Ellas son el progreso mismo. Ellas lo encarnan y lo construyen: son las personas que quieren que el país sea más democrático, que exista mayor igualdad, que haya oportunidades para que se desarrollen sus hijos; aman la participación y son hábiles en aprovechar y ganarse los pequeños espacios y beneficios que la sociedad les permite. Ellas son la base para un país más igualitario.

Las mujeres expresan en Chile la capacidad y necesidad de sobrevivencia. Siempre lo han hecho. Frente a una modernización disruptiva, amenazante, arrasadora de la cultura, nos recuerdan el pasado y la justicia, la memoria y la dignidad. Las mujeres de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos fueron, durante la década del noventa, la expresión de la dignidad que no pocas veces ha andado errante. Nicolasa y Berta Quintremán, las dos mujeres que se oponen a salir de su tierra frente a la construcción de la represa de Ralco, expresan en forma práctica y simbólica la fuerza de las raíces culturales de nuestra sociedad. Las mujeres pobladoras que nos cuentan sus historias en este libro no son menos fuertes. Expresan la voluntad de “surgir” a como dé lugar, y muestran que la “solidaridad” no es una categoría olvidada. Ellas no caben en la categoría indiferenciada de “pobres”. Son mujeres de campamentos y sin duda tienen muchas necesidades, pero no bus-

can la caridad. Buscan progresar y lo hacen con la dignidad, la rabia y la sabiduría que se expresa en sus rotundas palabras.

A través de estas numerosas historias pudimos también entender que la propia historia se construye siempre en la relación con otros. Ser-con-otro es la estructura básica, la condición del ser-en-el-mundo. Tal relación supone, éticamente hablando, otra que es fundamental: la facultad de poder ser-con, de ser ante otro. Pero estas historias muestran de manera cruda que ser pobre en este país es ser portador de un estigma que aísla y separa. En su sentido etimológico, estigma es una marca en el cuerpo que se imponía con hierro candente como pena infamante o como signo de esclavitud. Las historias de la pobreza nos dejan claro que constituirse ante los otros, poder pensarse con otros, distintos, otros no-pobres, es una experiencia que los pobres de este país desconocen y que esta sociedad tampoco pareciera estar dispuesta a vivir. Y esta constatación no es menor cuando queremos hablar de país, de desarrollo, de políticas sociales, de programas de superación o erradicación de la pobreza, de metodologías e instrumentos.

Después de leer estas historias, no queda otra conclusión que sentir que vivimos en un país muy desigual. La desigualdad marca a la sociedad chilena al comenzar el siglo veintiuno. Por ello el título de este libro. En la década de los noventa se lograron muchos éxitos, como una enorme disminución del desempleo en comparación con años anteriores y la apertura de oportunidades para amplios sectores, pero no se logró derrotar la desigualdad. Chile sigue siendo un país de contrastes sociales incompatibles con la modernidad a la que aspira.

Son muchas las personas que hablan a través nuestro en estas historias. Sienten que el país no les ha hecho justicia. Fueron pobres, siguen pobres y tienen la secreta certeza de que seguirán siéndolo. Las esperanzas se confunden y muchas veces se rinden ante la desesperanza.

Este libro recoge parte de las decenas de historias de vidas acumuladas por los autores, durante los últimos tres años. Algunas fueron realizadas para el Consejo Nacional de la Pobreza, en un informe que se denominó "La pobreza en Chile". Más adelante, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo solicitó a SUR la realización de numerosas entrevistas e historias de vida para su Informe de Desarrollo Humano 1998, "Las paradojas de la modernización". Todas estas historias fueron realizadas por los estudiantes de Antropología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. En el curso de Historias de Vida de esa carrera profesional se realizaron también muchos trabajos, historias de personas y de familias, que durante cinco años se han ido acumulando. En SUR (con el apoyo de FOS, Bélgica) se realizaron investigaciones sobre pobreza extrema en que se aplicó este método¹. Por último, algunas entrevistas se realizaron directamente para este libro. El material era gigantesco e inmanejable. Cientos de casetes y miles de páginas. Poco a poco, las historias se fueron reduciendo a relatos breves. Algunos, muchos, quedaron en el camino y, finalmente, seleccionamos cuarenta y dos, que son los que aparecen en este texto. La selección de las historias no obedece a ningún

criterio estadístico. Están aquellas historias que expresan de manera más clara las experiencias vividas por hombres y mujeres durante esta última década. A veces pudiera creerse que se trata de una sola voz que se va desdoblando en vidas diferentes: un trabajador que ha tenido múltiples experiencias, un campesino mapuche o una señora temporera. Posiblemente sea así. Hay conglomerados sociales y culturales en Chile que aparecen nítidamente en las historias. Finalmente, todas las personas vivimos en sociedad y sentimos, sufrimos y esperamos situaciones similares.

Queremos agradecer a numerosas personas que han hecho posible el trabajo: a Paulina Véliz y Alberto Moreno, estudiantes de Antropología, que acortaron las entrevistas originales; a Enrique Moletto, Antonio García, Patricia Beltrán, Daniela Peña, Lorena Vásquez, Alberto Moreno, Rodrigo Herrera, José Varas, Clorinda Cuminao, Cristián Espinoza, todos ellos estudiantes de Antropología; a Cristián Pérez, Alberto Parra y Marlene Mesina, estudiantes en ese entonces del Programa de Investigadores Jóvenes de SUR; y a Bernarda Espinoza e Iván Micelli, antropólogos, que tuvieron a su cargo la realización de las entrevistas en diferentes partes del país y en diferentes momentos. Muchos de ellos convivieron largos días y noches con las personas que cuentan sus vidas. Aprendieron a conocerlos y a respetarlos.

Queremos agradecer a las personas que hablan en estas entrevistas e historias de vida. Ellos nos contaron sus experiencias, en la seguridad de que darlas a conocer podría servir para cambiar un poco el país en que vivimos y hacerlo más justo e igualitario. Por esa esperanza, les estamos agradecidos.

La desigualdad

José Bengoa

La desigualdad es quizá uno de los sentimientos sociales de mayor capacidad destructiva. Los individuos son por naturaleza diferentes, pero no por naturaleza desiguales. La desigualdad es una percepción de arbitrariedad.

La sociedad chilena del siglo diecinueve, por ejemplo, era profundamente inequitativa, pero no pareciera que el sentimiento de desigualdad estuviese en el centro de sus preocupaciones culturales y del sentimiento de las personas. Las diferencias entre un patrón y un inquilino eran muy grandes en el campo, pero estaban recubiertas del manto de la naturalidad y el paternalismo. En cambio, la migración, a fin del siglo y comienzos del siglo veinte, de miles de campesinos de las haciendas y trabajadores del centro del país al norte salitrero, expuso en toda su crudeza la desigualdad. Allí no estaban los antiguos patrones observándolos cara a cara; no participaban ritualmente, una vez al año, en los “rodeos” de animales, donde se mataba y comía juntos los asados legendarios; no ha-

bía esa relación presencial que permite limar simbólicamente, pero también realmente, la relación entre personas desiguales. No había relaciones personales entre ricos y pobres. Sólo quedaba la miseria del trabajo en el desierto, en los campamentos de las oficinas salitreras. Surgió el sentimiento de la desigualdad como constitutivo de la clase obrera chilena y de lo que en ese tiempo se denominó la “cuestión social”. Ha sido un tema que ha dominado, con altos y bajos, el siglo veinte.

La historia social chilena del siglo veinte se podría entender de manera simple, esquemática y a la vez verdadera, como un esfuerzo constante por lograr relaciones más igualitarias en la sociedad. Los principales gobernantes y líderes del país son recordados hoy día como parte de esa corriente altruista que, desde diversas ideologías, trató de integrar a la sociedad en torno a un grado mayor de igualdad. La constitución de ciudadanos con plenos derechos, todos iguales ante la ley, fue la primera gran apuesta y proyecto de

¹ Algunas de las historias fueron realizadas y analizadas en el marco de los proyectos Fondecyt n° 197.11.25 y n° 199.08.18

las generaciones que lideraron al país en los años treinta. “Gobernar es educar”, dijo Pedro Aguirre Cerda, señalando de esta manera que la educación debiera permitir un grado más alto de equidad en la sociedad. Cada uno de los ciudadanos sabría conocer sus derechos y, por lo tanto, los podría hacer respetar. Los gobiernos que siguieron hasta 1973 fueron todos de la misma factura. Todos trataron de abrir espacios a la ciudadanía, romper las diferencias oprobiosas entre quienes habían tenido en suerte nacer en una familia adinerada y quienes nacieron sin recursos. En algunos momentos, la sociedad chilena abrió canales de movilidad interna y de integración a través de la educación, la política y la presencia significativa del Estado. Para una importante generación de chilenos, en particular de clase media, hasta hoy el liceo aparece como expresión simbólica de la igualdad de oportunidades. Durante el período mesocrático del siglo veinte, el sentimiento de desigualdad fue procesado políticamente. Para muchos analistas, los antiguos “patrones” paternalistas fueron reemplazados por los líderes políticos nacional-populares. Las personas percibían las diferencias sociales, pero las comprendían a través de la política, la que entregaba un horizonte de esperanzas y posibilidades.

El profesor y Premio Nacional de Historia Aníbal Pinto decía que Chile de los años sesenta había llegado a ser política y socialmente desarrollado, y económicamente subdesarrollado. Y tenía mucha razón. La ciudadanía chilena había exigido cada vez más y mejores niveles de participación política, y los había logrado. Se reclamaba del Estado la protección de todos los ciudadanos. No se logró construir, por cierto, un “Estado de Bienestar”, ya

que la economía del país no lo permitió. Por ello, la década del sesenta es vista como un período de grandes demandas sociales y políticas asentadas en una estructura económica débil, dependiente, incapaz de ponerse a la altura de lo exigido. La crisis política del 73, la más fuerte en nuestra historia, proviene de esta matriz contradictoria. La política no tuvo capacidad de procesar las demandas sociales; el avance social implicaba vulnerar intereses poderosos que no aceptaron la intromisión en sus asuntos privados. Muchos de esos intereses eran internacionales, los más poderosos del mundo. La lectura de los documentos “desclasificados” del gobierno de Estados Unidos muestra la punta del iceberg respecto a esta intervención. Eran momentos de guerra fría, y hoy día los chilenos vemos, a cierta distancia, que fuimos manejados como marionetas de los intereses mundiales del capitalismo y de las grandes potencias que en esos días se repartían el mundo. Un proceso social democrático en ascenso que había comenzado en la década del treinta se interrumpió. Era de tal profundidad, que la interrupción antidemocrática fue terriblemente violenta.

Durante las décadas del setenta y ochenta, la “alianza militar empresarial” provocó un proceso de restauración social. La cuestión fundamental fue reestablecer el orden estamental tradicional de la sociedad chilena. Como es bien sabido, el régimen estuvo presidido por el ordenamiento de la propiedad privada. Fue el eje principal de acción. Se privatizó el Estado y sus funciones. Se ordenó la propiedad rural hasta el último detalle. Se vendió a los privados todo el patrimonio productivo estatal, con excepción de la defensa y su financiamiento, la

gran minería del cobre. Se relacionó de tal suerte ciudadanía con propiedad, que en la cultura de los noventa se han hecho inseparables. La sociedad chilena fue transformada en una sociedad de propietarios, como había sido la sociedad del siglo diecinueve. La diferencia estriba en el tipo de propiedad. Pero a nadie que observe esta sociedad le puede dejar de llamar la atención el peso desmedido que tanto en la Constitución como en la vida práctica tiene el 'propietarismo', entendido como culto a la propiedad y principio organizador de la misma. Si la sociedad del siglo veinte se ha caracterizado como mesocrática, esto es, de clase media, basada en el trabajo, la sociedad posdictatorial debería caracterizarse basada en la propiedad y en el orden que de ella surge, esto es, en estamentos diferenciados por lo que se posee, y no exclusivamente por la función que se tiene en la sociedad.

Los estamentos altos de la sociedad ligados a la propiedad controlan no solamente la economía, sino los medios de comunicación, la educación en todos sus niveles y el conjunto de los bienes culturales de la sociedad. La propiedad privada excede sus campos privados de ejercicio del poder y se expande hacia los ámbitos en que anteriormente le correspondía actuar al Estado. Es el caso de la educación, la salud, los medios de comunicación, la acción cultural. Los empresarios organizan universidades de acuerdo a los intereses de sus empresas, y en particular de acuerdo a sus particulares visiones ideológicas y religiosas. Lo que era una función privativa del Estado de acuerdo a los intereses generales de la Nación, se transforma en espacio exclusivo de un estamento de la sociedad.

Se ha formado así una sociedad conservadora, en el sentido de asentarse en la ubicación estamental de sus individuos. La clase alta, la de mayores ingresos, representa un 7 por ciento de las familias y controla más del 60 por ciento de los ingresos del país. El promedio de ingresos de este sector es de dos millones de pesos mensuales, según la última encuesta Casen del año 1998. En 1990, el 20 por ciento más rico recibía 14 veces más que el 20 por ciento más pobre. En 1998 recibe 15,5 veces, a pesar de que el coeficiente de concentración del ingreso en el país, coeficiente de Gini, no se ha modificado en toda la década. La sociedad así caracterizada se ha acrecentado en democracia y se ha legitimado, pareciendo normales y no sujetas a discusión sus características y prerrogativas.

Diversas tesis, entre ellas la de Tomás Moulian, señalan que en estos años, los setenta y ochenta, en Chile se "fundó" una nueva economía y sociedad. Los militares fundaron una nueva forma de convivencia basada en la apertura de la economía al exterior y el establecimiento de relaciones modernas de mercado. Habría habido una "revolución capitalista" en Chile. Si bien estas tesis apuntan a los cambios que han ocurrido en la sociedad, sobre todo en su economía, a nuestro modo de ver, ellas no perciben (desde un punto de vista cultural) el proceso de restauración que tuvo lugar en el período. Las mismas familias "patricias" de la clase alta tradicional chilena, muchas de ellas tienen un origen "hacendal", han logrado restablecer un sistema de predominio, el cual estuvieron a punto de perder en el período mesocrático. Por cierto que hay familias empresariales con un origen migrante y, en ese sentido, no tradicionales, pero son las primeras las que

imponen el peso cultural. La sociedad chilena de los años noventa es menos democrática que la de mediados de siglo. Los estamentos sociales están más marcados y la movilidad social es más difícil de obtener. El origen familiar de las personas ha vuelto a tener importancia, llenando de temores a la clase media, tal como puede verse en las historias que en este libro se escriben. Un autor, Carlos Cousiño, recuerda, al analizar las novelas que se han publicado en el último tiempo y que dan cuenta de estos procesos restauradores, que “esa elite no desapareció, sino fue ella la que rearmó posteriormente las estructuras del Chile moderno”.

La cultura conservadora y autoritaria tradicional ha marcado este período de la historia social chilena. Por ello se plantean tantos temores frente a la posible disolución del modelo de familia tradicional y se la defiende en sus aspectos formales, al igual que la propiedad a la que ha estado tan íntimamente ligada a través de la historia. Las familias de clase alta hacen gala de tener muchos hijos, educarlos católicamente, y cumplir con todas las formalidades de lo que se supone o se imagina que fue la familia tradicional chilena, entendida como pilar de la sociabilidad y nacionalidad. La cuestión de la “seguridad” se pone en el centro de los debates. Se habla de “seguridad ciudadana”, la que aparece como la principal preocupación “de la gente”. Se cierra la sociabilidad en el mundo familiar, dominan las relaciones interpersonales en el mundo laboral, prevalecen las confianzas extraeconómicas, como la procedencia social o el colegio de origen, en la contratación de personal de confianza. La llamada “vida social” que había sido prototípica de ciertos períodos de la sociabilidad chilena tradicional, ha retorna-

do con singular importancia y éxito a las páginas de los principales diarios y revistas del país. Un mundo simbólico se organiza en torno a los estamentos segregados.

En esta década se ha construido crecientemente un nuevo paradigma social: las personas que viven “adentro” de la sociedad y las personas que viven “afuera”. Se repite de una manera modernizada el paradigma urbano de Vicuña Mackenna en la segunda mitad del siglo diecinueve. El Intendente de Santiago acordonó la ciudad con el “camino de cintura” para mostrar quienes vivían “adentro” y quienes estaban en los “extramuros”. En estos años se ha construido una nueva imagen de las “clases peligrosas” de la sociedad, en que los pobres y los jóvenes son los principales actores. Pobreza y delincuencia se han unido en el discurso, llegándose a la victimización de poblaciones enteras sometidas al estigma de ser “santuarios de traficantes” o “nidos de drogadictos”. La “satanización” de los jóvenes ha sido otro elemento constitutivo del discurso conservador. Se victimiza a los jóvenes según las costumbres y su forma de usar el cabello o las ropas. Las “barras bravas” del fútbol tienen el privilegio y crean consenso en cuanto a ser el centro de “la maldad”. La construcción de un “enemigo interno” en la última década del siglo que termina ha sido la mayor conquista cultural de la sociedad conservadora. Se reemplazó el enemigo interno/externo, el “fantasma del comunismo”, por un nuevo actor: delincuente, drogadicto, joven violento, pobre peligroso. La demanda por más policía, mayor cantidad de cárceles, enrejamiento de las viviendas, pareciera ser unánime. La sociedad estamental se nutre del temor, requiere del temor, necesita de la exis-

tencia de enemigos internos. Se produce, de esa manera, una separación mayor entre las diversas capas sociales, en que cada una teme a la otra. Por lo general, este tipo de realidad elabora un discurso que conduce a una profecía autocumplida. Efectivamente hay mayor violencia, delincuencia, las cárceles se aumentan y la espiral construida adquiere una velocidad creciente.

La clase alta chilena hoy se refugia en sus barrios, cada vez más segregados, vigilados y exclusivos; acude a sus escuelas, colegios y universidades, se atiende en sus hospitales y clínicas y cierra crecientemente todos los espacios de convivencia con otros grupos sociales. Los espacios democráticos de la sociedad chilena se ven cada vez más disminuidos. No hay demasiados lugares donde se puedan encontrar los hijos de la clase alta con las otras capas de la población. Antes fue la hacienda, el barrio muchas veces, los liceos en ciertos casos, los hospitales públicos también, o el partido político y otras numerosas instituciones que, aunque parcialmente, tenían la capacidad de abrir espacios democráticos a la población. Hoy pareciera que la tendencia de la nueva democracia política es no contar con muchos espacios de participación interestamental. La clase alta, en su variante católica, comprende temerosa esta falta de comunicaciones, y busca en la "caridad" el encuentro de los mundos separados. Numerosos jóvenes van a "visitar a los pobres". Lamentablemente, a ellos los ven en calidad de pobres y no de iguales, como analizamos en un capítulo.

Las sociedades modernas, sin embargo, se han construido sobre el principio de la ciudadanía: la igualdad de todos ante la ley y la igualdad de oportunidades que conduce a que las per-

sonas con igual valor puedan optar con equidad a un proyecto de vida. La sociedad chilena combina formas, aparentemente modernas, con sistemas que están arraigados profundamente en la estructura tradicional del país. Así, se produce una contradicción entre la ciudadanía democrática, por naturaleza crítica del estamentalismo, y la realidad no democrática de las instituciones económicas, sociales, de los servicios del Estado, los medios de comunicación y, en fin, la vida social cotidiana. Y en esta contradicción se nutre y crece el sentimiento de desigualdad.

Hay tres procesos que, combinados, explican muchos de los factores anímicos de la sociedad chilena de los noventa: una alta tasa de crecimiento económico, un proceso de democratización en el que toda la población pone grandes expectativas, y una distribución del ingreso inequitativa, propia de una sociedad estamental.

La transición a la democracia iniciada el año noventa condujo a muchos sectores de la población a pensar que se iba a restaurar la sociedad mesocrática de las décadas de mediados de siglo. No se había clarificado la percepción de que la restauración ya había ocurrido en el plano de lo social y cultural. Pero se había restaurado la sociedad estamental anterior a la sociedad mesocrática. Las altas tasas de crecimiento económico, las cuales han duplicado en la década el producto del país, condujeron a aumentar esta percepción de apertura de posibilidades y oportunidades. Lamentablemente, la estructura económica y social no parecía permitir cambios en la distribución de la riqueza.

La nostalgia de una sociedad mesocrática sigue siendo, sin embargo, el eje central del discurso social y político

chileno, como ya lo hemos señalado en la presentación de este libro. Ese es el capital cultural principal que nos deja el siglo veinte. Si bien estamos inmersos en una sociedad estamental y conservadora, el discurso trata de integrar a todos los sectores en torno a una "sociedad de oportunidades". Quizá es esa contradicción lo que explica el difícil momento que vivió la democracia chilena en diciembre de 1999, con la elección presidencial, al plantearse la posibilidad de un gobierno de restauración liderado por la centro-derecha política chilena, la que, a pesar de sus cambios en el discurso, expresa el estamentalismo conservador, lo practica simbólicamente y, en todo caso, no lo critica. En el discurso, la derecha chilena asumió la propuesta de una "sociedad de oportunidades", en la que el Estado juega un papel central en la entrega de canales de movilidad social a la población. Las dos candidaturas que se repartieron la mitad de los votos cada una, comprendieron que la integración del país sólo es posible en el marco mesocrático: dar posibilidades de constitución de una gran clase media. En un caso, esa clase media en alianza con las clases altas aseguraría un proyecto neo-conservador. En el otro, el triunfante, esa clase media expresaría la ciudadanía y se abre a ser el espacio de movilidad social, espacio de equidad y de igualdad. Los sectores pobres son invitados, en este último discurso, a adaptarse al modelo meritocrático y mesocrático de la modernidad. El Estado juega el papel de impulsor y constructor de ese espacio social. La educación y la cultura son vistas una vez más como el instrumento de construcción de ese gran ámbito medio-clasista que posibilita en el imaginario la integración nacional. En el caso de la derecha, se

profundiza en un discurso conservador afincado en las clases medias, que ven con temor la modernización que les impide transitar desde su posición mesocrática a niveles sociales más altos. En el caso de la coalición triunfante, es un discurso que también se afirma en la clase media como espacio de integración, ofreciendo al conjunto del país la condición de ciudadanía, requisito para el tránsito a una nueva sociedad mesocrática del siglo veintiuno.

La desigualdad ha sido el sentimiento profundo que ha gatillado esta necesidad de elaborar nuevos discursos integradores. Posiblemente los líderes de opinión chilenos comprendieron que no era posible profundizar en los niveles de desigualdad existentes, y que allí residía buena parte de la crítica y exasperación de la población. La modernización del país ha tenido esa consecuencia: la construcción de imaginarios más equitativos. Los jóvenes de los noventa, sea cual sea su origen social, sea cual sea la parte del territorio que les tocó vivir, poseen un imaginario acerca del futuro, de sus futuros, relativamente semejante. Se ha ido acercando la cultura de manera interestamental. Un joven de Puerto Montt usa las mismas ropas de marcas internacionalizadas, o copiadas, que uno de Santiago, aplaude los mismos conjuntos musicales y tiene expectativas profesionales semejantes. Los mil kilómetros que lo separan territorialmente y las enormes diferencias de ingresos y oportunidades, no son un obstáculo para que sus imaginarios culturales sean parecidos. El contraste entre la vida real y ese imaginario es el sentimiento de desigualdad al que hacemos acá referencia. Probablemente en muchos jóvenes ese sentimiento fue el que los decidió a no ins-

cribirse en los registros electorales, pensando que “la política” no era eficiente para obtener un cambio en la contradicción cotidianamente vivida.

Existe la percepción de que no ha habido transición en lo profundo de la vida social chilena, desde la restauración conservadora ocurrida en la dictadura. Cuando se habla de transición a la democracia, se apunta principalmente a los aspectos políticos e institucionales. Sin embargo, aquellos elementos sustantivos de la democracia son más importantes. No parece ser posible una sociedad política e institucionalmente democrática con un sistema conservador y estamental como el que acá describimos. Los debates ocurridos en el último año de la “última década del siglo pasado”, con ocasión de las elecciones presidenciales, mostraron, por ambas partes, la necesidad de transitar a una democracia social más extendida. De una democracia restringida a una democracia ampliada. En un caso, esa ampliación se haría mediante la modernización de la gestión del Estado, sin cuestionar la estamentalización, en particular de la clase alta. En la otra versión, esta ampliación de la democracia se realizaría mediante una ampliación de la ciudadanía. Independientemente de las diferencias evidentes de ambas propuestas, no cabe duda de que las dos se refieren a la misma demanda, apelan a un sentimiento compartido de la sociedad chilena. Tal es, quizá, la principal evaluación que se puede hacer de la década que termina. Por cierto, las medidas políticas que se asuman posibilitarán la construcción de una u otra sociedad, fuertemente diferente en el aspecto que acá señalamos.

En las elecciones recién pasadas se debatí lo que supuestamente se quería para el país. Es una suerte de para-

digma social que se construyó al calor de la publicidad, de las campañas, de las necesidades de allegar votos, pero que finalmente llenó el imaginario del país. Son propuestas, ofrecimientos públicos, que quizá la población no cree que vayan a ser realidades. Pero para los efectos del análisis, este imaginario construido se convierte a la larga en una realidad. Las ofertas se pueden convertir en demandas, adquieren legitimidad. Por ejemplo, si se ha dicho unánimemente que ningún joven dejará de estudiar en la universidad por razones de tipo económico, se le otorga legitimidad a una aspiración; así, se la transforma en demanda. Por lo tanto, no debiera extrañar que los jóvenes la exijan. Se establece así un paradigma para la crítica. Así como la “democracia” era el paradigma crítico a la “dictadura”, hoy día “los cambios” o “crecer con igualdad” se han transformado en el paradigma crítico a la actual situación del país.

El nuevo paradigma que surge a fines de la década pareciera consistir en un crecimiento económico en el que todos están de acuerdo, que permita mayor equidad en la sociedad y, en particular, mejores condiciones de trabajo, salarios, seguridad en el empleo y, por tanto, a la larga, una mejor distribución de los ingresos en la sociedad. Aparece en segundo lugar la demanda de mayores oportunidades, en especial para los jóvenes: educación, ascenso y movilidad social. En tercer lugar aparece una presión por mayor grado de seguridad en las personas: salud, seguridad pública, combate a la delincuencia, son aspectos ya constituidos del discurso. Podríamos decir que el paradigma opone dos ideas imaginarias de país: democracia/restringida vs democracia/ampliada. La democracia restringida es lo que se ha

criticado en las elecciones por parte de todos los candidatos: colas en los hospitales, inseguridad, falta de apoyo del Estado. La imaginación vuela ante un país posible en que esas inequidades no ocurran. Nada se dijo acerca del modo como se lograría transitar de uno a otro paradigma imaginario. Para una candidatura, pareciera que las limitaciones a la plena ciudadanía residían en los “amarres antidemocráticos”, en los aspectos constitucionales/jurídicos de la democracia. Resueltos esos aspectos, comenzaría una evolución hacia la ampliación de la democracia. Para la otra candidatura, la de centro-derecha, eran asuntos relacionados con la incapacidad de una clase política tradicional de “procesar las demandas de la gente”. Un asunto de gestión. De alguna manera ambas propuestas se relacionaban con una demanda de cambio en cómo se construye la sociedad del siglo que comienza.

Podríamos afirmar que, durante la década del noventa, no existió un paradigma tan ampliamente socializado de crítica a la democracia restringida como el que surge de las elecciones presidenciales. Así, se plantea un enorme desafío para la sociedad y el Estado. Para la sociedad, darle contenido a este nuevo paradigma; y para el Estado, resolver la contradicción de una oferta convertida, al calor de las elecciones, en demanda y que, al parecer, rebotó adecuadamente en la población, provocando un reentusiasmo por las posibilidades integradoras que el Estado ofrece. En el proceso social que se ha abierto con el fin de la década, juegan un papel fundamental las instituciones democráticas y las personas que actúan en el ámbito público. Grados muy altos de percepción de desigualdad conducen a minar el entra-

mado social e institucional democrático. La denominada clase política chilena ha perdido en buena parte su prestigio por no estar alerta a esta situación central, a este malestar que recorre los más amplios sectores de la sociedad chilena. La población percibe que la clase política aceptó la sociedad estamental, se acomodó a ella e, incluso, se acomodó a sus ventajas y comodidades. Se ha señalado con razón, por ejemplo, que quienes discuten acerca de la educación pública en Chile, tienen, todos ellos, sus hijos en colegios particulares pagados. Cuando debaten la salud pública, también, ninguno de ellos tiene necesidad de asistir a hospitales públicos, ya que se atienden en la salud privada. Se ha perdido el carácter universal de la reivindicación. Se legisla, por ejemplo, muchas veces, para los otros, no para un todos en que los legisladores están involucrados. Se expandió la imagen de lejanía de las instituciones democráticas. Probablemente hay elementos constitucionales/jurídicos que lo acentúan. Aparece en todos los relatos y testimonios un sistema en que predomina la prepotencia del poder, la soberbia, la intolerancia frente a la crítica, lejanía con los asuntos que preocupan a “la gente”. La cercanía, sin embargo, entre “la gente” y la política, no reside solamente en la presencia “en terreno” —como se dice— de los personeros, sino en la capacidad real de la política de transformar el sentimiento de desigualdad existente.

Esta visión crítica que la población tiene de la democracia y que fue captada por la derecha “renovada” durante el período electoral recién pasado, no significa que no hayan existido numerosos avances en materia social. Durante la década, se ha disminuido la pobreza estadística a la mitad y to-

dos los hogares, de una u otra forma, han visto aumentar sus ingresos tanto en forma relativa como absoluta. Los datos están a la vista. Sin embargo, el problema es más profundo. Ciertamente aún hay tres millones de personas viviendo en condiciones muy malas, pobres o extremadamente pobres, en el país, y ese es un "hecho social fuerte". Pero aún más fuerte es la percepción de que se ha consolidado el 'estamentalismo'. Lo anterior no implica conocer las cifras de distribución de ingreso. Implica percibir que las ventajas de quienes han nacido, se han educado y pertenecen a los niveles más altos de la sociedad, son claramente diferentes de los más bajos. La fuerza del Estado, que en otros tiempos posibilitaba un acercamiento de los polos, no es capaz de resolver esta ecuación. La democracia, por tanto, como instrumento de bienestar y equidad, se pone en duda. Junto a los problemas bien conocidos de la transición, este asunto de fondo está afectando la base estructural de la convivencia de la sociedad chilena.

El sentimiento de desigualdad se observa de manera diferente en las distintas agrupaciones del país. Las historias de este libro lo muestran con claridad. Por ejemplo, el sentimiento de impotencia y denigración de una mujer que trabaja en la fruticultura moderna y que, a pesar de su capacidad y conocimientos, no puede solventar el gasto básico de su hogar. En uno de los casos, vemos que cuatro personas trabajan en el hogar y continúan

siendo pobres. El sentimiento de discriminación e inequidad es evidente cuando se produce el encuentro, no fortuito por cierto, de la actividad exportadora más moderna del país con la pobreza. No ocurre lo mismo en las pobrezas tradicionales, en que el sentimiento de desigualdad es rescatado en el refugio en la comunidad. La protección de la comunidad de Lota, en el relato que hemos titulado "La casa de nylon", llega incluso a emocionarse en cuanto aceptación alegre de las condiciones ínfimas de vida a que han tenido acceso esos jóvenes. Pero en la mayor parte de los casos, la desigualdad conduce a la frustración. Los relatos de clase media explican las altas tasas de neurosis que afligen a la sociedad urbana actual en nuestro país.

La modernidad ha ingresado combinada en Chile. La sociedad estamental convive con la sociedad moderna. Es una forma mixta, sincrética, propia quizá del país del tercer mundo que somos. No es una sociedad homogéneamente moderna, en que la ciudadanía se ejerce en plenitud de derechos, en que las personas valen por su capacidad, en que hay oportunidades de movilidad y ascenso social. Por ello, la modernidad va acompañada de un sentimiento confuso de desigualdad, de aceptación del destino por parte de algunos y de frustración por parte de otros. Son las esperanzas y desesperanzas de una década. La década de los noventa, que es relatada acá por numerosos testigos que la han vivido, gozado y sufrido.

Las historias de vida, un método

Francisca Márquez

26

Las historias y los relatos son un instrumento privilegiado para dar cuenta de cómo se construye en el tiempo la percepción de la desigualdad, entendida ésta no como una categoría objetiva y medible, sino como una percepción que nace desde la subjetividad de cada individuo. A diferencia de instrumentos como las encuestas, las historias de vida permiten que quien relata recomponga, a partir de sus recuerdos, los procesos, las trayectorias, los hitos, los cambios y transformaciones más significativos de su vida. En esta búsqueda por comprender la dinámica de los hechos sociales, la historia de vida aporta una mirada a través del tiempo.

A partir de esta manera de mirar, lo intergeneracional, lo heredado, la transmisión y la movilidad social, se logran hacer visibles. Por ejemplo, la reproducción de los valores y las costumbres entre abuelos, padres y nietos pobres; la transmisión del saber entre una madre temporera y sus hijas; las trayectorias de ascenso y doloroso descenso de las familias medias en la escala social.

Los relatos e historias de vida nos posibilitan una aproximación cualita-

tiva a los itinerarios y trayectos de sus protagonistas; pero, por sobre todo, a los significados que el narrador otorga a su propia vida. La invitación a contar su historia es siempre una invitación a reflexionar sobre los propios recuerdos y a seleccionar aquellos que otorgan mayor sentido al pasado y al presente.

Las historias y relatos aquí recopilados no pretenden tener una representación estadística. Su validez y representatividad se juegan en la capacidad de mostrar los procesos a través de los cuales se construyen y se consolidan las percepciones de la desigualdad en Chile.

A través de la lectura de las historias pudimos conocer, por ejemplo, cómo el mundo del trabajo se ha transformado en esta década y cómo, a pesar de los buenos indicadores macroeconómicos, el sentimiento de desigualdad se ha ido asentando en muchos trabajadores y trabajadoras. Conocimos también cómo las familias de profesionales de clase media viven, sufren y hacen frente a las alteraciones del proyecto familiar. Conocimos las modificaciones que sufren los campos y sus mujeres a través del trabajo

temporal, con la llegada de mayores ingresos y nuevas pautas de vida. En síntesis, las historias de vida son una invitación a la recuperación del tiempo y a llenar de significado las transformaciones sociales que ocurren en nuestro país.

Para el que narra, las historias de vida abren la posibilidad de mostrarse y levantarse como protagonista central de una historia que es la suya. En este sentido, narrar la propia historia es también una oportunidad para relativizar el peso de las determinantes estructurales en el destino de sus vidas.

Contar la propia historia permite devolver su centralidad a la subjetividad. Y, por ello, no es de extrañar que en el relato de vida reconozcamos frecuentemente la proyección de lo que siempre quisimos ser o soñamos poder llegar a ser. En este sentido, la construcción de una historia de vida no es sino la construcción de una suerte de novela que puede ser contada de muchas maneras.

Las historias de vida son fecundas en la reconstitución de la vivencia singular de lo social. Dejan en evidencia que los fenómenos sociales no pueden ser aprehendidos en su complejidad si no se integra la manera en que los individuos los viven, los sienten y se los representan. Pero las historias de vida también nos plantean el paso desde el individuo singular a la expresión colectiva de un fenómeno social. En efecto, en los relatos aquí presentados no sólo reconocemos los deseos y angustias de quien relata y su dinámica existencial, sino también la sociedad a la cual pertenece.

Las historias de vida aportan en la profundización de los hechos sociales con categorías nuevas y más comple-

jas, que permiten matizar y dinamizar su lectura.

La opción de presentar textualmente múltiples historias y experiencias de hombres y mujeres tiene también como propósito romper con la mirada única en que tiende a ubicarse cada uno de los relatores. Con ello se da lugar a la pluralidad de perspectivas que coexisten y a menudo compiten al interior de nuestra sociedad.

Más que un mero agregado de historias, el conjunto busca facilitarnos una perspectiva comprensiva de la desigualdad como fenómeno que se teje desde las subjetividades. En ciertos casos, el dolor, la incompreensión, nacen justamente de esta confrontación de puntos de vista incompatibles.

Las historias de familias son, tal vez, la más clara expresión de esta distancia. La dificultad para encontrar puntos comunes entre los relatos de los maridos y las esposas, muestra cómo la distancia puede instalarse incluso en núcleos aparentemente sólidos y afiatados; y, también, cómo la posición que cada uno ocupa al interior de este núcleo moldea su propia percepción e interpretación de la historia de familia. Por esta riqueza, hemos incorporado entrevistas a distintos miembros de una misma familia. De esas miradas cruzadas surge una historia familiar.

La reconstitución de la desigualdad a partir de distintas historias y relatos, permite dar cuenta de un “nosotros” que surge y se construye en contextos sociales comunes. De manera simultánea nos muestra las múltiples contradicciones presentes en el seno de esta vivencia común. Las historias de vida revelan que los procesos sociales se levantan desde lecturas

no siempre coincidentes entre sus miembros. Los procesos de desigualdad al interior de nuestra sociedad a menudo se construyen justamente de la intolerancia a esta pluralidad de miradas,

de la no aceptación de la diferencia. En este sentido, quisiéramos que este libro fuera una invitación a una lectura amable de aquellos que tantas veces no son sino un distante otro.

El invierno del 97

José Bengoa

El mes de junio de 1997 fue quizá el más decisivo de la década. A la hora de hacer balances, como el que de alguna manera pretende este libro, nos damos cuenta de que hay fenómenos sociales profundos que no dependen siempre de las personas; y, más aún, que la naturaleza continúa siendo un factor impredecible. El invierno de 1997 arreció sobre Chile con uno de los temporales más fuertes de que se tenga memoria. Llovió días enteros, las calles se anegaron, los carretoneros y triciclos cobraban por cruzar de un lado a otro las calles transformadas en ríos, los techos no soportaban el agua que se acumulaba sobre ellos, los cerros en el norte se vinieron abajo, las avalanchas arrasaron con poblaciones, la nieve cubrió la cordillera. Durante semanas, cientos de camiones estuvieron encerrados debido a las nevazones en los pasos cordilleranos del sur. La televisión mostró una vez más, en maratónica campaña de solidaridad, la vulnerabilidad del país. “El temporal de la semana pasada fue el mayor acontecimiento televisivo del año y tal vez uno de los más grandes de la década”, comentaba el especialista del diario *El Mercurio*. Las imá-

genes de puentes cortados, de casas anegadas, familias en albergues y, sobre todo, pobreza, pobreza y más pobreza. El país que, sentado frente al televisor, solía ver niños sonrientes, rubios y regordetes, o políticos con buenas corbatas y satisfechos, se encontró ante el país real. El “tigre del Pacífico se mojó”, decía un irónico titular dibujando a un gato escaldado. Se veía a jóvenes presentadoras televisivas de programas frívolos que metían sus botas en el barro y se sorprendían, espontáneamente, al ver a tantos niños piluchos y mojados, con barriguitas tercermundistas. Algunos voceros oficialistas dijeron que era “exagerada la imagen que se proyectaba”. Pero así fue: se proyectó. El país se vio a sí mismo, sin exitismos, con la mitad de “su gente” viviendo en la miseria. En medio de todas esa lluvia invernal, cientos de estudiantes de la Universidad de Chile, acompañados de otras federaciones, llevaban un mes de huelga. Casi todos los días se dirigían al Ministerio de Educación, caminaban por el centro de Santiago, ante la silenciosa mirada del público y autoridades tanto universitarias como políticas. El Colegio Médico, por su

parte, colocaba uno a uno recursos de amparo y protección por la mala calidad del aire de la capital, problema que —según se argüía en esos días— se vería agravado por la construcción de la Central Termoeléctrica de Renca.

La televisión mostraba los consultorios llenos de niños con bronquitis, obstrucciones pulmonares, resfríos, ante las explicaciones poco convincentes de las autoridades y encargados del sector. Las casas recién inauguradas por el gobierno “se pasaron de agua” y en el imaginario popular quedó establecida “la casa Copeva” —Copeva era una empresa que construía casas de interés social para los pobres— como símbolo de corrupción y falta de responsabilidad del Estado. Altos personajes del régimen debieron renunciar frente a los escándalos. La gente que había soñado con una vivienda quedó en la calle, ante las cámaras televisoras que las filmaban. Recursos de amparo, protección, indemnizaciones, quedaron atrapados en los pasillos de los tribunales. En esos mismos días, el Premio Nobel de la Paz de ese año, el timorense José Ramos Horta, decía “abandonar el país muy desilusionado, pues se había creado grandes expectativas al oír hablar muy bien de Chile en el extranjero”. “Me he dado cuenta de que en Chile la tortura y la impunidad aún se sienten, aunque afuera me había formado la idea de un país justo”, expresó a los medios de comunicación lapidariamente. No había sido recibido por las autoridades, y las que sí lo hicieron le señalaron que los intereses económicos que ligaban al país con Indonesia eran muy importantes e impedían cambiar el voto sobre Timor en las Naciones Unidas. Menos de un año después caía estrepitosamente el gobierno de Indonesia, y Ramos ingresaba a su país como hé-

roe nacional. La imagen externa del país que había recuperado la democracia, también, quizá por primera vez, se mojaba con los temporales.

El invierno de 1997 mostró que las cifras del éxito económico escondían otro país. Quienes no saben nada de economía comprendieron que las optimistas cifras macroeconómicas no expresan necesariamente el bienestar de la población. Pueden ser una condición necesaria, pero no suficiente. Los programas para la “superación o erradicación de la pobreza” concluyeron sin mayor bullicio y escándalo frente a las pantallas. No hubo necesidad de pagar evaluaciones.

Algo cambió en la sociedad chilena el invierno del 97. El Estado se mostraba lejano. A muchos lugares amagados llegaban primero las campañas de solidaridad de los animadores de la televisión que los personeros de gobierno. Los chilenos descubrieron que se había tratado de esconder bajo la alfombra demasiadas basuras; que se había querido construir una imagen falsa del país. Se había querido esconder la pobreza, pero también la impunidad, el pasado reciente del país. Un año después, la detención del general Pinochet en Londres mostraba que tras las máscaras y disfraces había un cuerpo lleno de heridas no cicatrizadas, imposibles de seguir escondiendo.

Los temporales del invierno del 1997, como llamado de la naturaleza, se transformaron en un punto de inflexión en la década. La mayor parte de los testimonios que se presentan en este libro fueron relatados después de esa fecha, y muestran el correr del velo que se produjo en las personas normales y corrientes de esta sociedad. En el invierno del 97 comenzó a constituirse una suerte de nueva conciencia popular acerca de lo que ocurría en Chi-

le. Se fue construyendo un “discurso” consistente en comprender las insatisfacciones del modelo de crecimiento y sus efectos en las personas. Por cierto que esa insatisfacción se acrecentó un año después, cuando comenzaron a golpear “en las playas de nuestra economía las olas que vienen de la crisis asiática”. El aumento de la desocupación, principal consecuencia de la crisis en la población, vino a acrecentar y profundizar ese discurso crítico ya instalado desde el invierno del año 97. Sin embargo —y hay que señalarlo, ya que aparece con claridad en las historias de vida—, esa desocupación que estuvo incrementada con la crisis va en la línea de lo que ha sido la inestabilidad laboral de muchos sectores en toda la década. Porque si durante años había aumentado la ocupación, llegando el desempleo a cifras muy bajas, la calidad del empleo no había cambiado sustantivamente.

Muchos sectores pobres encontraron trabajo en diversos ámbitos que se caracterizan por su inestabilidad. La construcción, sector que más ocupa personas, está absolutamente desregulado y a merced de los vaivenes de los mercados siempre cambiantes y veleidosos. Es por ello que estos sectores son altamente vulnerables y en cualquier situación de crisis vuelven a su situación de cesantía. La desocupación durante la crisis de fin de la década también afectó, por cierto, a sectores con mayor nivel de capacitación y estabilidad laboral, pero principalmente golpeó a los sectores que de una u otra manera viven en la inseguridad permanente.

Las elecciones parlamentarias de marzo de 1998 fueron tributarias de este cambio en la percepción de los chilenos sobre ellos mismos: ha sido una de las elecciones de mayor ausentismo

en la historia moderna de Chile. Más de un millón y medio de jóvenes no se inscribió en los registros electorales. Casi un millón de personas no acudió a las urnas y cientos de miles anulaban su voto o lo depositaron en blanco. La clase política, al parecer, no escuchó la voz de protesta. En una pequeña investigación recogimos las leyendas escritas en los votos anulados. Se encogía el corazón al leer las rayas hechas con lápiz tembloroso y apresurado en que se decía: “¡Anulo el voto, viva la democracia!”. “¡Voto nulo, viva Chile!”. “¡Políticos corruptos, soy demócrata!”. Se podía suponer que no eran personas ignorantes quienes así obraban y que lo hacían en medio de una gran tensión interior. Los analistas, en su mayoría, se escucharon a sí mismos y explicaron la abstención por sus propias razones, sin comprender el significado que ocultaban. Algo había cambiado en ese año. Prácticamente a diez años del plebiscito que había inaugurado la democracia nuevamente en Chile, aparecían claros signos de agotamiento en ese invierno del 97.

Habrà que decir que la campaña del candidato de la centro-derecha en las elecciones presidenciales de 1999, Joaquín Lavín, captó hábilmente esta conciencia popular ya establecida. Todos los temas de ese invierno fueron asumidos por el joven candidato en su discurso: la inseguridad de las personas en su vida cotidiana, la mala gestión de los programas de servicios del Estado, la inseguridad frente a la salud, la desocupación y mala calidad de los empleos y la inserción laboral inestable, la mala calidad de la vida urbana, la falta de oportunidades en la educación, especialmente para los jóvenes, en fin, el conjunto de deman-

das y problemas que fue conocido como “lo que quiere la gente”.

Una campaña de medios muy bien desarrollada, con grandes recursos y gran poder de convicción hizo el resto.

El proceso de toma de conciencia en la población se produjo desde el año 97 al 99. Los medios de comunicación mostraron cual espejo, por cierto deformado, una realidad del país. Esa realidad se convirtió en conciencia, luego en un discurso que tenía base de apoyo, era “audible”, “escuchable” y, sobre todo, comprensible. Si las elecciones se hubieran realizado en septiembre del año 1999, probablemente Joaquín Lavín sería Presidente del país.

El discurso del candidato Lavín ,

sin embargo, tenía puntos débiles. Si bien apelaba a una realidad sentida por las personas, no era fácil comprender la manera en cómo iba a solucionar los problemas detectados. Al ir creciendo en los ofrecimientos, también fue acrecentando la desconfianza. El candidato triunfante, Ricardo Lagos, al pasar a la segunda vuelta, debió aceptar ese discurso, señalando: “Escuché la voz de la gente”. El *vox populi* no era, ni es, otra cosa que el discurso ya interiorizado en las personas, la evaluación ya realizada de las conciencias, la mirada atraída y a la vez desconfiada por el modelo de desarrollo económico y social de la modernización que se quiere lograr en Chile.

La pobreza n
nunca me ..."

Siempre quise

...)

un rechazo

me da mi
miedo

!

PRIMERA PARTE

La gente del país urbano

El país urbano ha crecido. La mayor parte de los chilenos vive en grandes ciudades. Solamente en Santiago habita el 47 por ciento de la población, y en las diez ciudades más importantes, el 65 por ciento de todos los habitantes del país.

La forma de la ciudad y la vida urbana han cambiado. Los viejos barrios agonizan, las distancias y la segregación espacial se acrecientan. En la ciudad se plasman las promesas y los signos de la modernidad. Sus paseos y grandes centros comerciales, su infraestructura, su ritmo acelerado y el tránsito generalizado, alimentan el sueño urbano de sus habitantes. Caminando por el paseo Ahumada, recorriendo los *mall*, mirando sus vitrinas y luces fluorescentes, el hombre y la mujer de la calle —pobres y ricos— construyen un imaginario esperanzador de ciudadano urbano. Espacio de inclusión y exclusión, de encuentro y confrontación, la ciudad se levanta desde sus múltiples caras. Porque junto a las promesas de la modernidad, el anonimato, la violencia, la pérdida de sentido, las dificultades de la vida cotidiana, se instalan para dar cuenta también del carácter desestructurante de estas transformaciones. Las ciudades de este país tienen dificultades para levantar una historia amable y común entre sus habitantes. En cada ciudad conviven muchas ciudades, muchos países que a menudo no se encuentran.

En Chile, se dice, no hubo ciudades, sino pueblos. Por eso no hubo barrios. La misma vida de Santiago hasta entrada la segunda mitad del siglo era tranquila y pueblerina. País pequeño y ciudades pequeñas, fáciles de transitar. La vida urbana estaba ligada al campo. Las clases altas se relacionaban con las haciendas y las clases bajas de la ciudad tenían una experiencia reciente de migraciones. Hasta la década del sesenta, en las poblaciones del Gran Santiago más del 60 por ciento de los habitantes había nacido en el campo. La Reforma Agraria de los años sesenta rompió radicalmente las relaciones entre el campo y las grandes ciudades. Comienza a haber en Chile vida urbana propiamente tal.

La vida urbana se diferencia de la vida de los pueblos por la inseguridad y el anonimato. Es una experiencia nueva para los chilenos. Los años de silencio, represión y toque de queda nocturno, más de quince años, mantuvieron la vida urbana circunscrita en moldes duros. Recién en la década del ochenta, en las poblaciones de Santiago encontramos menos de un 20 por ciento de personas que han nacido en el campo. Las nuevas generaciones de jóvenes son quizá las primeras que no tienen experiencia rural, ni de sus padres ni de ellos mismos.

En la década del noventa, el proceso de urbanización, producto de la ruptura con el ámbito rural y la modernización acelerada, se consolidó. Se acrecentaron las posibilidades y oportunidades que otorga el anonimato de la vida urbana, pero al mismo tiempo se profundizó la soledad, la inseguridad, la amenaza de la desprotección. Fueron cambios que irrumpieron en la vida de los habitantes, en especial de Santiago, y desmejoraron la calidad de vida que antes tuvieron.

De estos encuentros y distancias nos hablan las historias de esta primera parte. Historias de personas de clase media joven que buscan, a veces con desesperación, las oportunidades que les otorga el mercado competitivo; habitantes de la ciudad de la antigua clase media que no se adaptan a las nuevas condiciones y peligros urbanos; habitantes urbanos pobres que se cruzan con los anteriores pidiendo limosna, cuidando automóviles o buscando trabajo; trabajadores anónimos que en la ciudad construyen y gastan sus vidas.

Durante la década del noventa, la economía chilena creció considerablemente, quizá más que en ningún otro período de la historia reciente de Chile. Entre los años 1987 y 1997, en tan sólo diez años se duplicó la riqueza nacional. Santiago, especialmente, se transformó. Aparecieron nuevas ciudades en la ciudad. La Florida era una zona de chacras y quintas hasta comenzar los años noventa. Hoy día es una de las comunas más grandes y populosas de Chile. Cientos de poblaciones alojan a la nueva clase media que ha surgido al amparo y entusiasmo del crecimiento económico de este tiempo. Surgen complejos comerciales repletos de vidrieras, luces, comida rápida, tiendas dependientes de cadenas internacionales, espacios públicos cerrados que en chileno se denominan “moles”, derivado del inglés *mall*.

35

Colegios de diversas denominaciones, por lo general privados y con fuerte énfasis en el idioma inglés, se levantan año a año. Acogen a los hijos de parejas jóvenes, familias con hijos pequeños, con un gran auto a la puerta. Maipú, de Santiago a la costa, era también parte de los extramuros de la ciudad hasta diez años atrás. Hoy día, al igual que La Florida, se ha transformado en una de las mayores expresiones de la nueva clase media chilena. Son los hijos de la modernidad.

La modernidad irrumpe en la década de los noventa con una promesa de ascenso e integración social. Poseer una serie de “baratijas de la modernidad” es sinónimo de éxito. Automóvil, tarjetas de crédito, ropa de marcas y teléfono celular. Una publicidad de estos teléfonos portátiles caracterizó al trabajador



Fotografía de Alvaro Hoppe

por cuenta propia y modernamente proactivo —le dio hasta apellido: Faúndez— que surge sonriente desde las pantallas de TV para mostrarnos, a nosotros, sociedad salarial, que todos, absolutamente todos estamos invitados a participar del festín de la modernidad. Sólo se requiere un teléfono celular y, como Faúndez, apostar a la movilidad social rápida. En un país acostumbrado a la desigualdad, la invitación deslumbra.

Este pequeño ciudadano vestido de consumidor está en el imaginario de muchos hijos de la modernidad. Y, sin embargo, todos saben que el drama de Faúndez es justamente ese: ser sólo un imaginario. Las historias muestran con crudeza que los hijos de la modernidad han aprendido a ser estrategias y oportunos. Pero, aun así, las promesas de la modernidad tardan; y cuando llegan, el costo es alto, a veces letal.

Las tres historias que aquí se relatan dan cuenta de estas promesas, pero por sobre todo, de los itinerarios y frustraciones de aquellos que han querido creer y apostar a esta modernidad. Son los jóvenes estrategias, que han hecho de la competencia y la oportunidad su herramienta de movilidad social.

Es la historia de Cecilia, joven vendedora de AFP. Su gran meta en la vida es ganar dinero. Porque el dinero le da la confianza, la seguridad y el poder a los que siempre ha aspirado. Vendiendo seguros, aprendió que con esfuerzo y trabajo nunca concretaría sus sueños. Para ganar hay que ser “pilla”, competitiva, estrategia, oportuna, estar y decir lo justo en el momento justo. La coima, la seducción, la mentira, la desconfianza son sus herramientas de trabajo. Aprendió también que en un mundo sin certezas no hay tregua, ni siquiera con los hijos. Y aunque se sabe cansada y sola, acepta que ese es el costo de la modernidad.

37

Es la historia de Marcelo, joven vendedor de una gran tienda. Trabajando en un *mall* aprendió que para ser vendedor hay que ser “hábil con la palabra, y mentiroso también”. Aprendió a competir y jugárselas por un espacio en esta sociedad. Competir por el estatus, competir por las tarjetas de crédito, por la apariencia, por el consumo, por no ser menos... Y en esa competencia no hay aliados posibles. Ni el sindicato, ni los compañeros de trabajo, ni la esposa, ni los hijos. La lección se aprende tarde, cuando el cansancio y el endeudamiento dejan en evidencia que se está irremediablemente solo.

Y por último, está la historia de José María, joven empleado de una financiera. Él siempre supo que sería más que su padre, hombre “conformista que nunca ascendió”. El sí se la jugaría por ser más. Para eso se preparó. Contaba con los recursos básicos que el trabajo bancario exigía: buena presencia, buen trato y agilidad. Tenía todas las de ganar. Las oportunidades se le dieron y él se la jugó por aprovecharlas. Y sin embargo, junto con la oportunidad de movilidad, los costos no tardaron en hacerse sentir: la droga, el endeudamiento, el agotamiento y la ruptura matrimonial terminaron con sus sueños de modernidad.

Éstos son los hijos de la modernidad. Hijos de una promesa, donde la sociedad se levanta como un mercado y donde la única exigencia es competir. Cada

acción, cada gesto se construye estratégicamente y se pone al servicio de un proyecto fundamentalmente individual. "Ganar plata" es la consigna. Las trayectorias de estos hijos de la modernidad no se entienden si no es en el marco de esta búsqueda fundamentalmente solitaria de éxito y movilidad social rápida.

En esta carrera, la sociedad entera, incluidas las relaciones más íntimas y cercanas, pasan a ser vistas en términos de concurrencia y rivalidad. La confianza, la solidaridad y el compromiso no forman parte de estas historias. El sentido de pertenencia a un nosotros, sea éste el trabajo, el barrio o la familia, sólo adquiere sentido si contribuye a la realización del propio proyecto. El compromiso no es sino con uno mismo, dice Cecilia. Y entonces no es de extrañar que valores como la honestidad, el esfuerzo, la responsabilidad, sean percibidos también como recursos, como ideas más útiles que verdaderas. Son valores con las cuales también hay que saber transar, si lo que se quiere en la vida es triunfar.

Trabajar de vendedora de seguros¹, de cajero bancario, de vendedor en un *mall*, es, sin duda, acercarse a esta promesa y a un conjunto de oportunidades. La satisfacción de vestir bien a los hijos, equipar modernamente la casa, tener un auto último modelo, tarjetas de crédito, teléfono celular, capacitación y estudios vespertinos... es parte de las oportunidades reales que ofrece la modernidad a sus hijos. Pero nada es gratuito, la modernidad tiene sus costos. Un estudio reciente señalaba que un 27 por ciento de los trabajadores, especialmente empleados de cuello y corbata, consume habitualmente drogas. El stress, la soledad y el sinsentido de la vida moderna está presente en estos hijos de la modernidad.

38

Y sin embargo, en términos objetivos y medibles, podemos establecer que la clase media se ha beneficiado con la democracia de los años noventa. Según la Encuesta Casen realizada en 1998,² el 27 por ciento de los núcleos familiares³ del país son de "ingresos medios", lo que significa que perciben en promedio

¹ Hace dos años atrás, en 1998, cientos de mujeres, principalmente vendedoras de las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP), aunque también había hombres, se declaraban en huelga y realizaban ruidosas y expresivas manifestaciones en las calles de Santiago. Reclamaban sus derechos de vendedoras frente a una nueva disposición de la Superintendencia de AFP, que regulaba la facilidad con que los cotizantes se traspasaban de una institución a otra. Al parecer, la reafiliación se había transformado en un lucrativo negocio.

² Ministerio de Planificación y Cooperación (Mideplan), "Resultados de la VII Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional-Casen 1998" (Santiago de Chile, agosto de 1999). La División Social del Ministerio de Planificación y Cooperación ha publicado detalladamente las cifras, que tienen como base comparativa el año 1990. Es uno de los mejores instrumentos cuantitativos para el análisis social de la década. La citaremos simplemente como Casen 1998.

³ Se distingue entre *hogares*, que en el país son 3.742.683, y *núcleos familiares*, que son 4.487.168. Ello implica que existen 744.485 núcleos familiares secundarios, denominados generalmente "allegados", esto es, que en un mismo hogar vive más de un núcleo familiar.

algo más de 315 mil pesos mensuales.⁴ Estos sectores medios han sido beneficiados durante la década del noventa por la expansión económica.

El análisis de las cifras de distribución del ingreso entre 1990 y 1998 muestra que los deciles 7, 8 y 9, esto es, los tres claramente de clase media, han sido los únicos que han aumentado su participación en los ingresos totales del país. El séptimo tramo de ingresos subió su participación de 7,8 a 8,3 por ciento; el octavo, de 10,3 a 11; y el noveno, de 15,2 a 16. Es preciso señalar que el decil más rico, esto es, el décimo, bajó su participación de 42,2 a 41,3 por ciento.⁵ Ese punto en la distribución desde los más ricos no fue a parar a los más pobres o a los obreros y trabajadores, sino a este sector moderno que aquí nos cuenta sus historias. Incluso el sector trabajador cedió pequeños porcentajes de su participación en los ingresos totales, los que fueron apropiados por la clase media. La clase media se ha beneficiado con la democracia de los años noventa.⁶

No son pocos —representan más del 40 por ciento de los hogares del país— éstos que se reconocen y que reconocemos como la vieja clase media y la nueva clase media.

Chile en los años noventa ha visto aumentar este sector; ha vuelto a ser, en cierto modo, un país con una gran clase media, aunque aún no es “un país de clase media”, como quiso serlo hace décadas atrás. El 50 por ciento del país es pobre o de ingresos bajos: son los trabajadores del país. El 7 por ciento representa, en cambio, los ingresos altos del país.

El promedio de ingresos de estas últimas familias es sobre dos millones de pesos mensuales.⁷ El resto vive en esa informe y difícil de entender franja que se autodenomina “clase media”. Porque quizá lo que más nos ha impactado en

⁴ El 17,5 por ciento son de ingresos medios altos, lo que significa un ingreso promedio de alrededor de 666 mil pesos. El promedio per cápita es de casi 100 mil pesos, y 222 mil pesos en el segundo sector mencionado, lo que muestra que éstas son familias modernas y pequeñas en las que generalmente trabajan ambos cónyuges. El 25 por ciento del primer grupo posee vehículo, ya sea para trabajarlo o de carácter particular, y el 50 por ciento del segundo grupo lo tiene. En torno a estos sectores está la clase media chilena propiamente tal. El primer grupo abarca la clase media que se autodenomina como “media media”, y el segundo, la clase media acomodada.

⁵ El grupo de altos ingresos establecido por la Casen equivale al decil 10 o veintil 19 y 20. El promedio de ingreso nacional se ubica entre el veintil 15 y 16; eso significa que las tres cuartas partes de los hogares chilenos están bajo el promedio de ingresos nacional.

⁶ Analizamos los ingresos autónomos, esto es, monetarios, sin tomar en cuenta los subsidios del Estado. Al analizar los subsidios directos que el Estado entrega, se produce una pequeña diferencia en favor de los sectores más pobres, que son los beneficiados por estos traspasos. Véase Casen 1998, Documento N° 1, p. 23.

⁷ En esta investigación no hemos analizado este sector. Requiere de una investigación particular para poderlo captar con claridad, ya que no es homogéneo. Las historias de vida que se hicieron en este sector no daban cuenta de su realidad viviente, sino más bien de sus ideologías y deseos realizados. Posiblemente no se ha desarrollado “la antropología de la riqueza” ni la etnografía de las clases altas. Es un déficit metodológico del que damos cuenta y reconocemos.

este trabajo de investigación ha sido la manera como los diversos grupos o capas sociales de la población reaccionan a los procesos de modernización rápida que han ocurrido en Chile en los últimos años. Es por ello que no hablamos ya de "clases sociales, como se hacía en décadas pasadas. Es un concepto que ha quedado estrecho para captar la dinámica de esta sociedad. Señalamos por ello que hay sectores de la clase alta chilena que ven en la modernidad una amenaza a sus privilegios y que reaccionan conservadoramente frente a ello. Vemos que, en cambio, hay sectores de esa misma clase alta que se abren a las oportunidades de la modernidad y comienzan a aparecer como un nuevo sector de empresarios progresistas y audaces, capaces de enfrentar creativamente la globalización de los mercados, de las costumbres y hábitos; en fin, capaces de salir de la vida pueblerina chilena. Pero esa misma disyuntiva se produce en los sectores medios. Por eso no se puede hablar ni de sectores dominantes de clase alta, como un solo conjunto homogéneo, ni de clase media como un grupo unívoco. Hay una clase media que es producto de la modernización reciente y que ve en ella una oportunidad, y hay una clase media que es producto de anteriores modernizaciones y que ve en esta nueva ola modernizadora una amenaza. En los otros grupos sociales ocurre algo semejante: grupos emergentes y sectores populares que se han quedado rezagados por los procesos a que ha conducido la integración en el mundo global del país.

40

Por cierto que hay grupos que poseen mayores fortalezas para enfrentar estos desafíos de la modernidad. Hay otros que son más vulnerables. Las historias de estas clases medias nos permiten analizar de manera quizá más compleja la sociedad chilena de los años noventa y comprender mejor sus conductas, porque no cabe duda de que los temores e inseguridades de un sector y otro son radicalmente diferentes. Esa diferencia se visualiza muchas veces en culturas altamente escindidas. Por ejemplo, en conceptos referidos al valor del trabajo muy distantes entre estas nuevas capas medias acostumbradas a buscar la oportunidad, y las antiguas, que valoran el trabajo sistemático, la honradez a toda prueba, y que se sienten incapaces de "jugar con las reglas del juego" dominantes en el mundo actual. Porque hay una concepción de decencia, de moral, que está subyaciendo en cada una de estas historias y que muestra que entre una y otra clase media hay diferencias profundas. La nueva clase media ha asumido una mirada profundamente secularizada y materialista que la conduce a establecer nuevos códigos de moralidad.

Las historias que a continuación se transcriben nos hablan de estos cambios, de estos sueños, de esta nueva sociedad que ha nacido y se ha desarrollado al amparo del crecimiento económico reciente.

CAPÍTULO UNO

Los hijos de la modernidad

VENDER SEGUROS, VENDER LA VIDA⁸

Yo nací en La Florida en el sesenta y cuatro. Soy la segunda de cinco hermanos. En realidad, mi niñez fue bien bonita. Después pasé momentos difíciles en mi juventud. Con mi papá nunca conversé: mi papá era la persona que tienes que respetar. Yo le tenía cierta rabia. Mi papá era bien estricto, él fue siempre muy estricto. Cuando éramos niños, yo considero que éramos tranquilos. Hacíamos maldades y nos pegaba, con correa con la hebilla, con todo, y no te perdonaba.

Mi mamá nunca levantó la mano, a menos que tú le hubieras contestado mal. Te agarraba a escobazos, pero mi papá no. Yo me acuerdo cuando yo era más chica, yo estaba en el colegio, él llegaba del trabajo y yo arrancaba, le tenía miedo. Él siempre andaba retando; era para eso, para retar o para llamar la atención. De mi mamá no tengo muchos recuerdos, no me puedo acordar bien; para mí, mi papá fue bien fuerte.

Yo me puse bien rebelde. Yo creo que era una forma de rebelarse contra la autoridad; nunca me ha gustado que me traten así, nunca. Yo te digo, hasta el día de hoy no le aguanto a nadie. Mi papá siempre fue muy exagerado, él altiro iba a la violencia total. Yo creo que por eso yo me puse así.

Yo sinceramente aprendí sola afuera, y creo que los chiquillos también. Mi mamá a mí nunca me dijo que yo me iba a enfermar. Mi papá me dijo un día, y a mí me dio vergüenza. Son cosas fuertes para mí, que un hombre te venga a decir, “te va a llegar el momento en que te vas a enfermar, te va a llegar el desarrollo”. Al final me daba una vergüenza espantosa. Entonces yo me puse a llorar y dije: “Por qué mi mamá no me lo dijo, por qué él siempre encima de todo”.

⁸ Entrevista a Cecilia Álvarez, realizada en Santiago, 1999, por Susana Aravena, SUR.

Mi papá es súper católico, mi mamá también. Nosotros somos católicos, pero yo no profeso la religión. Me puedo llamar católica, pero no voy a misa, aunque creo en Dios y la Virgen.

Mi papá estuvo con el régimen militar. Él estuvo en la Escuela de Carabineros y cuando se fue de la Escuela, él quedó con esa formación y vio que no era mala. Porque siempre ha dicho lo mismo: que la parte militar siempre es buena, porque tiene disciplina, valores. Incluso tenía libros que yo leí.

Nuestra formación fue demasiado marcada, porque mi papá siempre nos estaba hablando de la religión. Él nos leía libros de religión, nos hablaba siempre. Éramos chicos y nos hacía escuchar conciertos, nos obligaba a ver los conciertos, nos leía libros que no correspondían a la edad. Siempre la moral encima. Yo creo que de repente se produjo un conflicto. Si me preguntas ahora qué moral tengo, me he tenido que chantar en muchas cosas para poder mantener la moral. Es una moral fuerte, digamos, que te la metieron de chico, que sé yo; pero yo no te puedo hablar de moral.

Educación escolar y rebeldía adolescente

42 Yo estudié en las monjas inglesas, que quedaba cerca de la casa. Creo que mi problema partió cuando me cambiaron de colegio. No alcancé a hacer toda la enseñanza básica ahí. Lo que pasó es que estudiábamos todos allí y llegó un momento en que no se podía pagar a todo el mundo el colegio particular. Mi papá dijo: "Bueno, vamos a tener que retirar a algunos del colegio". Y determinaron que las mujeres se iban a la escuela fiscal y los hombres quedaban en el colegio particular. Yo ahí como que me rebelé. Esa decisión fue un poco machista: que tengan una mejor educación los hombres, porque, por último, la mujer se casa y la mantienen, mientras que los hombres tienen que trabajar obligatoriamente. Por ese lado también es comprensible, pero yo lo pasé muy mal con el cambio de colegio.

Yo estaba en sexto básico, pero me acuerdo bien. Fue una cosa muy marcada en mí. Para mí, estar en el colegio de las monjas era todo. Me gustaba, era mi vida, estar con otras personas de la misma condición de uno. El cambio fue brusco. Me cambiaron a una escuela fiscal. Yo veía a las niñas como niñas antiguas que usaban las típicas trenzas, los delantales de colores; más desordenado todo el ambiente. Todo era distinto. La pobreza se veía en todo, en las personas, en la escuela. Era una escuela súper antigua su construcción, una de las escuelas más antiguas. Era más que nada el edificio y la gente, las cabras; no se peinaban, con piojos, con las calcetas abajo, entonces yo no quería que me tocaran. No quería que nadie me viera cuando me iba al colegio. Tenía que pasar por el lado de mis ex compañeras. Para mí fue terrible, a mí esa cuestión me marcó cualquier cantidad. La pobreza nunca me ha gustado. En esa época era como un rechazo a la gente pobre, porque tú no tenías opciones. La pobreza a mí me da miedo, a mí me asusta y no me gusta.

Yo no le haría nunca eso a un hijo mío. Trabajaría en cualquier cosa para darle una buena educación.

En el liceo me puse rebelde, hacía la cimarra. Era buena alumna, me iba bien en la escuela. Nos íbamos a la plaza, nos comprábamos botellas de pisco y

llegábamos borrachas al colegio, fue una época difícil para mí. Fumaba antes de entrar al liceo, no le hacía caso a nadie, me mandaban al pizarrón y yo decía que no.

Mi papá quería que todos llegáramos a la universidad. Yo no llegué a la universidad. Mis hermanos sí llegaron. Mi hermana llegó varias veces y no quiso estudiar más. Yo no llegué, porque también fue una cuestión de rebeldía.

Cuando salí de cuarto medio, empecé a ir a la parroquia. Era toda esa onda de las parroquias, la comunidad cristiana. Me metí a eso, ayudábamos a la gente pobre. Me metí a un grupo donde iban a despiojar a los niños más chicos a las poblaciones. Ahí yo tuve un cambio y me metí a esta cuestión comunitaria; para mí era lo máximo, para mí era todo. Después me estuve preparando para ser monja, empecé a ir a un convento para ser aspirante.

En ese grupo de la parroquia, me hice de amigos. Es la parroquia principal de mi comuna; de ahí fue todo mi grupo de amistades, todo ese grupo. Después tuve la mala suerte de pololear con un tipo que no era del grupo; llegó de repente y me enamoré mucho de ese hombre. En esa época tenía veintinueve años y él tenía treinta y siete. Ya tenía arrugas, era hombre viejo, y él era de la CNI en esa época. Era un tipo raro. Lo conocí ahí mismo en la parroquia, llegó de repente. Lo vi siempre muy cerca del padre de la parroquia, como muy amargado. Nos pusimos a conversar y él me contó que había hecho atrocidades y yo no entendía qué atrocidades había hecho.

Yo creo que me llamó la atención porque era muy enigmático. Era muy fanático de Pinochet. Yo me acerqué a él porque en realidad lo veía como bien tristón. Porque llegó allá como por arrepentimiento. Me decía siempre que no podía entrar a misa, porque el padre le tenía prohibido entrar a misa. Él no me podía contar las cosas que había hecho. Ahora entiendo las cosas que habrá hecho.

Él entró vigilando a los grupos. Él siempre andaba viendo la parte política, siempre han visto a la Iglesia como algo político. Los demás se dieron cuenta y los grupos ya no eran como antes cuando entraba él. Anduve con él cuatro años y me hizo mucho daño. Era casado.

Yo conocí a mi esposo cuando hice un curso de secretariado. Al principio del pololeo lo pasábamos bien, íbamos a todas las protestas, porque él era de esa onda. Los carabineros nos apaleaban, nos tiraban agua, era súper politiquero y yo me puse igual que él. Él era de izquierda y yo atrás también, y lo pasábamos súper bien.

No era una cosa seria, no era una relación digamos como para casarse. A él siempre le gustó otro tipo de mujeres. La típica modelito, rubia; le tiraban las mujeres rubias, siempre. A mí siempre me andaba trayendo escondida, no me quería mostrar. Yo no decía nada, porque pensaba que era mejor así. Hasta que alguien de la casa le contó de mi pololo de la CNI, que yo antes tomaba trago y todo eso. Eso me embarró la onda, porque él venía de otra cultura. Él era hombre nortino, distinto al hombre penquista; es muy machista. La mujer para ellos tiene que ser una mujer sumisa, que tenga una vida sana. Para él fue fuerte y cambió la relación de nosotros. Me criticaba haber andado con este tipo, siempre me criticó eso y teníamos las peleas. Con el tiempo lo empecé a querer,

realmente lo quise, lo quise harto. Lo único bueno de todo eso fueron mis hijos; después, ya todo se echó a perder y nos separamos.

El trabajo: la AFP

Después de un tiempo de estar en la casa, decidí que yo quería trabajar. Yo sabía que había gente que ganaba plata y yo quería ganar plata. Una vez, mirando *El Mercurio*, apareció un aviso: ¿Usted quiere trabajar y ganar trescientos mil pesos? Llamé por teléfono, era una AFP. Entonces hice el curso. Te explicaban el trabajo que tenías que hacer, te hablaban en general de lo que es la AFP, los fondos de pensiones. Yo no tenía idea del tema de las AFP, pero dije: "Trabajo sola y no pienso en nadie más, pienso en mí solamente". Y así lo hice.

Yo siempre he sido una persona que fácilmente llega a otra persona; tú me puedes mandar a hablar con el Presidente de la República, y yo voy a hablar con el Presidente de la República. De partida, tienes que tener carácter y personalidad para esto. Yo el primer traspaso lo hice en una constructora. Fui sola, me fui a tirar a los leones; porque en realidad los tipos ahí son groseros, son como bien rudos, horribles. Ellos me trataban como que si fuera última y me decían que son todas iguales.

44 Mi trabajo era importante en esa época para mí, y yo creo que era inocente. Creo que ellos se cambiaron conmigo porque captaron que yo era nuevita en este asunto. No querían, pero yo les dije: "Mira, es mi primera venta, es la primera vez que yo trabajo en esto; yo no sé si será bueno, porque en realidad es la primera vez. Ustedes tienen su trabajo, pero yo no tengo, yo necesito ganar plata. Ustedes me ven bien arregladita, pero toda esta ropa es prestada". Entonces ahí los tipos como cambian. Esta gente, cuando ve que tú eres igual que ellos o un poquito menos que ellos, te tratan muy bien; pero si tú vas con aires de grandeza, chao no más.

Yo hice el primer mes los diez traspasos que me pedían y las rentas eran buenas. Me di cuenta que en la AFP había tipos que ganaban plata, cuatrocientos mil pesos. Entonces me gustó la idea de tener yo ese tipo de rentas. Estuve ocho meses que me iba, que me quedaba, pero la cantidad de rechazos era mínima. Pero yo veía que otros ganaban mucha más plata que yo. Después pasó un poco el tiempo y yo me empecé a cansar. No ganaba lo que yo quería. Me dolían los pies de tanto caminar, de tanto recorrer calles, negocios, locales; hasta me salieron lágrimas en la calle. Salía de mi casa a las ocho y media y trabajaba hasta las nueve o diez de la noche.

Las rentas que yo lograba en el año noventa y tres eran bajas, de ciento veinte, ciento cincuenta mil pesos. Ahí uno no tiene sueldo base, era la pura comisión no más. Sin contrato, sin previsión, sin nada.

Sobrevivir: coima y seducción

Aquí para ganar plata tú tienes que dar plata, hasta puedes ganar millones. A mí me dio temor en un principio, eso de andar dando plata. Uno se informa de las rentas altas, porque tenemos los famosos pantallazos. El pantallazo muestra a través del computador a las personas que están cotizando en mi AFP.

Entonces nosotros nos dirigimos a estas personas, hablamos con ellos y les pedimos que nos digan qué contactos tienen. El trato funciona así: Por ejemplo, uno hace el contacto y esa persona te dice: “Yo te voy a dar treinta personas, pero necesito seiscientas lucas para mí y el resto quince lucas cada uno”. Imagínate cuanta plata.

Sobre las coimas, todos saben que se hacen, pero nadie lo dice y nadie tiene pruebas como para decirte “tú lo haces”. Entonces tienes que cuidarte mucho; pero la envidia se nota entre nosotras, en el grupo se nota. Las compañeras te tiran las cosas bien así torcidas: “Se nota que estás pagando”. “No —digo yo—, yo soy buena vendedora, no pago ni doy regalos”. Aunque lo haga.

Es difícil que una persona, por muy buena vendedora que sea, gane plata aquí. Quizás antes, cuando estaba el *boom* de las AFP, pero ahora ya no; porque es lento. Más encima que todo esto se ha publicado por la televisión. Entonces la gente te tiene ahí no más, tenemos mala fama. Tú vas a ver una persona sanamente, y si es hombre, fijo que te va a tratar de engatusar, o si no te piden algo a cambio. Ahora, más que nunca, todos piden algo: plata, reloj, zapatillas, un personal o teléfonos inalámbricos. Hace poco estuve con la tontera que me encallé regalando relojes Citizen, de los que valen como setenta mil pesos. Pero no da tanto resultado, porque a la gente le interesa la plata. Es la plata la que le gusta a la gente; a una persona le ofreces plata y hace cualquier cosa.

Los hombres, fijo que te invitan a salir. En las AFP, en la mayoría de los casos son vendedoras mujeres. Yo creo que es porque en este tipo de negocio, las empresas necesitan la mujer porque engancha más. En este país manda el hombre; lamentablemente, es así. No se ven mujeres allá arriba. Aparte que es más susceptible la mujer. Tú sabes que en los tiempos pasados, entre los agentes de espionaje había mujeres. Acá pasa lo mismo. Una mujer que se arregle bien puede engatusar a un hombre.

Yo no me considero fea, bonita tampoco; soy simpática para tratar a las personas, sobre todo a los hombres. Yo he aprendido a ser coqueta, a llegar a los hombres. Entusiasmarlos, pero sin ir más allá. Esa es una debilidad de los hombres y yo he sabido aprovecharla.

En este trabajo uno tiene que demostrar cierto encanto; tienes que llamar la atención para que la persona te capte. Si es una persona que no se pinta, no te pesca nadie. De repente hay vendedoras que saben mucho del tema, pero no se saben arreglar. Ahí no les sirve de nada la experiencia. Una mujer sin atributos físicos, aquí no tiene nada que hacer. Aunque parezca duro, es así.

A veces acá en la empresa llegan niñas, y las dejan. Prueban si captan a alguien, pero ellos saben que no les va a ir bien. Nosotras no sabemos cómo decirles. La gente nueva no sabe que hay que coimear para poder ganar plata. Algunos llegan y creen que con esfuerzo, con dedicación van a salir adelante, pero se dan cuenta que no se puede; no saben como lo hacemos nosotros. Sólo algunos aprenden después que pagan el noviciado y son astutos también.

Esto va mucho por la vista. A mí siempre me pasa; yo hago por teléfono el contacto con gente que no conozco. Les digo: “Sabe que me gustaría hablar con usted”. Me responde: “Sí, pero es que no quiero, que esto que el otro”. Entonces le digo: “Pero déme la oportunidad, si son cinco minutos”. Voy y me arreglo

especialmente, me miran y me tratan súper bien. Cambia todo el trato. Los hombres son unos fresco altiro.

La mayoría de las veces, con la vista tú notas. Los más frescos son los viejos. Conmigo el trato con los viejos es espantoso. Es desagradable. Los gallos te invitan, te toman de las manos, no hallan cómo tocarte, poco menos que te tiran agarrones, pero no todos. Es por la vista, por la manera de hablarte, pero hay algunos que les gusta el tacto y te andan tocando, o te invitan. Recibes todo tipo de invitaciones a comer y salir.

Hay compañeras que les ha tocado algunas situaciones complicadas y tú sabes que aquí todo se sabe. Ellas salen con los clientes y muchas veces tienen que ir a la cama. Especialmente con gallos que ocupan cargos y les ofrecen una buena cantidad de traspasos. Ellos no te firman hasta que tú vas a la cama; es como pasando y pasando. Pero finalmente todo depende de uno. Yo no soy coqueta por teléfono; yo soy agradable, pero siempre manteniendo la distancia con la persona, y esa parte a mí me ha ayudado. Es como que se nota el coqueteo fácil. Después te llaman, casi te exigen que tienes que irte a la cama.

46 Esto ya es una mafia a nivel nacional. Son los mismos empresarios, los mismos jefes de personal los que están ganando plata con esto. Yo estoy segura de que empezó la gente de las AFP haciendo esto, pero ahora la tortilla se dio vuelta. Ahora son las personas las que están exigiendo un sueldo aparte, porque ahora necesitan más ingresos. Uno ya no sale a buscar a los clientes, a uno lo llaman y le hacen los ofrecimientos. Hay que tener cuidado también, porque son tipos pillos y siempre quieren ganar. Ya no busco nuevos clientes; de repente sí, pero cuesta. Todo el mundo ya está al tanto de lo que pasa, entonces ya te están exigiendo cosas. Incluso acá han llamado: "Oye, ustedes cuánto están ofreciendo, porque a mí me están ofreciendo esto". De repente contesta un jefe, que sabe de esta situación, pero se hace el tonto, como que nunca lo ha escuchado. Es lógico, no pueden reconocerlo públicamente, porque esta cosa es tabú; aparte que está penado por la ley.

La desconfianza

Acá es pura desconfianza. Acá el mundo laboral para nosotros es desconfianza. Tienes que desconfiar del que está al lado, de todos. Aquí no existe el compañerismo, y menos la amistad; cualquiera te jode. También acá la gente es muy esotérica. Se cree en las cábalas, ese tipo de cosas. Nos vemos la suerte seguido, para los negocios, o hacemos los famosos sahumeros para atrapar a la gente.

Acá hay mucha competitividad, hay mucha envidia y la ambición es terrible. Más encima, el trato que tiene la gente contigo; todo eso genera una envidia espantosa. Tú tienes que ser desconfiado; si no, después te están pelando, te están inventando cosas. Hay que tener mucho cuidado. Yo acá no estoy ni muy adentro ni muy afuera, prefiero que no me tomen en serio. Es la mejor manera de llevarse bien con todo el mundo, no ser una persona seria, que no te puedan conocer realmente como eres. Yo prefiero que me vean así, superficialmente. Me río con todos, echo tallas. La cosa es que no seas una persona muy sobresaliente. Yo me cuido mucho de eso. Yo ahí calladamente gano, no lo digo.

Igual está el jefe ahí que te dice “oye, ganaste tanto”, y se lo comunica a los otros jefes. Te consideran un buen agente.

A mí me gusta el trabajo que yo hago, me da satisfacción. Como profesional nunca ganaría la plata que gano; yo siempre quise ganar plata. Y yo, sin estudios, gano. La verdad es que me da satisfacción y lo valoro muchísimo. Nunca tengo sentimientos de culpa, porque cada uno se las arregla como puede para ganar su plata, que es lo que importa. El resto es problema de cada uno.

Yo ahora estoy haciendo sobre el millón y tengo que mantenerme en ese millón. Si yo bajo de ese millón, empiezan a cuestionarme, es una exigencia implícita. Claro, mientras tú más hagas, más te exigen; no puedes bajar.

La tensión de todos los meses, si tú no trabajas, no ganas plata. Tienes sueldo base —lo mío son como setenta mil y tanto—, de ahí partes. Al principio es complicado, porque te da como un poco de pánico, siempre. Es complicado tener que estar siempre partiendo de cero, sin la certeza. Eso hace que muchas personas hagan cualquier tontera por tener plata, porque una igual se encalilla, se compromete y al final del mes hay que cumplir. Lo que no me gusta, es esa cosa de la tensión de todos los meses, que no sé lo que va a pasar mañana. El trabajo no es seguro tampoco, porque para mantenerte acá, constantemente tienes que producir. Acá te conviertes en una máquina de producir. No interesa cómo lo hagas, pero producir afiliados buenos, rentas altas.

Aquí la gente se enferma mucho de estrés; el ritmo que aquí se vive es muy fuerte y no todos tienen la misma resistencia; hay gente que es débil y no aguanta esto. Es por eso que hay mucha licencia médica. Y por lo mismo, las Isapres no nos aceptan, porque se enferman muy seguido. Casi todas las enfermedades son psicológicas, a veces inventadas y a veces reales, pero eso pasa.

47

Mantener el estatus

Toda persona que gana plata tiene que mantenerse; es como estar en una tensión permanente. Entonces es bien complicado, porque nosotros estamos bien propensos a endeudarnos hasta el cuello. Acá te exigen, tienes que ver la apariencia. Yo ya estoy pensando en ir a arreglarme el pelo. Ese es el asunto; tú no puedes andar mal. Tengo mis vestidos y me los cambio, tengo que comprarme cosas nuevas. Acá casi a todas nos gusta cambiarnos ropa todos los días y tener pintas distintas. Te encalillas con la ropa, con perfumes caros y hay que estar pagando los celulares, el auto. Son muchos los gastos, tienes que mantener tu estatus de cualquier manera.

En todo caso, yo estoy súper contenta, porque con la cantidad de plata que gano, a mí se me han abierto las puertas en todos lados. En todas partes, en los bancos, en las financieras, en el trato con las personas. Yo ya no me junto con gente que gana poco, yo ya estoy en el nivel de que hablo con gerentes. Es otro trato, me miran bien cuando voy a una casa comercial. Cuando te piden sacar una tarjeta y tú las sacas todas, eres un cliente preferencial. Te llaman los bancos, te ofrecen que esto, que el otro. Te ofrecen todas las tarjetas de créditos. Yo las tengo todas, creo.

Todo cambia, las amistades también. Ahora todo el mundo me mira de otra manera. En la familia me miran de otra manera, yo no soy tonta. Uno cuando

tiene, la gente llega. Si tú no tienes nada, la gente no llega no más. Para mí la parte material es importante. Yo tengo una seguridad para mis hijos y para mi familia.

Yo ahora tengo hartas deudas, yo tenía que pagar setecientos mil pesos mensuales. Ahora ya me bajó y estoy pagando cerca de cuatrocientos. Son los gastos mensuales y las deudas que hay que pagar, créditos en los bancos y financieras, también en las casas comerciales. Yo he gastado en comprarme un auto y un equipamiento moderno para mi casa. No me falta nada, eso sí. Y bueno, tengo mucha ropa y mis hijos también muchos juguetes, me doy mis gustos.

El dinero

Yo empecé sola en esto, a las chiquillas les dio terror. Yo me arriesgo a todo, porque lo mío era plata. La plata me da confianza, la plata me da seguridad. Yo creo que hasta el día de hoy es más que nada seguridad; y los gustos también, para qué estamos con cuestiones.

La plata a mí me da seguridad en todo sentido. Yo lo veo así, todo es plata. La gente dice que todo no es dinero, pero lamentablemente es la realidad de este país. En cualquier parte es la plata; están los valores, pero se complementa con esto. Si no tienes plata, no eres nadie. El mundo está materialista total. Para mí, la plata es muy importante.

48 La pobreza me da terror. Trabajando así me acostumbré a ganar arriba del millón. Para mí, ganar quinientos mil pesos es la nada misma, porque a mí no me alcanza. Mientras más ganas, más gastas, estás más encalillado en cosas, tienes que pagar. Entonces yo seguí, yo voy a lo que sea no más. Así es que empecé a trabajar sola y distinto.

A mí me inculcaron que había que ser honesta en la vida, para todo. Pero la honestidad hasta ahí no más, porque si tú quieres tener en esta vida, tienes que hacer muchas cosas que a ti no te gustan. Esas cosas las aprendí. Tú quieres ganar más de lo que estás ganando, tienes que hacer trampas, hay que ser pillito. Yo así lo veo; hay que ser harto pillito para ganar. Si estás ahí siendo honesto toda la vida, vas a estar ahí no más.

Estas cosas no se las puedo inculcar a mis hijos, tampoco. Siempre les hablo del esfuerzo. Para mí el esfuerzo es como estar tapando esto de las pillerías, de las coimas y de las trampas. Yo soy una convencida: la honestidad y el esfuerzo ya no existen, lo que hay ahora es pillería.

En un trabajo con una remuneración fija, no tienes posibilidad de crecer, de ser alguien más. En cambio, en este trabajo de ventas, tienes la posibilidad de crecer y ser alguien más. En el trabajo fijo, tú estás limitado. Para aspirar a ser gerente estás limitado. Pueden pasar años y no vas a ser nunca gerente, siempre vas a estar ahí. Te pueden aumentar el sueldo, cincuenta mil pesos... En cambio acá no; en ventas tienes la posibilidad de lograr llegar a donde quieres llegar, ganar lo que tú quieres ganar. Una persona puede ser honesta toda su vida, pero va a ser pobre o siempre va a estar ahí no más. Nunca va a surgir. Aquí uno aprende eso, a luchar con las mismas armas que te han enseñado.

La vida familiar

Vida familiar casi no tengo, para qué te voy a mentir. Yo llego a la casa en la noche. Lo que tengo que hacer con mis hijos lo hago en la noche, pero es muy poco el tiempo. De las cosas domésticas, yo no tengo tiempo de hacerme cargo de ellas, no soy capaz de tanto.

Uno se sacrifica, pero tiene sus compensaciones. Ahora estoy más tranquila, más independiente, sumamente independiente, porque es como que logré lo que yo quería. Hay costos personales, por ejemplo un poco en la vida familiar. No hay tiempo para compartir, para preocuparse del colegio de los hijos. Yo tuve que decidir: o mis hijos o el trabajo; o sea, en realidad la plata o mi vida personal. Y me di cuenta que no puedo tener todo a la vez. O es el dinero o es el amor. En realidad a mis hijos les dedico muy poco tiempo, porque yo llego tarde a la casa. Yo soy como la mamá distante; imagínate que casi todas las noches, cuando yo llego están durmiendo. Al otro día, corriendo levantarse para el colegio; esa es la vida que llevamos. Ellos tienen una relación afectiva mucho más fuerte con mi hermana.

Todos los fines de semana que puedo estoy con ellos, pero también es como que siempre los estoy postergando. Están más independientes también, porque ya no andan tan encima mío. Por un lado es bueno, por otro lado es malo. Aunque me dicen a veces que se sienten solos. Así están las cosas y yo las asumí así.

Yo me olvidé del asunto de la pareja; el problema es que yo me metí mucho en el trabajo. Puede ser una cosa de estatus en realidad, pero en realidad no veo ninguna posibilidad en la parte sentimental. Además que no me metería con cualquier tipo. Lo primero para mí es que gane plata; puede ser un muy buen tipo, pero eso no sirve de nada; para mí no sirve. Y no es fácil, porque los hombres que manejan plata también andan en busca de lo mismo y casi todos están ocupados. Yo creo que estos tiempos ya no son del amor; son tiempos de negocio, y la pareja es parte de eso.

Me siento bien con lo que he logrado y como que me río de la gente, de lejos me río de la gente. En realidad yo me di cuenta cómo es importante el dinero. Como que tienes poder, hartó poder con la gente y la gente cambia contigo. Si tú no tienes nada, la gente no te pesca.

49

Los sueños

En una limosina me gustaría andar en unos años más. Me gustaría tantas cosas en realidad, siempre lo he pensado. Lo que no quiero es la pobreza o la mediocridad. Me gustaría tener una familia, una pareja, más hijos, pero yo sé que esos son sueños, porque con la vida que llevo no tengo posibilidades.

La idea mía es después independizarme. Yo creo que en unos dos años más. Quiero poner un negocio; eso sí me gustaría: un negocio de algo, puede ser comida, ropa, cualquier otra cosa; pero independizarme, no depender de nadie.

Yo quiero llegar arriba y para mí llegar arriba es cuestión de valores. A mí siempre me ha gustado ir adelante de la gente. Me gusta sobresalir, tener plata y sentir que la gente me mira de otra forma. No sentir esa mirada como por encima del hombro que otros hacen. Quiero sentirme igual a ellos. Yo sé que soy

arriesgada, que llego y me lanzo; pero eso es para llegar arriba, sobresalir de los demás y tener lo mismo que otros tienen.

Yo sé que esto tiene costos, de todas maneras, en todo aspecto. De hecho, me siento súper sola, sin amigos, con unos hijos que apenas veo, con una familia que casi no nos comunicamos, pero así está la vida.

Mi vejez la veo triste, súper triste, totalmente triste. Pienso que no voy a llegar tan vieja, más que nada por problemas de salud; fumo como loca y el exceso de trabajo... a lo mejor voy a terminar sola y triste.

Presiento también que mis hijos no van a ser de aquellos que están pendiente de uno, porque es lo mismo que yo les he enseñado. Mis hijos tienen que ser más, mucho más que yo, ser profesionales. Ellos quieren viajar al extranjero, quieren andar en limosina, o sea tienen esas cosas muy agrandadas, ambicionan mucho. Me gusta que sean así.

Yo les he ido inculcando lo mejor. Es medio traumático de repente que no pueda ser; yo siempre les digo: "Si ustedes quieren lograr algo, tienen que tener las ganas de hacerlo y estudiar". Para mí lo ideal es que puedan estudiar afuera, pero para eso hay que tener plata.

UN VENDEDOR DE MALL⁹

50 Mi nombre es Marcelo González, tengo treinta años y llevo trabajando casi siete años en un *mall* como vendedor.

Nosotros somos dos hermanos, mis padres están vivos. Nosotros somos nacidos y criados en Rancagua. Mis padres se vinieron a Santiago a probar suerte en el año ochenta y ocho. Yo me vine a estudiar a la universidad. A estas alturas ya no queda nadie de mi familia en Rancagua. Ellos decidieron venirse a Santiago porque yo me venía a estudiar a la universidad y mi papá tenía un trabajo independiente. Entonces no me quisieron dejar solo y aprovecharon la oportunidad y partieron. Mi papá trabajaba en lo que era fumigaciones, tenía su pequeña empresa que nos permitía vivir bien. Y se vino a Santiago a trabajar en lo mismo; tenía algunos contactos que le facilitaron las cosas.

La educación

Yo estudié la educación básica en una escuela pública que quedaba frente a la casa. La enseñanza media la hice en un liceo particular subvencionado. De niño yo expresé más aptitudes artísticas que científicas. En la parte musical me iba bien desde niño, en canto y guitarra. Los papás siempre quieren que uno sea un abogado, un ingeniero, un médico, pero al final me apoyaron. Como veían que me iba bien y que ganaba premios, se resignaron. Me gustaba y me decidí

⁹ Entrevista a don Marcelo González, realizada en Santiago, 1999, por Susana Aravena, SUR.

por la música. Después me di cuenta que tenía algunas falencias psicomotrices que no me permitieron seguir lo que quería. Tenía buen oído, pero para sacar una pieza musical tenía que practicar mucho; no tenía el adiestramiento necesario con las manos. Estudié tres años pedagogía en educación musical en la Universidad de Chile. Ahí como que me bajó el ímpetu por estudiar.

En el mismo año ochenta y ocho empecé a pololear con una niña. Entonces llevaba como tres años pololeando y a uno empieza a picarle el bichito por casarse. Así que me salí de la carrera y empecé a trabajar.

Los primeros trabajos

Yo buscaba lo que saliera, pero en algo que tuviera que ver con el don de la palabra. Yo no pensaba irme a trabajar de obrero. Si hubiese tenido necesidad, a lo mejor sí. Quería algo que tuviera que ver con relaciones humanas. Lo primero que se me dio fue la parte ventas. Incluso hice un pequeño curso de una semana de unos productos que vendían.

Empecé a buscar trabajo por el diario *El Mercurio*. Recuerdo que me hicieron entrevistas en varias cuestiones. Uno de ellos eran unos cursos de inglés que vendían. Me pareció que era un engaño. Vendían a través del sueño, le ponían una almohada en la cabeza y quedaba un casete funcionando cuando dormías. Fue una cuestión muy vacuna y lo deseché. Un hermano se metió a ese curso y le fue bien, vende esos casetes y tienes que quedarte dormido escuchando y te garantizan que aprendes inglés. Yo no pude ahí. Hay que ser muy bueno con la palabra y mentiroso también, porque las maravillas no son tanto.

Después fue en ventas de utensilios de cocina, eran carísimos. Puerta a puerta, había que buscar en un cierto sector de gente, amistades, familiares, donde sea. Gente que tuviera más menos un estatus que te fuera a pagar; costaban una barbaridad esas ollas. Después encontré un trabajo que había que vender información que no tenía ni un interés para la gente. Vendí seguros de vida, seguros automotores. Era muy mal pagado. Ese rubro me gustó, pero estaba mal pagado. Me retiré.

El mall

Seguí buscando trabajo y vi que había un llamado de gente para una gran tienda de un *mall*. Vine a dejar personalmente mi currículum. Los requisitos que pedían era experiencia en ventas, y yo tenía muy poca experiencia en ventas; tener el cuarto medio rendido y en lo posible estudios superiores. Eso fue lo que me pidieron; yo puse todo en mi currículum y me llamaron a entrevista.

Las condiciones que me ofrecieron son las mismas que ahora. Un tres coma cinco por ciento de comisión por venta. En cuanto a los horarios, entraba a trabajar a las diez cuarenta hasta las nueve dieciséis. En ese entonces eran seis por dos, trabajábamos seis días corridos y descansábamos dos. Nunca nos tocaba un sábado con un domingo junto. Siempre tenía que trabajar un sábado o un domingo; a veces tocaba libre un domingo, cada mes y medio. Al pasar de los

años la empresa cambió y nos bajaron a cuatro por dos y nos dan un domingo por mes.

En cuanto a las regalías, no eran muchas. Teníamos y tenemos un casino donde nosotros llevamos las comidas, dan solo el espacio. Nosotros nos hacemos nuestro sueldo y de ahí nos descuentan previsión y salud. En base a las comisiones que ganas, te descuentan el veinte por ciento. O sea, en el fondo la empresa no nos paga previsión, nada de eso. Ahora entregan un bono de cuarenta mil pesos mensuales, para locomoción y colación.

Los ascensos

En ese tiempo yo entré a trabajar al departamento de menaje. Era un departamento que no vendía mucho, vendía muchas cositas chicas. Yo ganaba más menos entre ochenta y ciento veinte mil pesos líquidos. Después, cuando me manejaba bastante bien en el departamento, me cambiaron a calzado. El cambio era como una especie de incentivo para que ganara más plata. Fue bueno, porque significaba ganar más plata haciendo prácticamente lo mismo. Llega mucha más gente a comprar zapatos que a comprar ollas y tazas. Las comisiones son las mismas que en menaje; la diferencia es básicamente que uno gana más plata porque la gente compra una necesidad y eso es siempre. Sin zapatos no se puede andar. El sueldo cambió mucho; llegué a calzado y llegué a ganar un imposible de cuatrocientos mil pesos. Todavía estoy trabajando en lo mismo.

52

Acá hay posibilidades de ascender. Yo he visto pasar un montón de personas que van ascendiendo, pero no me ha tocado nunca. Lo que pasa, es que si uno se desempeña bien, como que se muestra sin querer. Yo creo que eso significó que me cambiaran a calzado.

Llegué a un departamento donde nadie me había pedido, donde no querían más vendedores. Hasta la jefa se puso la camiseta por su departamento y fue bien pesada cuando entré. Nunca le caí en gracia a la jefa y hasta la fecha todavía no le caigo bien. Yo pienso que mientras ella esté aquí, yo voy a seguir haciendo lo mismo. La movilidad depende mucho de la relación que estableces con los jefes.

Yo ya no podría acceder al mejor departamento de ventas, porque creo que zapatería es uno de los mejores departamentos de ventas. Después vendría iniciarse en las jefaturas. Primero están los jefes de supervisor de ventas, jefe de ventas del departamento, gerente de línea —que es el que manda a todos los jefes del piso—, y luego vienen los subgerentes y gerentes por tienda. Pero en general, los ascensos aquí son difíciles de lograr. Uno tendría que estar muy apitutado. Además que ahora los cargos de jefatura se entregan a profesionales, especialmente ingenieros comerciales.

En general, la gente que trabaja como vendedores son jóvenes; la gente de más edad está más bien en lo administrativo. Los vendedores en general, son gente menor de cuarenta años. Aquí tienes dos posibilidades: empiezas a realizar un trabajo administrativo o te van a buscar cualquier pretexto para despedirte. Eso es extraño, porque yo creo que una persona con edad tiene experiencia, sabe vender, sabe ofrecer el producto; pero aquí lo más importante es la presencia.

Las condiciones laborales

En cuanto al trato, sin ser bueno, tampoco es humillante. Los jefes siempre mantienen las distancias y no dejan que el de más abajo mantenga mucha información. Eso es algo que en este trabajo uno tiene que aprender rápido. Mantener las distancias, no ser patudo, como se dice; eso les cae mal a los jefes.

En estos trabajos siempre hay competencia; por lo tanto, la relación nunca es de amistad, es de trabajo. Cuando el jefe es relajado, las cosas funcionan dentro de lo normal. Cuando hay un jefe medio histérico, se traspasa a todos los que están a su cargo y se trabaja en un clima de tensión, de mucha exigencia y de mucho cuidarse las espaldas.

La relación laboral dentro de mi departamento es difícil, porque esta galla es muy loca, muy maniática, hay que hacer las cosas como ella dice. Esa forma de ser de ella hace que todos los vendedores entremos en ondas raras. Como por ejemplo, desconfiar en exceso de los compañeros o andar siempre saltón. Como si algo hice mal. No sé como explicarlo, pero se da un ambiente extraño, no se puede estar tranquilo.

En el sueldo, las diferencias son grandes al interior de la misma tienda, haciendo exactamente lo mismo. La diferencia es de tres veces más; pero de todas maneras mantienen un techo. Es decir, cuando las ventas suben mucho, instalan otro vendedor. No lo dejan subir más de eso, salvo cuestiones puntuales. En Navidad uno puede vender un millón de pesos de sueldo. Una vez me pasó eso a mí, fue en la Navidad del año pasado. Fue una cosa de locos, no parábamos todo el día, era vender y vender. Para nosotros era bueno, porque ganamos más plata.

53

Lo que al principio a uno se le hace complicado es que uno tiene que hacerse su sueldo todos los meses, como en el aire. Con los años que llevo trabajando aquí en la tienda, uno ya sabe cuando va a estar bueno y cuando va a estar malo. En el fondo no hay tanta inseguridad, porque igual nosotros trabajamos en un lugar cerrado y la gente llega. No tenemos que salir a buscar a los clientes.

Este tipo de trabajo se caracteriza porque entra y sale mucha gente. En otros departamentos la rotación de gentes es mucho mayor. La gente no aguanta mucho aquí, yo pienso que es por el mismo sistema. El horario, el trato de relaciones humanas que hay en este momento, yo pienso que aburre a cualquiera.

Otra de las cosas que hizo el nuevo gerente es que las personas que entran a trabajar, cosa que no existía, entran en las mismas condiciones que entré yo. Por dos meses a prueba. Durante esos dos meses no les pagan el tres coma cinco por ciento, sino que les pagan el setenta por ciento de eso; o sea, el dos como cinco por ahí. A los seis meses, cuando pasan a indefinido, les pagan lo que nos pagan a todos los demás. Entonces la persona que llega a un departamento malo va a ganar cien mil pesos, ochenta mil pesos. Por esa plata no va a trabajar. Gastan más en locomoción; por eso mucha gente va rotando. Pienso que las condiciones de trabajo están pésimas.

Con este último gerente, los cambios fueron demasiados. Antes uno podía tomar una bebida tranquilo, darse diez minutos para el baño. Ahora todo está

controlado; a mí me parece un exceso, someten a mucha presión a la gente que les trabaja.

Al parecer en todos los trabajos similares a este, la rotación es grande. Todas las personas que trabajan en *mall* tienen un exceso de rotación. Una persona trabaja tres o cuatro meses, se va, llega otra. Da lo mismo.

En el fondo, todos estos negocios miran por la parte de ellos no más. No les interesa la persona. Además que en estas tiendas grandes, importantes, siempre hay mucha gente que está dispuesta a trabajar en ellas, sin importar mucho el trato. Yo creo que es por una cuestión de imagen. Económicamente no siempre es bueno, si uno lo mira desde las condiciones de trabajo, eso es peor.

Los clientes

El chileno de repente le tiene demasiado amor a los televisores, a los equipos, a los videos, a los nintendo. El tipo que está trabajando por primera vez, lo primero que quiere es comprarse un equipo de música, un televisor, computador; aunque no lo usen, aunque no sepan usarlo. Y el matrimonio apenas se casa, lo primero que quiere es un televisor; de repente pueden estar sin comedor, sin living, pero quieren un televisor. Los electrodomésticos son los que tienen más salida, claramente.

54 En el trabajo, si es un fin de semana, se trata de llegar más temprano para reponer la mercadería y ordenar. Ahí prácticamente correr, porque está lleno, se llena de gente. Entonces tú tienes tres, cuatro hasta cinco o seis clientes a la vez. Tienes que fijarte que no te vayan a robar un par de zapatos. El zapato no tiene sello, no lo marcan. Nos han robado zapatos; es algo que sucede no siempre, pero bastante. No hemos llegado a que nos descuenten lo que nos roban. Yo pienso que para allá va este caballero, porque nos ha llamado la atención un montón de veces por algo que no se puede evitar. Por ejemplo, uno puede hacer el puro pie derecho. Sin embargo, hay personas que por robar apurados, no se dan cuenta que se están llevando dos pies derechos. Entonces me dejan dos pares menos; en vez de uno, me dejan dos pares menos. Uno no se da cuenta, porque hay de todo tipo de gente, bien vestida, gente mal vestida. Obviamente uno a la gente mal vestida al verla se da cuenta, y ahí uno se cuida más. Pero cuando llegan los otros, esos sí confunden. Son mujeres súper elegantes; claro que cuando hablan se les nota un poco raro. Uno también va adquiriendo experiencia. Pero el ladrón que se mete a estas tiendas generalmente es arreglado.

Concesiones al empleador

En septiembre, el día previo al once, se incendiaron varios departamentos del *mall*. Después del incendio nos dieron dos o tres días y tuvimos que venir a limpiar la tienda. Seleccionar la ropa que estaba en mejor estado, muebles, etc.; para inmediatamente instalar una carpa y seguir vendiendo. Estábamos trabajando y la gerencia no daba una respuesta sobre lo que iba a pasar con nosotros. Fue un momento de mucha incertidumbre, porque se rumoreaba de todo.

Ellos tenían seis días hábiles para dar aviso si nos despedían a todos sin nada o nos dejaban trabajando bajo algunas concesiones. Por un lado nos estaban exprimiendo, sacándonos el jugo trabajando; y por otro, no nos daban información. Nadie sabía nada y todos teníamos compromisos. Fueron días terribles, para mí por lo menos.

Finalmente no echaron a nadie, pero tuvimos que dar algunas concesiones. Tuvimos que hacer lo que ellos querían. De las comisiones que ganábamos teníamos que quedarnos sólo con el setenta por ciento de esas comisiones. Ellos dijeron que no tenían fondos para solventar los gastos del incendio y que una forma de recuperar lo perdido y no echar a nadie, era pagar el setenta por ciento del sueldo. Esta medida fue tomada por tres meses. Lamentablemente la ley los amparaba a ellos. Llegaron a conversar con nosotros de la Inspección del Trabajo, dieron una charla. Firmábamos la nueva propuesta o nos teníamos que ir. Ellos tenían todo arreglado. Trajeron abogados y el mismo sindicato estaba de acuerdo. Así que no nos quedó más remedio y tuvimos que firmar.

Los tres días que trabajamos limpiando la tienda se perdieron. El setenta por ciento de las comisiones no era para todos, sino para el que más vendía en el departamento; para el resto, bajaba. Cada vez salían con más cosas nuevas para recortar el sueldo. Eso funcionó para todos los vendedores de la tienda. El que menos vendía, podía ganar más o menos un cuarenta por ciento del sueldo que ganaba antes. Yo estaba en un cincuenta por ciento de mi sueldo anterior. Incluso ahí nos pilló diciembre, que son los meses que más se gana. Ahí entró mucha plata para ellos.

Las cosas nunca fueron claras. Yo ganaba en ese tiempo un imponible de trescientos cincuenta mil, terminé ganando en esos meses ciento cuarenta mil. Fueron tres meses, ya estábamos embarcados en eso. Había que esperar que se terminara nada más y volver a la normalidad.

Este año inventaron un concurso. Por eso gané tanta plata. Si uno vendía más de lo que uno tenía como promedio en ventas, nos doblaban el sueldo. Obviamente que todos íbamos a vender eso para Navidad. Yo vendí mucho más y por eso mi sueldo de diciembre más o menos fue de un millón de pesos. El sindicato dice que ese concurso corresponde a una plata que tenían que pagarnos de todos modos, no sé por qué razón, y que inventaron ese concurso.

En cuanto a las condiciones laborales, no han cambiado mucho. Los cuarenta mil pesos por locomoción y colación. También un reconocimiento por cada cinco años de trayectoria en la empresa. Te dan un bono por veinte mil pesos, que yo perdí porque me tocaba el año del incendio. Ese bono es por una sola vez y después a los diez años otro bono más. En esta tienda nadie tiene diez años todavía. En el período del incendio se perdieron todos los beneficios y todos los bonos habidos y por haber.

El sindicato

En otro tiempo la organización del sindicato fue buena. En estos momentos el sindicato nuestro no tiene fuerza alguna. Desde el incendio a la fecha, yo pienso que el sindicato perdió mucha fuerza. Han hecho lo que han querido con el sindicato. Pienso que los dirigentes demostraron su debilidad cuando

tenían que haber peleado porque nos mantuvieran el sueldo. Se debería haber batallado más. No creo que nos hubiesen despedidos a todos.

Ahora la gerencia les pasan por encima no más y no les piden el parecer en nada. También de parte de los trabajadores no les creemos mucho. No resuelven, además que igual son medio vendidos con los gerentes. De repente hay reuniones, nosotros los apoyamos y después van, se encierran con la gerencia y cambian el parecer así como si nada. Entonces desanima y uno ve que no saca nada con estar en el sindicato. Más que nada para las fiestas de fin de año. Ahí se nota un poco más, por los regalos para los niños, la caja con mercadería; pero otras cosas importantes, no.

Las tarjetas de crédito

Cuando llevaba seis meses trabajando en el *mall*, mostré mi contrato de trabajo y liquidación de sueldo en una casa comercial y me dieron crédito altiro. Con esa tarjeta me fueron dando otras, y así. Después pasaban viniendo de los bancos y de las financieras. Venían poco menos que ellos mismos a entregar las tarjetas, “firme aquí y se la entrego”.

56 Cuando empecé a tener tarjetas, nunca pensé en ocuparlas todas. Si lo hice fue —como se dice— de mono, por tenerlas; porque había como una competencia de quién tiene más. La gente que sabe de esto, yo encuentro que actúan de mala intención, les da lo mismo. Yo creo que esa es una de las trampas que aquí te juegan. Eran insistentes y llegaban a la casa. Entonces obviamente, con todas esas cosas y frente a algunas necesidades que uno tiene, se endeuda. Y yo estaba endeudado más arriba de lo que estaba ganando. Mi esposa también se metió en esto del consumo, ella también tiene tarjetas de créditos y también está encallada. Yo le propuse a mi señora una vez que tuviéramos tarjetas por un lado no más, mantener las mías. Pero ella me dijo que no, porque ella quería ser independiente, que iba a manejar su plata y no quería que yo me metiera en eso.

Después empezaron las cobranzas, en todas partes; a llegar las notificaciones. Llegó un momento que no saqué ni un peso de sueldo, todo iba a descuento. Yo no sé cómo se puede hacer algo así. Por lo que tengo entendido eso es ilegal, pero sé de gente que le sigue sucediendo.

Nosotros nos encallábamos en las necesidades básicas. Por ejemplo, vestirse y vestirse bien. Ahí se nos iba cualquier cantidad de plata con mi señora, con los niños. A uno como papá le gusta ver a sus hijos bien vestidos; que toda la gente diga, “mira que lindos los niños”. En eso se nos iba plata. Lo otro es equipar la casa, televisión, video, microondas.

Ahora me pregunto, a veces, si era necesario comprarse una tele tan grande como la que nos compramos; pero lo hicimos. O el microondas. Antes siempre usamos la cocina, pero no sé que le pasa a uno. Los mismos compañeros de trabajo y las amistades influyen, porque todos te hablan del equipo de música, de la televisión. Entonces uno no quiere ser menos y se mete y se encalla. Lo otro es que a mi señora le gusta andar bien vestida. Le gustan los perfumes caros, es buena para usar anillos, joyas. Creo que eso es lo que pasa, uno no se

da cuenta como se endeuda. De repente no más que se ve con la sogá al cuello y no sabe cómo.

Eso es algo muy frecuente en este tipo de trabajos. En la tienda hay casos dramáticos de personas muy endeudadas. Yo no sé explicarme bien esto del endeudamiento. Lo otro es que se incentiva, o sea, personas que compraban más de lo que tenían que comprar. Si aparece una camisa que valía catorce mil pesos, de la noche a la mañana costaba mil novecientos. Aunque no la necesitaras, uno la compraba porque estaba barata. Ahora yo pienso dos veces si la veo más barata.

Yo pienso que se están complicando las cosas para este país. La clase media va a terminar siendo más pobre, va a estar demasiado endeudada. A no ser que el gobierno tome el toro por las astas, como trató de hacerlo en su momento. Parece que falta volver a recordar, esto está muy yanqui. Yo pienso mal de esto; ellos saben lo que están haciendo, y nosotros los chilenos que creemos todo y que somos consumistas. Nos gusta la apariencia, la imagen.

La depresión

Después del incendio, dejé de cubrir mis deudas. Había bajado en un ciento cincuenta por ciento mi sueldo, estaba endeudado dos veces mi sueldo. Todo era un descalabro; uno paga un arriendo, comer, vestirse, vestir a los niños. Entonces se me complicó la vida, se me vino el mundo abajo en ese instante. Estaba tan deprimido, tan decaído, que fui a ver a un psiquiatra. Me dijo que estaba muy mal y me dio una licencia por veintiún días. La Isapre la rechazó en forma inmediata. Tuve que apelar. Estoy en eso todavía, es difícil. A mí me cuesta mucho resolver los problemas y esta depresión me ha hecho resentir mucho mi vida. Por ejemplo, me cerraron todas las tarjetas de crédito que tenía. Tenía dos Visas, una MasterCard, Almacenes París, Tricot, Farmacias Cruz Verde, Ripley y Falabella, y otras más que ni me acuerdo. Ahora no tengo ninguna, estoy con todas esas deudas.

Me enfermé, me vino una tremenda depresión. Yo quería desaparecer, no sabía cómo responder. Cuando fui al psiquiatra estaba muy mal y él me dijo: "Bueno, aquí no tienes más remedio que hacerte el lesó. No puedes pagar todo, no tienes de dónde sacar más plata, van a tener que esperar que tú te repongas económicamente". Me aconsejó y me dio cualquier cantidad de remedios para dormir y para mantenerme relajado. Empecé a tratar de repactar mis deudas. Uno se siente humillado, porque tenía que rogar que no me mandaran las cobranzas.

Al final he ido pagando de a poco, pero fueron varios meses que no veía mi sueldo. Estoy en el peneca, en todos los lugares de deudores morosos. Me hice famoso.

Mi depresión ahí está, no la estoy tratando. Desgraciadamente uno no tiene para pagarse una terapia. Los psicólogos son caros, no están al alcance de todos. Así que hay que puro luchar, ponerle fuerza de voluntad y tratar de seguir creyendo en la vida, en que vendrán nuevas posibilidades. A las finales yo soy joven y me parece que he aprendido mucho con todo esto.

Ayudas no recibí, la verdad. Una, porque yo no tengo muchos amigos; la vida de uno no le permite conservar amistades. Mi familia, mi papá, mi mamá me ayudaron en lo que ellos podían, pero no era mucho, porque ellos son gente de trabajo. Y mi señora ahí tuvo que apachugarse con los gastos de comida y pago de arriendo. Fue difícil, porque ella estaba enojada conmigo. Decía que yo era irresponsable y que ella no tenía por qué hacerse cargo de mis gastos y los gastos de la casa.

Eso fue complicado, porque tuvimos una crisis de pareja súper fuerte. Uno cree que la pareja es la que tiene que apoyarlo a uno en estas circunstancias, pero aquí no sucedió eso. Nos distanciamos, ella estaba muy molesta conmigo. Entonces yo peor me sentía. El psiquiatra que me atendió la mandó a buscar para conversar con ella, pero ella no quiso ir porque era más gasto de plata. Ella dice que yo soy irresponsable, y eso a mí me da rabia, porque no es verdad, yo no soy así. Son las circunstancias que a uno lo llevan a actuar irresponsablemente, pero no por el gusto de hacerlo. Todo eso a nosotros nos hizo mucho daño como pareja, nos distanció, el amor como que se quebró.

Nosotros estamos pasándola mal con mi señora. Yo a ella la quiero, pero la veo lejana, como egoísta. Ella está preocupada de su plata, de sus cosas, y no me deja a mí que me meta en eso. Yo no lo hago para aprovecharme de ella, es para compartir, pero no se puede. Yo creo que estoy solo y me siento muy solo. No tengo mucho en quien apoyarme. Yo creo que en mi papel de hombre me siento un poco humillado, como que no tengo mucho que hacer. Se me van los días vendiendo zapatos y no hay tiempo para casi nada más.

58

Los hijos de mall

Los hijos de los papás de *mall* son en su mayoría criados por los abuelos o por las nanas. En mi caso, mis padres son los que se han hecho cargo. Yo tengo una niña de cinco años y un niño de dos. Yo soy el que salgo más tarde, porque la tienda me queda más cerca. Me llevo a los niños donde mis papás, como a las nueve los voy a dejar. Mi señora no puede, ella trabaja en el Parque Arauco, le queda lejos. En la noche yo llego como a las diez a buscar a los niños. Ellos a veces están durmiendo y otras veces no. Mi señora llega como un cuarto para las once de la noche.

Compartir en familia es difícil, son momentos no más. Nunca nos coinciden los días libres. No podemos planificar muchas cosas juntos. Los niños a veces hay que sacrificarlos y jugar con ellos en la noche. Yo creo que la relación se deteriora mucho en este tipo de trabajo. El costo que uno paga es muy alto. Casi no veo a mis hijos, y no porque no quiera. Tengo una mala relación con mi señora, no tengo amigos y actualmente estoy con depresión. Y más encima endeudado hasta el cuello. Yo creo que no hay mucho más que decir.

Me gustaría tener más tiempo para mi familia, no pasar por las peripecias que estamos pasando, en parte por culpa mía y en parte por todo lo que pasó. Tener una estabilidad económica para poder vivir tranquilo. En realidad yo estoy pensando en independizarme. Me estoy dando un plazo de aquí a dos años más. Tratar obviamente que me echen para recuperar todos los años que

he trabajado y con ese capital independizarme, hacer algo, alguna cosa. No me veo mucho tiempo más en el *mall*.

No pretendo tampoco hacerme rico ni mucho menos, pero vivir tranquilo; y más tiempo para mi familia, para mi señora y mis hijos.

Con este *training* de trabajo no me veo mucho tiempo más en la empresa. Ahora nos ofrecieron un curso de administración que hace la empresa. Me interesó, para ver si puedo trascender más allá. Di los exámenes y no sé qué va a pasar; ojalá me fuera bien para poder incentivarme. Sería como una inyección de incentivo, para seguir trabajando. Claro que igual es más peso. El estudio parece que son los lunes y martes de ocho y media a seis y media de la tarde y durante dos años. Esos días que te dan para estudiar serían los días libres. O sea, trabajaría cuatro días, dos de clases y así de largo; un día libre, que seguro no sería ni un fin de semana.

AUGE Y CAÍDA DE UN BANCARIO¹⁰

Yo soy José María Fernández, tengo veintinueve años. Estoy casado, tengo una hija de seis años. Soy santiaguino, mis padres también.

Cuando estábamos chicos con mis hermanos, vivíamos bien. Mi mamá estaba en la casa y nos cuidaba. Mi papá trabajaba en el banco y nunca nos preocupamos de cosas de casa. La obligación de nosotros era estudiar; somos cuatro hermanos, yo soy el menor.

Mi mamá era profesora normalista, pero cuando se casó no trabajó más. Mi papá fue cajero y trabajó toda su vida en un solo lugar. Mantuvo su trabajo, nunca ascendió; él era muy conformista. Era y sigue siendo una familia muy tradicional; yo diría conservadora. Siempre fuimos muy de la casa, de pocos amigos, siempre entre nosotros no más. Cuando éramos niños, nos llevaban a la misa del domingo. Estudiábamos de hecho en un colegio católico. Yo siento que vivíamos una buena vida.

Nosotros somos fríos; igual nos queremos, pero no somos cariñosos. Eso es algo que he aprendido con mi hija. Entre los hermanos tenemos una relación distante. Yo creo que eso no ha sido bueno para nosotros como familia, ser poco afectivos. Mucha cabeza en las relaciones entre nosotros, muy competitivos. Yo ahora pienso y entiendo a mi papá, porque él trató de hacer lo que creía era justo. Tener hijos profesionales siempre fue su principal trabajo. Mi mamá siempre estuvo en función de eso, de cuidarnos, de educarnos, de alimentarnos para que aprendiéramos mejor. Siempre ese discurso estuvo en la casa. El colegio también apuntaba a lo mismo, entonces era como imposible pensar en el futuro y no pensar en la carrera que querías estudiar.

¹⁰ Entrevista a don José María Fernández, realizada en Santiago, 1999, por Susana Aravena, SUR.

Eso de todas maneras ayudó a que seamos competitivos, incluso entre nosotros los hermanos. Mi papá premiaba al que se sacara mejores notas en el colegio con regalos grandes. Entonces siempre hemos estado en rivalidad entre nosotros. Al que le iba más o menos, no tenía regalos. Eso es complicado para uno, porque mi hermano mayor, que siempre fue rápido para aprender, se llevaba todos los regalos. Yo, por ejemplo, que era más lento y era distinto a él, siempre me quedaba con las ganas de tener lo que quería.

Pasó el tiempo y las cosas empezaron a cambiar. Yo recuerdo que las cosas empezaron a cambiar cuando yo tenía unos quince años; en ese tiempo hubo una crisis económica fuerte y las protestas.

Cuando nosotros estábamos grandes y había que pagar la universidad, mi papá no tenía cómo cubrir sus gastos. En ese tiempo fue cuando se abrieron todas las posibilidades de endeudarse; aparecieron las tarjetas de crédito. Lamentablemente mi papá cayó en ese juego y fue bien triste, porque se empezó a ahogar con los problemas económicos y comenzó a beber escondido; terminó alcohólico.

Eso terminó con un embargo de la casa de Ñuñoa y nos fuimos a un departamento más chico en Plaza Italia. Ahí estábamos más hacinados, empezó a decaer todo. Se quebraron las relaciones entre nosotros, mi papá bebía y se deprimió. Mi mamá también empezó a enfermarse. Todo se complicó.

La formación

60

Mi familia nunca participó en política. Era imposible pensarlo, porque ni siquiera se tocaba el tema en mi casa. Cuando nosotros estábamos creciendo, siempre nos metían mucho miedo con el comunismo y los extremistas. Mi papá decía que la gente de las poblaciones eran personas que no entendían el peligro y que los demás los engañaban. Siempre fue una visión mala de la gente y especialmente de los que estaban metidos en esos temas. En algún momento de mi vida, cuando era muy chico, yo les encontraba razón a los militares de haber salvado a Chile. Uno es ingenuo y cuando no ve más allá, es fácil dejarse engañar.

Mi colegio fue muy importante en mi formación. La solidaridad, eso es algo que se trabajamos en el colegio. Eso es algo que me ha ayudado mucho para salir adelante de situaciones difíciles que la vida después me ha puesto. En el colegio en ese tiempo había gente que participaba en política y tenían opinión. Ahí yo aprendí a tener una visión de los pobres más solidaria, con menos temor, porque del colegio nos llevaban a hacer trabajos voluntarios a distintas poblaciones. En eso el colegio siempre fue decidido. Si no hubiera sido por ellos, yo quizás cómo habría pensado.

Mis dos hermanos mayores terminaron la carrera, con mucho esfuerzo de la familia. Uno es ingeniero electrónico y el otro es proyectista. Mi hermana estudió pedagogía en inglés y no se tituló nunca. La peor situación fue cuando yo tenía que entrar a la universidad, porque mi papá se enfermó de gravedad y se gastó todos sus ahorros en cuidarse. Eso significó para mí muchos problemas para iniciar mis estudios en la universidad.

Entré a la universidad a estudiar contador auditor, en la Usach. El primer año me fue más o menos, no me gustaba mucho. Se sumaba a eso la situación económica de la casa, que era cada vez peor. Así es que al final apareció esta posibilidad de que yo trabajara y no tuve alternativa. Yo me he sentido como con mala suerte, como que las cosas no me funcionan. Justo cuando yo iba a entrar a la universidad mi papá se agravó, tampoco alcancé el puntaje para la carrera que quería. Yo no tuve la suerte de mis hermanos.

Cuando entré a la universidad, yo tenía diecinueve años. De a poquito empecé a entrar en onda y me hice mis amigos. Al principio era pura onda de pasarla bien, lo más sanamente posible. Después la juerga fue cambiando de tono y fue apareciendo todo en el camino. Ahí tuve una polola también. En general, tengo buenos recuerdos de ese tiempo en ese lugar.

En ese tiempo se estaba abriendo la situación política en el país. Y ya se estaba pensando llamar a elecciones presidenciales. Después la elección del noventa y la llegada de la democracia. Fue una época bonita, yo por lo menos en ese tiempo me inscribí y voté. Le di mi voto a Aylwin, participé en movilizaciones estudiantiles. Nunca fui militante de ningún partido. Pero de a poco me fui dando cuenta de la situación de este país; yo no era tonto como para no darme cuenta que las cosas estaban siendo muy injustas. Claramente me abrí mucho más y conocí otro tipo de personas igual que yo, que queríamos conocer y tener un pensamiento propio, no el de la familia.

El banco

61

Después yo entré al banco. Yo trabajo hace nueve años en un banco de Santiago. Entré como cajero. Estuve en ese trabajo por seis años y después me gané el paso para ser agente de cuentas. Llegué a este trabajo por un amigo de mi papá. Ahí mi vida tuvo un cambio súper importante, porque no sabía lo que era una experiencia de trabajo y yo era joven, tenía veinte años. Mi papá conversó con una persona y le explicó la situación; que él estaba enfermo y que yo necesitaba trabajar. Así es que ahí me llamaron y di unos exámenes. Llegué a trabajar a una sucursal de Estación Central. No era un muy buen lugar, pero había que adaptarse. Me costó acostumbrarme a los horarios, a andar con terno y corbata, a estar sentado en un lugar todo el día sin poder moverse. De a poquito me fui acostumbrando y aprendí el trabajo de la caja. Lo más importante es ser rápido, y conocer todos los tipos de documentos con que se trabaja.

Ahí conocí otro tipo de personas. Todo era distinto; eran jóvenes de mi misma edad, pero eran distintos a los de la universidad, por ejemplo. Estos eran más formales, más vividos. Yo de todas maneras era sano, ingenuo. En ese tiempo, principios de los noventa, se empezó a dar una onda fuerte en distintos lugares de la ciudad. Ahí empezaron las comidas, los bares, las pagadas de piso, los cumpleaños. Lo típico de la oficina, todo se celebra. Más todavía un banco, donde trabaja bastante gente. Y estos bancos están instalados en lugares públicos, donde hay otros bancos, tiendas, galerías comerciales. Entonces pasa que ahí se da todo un ambiente, un grupo de personas que nos parecemos y que hacemos trabajos similares. Yo empecé a acostumbrarme a esta onda y empezó a gustarme. Mucha juerga, mucho salir con niñas, mucha farra.

La formación de una familia

Afortunadamente conocí a mi señora, que en ese momento me ayudó mucho. Yo trabajaba en el banco y ella era secretaria de una oficina y llevaba sus pagos al banco. Ahí empezamos a conocernos y nos enamoramos. Ella me ayudó a salir de ese ambiente, porque ella es distinta. Ella es una mujer tranquila, dedicada a su trabajo, y eso a mí me hacía bien. Al principio las cosas anduvieron bien, pololeamos como dos años y después ella quedó embarazada. Como estábamos enamorados, no nos complicamos y nos casamos.

Los dos trabajábamos y nos fuimos a arrendar un departamento en el centro. Ahí nos pasó algo triste, porque ella a los cuatro meses de embarazo abortó, fue espontáneo. El médico pensaba que fue por un exceso de trabajo, porque mi señora trabajaba en una empresa consultora de ingeniería y los tipos trabajaban mucho. Se juntó en ese tiempo que ellos habían ganado varios proyectos y mi señora trabajaba como loca, doce hasta catorce horas diarias. Entonces pasó que se "estresó", se enfermó y de un rato para otro abortó. Es duro cuando se espera el primer hijo con cariño; para mí fue difícil. Me imagino que para las mujeres debe ser mucho más fuerte, por el hecho de llevarlos dentro de ellas.

Aquí pasó poco más de un año, y mi señora de nuevo quedó embarazada y ahí se cuidó mucho más y nació mi hija. Afortunadamente todo salió bien. Los problemas empezaron después, cuando mi señora tuvo que salir a trabajar. Tuvimos que pagar una nana para cuidar a la niña. Era un gasto que antes nosotros no teníamos considerado. Ahí se nos empezó a apretar más el presupuesto, y las libertades también, porque había que cuidar a una guagua. En esto casi siempre la más afectada es la mujer, sobre todo cuando la guagua está chica. Uno no sirve en ese período. Eso nos distanció con mi señora. Yo seguí mi vida normal, seguí saliendo con amigos, con compañeros de trabajo. En el fondo, seguí mi vida igual que antes, mientras que mi señora no podía hacerlo.

Ascenso laboral y competitividad

Aquí también empecé a asumir otras responsabilidades en el banco y eso me significó estar mucho más tiempo metido en la oficina. En ese tiempo me di cuenta que yo quería subir y quería ganar más plata. Estar en ese medio me significó meterme en un ambiente de mucha competencia y de envidias. Para eso yo estaba preparado, porque mi familia tenía las mismas ideas. Ahí mi único propósito era ganar plata, subir y salir adelante.

Yo siempre he sido una persona dinámica, participativa; me las arreglo como sea para hacer lo que tengo que hacer. Eso me ayudó a que los jefes se fijaran en mí. Tenía buena presencia, que es otro valor que aquí se aprecia mucho; tener buena pinta, hablar bien, ser ágil.

Aquí me mandaron a unos cursos de perfeccionamiento, fuimos seleccionados cuatro cajeros. Era un convenio que tenía el banco con empresas que capacitaban a los trabajadores. En esa oportunidad empezamos por conocer todos los sistemas modernos de transacción bancaria. Mi banco estaba totalmente en línea y requería de personal altamente especializado en las materias. Eso para mí fue un reconocimiento a mi esfuerzo y al trabajo que yo había des-

empeñado. En el curso me fue muy bien y me recomendaron para un cambio de puesto laboral.

En ese tiempo ya estaba en la sucursal del centro. Aquí se trataba otro tipo de personas; en la Estación Central eran más comerciantes, gente de otro tipo. En el centro era distinto, porque era gente con más recursos y manejaba cuentas mucho mayores para el banco. Eso obligaba a entregar un servicio de primer nivel. Mi primer ascenso fue salir de las cajas, me pasaron al departamento de transacciones comerciales.

En todos los trabajos existen competencias, rivalidades y ansias por ascender. Aquí también pasa, y sigue pasando. El ambiente de estos trabajos, sin ser malo, no es fácil. Aquí entramos a las ocho y media y no tenemos hora de salida; todo depende de como anden las cosas. Tenemos una hora para almorzar. Durante el día uno siempre está vigilado, se trabaja mucho. No puedes pararte mucho de tu escritorio, no puedes ir al baño a cada rato, todo está bajo control. Uno siempre está sometido a presión, todo es rápido, para ayer. Entonces eso te hace siempre correr en todo. Además, siempre hay otros más rápidos, más despiertos, y eso no te permite quedarte.

Aquí es difícil tener amigos; somos todos compañeros de trabajo y no más que eso. A lo más, amigos de juergas y celebraciones. La amistad es difícil de cultivar, porque tú tienes que estar muy atento a lo que está pasando, no hay tiempo para eso. Por otro lado, siempre tienes que estar compitiendo por tu puesto; no estás seguro, porque el que está más abajo que tú siempre va a mirar cómo subir. Entonces eso hace que te estés cuidando permanentemente y no tengas confianza con nadie, aunque siempre hay personas especiales.

Lo que sí pasa es que es fácil enredarse en asuntos de faldas, como se dice. Es decir, siempre los flirteos están presentes. Hay un grupo de personas que siempre están cambiando, especialmente las mujeres, las secretarias, las telefonistas. Además, aquí tienen que ser personas con presencia; a las niñas siempre las escogen bonitas y rubias. Entonces es fácil engancharse en ondas. Pero de todas maneras son cosas sin sentido, es producto de una salida del viernes, un carrete, y ya te vas con una niña, pero después no hay más. Además, las niñas siempre están tratando de quedarse y afirmarse en sus puestos. Eso hace que los jefes o las personas con un cierto poder se vean más acosados, y algunos aprovechan las oportunidades. Además, algunos compadres son hartos mala leche, porque después se sacan a las niñas de encima rápido y las despiden. Entre los hombres, el lazo que une son las juergas y la diversión. De todas maneras no es fácil, porque tampoco puedes apartarte mucho de esas ondas, porque o si no te marginan.

63

Estudiar

Se presentó a la gerencia una propuesta para mejorar la calidad del trabajo en el departamento. Eso cambió aún más las reglas del juego, fue mucho más exigente. Afortunadamente yo entré en esta reestructuración, pero de todas maneras me di cuenta que si yo no me especializaba más, me iba a quedar en el puesto en que estaba por mucho tiempo. Eso me hacía recordar un poco la vida

de mi papá, que es lo que yo siempre he criticado: su conformismo y no luchar por ascender y estar mejor.

Ahí fue cuando yo decidí ponerme a estudiar. Lo conversamos con mi señora y yo le dije: “Sabes, que si yo no me sacrifico ahora vamos a seguir así para siempre”. Además, la plata que ganábamos antes nos alcanzaba bien; ahora teníamos una guagua y ya no era tan fácil; más difícil pensar en tener más hijos. Así es que estuvimos de acuerdo. En ese año yo empecé a ver dónde podría estudiar. Al final entré a la universidad en el año noventa y cuatro a estudiar ingeniería comercial. Entré a una privada, porque tenía que estudiar de noche. Las estatales no te permiten trabajar, porque los horarios son para personas que no hacen nada más.

Ahí me empezó a cambiar la vida, porque me puse a trabajar y a estudiar de noche. Eso fue abrir otro mundo. Al principio me dedicaba a ir a clases y después a la casa. Con el tiempo eso cambió, porque empecé a tener amigos y a formar grupos para estudiar. Así es que ahí hice mi lote. Estudiar significó un cambio en mi vida, porque abandoné mucho mi casa, mi señora, mi hija. No me quedaba tiempo; correr todo el día y los ratos libres, siempre hay algo que estudiar. Fue una decisión que ha tenido muchas consecuencias en mi familia.

Topar fondo

64 La principal consecuencia fue que me empecé a meter en una onda que no pude controlar. Cuando llegaba el final del semestre y había que hacer trabajos y estudiar, uno siempre estaba cansado, porque también trabajaba. Entonces aparecieron anfetaminas para estudiar. En la universidad eso es frecuente; la gente usa mucha anfetamina y cocaína para poder estudiar. La mayoría de la gente que estudia de noche es porque trabaja; poder responder a todo es muy difícil. Así que empecé a tomar anfetaminas para estudiar y aguantar más tiempo.

Una vez, para un fin de año, eso fue como en el noventa y cinco, había balance en el banco y a mí se me juntó con el final de semestre. Mucho trabajo, mucho que estudiar. Entonces estábamos trabajando con un grupo de personas en el banco y yo me estaba quedando dormido. Apareció una persona y me llamó para un lado y me dijo que no podía estar así trabajando. Me dijo: “Mira, date una jalada de coca y te vas a sentir bien”. Yo lo miré, quizás con qué cara, pero él me dijo: “No me mires así y no pienses mal de mí; tómalo como algo que te va a ayudar a terminar tus trabajos y vas a poder responder a tus compromisos”. Yo acepté esa vez, sin saber que se iba a transformar en una pesadilla para mí.

Pasaron los días y yo me fui metiendo cada vez más en la cuestión, porque me cansaba mucho y no tenía energía para hacer todo lo que tenía que hacer. Todo esto empezó como un juego. Yo no era consciente de lo que realmente me estaba pasando. Pasó como un año en que yo seguí usando la cocaína para poder trabajar más, principalmente para estudiar. Al principio nunca lo usé para divertirme, pero a medida que pasó el tiempo esto fue cambiando y la empecé a usar siempre y para todo.

Cuando estaba de vacaciones, lo único que hacía era fumarme unos pititos y estar bien tranquilo. Cuando ya empezaba el año, cuando llegaba marzo, ahí todo cambiaba. Empecé el tercer año en la universidad y seguí igual que los años

anteriores, pero cada vez peor. Ahí paré con una depresión que no pude moverme. Me empecé a encerrar, a tener miedo, todo se me hacía difícil, me sentía inseguro. Mi esposa se dio cuenta y ella me preguntó; yo le dije que estaba drogadicto. Fue duro para ella, porque no se lo imaginó nunca. Ahí yo no podía estudiar, no podía trabajar, hacer nada. Esa depresión la tuve que tratar con una terapia, estuve con tratamiento de fármacos y terapias. Me ayudó, salí de esa situación por ese momento, pero después igual he vuelto a tener recaídas.

De esa depresión, como al tercer mes ya estaba metido de nuevo. Yo pienso que de esto no voy a salir hasta cuando termine la universidad. Ahí también uno tiene su lote y ya hay una manera de estudiar y de diversión; eso yo no lo puedo cambiar. Además que yo creo que también uno busca sus recompensas y yo la paso mejor así; por lo menos, las cosas se hacen más fáciles. Eso pensaba yo en ese tiempo. Llevo todo este tiempo luchando contra esto, pero no he podido superarlo. Actualmente otra vez estoy en terapia y fármacos. Por suerte ya me queda un año de universidad, es menos.

En ese tiempo todo lo que yo tenía como vida empezó a cambiar. De hecho, en mi casa ya no era el mismo. Empezamos a pelear con mi señora, porque yo no estaba nunca en la casa. Cuando estaba, quería puro dormir, no quería que me hablaran, que me metieran ruido; era puro dormir y dormir. Perdí el ánimo de compartir, hasta mi hija me molestaba. Mi señora se dio cuenta que algo estaba pasando; al principio no se imaginaba lo que era. Yo tampoco me atrevía a decirle, porque a esa altura yo ya sabía que estaba metido hasta las patas.

Mi pena más grande es haber perdido a mi señora. Ella se fue hace casi un año, porque no me soportó más. Ella me acompañó un buen tiempo, pero yo me porté muy mal con ella. Además que en el carrete también conocí otras niñas y ella lo supo. Entonces pasaron muchas cosas que nunca debieron haber pasado. Esa relación se perdió, yo le hice mucho daño a ella y a la niña también. A mi hija la veo todas las semanas, está grande y linda. Esa es una culpa que llevo y que me amarga mucho.

La última crisis que tuve fue la más *heavy*, porque el médico del banco se dio cuenta. Otra vez tuve una caída en el trabajo. Me llevaron al médico, me examinó y me dijo que él pensaba que yo consumía drogas, porque respondía a todos los síntomas. Me dijo que él tendría que dar aviso a la gerencia del banco, pero que por esta vez no lo diría, con la condición de que yo empezara una terapia con un psiquiatra, y con la condición de no volver a caer ahí. Antes ya había perdido a mi señora, después casi pierdo el trabajo.

Me sentía enfermo, no tenía energía de nada, bajoneado todo el tiempo, triste, desilusionado. Yo creo que eso es lo peor que te puede pasar con las drogas; pierdes el sentido a todo, es como si estuvieras siempre en la fantasía. No puedes concretar cosas, vives con una superficialidad complicada. El tiempo pasa muy velozmente, pasan una serie de situaciones que son alteraciones de la realidad, no es la realidad.

Ahora, tengo el compromiso de parar, llevo dos meses limpio y espero seguir así. Estoy haciendo una terapia con fármacos para subirme el ánimo y con un psicólogo para tratar de comprender el origen de mi adicción, de mi problema.

La situación económica actual también es complicada, porque debo trabajar para pagar universidad, para ayudar a mi señora y para mantenerme yo. Además, el vicio te come mucha plata. Uno no se da cuenta como empieza a endeudarse. Nosotros tenemos muchas posibilidades de endeudarnos; siempre están llegando las ofertas para préstamos, el mismo banco, las financieras, llegan a ofrecernos las tarjetas de crédito sin ningún costo. Es solo firmar un documento y la tarjeta te llega por correo. Entonces, si uno no tiene el control de las cosas con claridad, es fácil que todo se te vaya encima. Y cuando llega la hora de pagar los acreedores, te cobran no más. No están ni ahí con nada. Son brutales para cobrar y si no, te amenazan con mandar informes al banco.

Nosotros tenemos que tener nuestra hoja comercial intacta. Esa es una condición para mantener estos trabajos. No se vería bien que nosotros, como trabajadores de bancos, estuviéramos llenos de deudas y en el peneca. Entonces uno se las tiene que arreglar como sea. Muchas veces tenemos que recurrir a prestamistas para cubrir cheques. Todo esto es una máquina que te come y que es difícil salir.

Actualmente yo estoy endeudado. Hace poco vendí mi auto para cubrir algunas deudas y me quedé sin auto.

Lo otro es que las enfermedades de tipo psiquiátrico son muy caras. Las Isapres no cubren todo, mejor dicho cubren poco. Los pagos de licencias también son complicados, porque siempre ellos están viendo por dónde recortarte plata. Al estar con licencia médica, tampoco puedes hacer horas extras y te baja el sueldo. Entonces esto es un círculo, una cosa te lleva a la otra.

66

Salir de la droga

Es difícil salir de esto cuando estás metido, porque está todo a mano. Uno se consigue esto en todas partes. Aquí en el centro está lleno y está circulando siempre; es muy fácil teniendo plata. Incluso cuando no tienes plata, hay algunos que igual te dejan tu papelillo y a fin de mes se paga. No es mentira lo que estoy diciendo, así se mueven las cosas aquí. En la universidad también se mueven sus pitos y de repente su *halley*, pero menos que en el centro.

Yo creo que esto también es un problema de los tiempos, porque esto de las drogas de repente se abrió y apareció por todos lados. Es más fácil conseguirla y bajó de precio. Entonces uno piensa, qué es lo que está pasando, porque es extraño esto. Yo veo en la universidad, en el banco, en las oficinas por aquí, no es broma. Hay gente que nadie se imaginaría que son drogadictos, pero lo son. Se ven mujeres y hombres súper pinteados, con cargos de responsabilidad, con familia, pero que están metidos hasta las patas.

Yo espero terminar mi carrera y pedir traslado a otra ciudad. Quiero partir de esta ciudad, me siento cansado y aburrido. Siento que aquí no hay nada más que ver. Quiero hacer otras cosas y retirarme de todos los peligros de los vicios. Me gustaría tener una casa en un lugar fuera de Santiago y vivir tranquilo. Me gustaría recomponer mi familia y, si no se puede, tratar de iniciar otra. De todas maneras me quedan fuerzas para seguir luchando. A veces me deprimó y se me acaban las ganas de seguir, pero esos son momentos que luego supero.

Lo único seguro que tengo es terminar mi carrera. A eso no voy a renunciar, porque sé que es la única manera de mejorar mi vida. No quiero ser un fracasado y marcar el paso toda la vida. Quiero dejar de ser un drogo. Quisiera recuperar ese interés y esa energía que yo tenía antes. Yo era una persona súper vital, optimista, y eso lo he ido perdiendo. Veo todo más oscuro, pero quiero recuperarlo. Yo no sé si eso se podrá; según mi psiquiatra, se puede y esto es parte de un proceso que no puedo interrumpir.



Fotografía de Alvaro Hoppe

CAPÍTULO DOS

La clase media amenazada

Las cuatro historias que aquí se presentan corresponden a familias de clase media. De la antigua clase media chilena. En estos relatos está la mirada de la madre y el padre, una vida construida de a dos donde se recogen las aspiraciones, las búsquedas y los temores de familia.

Son cuatro historias de preguntas y desconcierto. El temor a la ruptura del núcleo familiar y la pérdida de la propia posición social están siempre presentes. La percepción de que no hay certezas, ni siquiera en relación con los propios hijos, está al centro de estos relatos. Los padres intuyen que algo está cambiando dentro y fuera de la familia. Los hijos no quieren sumarse a la propuesta de sus padres. Es como si lo conocido se desestructurara, como si la figura del *pater familias* ya no fuese suficiente para controlar el curso de la propia historia.

La vida de la familia Carrasco, un núcleo bien cerrado, transcurre tranquila en un barrio medio de Rancagua. Los hijos crecen entre muros y reglas claras, para “que nunca nada les suceda”. Una casa grande y mucho ahorro, para “nunca deberle nada a nadie”, son los pilares desde donde se construye la historia de esta familia.

Para la familia Santibáñez, también de Rancagua, el proyecto paterno estuvo siempre claro: todos los hijos estudiarían en la universidad. Ellos serían profesionales de universidades con tradición. Pero a pesar del mandato, los castigos y la incomprensión del padre, ninguno terminó sus estudios.

La familia García, de Antofagasta, también descubrió un día que los hijos podían emprender otros rumbos. Tras años de muchas noches sin dormir esperando al hijo que no llegaba; recorriendo las calles, los bares y las comisarias de la ciudad; un día cualquiera el hijo volvió, retomó los estudios, descubrió la política, se les acercó...

Y por último, está la familia Aguirre, habitantes de Ñuñoa, cuya vida cambió con el embarazo de su hija adolescente, el derrumbe de los planes que para ella se habían construido. Entonces el aborto, la depresión de la hija, la culpa.

Las relaciones entre padres e hijos, marido y esposa, se abren a un gran campo de posibilidades. La negociación y el conflicto entre puntos de vistas no siempre coincidentes permea y tensiona cada apuesta y proyecto de familia. Las historias transcurren en la confrontación de una doble obediencia: la familia construida históricamente como legítimo refugio y espacio afectivo; y la obediencia a sí mismo, como individuo. Entre la autonomía personal y la pertenencia a un nosotros *familia*. Tensión nunca acabada, nunca resuelta y que, sin embargo, se transforma en el motor de cada una de estas historias.

Los patrones de enseñanza tradicionales parecen insuficientes para resolver esta tensión. Los viejos referentes sociales sobre las cuales se construye familia se desdibujan. Los padres perciben que no tienen los elementos para hacer frente a las preguntas que los hijos les plantean. La autoridad paterna y materna se siente cuestionada. Los proyectos de familia que se creían tan consolidados por la tradición, por la historia, ya no lo parecen. La percepción de que nada está ganado, se encuentra al centro de estas historias de familias modernas y se cierne sobre ellas como una amenaza.

70 Y ante el miedo de perderlo todo, de estos hijos que no se suman al proyecto de familia, surge la historia mítica de un pasado de pobreza superada a punta de esfuerzo y sacrificio. El mito de un origen de penurias y pobreza, y la epopeya de su superación, se construyen y se relatan para dejar en claro que la propia historia no puede ser tan fácilmente traicionada. Que se puede volver atrás, que así como con esfuerzo se “subió”, así también se puede caer, bajar, descender.

Al temor y el sentimiento de vulnerabilidad, las familias responden también ocultando todo aquello que amenaza con devolverlas al origen, a las penurias, y transformar su travesía en un cuento de fracaso. Ocultan la drogadicción, el embarazo, la rebeldía y la partida de sus hijos. El repliegue en sí mismos les impide a menudo ver que en otras familias ocurren situaciones similares. El entorno y los amigos se levantan como una amenaza y no como una posibilidad para comprender. Y entonces, encerrados entre las cuatro paredes del hogar, lo que era un proyecto se transforma en una obsesión. El matrimonio Carrasco repite una y otra vez que sus hijos se les parecen, que siguen las mismas reglas, porque ellos así siempre lo quisieron. A fuerza de repetirlo una y otra vez, sus palabras dejan entrever el terror de que esta complicidad no sea tal.

Las familias que aquí cuentan sus vidas se sienten amenazadas, sienten temor. A pesar de las reglas, del proyecto de familia, del trabajo y los bienes atesorados, los padres perciben que los hijos no aspiran ni parecen necesitar aquello por lo que se la jugaron: la estabilidad, el hogar, los estudios, la profesión... Hoy día, esta clase media, la vieja clase media, no tiene certezas. No sabe si podrá mantener su nivel de vida, su posición social y simbólica en nuestra sociedad. No está segura de poder reproducir el proyecto que ha soñado para sus hijos. No sólo porque los hijos no quieren sumarse, también porque las condiciones

del entorno, todo aquello que rodea a la familia, ha cambiado. Y entonces el sentimiento de estar quedándose solo, de ruptura de un núcleo que se creía afiatado, hace de estas historias de familia una experiencia amenazante.

Las historias de clase media abundan en reflexiones y búsqueda de respuestas a los propios temores, a las propias ambigüedades y desconciertos. Desde aquellos que atisban en su propia biografía las claves de su incapacidad para comprender a sus hijos, hasta aquellos que leen en los procesos de transformaciones estructurales la razón de sus angustias y temores. Lo que es evidente es que existe temor. El país mesocrático que se caracterizó por su progresismo y capacidad de aventuras, hoy es un mundo más bien conservador y temeroso.

La modernidad trajo consigo oportunidades y amenazas. La progresiva suplantación de un Estado social por el mercado como espacio de realización de las oportunidades de integración, abre un espacio a la libertad y la responsabilidad de cada persona en la definición de su propio destino, pero también la ubica frente a un conjunto de riesgos, ansiedades y frustraciones que evidencian la fragilidad de la propia posición al interior de la sociedad. En el Chile de los noventa, las promesas y oportunidades de la modernidad irrumpieron con fuerza en la familia, acostumbrada desde siempre a ser un espacio de estabilidad y resguardo de la tradición. La masiva entrada de las mujeres al mercado del trabajo desestabiliza los acuerdos tácitos en el cuidado de los niños y el hogar; la creciente importancia de los grupos de pares y la mayor autonomía de los hijos en sus movimientos, decisiones y consumo, instalan al interior de la familia nuevas tensiones. La pérdida de la autoridad patriarcal va de la mano de esta desestructuración de los proyectos de familia entendida como un nosotros prefijado por una tradición. No es de extrañar entonces el miedo, el repliegue en los valores intransables de la tradición de familia y clase, en la desconfianza hacia el entorno más allá del propio antejardín. El imaginario de movilidad y clase media está amenazado.

En las décadas de los setenta y ochenta la clase media, así como toda la sociedad chilena, sintió el peso del abandono del Estado. Los servicios del Estado en salud, previsión social, educación, trabajo y remuneraciones se deterioraron de tal suerte, que no tardaron en hacerse sentir tanto en las certezas básicas que estructuraban a las familias medias como en sus formas y estilos de vida. La entrada masiva de la clase media al sistema privado de salud —las Isapres—, y los sistemas de fondos de pensiones, rompieron con seguridades básicas que otorgaba desde décadas el sistema público de salud y las Cajas de Previsión. Algo semejante ocurrió con el sistema educacional. La clase media había sido la principal destinataria de la educación fiscal. Los bajos rendimientos de la educación pública en los años ochenta y las pautas de movilidad social que iban en detrimento del estatus de la educación pública, llevaron a las familias a migrar masivamente hacia la educación privada. Con ello no solo aumentó el gasto del presupuesto familiar orientado a educar a los hijos, sino también las expectativas en torno a su futuro profesional. La mayor inversión en educa-

ción, que se suponía de mejor calidad, y la profesionalización universitaria (en universidades tradicionales) se transformaron en una de las obsesiones de muchos padres en busca de mejorar la propia posición social.

Durante la década de los noventa se consolidó la salida de la clase media de los servicios públicos ofrecidos por el Estado. Éstos se focalizaron en los sectores más pobres de la población, y la clase media debió ingresar plenamente a relaciones de mercado en sus prestaciones de salud, educación, previsión, obtención de viviendas, vale decir, en todos aquellos aspectos en los que el Estado mesocrático del siglo veinte había sido su principal apoyo. El imaginario del pasado democrático chileno, con salud de calidad, educación gratuita en los liceos, acceso a viviendas a través de grupos corporativos, pasó a ser asunto del pasado.

72 La incorporación plena al mercado de servicios no fue de la mano de un aumento de las remuneraciones e ingresos relativos para la clase media. En los ingresos, la distancia entre el primer decil de ingresos, la clase alta, y los deciles que le siguen, aumentó enormemente en la década del ochenta y se mantuvo relativamente estable en la del noventa. Si en 1990 la relación entre el primer y el tercer decil, típicamente expresivo de la clase media tradicional que aquí analizamos, era de uno a cuatro; en 1998 esta relación había disminuido a 3,9 veces. Esta cifra altamente significativa, pero difícil de mensurar —ganancia de 0,1 de diferencia en una década en la relación entre el sector más rico del país y la clase media— explica en buena medida muchas expectativas y frustraciones de este sector. Por definición, la clase media mira “hacia arriba”, al nivel de consumo, al acceso a la cultura, a la recreación y al conjunto de actividades que le permiten participar y hacer realidad sus sueños de movilidad social. La democracia fue visualizada como un retorno a los sistemas de relativo privilegio que la caracterizaron en el período democrático anterior. La expresión mayor de esa aspiración consistía en disminuir las diferencias —para la clase media, oprobiosas— que se construyeron entre los sectores más ricos de la población y los medios. La democracia solo trajo parcialmente este cambio, manteniendo lo que hemos denominado la “sociedad estamental”, esto es, grandes diferencias entre los diversos estratos de la sociedad.

No es casualidad, por lo tanto, que la mayor parte de las movilizaciones sociales de la década hayan sido protagonizadas por sectores de clase media, de esta clase media. Los gremios más activos de la década han sido los profesores, los trabajadores de la salud, los empleados públicos, los médicos de consultorios periféricos y los jóvenes universitarios. La clase media fue la que más presionó por salarios. La bandera de lucha esgrimida, en todos estos casos, ha sido el regreso a la situación de protección estatal perdida. Se justifica la reivindicación gremial, en educación y salud principalmente, mediante el argumento de recuperar un servicio público destruido. Paradójicamente, la clase media abandonó ese servicio con ninguna posibilidad, o muy difícil posibilidad, de retornar a él. Las movilizaciones de los “hijos de la clase media”, los

estudiantes universitarios, por becas y mayores beneficios para acceder a la enseñanza superior y por mantener la gratuidad de este servicio, son la expresión más clara del temor de este sector a perder el monopolio del consumo cultural. Se ha ido constituyendo en el curso de la década un imaginario colectivo que señala aproximadamente que “la clase media logró ser lo que es gracias a la gratuidad de la enseñanza superior”. Y se agrega que la “enseñanza superior en Chile era democrática, ya que permitía que los más capaces llegaran a la universidad”. Las reivindicaciones de gratuidad por parte de este sector se hacen en nombre de los grupos más pobres, de la democratización del sistema, pero ocultan sin duda una situación de amenaza a la que se ve enfrentada la clase media.

Una parte de esta clase media, la más vieja en términos culturales, vuelve hoy día la mirada desde el mercado al Estado. La vieja clase media, aquella que alguna vez conoció la estabilidad y las garantías de un Estado benefactor, se siente amenazada y aspira a recuperar algunas de las seguridades del pasado. Es un discurso que se construye míticamente y que quizá nunca existió. Pero cada día más se escucha que “antes” se estudiaba gratuitamente, que “antes” se tenía buen acceso a los hospitales, y ese “antes” comienza a ser parte del sentido común, de ese sentido común que no es necesario probar.

Sin embargo, el temor y la amenaza no dicen solo relación con un Estado ausente y un mercado omnipresente en cada una de las dimensiones de la vida de la clase media tradicional, sino también, y principalmente, con la certeza de que sus hijos hoy no miran ni se paran como ellos quisieran. Porque en muchos casos sus hijos son hijos de la modernidad, para quienes la competencia más dura se levanta como un mundo de oportunidades. Para aquellos hijos que no se reconocen en este modelo de libremercado, el viejo proyecto paterno que apuesta a asegurar el sitio de clase media, tampoco parece ser mucho más atractivo. Las rupturas intergeneracionales, así como las de género, que se instalan al interior de la familia chilena dan cuenta del debilitamiento de la autoridad paterna en su interior, pero por sobre todo, de los procesos de individuación que en ella se construyen. Los profundos cambios ocurridos en la relación sociedad-Estado-mercado han impactado, de manera a veces dramática, en las relaciones al interior de la familia. Paradójicamente, son estos mismos sectores, más tradicionales y resistentes a las transformaciones, los que más expresan y defienden su modelo como forma de convivencia generalizada para la sociedad. La arraigada práctica del ocultamiento les impide mirarse y reconocer todo el dolor y la rabia que los hijos han heredado. Aun así, la familia continúa siendo un espacio donde se tejen las relaciones afectivas y se construyen los sueños de integración y movilidad de cada uno de sus miembros. La casa todavía es el punto de lanzamiento al mundo.

LA FAMILIA AMURALLADA¹

LA MADRE: Me casé a los diecisiete años, bien joven, en mil novecientos sesenta y nueve. Y de ahí, tuve a todos mis hijos. Llevamos veintisiete años juntos, casados, más cinco años de pololeo.

Yo soy de Serena y él también es de Serena, nortinos los dos. Llegó él a trabajar aquí y yo me vine a vivir aquí. Estuve ocho años aquí y de ahí estuve viviendo cuatro años más en Santiago. De ahí nos vinimos otra vez acá a Rancagua, debido al trabajo de él, porque esta es zona de minería. Él es ingeniero en minas, trabaja directamente en las minas, en proyectos y explosivos. Mi marido lleva veintidós años en la minería.

Mi esposo trabaja mucho fuera del hogar, retirado del hogar. Es un problema que ha afectado más a mis hijos menores, porque son demasiado apegados a la casa. Ahora está trabajando en Los Andes. El año antepasado él trabajó igual. Se va once días y viene el fin de semana no más; eso les afecta a los niños chicos, a la familia en general, a los lolos grandes igual. Porque son demasiado pegados a la casa, son demasiado unidos. Por ejemplo, mi marido todos los días habla con todos nosotros. Son cosas donde uno nota que él echa de menos también el estar acá, con los niños. Bueno, al menos yo siempre he dirigido la casa. En ese sentido no ha hecho falta en la casa.

74 En un tiempo, las chicas estaban mal y en el colegio se dieron cuenta. Creyeron que nosotros nos habíamos separado, como les estaba afectando tanto a las chicas. Hasta esos extremos hemos llegado. Me preguntaban en el colegio si nos habíamos separado, porque las niñas decían que se había ido el papá, cuando era que se había ido a trabajar a otro lado.

La seguridad

LA MADRE: La madre de mi esposo murió cuando él estaba chiquitito, tenía como tres años. Su papá se volvió a casar y los niños vivieron independientes. Como tuvieron madrastra, los niños hacían su mundo. Él se educó con una beca. No porque el papá se la diera, sino que el papá le daba techo y comida y ellos tenían que arreglárselas. Vivían en un mundo aparte.

Mi papá se murió cuando yo tenía diez años. Ahí estuve viviendo unos años con mi mamá, hasta que ella se volvió a casar. Con eso llegaron niños más chicos a la casa. Nos criamos como hermanos, sí, porque como ellos eran chiquititos, para mí eran como juguetes. Más bien, para mí eran una entretenición. Pero yo en ese tiempo también empecé a pololear con mi marido. Por eso yo creo que me casé joven, porque como que buscaba algo. Ya desde los diez años me había cambiado el mundo. Era súper independiente, tenía mi modo de

¹ Entrevista a la señora Angélica Aguirre y don Héctor Carrasco, realizada en Rancagua, 1997, por Patricia Guerrero, socióloga, en el marco de un estudio sobre familia desarrollado en conjunto por PNUD y SUR, y publicado parcialmente en: PNUD: "Informe de Desarrollo Humano en Chile, 1998: Las paradojas de la modernización" (Santiago: PNUD, 1998).

pensar, tomé la decisión de irnos con mi hermano si mi mamá no se iba de la casa de mi abuela. Todo eso demuestra que ya tenía una madurez. Cuando murió mi papá fue como madurar de porrazo. A mi mamá le costó acostumbrarse, habían sido tantos años... lloraba. Quizás también por eso le dio por apegarse más a mí. Ahora ella vive con nosotros.

Creo que es debido a eso, a tanta cosa que nos pasó, la búsqueda de seguridad de nosotros. Ambos padres tuvieron otra pareja y ahí cada uno vivía su mundo. Es todo lo contrario de lo que hemos hecho nosotros. A lo mejor eso fue lo que creó nuestra manera de hacer familia. Eso pudo haber servido a que hayamos pensado en ser así nosotros, buscar una forma de vida en la que no pasara lo mismo. Seguramente por eso buscamos un modo de unión para darles a los niños. Unión que ninguno de los dos tuvo.

Clase media estupenda

EL PADRE: Provengo de familia numerosa. Somos nueve hermanos, mi padre era taxista, tenía una botillería y de eso vivíamos. Una clase media estupenda, buena relación. Pero como mi papá pasaba poco en la casa y mi mamá murió muy joven, nos faltó esa unión, estar todos juntos largo tiempo. Entonces, quizás eso nos lleva a nosotros, a mí a título personal, a querer estar siempre con los niños, con la familia. Siempre nos ponemos de acuerdo, y muy de común acuerdo, porque no solamente se lleve una línea de autorización, sino que una línea de opinión: Dónde vamos de vacaciones, dónde vamos en este descanso, qué hacemos para tal fecha, qué no hacemos.

75

Lo que me tiene más contento es que nos gusta estar juntos, los niños son muy caseros. No se les prohíbe nada en la casa. Ellos traen sus amigos, se ponen un fin de semana a tomar sus cervezas, o se juntan a tocar guitarra, y nadie dice nada. A nadie nosotros le prohibimos nada. Todo se hace solamente con cierto respeto, pero no hay mayores limitaciones dentro de la casa. O sea, aquí la casa la disfrutamos por parejo, nadie es dueño de la casa, ni nosotros, como papás. Eso no nos da el derecho a ser más dueños de la casa. A todos nos ha costado, de hecho, a todos en cierta manera, todo lo que tenemos.

Tratamos de ser más que una familia, un grupo con mucha confianza y ser muy honestos y sinceros entre nosotros para tener una buena relación. Siempre hemos buscado que cualquier problema lo conversemos; siempre ha sido así. Tenemos una muy buena relación y a los niños les gusta estar en la casa. Aquí en esta casa les hicimos el piso de arriba para ellos. Tienen su muy buen baño, sus dormitorios, su living, vamos a instalar una biblioteca.

El ahorro

EL PADRE: Nos casamos muy jóvenes. Angélica tenía dieciocho años, yo veintitrés y ya era ingeniero de Codelco. Vivimos en un campamento donde no teníamos mayores gastos. Eso como que nos llevó un poco tempranamente a tender a ahorrar. Al primer año de casados ya teníamos una libreta de ahorro. Empezamos a ordenarnos en cuanto a los gastos, a tratar de aportar algo. Teníamos vivienda gratis, entonces el objetivo era comprar un vehículo. Eso nos llevaba a

ahorrar. Después que nos compramos el vehículo, que fue como a los cuatro años, nos trasladamos a otro centro, que era también parte del contrato de trabajo, el campamento de Goya. Ahí también era todo gratis. Yo pasé a otro estatus de trabajo, tenía muchas más garantías. Por supuesto también ganaba mucho más. Como teníamos niños chicos y éramos jóvenes, nos quedaba bastante plata. Empezamos a ahorrar y nos preparábamos, y como éramos los dos de La Serena, la idea era pasar buenas vacaciones, ir a ver nuestras familias. Porque no teníamos familia en Rancagua, no teníamos familia en Goya. Entonces apuntaba al sacrificio de ahorrar plata para pasar buenas vacaciones. Íbamos a La Serena, íbamos en las vacaciones de invierno y en las de verano. Vivíamos siempre bastante bien.

El año era realmente bien tranquilo, no había mayores sobresaltos en cuanto a grandes gastos. Yo diría que esa era una de las cosas que nos formó ahorrativos, siempre de común acuerdo.

Angélica ha manejado la plata siempre, a pesar de que ella era mucho más joven que yo. Siempre ella manejaba la plata, yo solamente me dedicaba a trabajar. En vacaciones lógicamente que las pautas las daba yo, pero la plata siempre la tenía ella. Yo he trabajado y siempre ha salido bien, hasta el día de hoy. De hecho, los bienes que tenemos están todos a nombre de ella, todos los bienes: casa, vehículo, todo lo que son propiedades están a nombre de ella.

En este minuto no debo un peso a nadie. Si tenemos que comprar algo, lo compramos de un mes para otro. A lo mucho en tres cuotas, para aprovechar el precio al contado. O sea, no deudas a seis meses ni a diez, ni a un año.

76

LA MADRE: Cuando vivíamos en el campamento minero no había bajada todos los días. Entonces cada quince días bajábamos del campamento a Rancagua. Ese era otro sistema de vida. Vivimos tres años así. Hasta que nos dieron casa en Goya, que es otro campamento, que está más cerca de Rancagua. En ese campamento uno bajaba más seguido.

Uno se hace un régimen de vida distinto a los demás y hemos seguido igual. Ya nos hemos acostumbrado a este sistema y los niños también están en el sistema. Por ejemplo, Marcela, que ha estado haciendo práctica y ha estado en otros lugares. Ahí nos hemos dado cuenta de eso. El lolo grande igual. Él estuvo harto tiempo trabajando afuera y también es el mismo sistema. Recibía los pagos y se compraba algo, pero nunca encallarse. Eso de tarjetas y cosas, nunca, nunca. Yo creo que es la regla. Creo que nos acostumbramos al modo de vida de allá arriba. En el fondo, es no gastar lo que no tenemos. Realmente esa fue la regla que fuimos creando todos al final y nos hemos acostumbrados a ser así.

Los niños quizás tomaron eso mismo, debido a que veían como nos manteníamos nosotros. Y al final con más tranquilidad, uno vive más tranquilo, en el sentido de no estar pendiente que vas a gastar más de lo normal el próximo mes. Cada vez te vas metiendo más, más y más. Eso es lo que hemos pensado siempre.

La casa propia

LA MADRE: Nuestra casa se construyó como un seguro de ahorro. Un día de estos quedamos solos dentro de la casa y te vas a una casa más chica. Es una

garantía para más adelante. Y esto se va valorizando cada vez más. Se construyó pensando en el futuro. Por eso no le tenemos miedo al futuro, en cuanto a problemas de vejez, jubilación y todo. Pensando en eso se hizo la casa. Estamos a gusto mientras tanto, cada uno tiene su pieza, y después veremos...

Al principio vivimos en el primer piso, todos amontonados, pero la cosa era terminar el segundo piso. Primero estábamos pagando arriendo y se nos iba la plata en eso y ese dinero se podía invertir arriba. Ni siquiera pedimos préstamos en los bancos, nada. Aquí, cuando hay plata se compran cosas; si no la hay, no. Los niños se han acostumbrado y tienen el mismo ritmo; no deberle nada a nadie. Esa es la regla.

Un núcleo cerrado

LA MADRE: Quizás nosotros somos muy cerrados en sí. Tengo poca comunicación con los vecinos. Los saludo, cómo están y todo, pero de estar metida en casa de otros, no. A lo mejor debido a eso somos más independientes. Los niños igual, ellos prefieren que sus amigos vengan acá a la casa antes de ir ellos a las casas de sus amigos.

Creo que a lo mejor eso nos hace que no nos sintamos solos; como somos tantos también. Mi mamá vive con nosotros, somos ocho. Entonces no es como para sentirse solos en realidad.

Por eso te digo yo que es como un núcleo bien cerrado. Entonces es difícil que nos vayamos a sentir solos, porque nunca hemos estado demasiado pendientes de otras personas. Hemos sido prevenidos para esas cosas, siempre estamos pensando en el mañana; para no tener la necesidad de andar pidiendo a nadie un favor o algo.

Siempre, desde que me casé, viví alejada de mi familia; siempre los dos nos arreglábamos la situación entre nosotros. Porque yo me casé joven y me fui a vivir al campamento altiro y en ese tiempo ya había puros hombres en el campamento. Eran poquitos los matrimonios; entonces uno tenía que arreglárselas como fuera y de ahí ya empezó la regla de arreglárselas como fuera. Era regla de nosotros eso de no pedir favores a nadie. Sería por lo mismo que uno se acostumbró a vivir solo, siempre independientes totalmente y lejos. Los dos lejos de la familia. Así que siempre, ambos, independientes total. Después ya se hizo costumbre. Uno se acostumbra a ser independiente total. Y los niños se han acostumbrado de la misma forma.

EL PADRE: Si bien es cierto que nosotros económicamente nunca hemos recurrido a nadie, porque gracias a Dios somos ordenados, emocionalmente o afectivamente nosotros tenemos muy buena relación con la familia. Lo que pasa es que nosotros somos poco dados. No sé si será porque nunca los hemos necesitado, o porque nunca hemos pasado algún problema grande.

Realmente nosotros el único apoyo que hemos tenido, si se pudiese llamar así, ha sido mi suegra. Mi suegra vive en este minuto con nosotros; entonces ella conversa con nosotros, o si hay algún problema de tipo familiar, tanto de la Angélica como mío, lo conversamos todos. Incluso, es más, participan los niños. Como nosotros ya tenemos niños grandes...

Nuestra familia es numerosa, yo tengo cinco niños con la Angélica. Siempre somos bien apegados nosotros siete, somos medios... no sé en realidad, a lo mejor somos un poco autosuficientes. O sea, somos un círculo muy cerrado, que cuesta mucho entrar en cuanto a esa materia.

Una familia unida

LA MADRE: Ahora es diferente el modo de pensar de la gente. Por ejemplo, respecto a cómo pensamos nosotros como familia. De repente he sentido críticas porque somos demasiado unidos. Cuando hay fiestas del colegio de las niñas, partimos todos. Los más grandes también van a ver a las niñas, como actúan. Entonces de repente dicen: "Oye, ¿pero cómo andan con todos los niños?" Pero no es cosa que yo los obligue, a ellos les nace ir.

El mayor tiene veintiséis y la lola veinticuatro, otro con dieciocho. Los dos más grandes ya podrían haber hecho su mundo. Ellos son ahora independientes. A todos les llama la atención, porque salen los tres juntos. Muchas veces creen que los dos hermanos son pololos. La lola con el lolo andan para todos lados juntos, parten con sus pololos, pero salen agrupados. Por eso creo que es más que nada porque hemos tenido respeto con ellos y ellos con nosotros, en el sentido de dar opiniones y tomar decisiones entre todos juntos, nunca solos.

Eso fue lo que creó mucha unión. Yo creo que eso ha servido a la comunicación y al respeto mutuo.

78

Ser ejemplares

EL PADRE: Mi familia se junta siempre con nosotros, pero en la casa de nosotros, acá siempre. Siempre están recurriendo a nosotros como para pedir algún consejo, para pedir alguna opinión. Por ejemplo, ahora hay una venta de una casa de mis papás, y mis hermanos han venido acá a consultarme si estoy de acuerdo, qué me parece como lo están haciendo.

La relación con nuestra familia es estupenda, porque siempre nos estamos visitando. Siempre nos juntamos para ciertas fechas, vacacionamos juntos, pero tanto como para recurrir a ellos, como pedir consejos, no.

A lo mejor será porque nunca hemos tenido grandes problemas, no hemos tenido necesidad de recurrir a nadie. A lo mejor si hubiésemos tenido algún quiebre (digamos, de tipo matrimonial), algún problema con algún niño, que hubiese salido aficionado al trago o a las drogas, podría haber sido que uno recurriera a alguien. Realmente, gracias a Dios, llevamos una vida tranquila. Lo nuestro es disfrutar de la familia.

LA MADRE: El resto de la familia es apegada a nosotros. Por esa misma seguridad que tenemos nosotros, ellos tratan de apegarse, buscan seguridad en nosotros. En cuanto a mis cuñadas, ven un apoyo en nosotros. De repente llaman por teléfono, que necesitan tanto. Allá se les manda, pero es como un apoyo. Al final nosotros somos un apoyo para ellas. Y para mucha de la familia, y eso que somos los menores de ambos hermanos. Siempre ha sido igual; nosotros somos

el apoyo de los demás, de la familia, como que han visto que somos más fuertes que todos los demás. En todo.

Nos han visto siempre así, porque hasta para pedir consejos. De repente tienen problemas sentimentales o algo, llaman por teléfono: "Mira, queremos hacer esto, esto otro, ¿cómo lo ven ustedes?". Yo creo que si nos preguntan a nosotros quedan como más seguros. Si los vamos a aconsejar, los vamos a aconsejar bien. No es decirles: "Mira, tienes que hacer esto", sino: "Mira, a nosotros nos parece esto, vean ustedes cómo lo hacen".

Esta familia ha ganado algo; ellos se sienten más seguros como para iniciar cualquier cosa, porque ellos piensan hacerlo de la misma forma.

Comunicación y reglas

LA MADRE: Siempre les damos a conocer lo que pensamos a los niños. Nosotros conversamos mucho con nuestros hijos, tenemos mucha comunicación. De repente nos sentamos a la mesa todos juntos, conversando del tema que sea. Todos opinan, hasta las más chicas, las más grandes, todos igual. Si hay que salir de vacaciones: "Bueno, vamos a ir de vacaciones. ¿Adónde quieren ir? Tenemos tres posibilidades. A ver votemos para donde vamos". Nunca se dice "vamos a ir de vacaciones a tal parte". Todo se ha hecho en conjunto, siempre ha sido así. De repente vamos a La Serena, pero es porque todos quieren ir a La Serena, no quieren ir a ninguna otra parte. Proponemos Mendoza o cualquier cosa, pero no, La Serena, La Serena. Al final estamos viajando de vacaciones a La Serena no más.

Todo siempre lo hacemos juntos. Todo se ha hecho en conjunto. Yo creo que eso les ha ayudado mucho a ellos para que se vayan guiando en nosotros. Pero nunca decirles que ellos tomen tal o cual modelo. Nunca se les ha dicho: "Miren, ustedes sigan esta regla y no hagan ni una otra cosa más". Si van a estudiar, que ellos decidan qué quieren estudiar. Pensando que ellos son los que van a trabajar toda una vida en eso y no vamos a ser nosotros los que vamos a estar trabajando. Yo creo que eso les ha servido mucho. Por eso mismo se han sentido más apoyados y como más seguros y han tomado la misma regla.

EL PADRE: Hacemos todo de tal manera de no interferir, porque uno fue niño y también entiende que cuando uno está con sus amigos y de repente le digan baja la radio o no canten tan fuerte... Aquí el que tiene sueño duerme y el que quiere acostarse tarde se acuesta tarde, pero dentro de un contexto que es de responsabilidad.

De lunes a jueves, por ejemplo, nadie se acuesta tarde, pero sí un viernes en la noche o un sábado en la noche. O sea, hay dos días para acostarse tarde. El domingo a las diez, tenemos que estar todos acostados; el día domingo hay que reponerse y el lunes hay que salir a sus obligaciones. Cada uno tiene sus obligaciones. Entonces hay ciertas reglas que los niños tienen claras. Nosotros hemos buscado una línea de respeto y de que no sea perjudicial para nadie.

Los hijos

LA MADRE: Los niños acarrean los amigos para acá, pasan los amigos acá. Salen a bailar los fines de semana, de repente invitan a Pedro o a Marcela. Cada uno con su pareja o amigos. Van los tres, siempre salen, es normal. A las más chicas no las dejas salir, es una regla que tenemos. Pero si el fin de semana mi marido llama y me dice que me vaya para allá, yo me voy a Los Andes. Ellos se quedan con las niñas. Ellos también tienen las reglas igual que las mías. Ninguno sale a la calle, porque la mamá no está. Que las niñas vayan a pedir permiso para ir donde una amiga, no. Si la mamá no está y no dio permiso, no se sale. Y si el Pedro y la Marcela salen, llaman por teléfono; si no van a llegar, también. Todo es así, o sea, ya están acostumbrados.

El mayor temor es que les vaya a pasar algo. Nosotros les hemos enseñado, para que se fijen en detalles. Siempre hemos conversado que hay que fijarse en las personas, en cómo actúan. No cómo hablan, sino cómo actúan. Porque tú puedes hablar muchas cosas, pero en sí los actos cambian todo. Que se fijen con quién se juntan, quiénes son sus amigos.

Pero el mayor temor es el de la droga. Yo encuentro que pasa lo mismo con el trago. A muchos lolos les pasa eso. Creo que mucho va en la casa, el ejemplo que les den en la casa, las responsabilidades que se les den. De repente están muy arrebatados los lolos, la droga los hace arrebatados. Se da una pelea y justo están metidos. Que les toque a ellos, los temores son esos. Los mismos amigos con que andan puede ser que tengan problemas.

80 Tenemos varios amigos a quienes los niños se les han ido en las drogas. El temor es por los amigos. Más encima que uno no puede ver el núcleo de la familia, cómo es. Porque se ven muchas cosas por fuera que interiormente no son así. No sabemos cómo actúan ellos, pero por lo que ellos han conversado, se ve que son los amigos, las juntas, los que los han metido en la droga; la gente que está cerca de ellos.

Pero con lo que se les ha dado, creo que no pueden llegar a eso. Con las armas que se les han dado, no creo que puedan llegar a otras cosas. Con los lolos más grandes no tuve tanto temor como con el tercero, porque él ha visto más lo de la droga y todo eso. En los colegios y en todas partes, él mismo llegaba contando: "En mi curso, mamá, hay varios niños que se drogan". Yo les converso.

EL PADRE: Yo diría que los niños están preparados para enfrentar el mundo exterior y, de hecho, ya saben del mundo exterior, se manejan solos. De repente van a Santiago, a Viña, se quedan dos tres días en casas de sus amigos o familiares. Les hemos dado esa libertad, un poco para que actúen. Les hemos contado los peligros que hay en esta vida. Por ejemplo, el exceso de trago, el exceso de cigarrillos y que eso de repente puede desembocar en un consumo de drogas.

Yo diría que para poder preparar a los niños para la vida externa, también debe dárseles algún grado de libertad. No se les puede tener siempre encerrados. Creo que los niños están bien preparados para ubicarse afuera. Ellos saben los peligros que hay y eso es lo que tienen que evitar.

Los valores

EL PADRE: Uno va inculcando cosas, tanto en lo económico como en lo moral. Principios básicos que son valores que no se pueden transar. Por ejemplo, aprender a no decir mentiras. Mentir es una cosa en que a la larga se sale pillado, y cuesta después recobrar la confianza. Cuesta para recuperar la credibilidad en los demás.

Son valores que uno va inculcando de chico a los niños, que uno también los tiene de familia. A mí mis padres siempre me enseñaron ciertos valores, que son intransables. Al final las mejores herramientas que uno les puede dar a los chiquillos son los valores, además de tratar de obtener alguna profesión, alguna especialidad.

Me imagino que debe haber ciertas fallas, falencias que a lo mejor nosotros no las detectamos, pero eso ya va quedando en el criterio de cada uno. Nosotros tratamos de dar las bases, para entender, por ejemplo, que vivir muy endeudado no trae buenas consecuencias, las preocupaciones. Hay que tener conciencia de lo que uno gasta. Por lo menos nosotros tenemos la política de ahorrar siempre el treinta por ciento de lo que uno gana. Todo eso uno se lo ha ido transmitiendo a los niños, de tal manera que se den cuenta de que la plata cuesta; y como cuesta, hay que tratar de aprovecharla, no despilfarrar. Yo diría que es una buena base, como medida económica.

Como medida en cariño, de afecto familiar, bueno, eso tiene que darse solo. Cada uno, me imagino, va dando muestra en la medida que crece o que va pasando por distintas etapas de su vida, se va amoldando a ciertas situaciones.

Eso en el fondo ha sido la base de nuestra familia. Ser honestos, ser sinceros y tratar de darles a entender a los niños la vida como es, transmitiéndoles nuestras experiencias. Tratando de enseñarles que tomen otras alternativas, otros caminos, que tomen decisiones, porque tampoco podemos ser inseguros en la vida; tratar de analizar y determinar las cosas.

81

EL PROYECTO PATERNO²

LA MADRE: Me acuerdo que estaba criando a Fernando, el segundo hijo, cuando me llegó una nota de la universidad donde me decían que había aprobado. Hacía como seis meses atrás que había mandado mi Memoria y lo había olvidado, porque ya estaba trabajando como profesora. Recuerdo que para un primero de septiembre llegó eso. Fue entretenido, como que cada cosa que me fue pasando lo tomé como un premio, un premio al esfuerzo.

² Entrevista a la señora Marta Hurtado y don Carlos Santibáñez, realizada en Rancagua, 1997, en el marco de un estudio sobre familia desarrollado en conjunto por PNUD y SUR, y publicado parcialmente en: PNUD: "Informe de Desarrollo Humano en Chile, 1998: Las paradojas de la modernización" (Santiago: PNUD, 1998).

Después que Carlos se casó conmigo, empezó a estudiar en la universidad, en jornada nocturna. Sacó su carrera de Ingeniería en Ejecución en tres años. Presentó su currículum por varias partes. Al cabo de unos años lo llamaron de Codelco, y por eso él vino. Entró, lo aceptaron, estuvo todo bien; arrendó casa y una vez que estuvo todo estable aquí (yo me quedé allá con mis papás), me mandó a buscar. Me dijo que ya podía venirme: teníamos casa, con todo.

La pobreza

MARTA: En Concepción, un amigo que nos vio afligidos ni siquiera nos quiso cobrar arriendo; nos pasó una casa. Era de un piso, se veían las vigas, no tenía piso, era tierra. Había que regar para barrer, todo lleno de hoyos. Las murallas se veía que eran de adobe y no estaba estucado, nada. Pero yo, como fuera acepté y me fui, porque mi marido sabía que tenía que irse. Entonces yo lo seguí y le dije: "No importa, Carlos, estas son pruebas que Dios nos manda. Así que vámonos no más. En todo caso cuidemos nuestros muebles". Así emparejé el piso, compró tablas, palos y todo. Y sobre esas tablas, que ya estaban parejas, fue colocando el *bufé*, el comedor, todo lo que teníamos de muebles, para que no se enchuecaran.

82 Y ahí vivimos. Había un baño para tres familias, con un patio común. Había una pileta para las tres familias donde ir a buscar agua para lavar la loza. Yo creo que ese fue el momento más crítico en mi vida. Pero nunca me sentí avergonzada. Incluso, yo estaba trabajando en la Escuela allá en Concepción, escuela básica de renombre. Yo creo que si los papás de los niños saben donde vive la profesora me habrían mirado mal, porque socialmente siempre se preocupan de que el profesor ande bien vestido, que dónde vive, que cómo habla, todos esos detalles.

Entonces yo, calladita, me bajaba de la micro como a dos cuadras de donde vivía y me iba a pie. Evitaba que supieran donde vivía para no tener ningún tipo de conflicto. Estuve unos pocos meses. Prácticamente fue como un remezón para mi marido, para que aceptara cuando la empresa lo llamó.

El trabajo

MARTA: Criando a mis hijos, empecé a sentir como que algo me faltaba. Y lo que me faltaba era buscar mi trabajo, porque ya estaba acostumbrada a trabajar. Entonces fui a la Provincial, fui a la Secretaría. Empecé a moverme hasta que mis papeles felizmente fueron bien recibidos. Tenía buenos antecedentes; yo en Concepción había hecho clases en el Liceo de Hombres de Linares, después había hecho clases en otros dos colegios grandes de Concepción. Traía todo mi historial. Aquí, en esa época, en el setenta y siete, había un problema de docencia, había mucha gente ejerciendo sin título. Entonces si llegaba una persona con título, era bienvenida.

Así que yo pude elegir. Me ofrecieron un colegio secundario y dos de básica. Yo decidí básica por los niños chicos, que me gustan más. Llegué sin querer a una escuela muy pobre: Santa Filomena. Esa escuela empezó a funcionar en una capilla y después la transformaron en una escuela. En la capilla hacíamos

clases en bancas. Cuando llegué, dije: “No importa, estoy con mi familia, estoy cerca de mi casa”. Eso tenía más valor.

La rebeldía

MARTA: Pienso que mi hijo mayor ha sido muy rebelde. Hace rato que debería haber sacado su título y lo va a sacar recién este año, recién. Yo no acabo de entender a raíz de qué su rebeldía, sus amistades.

Una vez, conversando con él, comprendí toda su rabia, toda su rebeldía. Le molestaba que al llegar del colegio no estuviese su mamá; había una nana y no la mamá. Un día de frentón me dijo: “Lo que pasa es que las veces que te necesité, no estuviste”. La crítica fue dura. Yo pienso que las crisis importantes que han vivido los niños han sido porque yo soy demasiado entregada al trabajo.

Juan Carlos fue el único que hizo el servicio militar y el papá no movió un dedo por ayudarlo, por lo mismo, por rebelde. Yo era la única que lo iba a ver al servicio militar; iba con mi hija chica. De repente parece que fueron los hermanos a verlo, el papá no fue nunca.

La droga

MARTA: Estando en la casa, un día se me acerca la hija y me dice:

—Mamá, te lo voy a decir de frente, porque tú tanto que vas a hacer cursos de alcohol, de drogas, y no te das cuenta que en tu misma casa tu hijo está fumando marihuana.

Me fui de espaldas.

—No puede ser —le dije—. ¿Estás segura de lo que has dicho?

—Mamá —me dijo—, te desafío. Espera, yo te voy a decir el momento preciso, vamos.

Entramos a la pieza de él. Estaba con llave. La ventana abierta. Lo sorprendí. Lo acorralamos, estaba acorralado. Altiro, de frentón: “¡Hijo, qué pasa!”.

Fue un dolor tan grande para mí, súper grande. Y yo estudiando para ayudar a tantos niños, sacándolos del mal, y que el hijo estuviera ahí fumando marihuana. Fue un golpe, creo que fue el más terrible. Sufrí cuando el hijo mayor se fue al regimiento, pero nunca tanto cuando pasó esto otro.

Dije:

—Fernando, no puede ser. Tú me conoces a mí, tú sabes. Ahora quiero que me digas por qué. ¿No te sientes querido? Dime qué pasa. ¿Por qué?

—Claro, si yo necesito de ti. Tampoco nunca estás.

Otra vez, la misma que me hizo mi hijo mayor. Fernando ahora tiene veinticinco años, tendría diecisiete en ese momento, estaba en el liceo. Le iba pésimo en el liceo y todos los días había que justificarlo. Que llegaba atrasado, que llegaba y no entraba a la sala. Claro, no entraba a la sala porque no sé con qué amigo por ahí se juntaba para eso mismo [fumar marihuana].

Entonces hubo que cortar de raíz. Me puse dura y le dije:

—Yo voy a estar siempre al lado tuyo, ayudándote. No te sientas solo, te voy a ayudar a salir, pero tienes que salir de esto. No le voy a decir a tu papá,

porque no quiero causarle este dolor, pero tú bien sabes que yo lo sé y si tú me traicionas, se lo voy a decir a tu papá.

Fue como un convenio. Y él salió de eso. Le tuve que observar los amigos. Tuvo él que confidenciarme qué amigos son los que llegaban a la casa con el aparato, con sus cigarros y todo. Y cortar, cortar, cortar.

—Busque otros amigos, tenga otros amigos, vea usted que le gusta la guitarra. Ahí ocupe su tiempo.

Y empezó a ocupar su tiempo en la guitarra. Metió a su hermano más chico, a Hernán. Los dos aprendieron guitarra, formaron un conjunto y tocaban y tocaban. Se sentían realizados con eso.

El título profesional

MARTA: Mi marido tenía expectativas para cada hijo. No en base a los valores que uno les puede dar, sino obsesionado por un título, que tenía que ser de una universidad tradicional. Hasta ahora, ninguno de los hijos le ha complacido en cuanto a su ideal. Mi marido decía: “Debería estudiar ingeniería este niño. Este niño es capaz para ingeniero en una universidad tradicional”. De los otros niños: “Este niño tiene todo, tiene el carácter, la estatura, tiene aquí, tiene allá. Debería irse a la Escuela de Carabineros”. Como que le estaba construyendo la vida a cada chiquillo.

84 Un día el papá quedó muerto, pero muerto, una crisis terrible. Esa crisis del papá que al otro día al hijo no le habla, no lo saluda. Porque él construyó todos los castillos de los hijos y estos se derrumbaron. En cambio yo no he tenido ni un dolor, por ninguno. Hasta que descubran para qué sirven, para qué son buenos, con qué son felices. Porque si son felices, aunque ganen poca plata van a ir contentos al trabajo. Esos son los valores que yo he tratado de entregarles a los hijos.

Al papá, en cambio, no se le han hecho realidad sus ideales para con sus hijos. Ha repercutido hasta en la pareja. Yo he tenido que tomar una actitud de defensa, no de aliada de él. No en el sentido de decir: “Chiquillos, la embarran, cómo se van a cambiar de carrera”. Él siente que yo no estoy al lado de él. Y eso genera conflicto matrimonial. Incluso recuerdo que en una de esas discusiones, el papá me dijo: “Me da la impresión de que tú no quieres que los niños tengan título. Tan egoísta eres que quieres tener tú no más un título”. Pero cómo iba a ser yo egoísta con mis hijos. ¿Cómo no voy a querer que tengan título?

Los hijos

MARTA: Ahora el mayor está terminando su carrera y se la costea él, porque el papá no le da. El del medio igual; trabaja, se costea, y él sabe cuánto le cuesta.

El papá dio una norma y dijo: “La ayuda escolar hasta los dieciocho años. Si a esa edad no están estudiando en las universidades tradicionales, yo no ayudo a ninguno”. Yo, con el dolor de mi corazón, como mamá, tenía que acatarlo.

El hijo mayor, Juan Carlos, cuando egresó de cuarto medio, no tuvo el puntaje necesario para entrar a la universidad. Entonces lo pilló el asunto del

servicio militar. Hizo el servicio militar, y después que salió, él mismo dijo que realmente le había servido, había madurado y que, en realidad, tenía que estudiar. Y empezó a buscar cómo podía iniciar los estudios y entró a una universidad privada. Buscó ingeniería en ejecución, el primer año partió como muy bien. Pero siempre fue amigo de los amigos, siempre rodeado de amigos. Eso yo creo que lo mató; que se quedaba un ramo, que el otro, que ya se complicaba el semestre, etc. Y el papá pagando las mensualidades. Le pagó hasta los veintitrés años. Él tenía veinticuatro años y todavía estaba estudiando en la universidad.

A mí me partía el alma y yo le colaboraba a él. Le daba, que sé yo, el cincuenta por ciento de la cuota y él tenía que rebuscárselas, trabajar y todo para la otra mitad. Y quizás ahí empezó a sentir que le dolía. Empezó a terminar, a ponerse al día en los semestres, y terminó. No fue tan terrible la situación, porque él trabajó vendiendo gas, en distintas actividades.

Para peor, se casó. Llegó su primer hijo y ahí también tuvo un año en bajón. Tuvo que suspender varios ramos. En vez de hacer cinco ramos, hacía dos, tres máximo. Todo eso le atrasa la carrera, al extremo que ahora nació su segundo hijo ya. Él está trabajando aquí conmigo, como chofer, y recién le revisaron su memoria, hace como un mes atrás. Se sacó buena nota, menos mal.

El del medio ha sido un niño que yo reconozco que debí haberlo orientado en sus habilidades. Como que por nacimiento es para la música. Tiene habilidades musicales, talento musical. El se rebeló contra todos los intentos míos. Yo le decía: "Hijo, tú tienes espíritu social, estudia servicio social". Partió a estudiar servicio social. Estuvo un año y no le gustó. Estudió en Santiago en una universidad particular, la Santo Tomás me parece que es. Él congeló la carrera, tan mal no le iba. A él le tiraba la música, la música, la música. De hecho, ahora está a cargo de una banda musical. Él inventa las canciones. Sacaron un cassette. Él sueña con que algún día va a ser, si no famoso, que le van a valorar sus canciones.

El hijo más chico, en cambio, ha sido el hijo más parejo. Claro que él partió estudiando Leyes, y no le gustó. Dijo que no era para él, para sus principios, su forma de ser. Nada que ver Leyes, y empezó a estudiar Sociología. Cuando ya estaba a punto de egresar de Sociología, congeló y se vino a ayudar aquí en el colegio. Hoy está sacando la carrera de Pedagogía los días sábado. El se costea todo, porque ya pasó la fecha de que el papá lo ayudaba. A todos les puso la misma norma: veintitrés años y listo.

Eso fue lo terrible, pero la mamá siempre está por bajo cuerda: "Toma, para la micro; que toma aquí, que toma acá." Así siempre. Yo creo que en varias familias chilenas puede estar pasando lo mismo. La responsabilidad escolar para con los hijos en la familia cae más en la mamá que en el papá. Los padres tan solo exigen resultados, pero no son ellos los que están junto a los hijos.

El proyecto

EL PADRE: Yo siempre fui de la idea de estudiar en una universidad tradicional. No me gustan ni los institutos ni las universidades particulares, por esto de

la venta en el mercado. Tengo también algo de experiencia propia. Por esa misma situación, siempre estuvieron las fuerzas dirigidas a que ingresaran a una universidad tradicional. Esto, naturalmente, acarreó un problema entre mi señora y yo. Yo tenía algo bien definido y a ella, para el caso, le daba lo mismo, exactamente lo mismo. Decía que no dependía del instituto, la universidad particular o la universidad tradicional. Lo hacía el profesional cuando se jugaba en la vida diaria. A mí, eso todavía no me convence y sigo firme con mi posición.

Juan Carlos nunca fue un alumno que sobrepasó el promedio de cinco y ocho, que era el mínimo que yo le exigía. Siempre estuvo más abajo de eso. Entonces cuando egresó de la Escuela Industrial, que es donde él estudió, se armó un conflicto. Le tocaba el servicio militar y no quería seguir estudiando. Él sabía cuál era el propósito del papá y sabía que no iba a poder cumplirlo. Yo le dije que si no seguía estudiando en una universidad tradicional, se iba al servicio militar, pero que yo no quería que estuviera vagando. Se fue al servicio militar. El último día le dije que podía hacer alguna gestión, si había cambiado de parecer, si quería realmente seguir estudiando; pero no.

Salió del servicio militar, hizo su práctica, y en la práctica le vino el reforzamiento para seguir estudiando. Ahí entró a una universidad privada.

Aún no creo haberme equivocado, porque Juan Carlos está en los veintiocho años en este momento y todavía no es dueño de un título profesional. Entonces no puedo estar tan equivocado en mi punto de vista.

86 Fernando, derechamente es más amante del arte. Él postuló también, dio la Prueba de Aptitud y anduvo alrededor de los quinientos puntos. Era obvio que no tenía muchas posibilidades.

Diferente fue con Hernán, porque su primer puntaje cuando dio la prueba fue alrededor de los setecientos puntos. Pero no le dio para lo que él quería, estudiar Derecho en Santiago. Si salió en lista de espera en Iquique, en la Universidad Arturo Prat. Yo le dije que lo apoyaba, que me la jugaba y aunque fuera lejos, lo hiciera. Después él mismo vio que era muy riesgoso depender de la lista de espera. Como alternativa, se comunicó con la Universidad Central de Santiago. Era particular. Y ahí cedí, pero cedí por el potencial que tenía Hernán, porque yo sabía que era un buen estudiante, no digamos sobresaliente, pero un buen estudiante.

Es obvio que, ahí, el año había que pagarlo completo. En octubre, como regalo de cumpleaños, me anunció que no quería seguir estudiando. Por lo que yo pude captar, Hernán es bien especial y le chocó todo el sistema, el aparataje social. Vio que los hijos de papá, sus compañeros, llegaban con diferentes autos y como que eso no lo soportó.

Yo le dije que terminara el año, que ya estaba pagado y dentro de ese lapso, podía cambiar. Pero fue un rechazo rotundo, un rechazo fulminante lo que él vivió. Dio la prueba nuevamente y bajó su puntaje. Él realmente se había equivocado, lo que quería era estudiar música.

Esas son las grandes discusiones que hemos tenido con la mamá. Yo soy más tirado a los números y la mamá que es más tirada a lo soñadora.

El dolor

MARTA: Siempre me puse yo como ejemplo. A lo mejor fue fome para los cabros, tal vez resultó lo contrario de lo que yo les decía, porque yo les decía: “Miren, yo vengo de familia muy pobre, familia esforzada. Mi madre fue obrera, nunca lo niego; fue obrera de la fábrica de fósforos. Mi padre fue obrero de una gran compañía en Concepción. Fue gente esforzada y me dieron la oportunidad de estudiar en la universidad. Yo la aproveché. Pero no recuerdo haber quedado con ningún ramo pendiente. Todos los años pasaba con todos los ramos, y si mi carrera era de cuatro años, terminó de cuatro años”. Esos ejemplos les daba, y como eran terribles, fueron peor para ellos. No sé, fue como una rebeldía de ellos, no sé.

EL PADRE: Fue un dolor terrible como papá, porque los tres me cabían en la universidad si seguían estudiando. Lo que yo lamento es que los tres tenían capacidad; lo que pasa es que ellos la desperdiciaron.

Ahora, como papás, ¿cuál es nuestro pecado? Los dos trabajamos, y duro. Yo trabajo en un centro minero; tengo que estar muy ausente de la casa, llego prácticamente a dormir, es muy poco lo que hago de familia. Trabajar ha sido nuestro pecado. El trabajo no daba para los gastos de los hijos, siempre buscábamos otra alternativa de algún negocio. Yo siempre me he desenvuelto con eso, he buscado, he vendido porotos, he vendido legumbres, he vendido ropa. Y ahí he tenido el apoyo de mi señora, porque siempre las mejoras iban en dirección a los hijos.

Mi señora es profesora y trabaja jornada completa, de cuarenta y cuatro horas. Eso significa que estamos muy encerrados en lo que es trabajo. No digamos que los dejamos abandonados, ahora lo puedo decir con un poco más de experiencia. Pero, quizás, no bastaba tanto la situación económica, sino que era mejor, en vez de comernos un pan, a lo mejor, ese pan haberlo repartido entre todos. Como que me queda ese sabor.

Ellos tenían una obligación también. Siempre nos manejamos con esto de que nosotros aportábamos el techo, el hogar, el cariño, y ellos debían estudiar. Todo estaba basado en eso. Faltó que yo me metiera más, debiera haber estudiado con ellos. Por mi trabajo no lo hice. Pienso que debiera haber sido más duro, más duro, más duro con mi decisión, no haberme dejado llevar por la mamá. Ella siempre buscó la parte más blanda. Finalmente, no podía hacerse otra cosa que conversar, nunca nos cansamos de conversar y de plantear nuestras posiciones.

Con Juan Carlos, por ejemplo, nos dimos cuenta de situaciones que no eran muy normales. Se recurrió a un psicólogo, se buscó ayuda. Nos dimos cuenta de que realmente él venía con una manía que no era usual dentro de la familia. Y la ayuda que recibimos no fue suficiente, debiera haber sido mayor.

Siempre conversaba con otros papás que eran mayores. Recogía alguna experiencia, trataba de hacer amistad con otros matrimonios de edades más o menos similares con la nuestra. Al final, nosotros descubrimos que era muy poca la ayuda por ese lado.

El respeto

EL PADRE: La familia sigue relativamente unida. A Juan Carlos, que está casado, se lo ha apoyado mucho. Aunque no es la alegría que uno quisiera, pero queda ese sabor, así medio amargo.

Seguimos teniendo el concepto de familia. Quizás pudiera decir: mamá aprensiva, papá aprensivo. La mamá por su condición de mujer, es aprensiva de una forma; y el papá es aprensivo de otra forma. Siempre estamos viendo con ojos bien críticos a los hijos, que lo que están haciendo no está tan bien. A lo mejor nos ha faltado la técnica de poder llegar más a ellos. Cuando chicos me dediqué bastante a ellos, compartí hartos, a pesar de mi trabajo. El día que tenía descanso lo dedicaba a ellos solamente, salíamos, jugábamos a la pelota. Me costó, yo sufrí esa parte, no me preparé para ir separándome de ellos. Eso es algo que debo reconocer.

Yo esperaba que cada uno fuera profesional y que todo se hiciera más fácil. La situación ahora ya está resuelta, es harina de otro costal. Después de los veintiuno, ellos empezaron a tomar sus propias decisiones y he aprendido a respetarlos, que es lo que más me costó.

EL TEMOR AL HIJO PERDIDO³

88 EL PADRE: A principios de los setenta, yo tenía jornada completa en un Liceo de Valparaíso. Hacía clases particulares en las monjas y trabajaba vespertino. matiné, vermut y noche trabajaba. Hacía sesenta horas de clases y tenía un sueldo de tres mil escudos. Me tenían clavado con tres mil escudos. Me acuerdo muy claramente. Entonces, acá en Antofagasta me ofrecieron hacer dieciocho horas de clases y me pagaban seis mil quinientos escudos. Me vine altiro. Además, en aquella época no existían los licenciados, los magister ni nada. Eran títulos del Estado, de la Universidad de Chile. Cinco años de estudio y te quedabas en la universidad. Entonces para mí no fue difícil. Esa fue mi mejor época. Las tuve todas. Después llegué acá, y a pesar del golpe militar, me dieron la facilidad de seguir estudiando. En Santiago saqué mi posgrado, mi magister.

Ahí tuve un problema, quizás con los niños, en cuanto a aislamiento, debido al estudio. Viajaba todos los días, me dedicaba sólo a estudiar, me olvidé de la casa. Fueron dos años y medio de "chao casa".

El año ochenta y uno viene el cambio en la Universidad, pues pasa a ser una sola, eliminan a todo el profesorado de un viaje. Hubo problemas, cierto...

³ Entrevista a la señora Paulina Saavedra y don Héctor García, realizada en Antofagasta, 1997, por Cristián Espinoza, estudiante de Antropología, en el marco de un estudio sobre familia desarrollado en conjunto por PNUD y SUR, y publicado parcialmente en: PNUD: "Informe de Desarrollo Humano en Chile, 1998: Las paradojas de la modernización" (Santiago: PNUD, 1998).

un problema político y económico. Yo trabajaba en Ingeniería. Era una época en que estaba muy bien, pasé a formar parte de un cuerpo académico de profesores. Hubo cambio incluso de amistades. Cambió todo. O sea, hubo problemas con los colegas, unos quedaron adentro; otros, afuera. Toda la Universidad fue exonerada, completita. Tuvimos dos rectores militares. El primero era bien consciente, porque la cuestión, cuando es dictadura, depende de la persona. Si viene una persona buena, funciona bien todo. Fue un buen rector, nos trató bien. El nivel académico fue de primera, estábamos el descueve.

Después cambian al rector. Viene otro, uno de estos que no tiene idea de Universidad. Se le ocurrió de un día para otro —así como a Nerón se le ocurrió quemar Roma—, se le ocurrió exonerar a todos. Fue divertido, exonerar a todos... [risas]. Eso fue el ochenta y siete. Yo era director del Departamento y para mí fue un problema. Cómo comunicar a mis académicos: “Mira, hoy mismo estás fuera de la Universidad, exonerado”.

Con el rector militar, la Universidad cambió de rumbo, nos fuimos todos. Pero él no pensó, por ejemplo, que después venía el próximo semestre, que habría clases, que iba a necesitar profesores. Así es que nos contrató a todos, pero a contrata. Decidimos aceptar, pero a mitad de semestre paramos la Universidad y ahí quedó la grande. Desapareció el rector. Los cabros se quedaron sin profesores y también pararon. En el año ochenta y siete se unió la Universidad Técnica del Estado (UTE) y se transformó en la Universidad de Antofagasta. Ese fue el nacimiento de la Universidad de Antofagasta. Como eran más los de la Universidad de Chile, nos aguantaron a unos poquitos. Por eso en la parte económica sufrí. Los sueldos se han mantenido. Hay una desigualdad tremenda en la Universidad.

89

La inestabilidad

Entre el ochenta y siete y el ochenta y nueve estuve a contrata. Ese es un problema que te desajusta la parte económica. No puedes encallarte, no puedes contratar cosas, te tienes que quedar ahí no más, desconectado. Y ahí entra el famoso concepto de la estabilidad. Universidad necesitas un doctorado, un posdoctorado. Es difícil, la gente se pelea esos cargos, la estabilidad.

Tiempos difíciles

EL PADRE: Hoy en día está la parte económica delicadísima. En mi época no se pagaba la salud, no se pagaba la educación, no se pagaba nada. Hoy se paga todo. Entonces, hay un problema económico grande, porque los sueldos se han mantenido. Pero mis cabros ya están grandes y no tenemos problemas en esa parte

El problema económico existe comparativamente con épocas anteriores en que, por ejemplo, uno salía de enseñanza media, se iba a la universidad. Yo seguí Pedagogía y al tercer año ya estaba trabajando. Uno se desvinculaba del hogar y empezaba a llevar su vida aparte, era todo gratis.

Hoy los jóvenes están acostumbrados a vivir de los padres hasta cerca de los treinta años, para poder estudiar. Entonces no alcanza. Y ese es un proble-

ma económico real que existe en todo nivel social; clase media, digamos, y hacia abajo. La alta nunca ha tenido problemas económicos.

Sin embargo, las cosas se han ido dando y nunca hemos estado tan mal. Claro, no como a uno le gustaría, pero por lo menos nunca nos ha faltado nada. También acudimos a la familia, que nos apoyó. Después va habiendo soluciones, todo tiene solución. El momento de desesperación, pero después todo pasa.

Modelo de familia

EL PADRE: En la segunda etapa de nuestra familia, la de los lolos en la enseñanza media, ahí vino el problema. Ellos van cambiando; hay cambios naturales en la pubertad y nosotros no supimos controlarlos. Yo quise educarlos igual como me educaron a mí, con plena libertad; yo di plena libertad. Entonces, tuvimos ciertos problemas, también porque la sociedad fue cambiando. No era la sociedad que viví yo, que fue más tranquila. Esta es una sociedad más agitada; por eso hoy día mismo está el problema de la droga y las familias han cambiado mucho, existe otro concepto. Y eso pasó con los cabros míos cuando estuvieron en la pubertad.

Yo logré estar entre ese tipo de problemas, de la drogadicción —que no existía en mi época— y todo eso. En mi época, era todo más lento. La computación, la tecnificación avanzó mucho. Todo esto produjo grandes cambios que yo no advertí para educar a mis hijos como me educaron mis padres. Uno siempre tiene modelos; y mi modelo fueron mis padres. Yo quise educar a mis hijos igual. Traté, y ahí, hubo problemas. Después hubo una recuperación por parte de mi hijo y nos estabilizamos nuevamente. Pero fue una etapa muy difícil, la edad de los dieciséis, los diecinueve, con nuestros hijos.

El alcohol

LA MADRE: El problema que a nosotros nos tuvo mal, mal, mal, fue cuando entraron a la adolescencia y empezaron a hacer leseras. Ahí fueron como cuatro años realmente preocupantes y malos. En realidad ese ha sido el problema más grande. Nosotros lo tomamos como si solo nuestros hijos eran los que iban a fiestas, tomaban y llegaban ebrios. Pensamos que eran ellos, no más. Entonces hicimos un problema más grande de lo que era. Después, con los años nos dimos cuenta de que no eran los de nosotros solamente, sino los hijos de todos, de los amigos. La mayoría de la juventud. Pero nos dimos cuenta tarde, cuando ya habíamos vivido todo. En ese aspecto ha cambiado montones la familia; los cabros no salen bien parados, no saben para dónde van, porque hay libertad.

Carlos llegaba más o menos entonado al principio. Después llegaba con trago, borracho la verdad. Incluso una vez llegó aquí totalmente ido, volado. Era de día. Con un amigo que estaba habían hecho agua de no sé qué flor. Se la habían tomado y les hizo pésimo. Lo tuvimos que llevar a la clínica. Le hicieron un lavado de estómago.

Duró como cuatro años. Llegaba botado, curado. Yo creo que fue el peor de los problemas, el problema más grave para mí. Sí, para mí ha sido lo peor que

me ha pasado. Sin tener mal ejemplo: aquí no bebemos, ni siquiera hay para las visitas.

Se lo llevaron preso montón de veces, porque los carabineros ni lo veían y ya lo tomaban. Con trago o sin trago se lo llevaban igual. Después el mayor siguió en las mismas. Era un sábado, era el otro. Conocimos todas las comisarías.

Los problemas comenzaron cuando Carlos estaba en octavo básico. Yo lo puse en otro colegio y no se adaptó bien a los compañeros, y los amigos que empezó a tener eran más vividores, más hombres. Él había estudiado en el Seminario, un colegio católico. Lo cambiamos al Andrés Bello, que es completamente distinto, mucho más liberal.

En realidad, no creo que el colegio haya tenido mucho que ver. Lo que sí, las amistades. En primero medio, ahí él empezó. Al principio no nos dimos cuenta si llegaba bien, en qué estado salía. Empezó a salir todos los sábados. De repente llegaba medio alegre y esas cosas a las que uno no le daba mucha importancia. Hasta que un día desapareció. Simplemente una mañana lo fui a despertar y no estaba. La cama estaba hecha y con una almohada puesta en el medio. Fui a ver su closet y no había nada de ropa de él: Se había llevado todo.

Para mí fue tremendo. ¿Cómo le digo al papá? Me acuerdo que Héctor, su papá, llegó a almorzar y yo no le dije. No le dije absolutamente nada. Se fue a trabajar y cuando volvió tipo cinco, le dije.

El hijo perdido

91

LA MADRE: A todo esto, yo ya había salido donde los amigos y nadie tenía idea de nada. Estuvo cinco días desaparecido. Fui a la casa de Gonzalo Vera, que hasta ahora es amigo de él, el mejor amigo de mi hijo. Yo sabía que él sabía, pero me dijo que no sabía. Me mandó a la casa de otro. Con ese otro niño se había ido. Este niño era hijo de un militar. El papá de este niño me dijo que había tenido una discusión con él, que siempre tenía problemas con él, y que seguramente Carlos lo había acompañado. No tenía problemas aquí, pero se fue con su amigo para acompañarlo. La amistad estaba ante cualquier cosa. Acompañó a su amigo y estuvieron cinco días desaparecidos. Para nosotros fue terrible.

En realidad estuvimos acompañados esos días. En la Universidad todos nos ayudaron. Eran tres amigos que se habían ido. Uno tenía dieciocho años, Carlos tenía catorce y el otro quince.

Nos habían dicho que estaban en el valle, pero no estaban ahí. Después, al sexto día, mi hermana que vive en Valparaíso llamó para decirme que Carlos había llegado a su casa con un amigo. Ese mismo día nosotros viajamos a buscarlo. Después, cuando lo encontramos, seguía igual. Llegaba con trago, a veces no llegaba. Yo me amanecía esperándolo. Todos los sábados sentada mirando por la ventana. Cuatro años estuve así. Nosotros recorríamos Antofagasta y nunca, nunca lo pudimos encontrar. De repente, tipo una de la mañana sonaba el teléfono, para mí era terrible cuando sonaba, y eran los carabineros que se lo habían llevado preso. Yo creo que por lo menos, sin mentir, unas veinte veces se

la habrán llevado preso. Todos los sábados pasaba algo. Si no se lo llevaban preso era suerte, pero llegaba aquí mal, mal.

Sin espacio

EL PADRE: Llega la época de la pubertad y los estudiantes se encuentran con un período difícil en el cual tienen poca salida y es posible extraviarse. Tienen poco espacio. Eso hace que el niño se haya ido por el camino más fácil. El camino más fácil de la vida era y es, en ese tiempo de juventud, el carrete. En el cambio de vida juvenil se suman otras inquietudes. Carlos era un niño muy inteligente. Entonces estudiar no le atraía mucho. La educación misma, actualmente, incluso es rígida, no da facilidad para que el alumno se explaye.

Entonces, este niño se aburría, aunque tenía excelentes notas. Y empezó a buscar otras salidas, a creerse más hombre. Él pensaba que ser más hombre, me imagino yo, significaba salir a tomar, a divertirse, porque “todo me era fácil”.

La política

LA MADRE: Cuando empezó el cuarto medio, Carlos comenzó a cambiar. Así como de un día para otro. Recuerdo que cuando repitió el tercero medio, su profesor jefe me dijo que no me preocupara, que él sabía todo lo que Carlos hacía, que él nos ayudaría. Este profesor lo trataba como a un amigo.

92 Y de pronto, un sábado no salió, ni tampoco el siguiente. Ese verano se dedicó por entero a leer. Después supimos que el profesor lo había llevado al Partido Socialista, a la Juventud. Ahí Carlos comenzó haciendo trabajos, discursos. Incluso habló para el Día del Trabajo. Carlos tenía, entonces, diecisiete años. Luego, mi hijo llevó a sus amigos al Partido. Y ahí se acabó todo eso.

EL PADRE: Cuando terminó este período —el período dictatorial— empezó la democracia. Entonces, mi hijo ahí tuvo la salida, fue la política que lo atrajo. Ahí se dio cuenta de que había otros caminos, que había otras salidas, que había más libertad, que podía expresarse, que él podía combatir a un adulto. ¡Cosa que era muy atractiva para él! Y empezó a cambiar. También creo que cambió mucho por haber tenido un hijo. Eso lo hizo cambiar.

El profesor

LA MADRE: Hemos tenido suerte, porque no son muchos los amigos, pero los que tenemos aquí, siempre han estado con nosotros. Por sobre todo, su profesor jefe. Fue una gran ayuda, una gran cosa lo que él hizo por nuestro hijo, por esta familia. Creo que a mucha gente del colegio la ayudaron. Cuando tuvieron el último Consejo de Profesores, enviamos una carta dándole las gracias, lógicamente a él. Hasta el día de hoy yo se lo agradezco; no me importa que lo haya metido al Partido Socialista, o al que hubiera sido, pero eso lo ayudó a salir del problema.

Escribí esa carta y le pedí que por favor la leyera en el Consejo. Les agradecía yo a todos los profesores; porque yo creo que todos, sin ninguna excepción, en algo lo tienen que haber ayudado.

Ahora, todo cambió, yo me puedo acostar simplemente, y dormir. Antes yo no dormía.

La autoridad paterna

EL PADRE: Los problemas que vivimos fueron terribles, porque, imagínate, para mí que soy papá cristiano, que llevo ciertas normas valóricas antiguas con las que me formaron a mí, para mí era totalmente incompatible ese tipo de actitud. No conocía las comisarías, no conocía nada. Con Carlos conocí todas las comisarías de la ciudad.

Me sentí sin las capacidades para solucionar el problema. Tratamos de hacer todo lo posible, todo lo que dice la mente sobre estas cuestiones, todo lo que dicen los psicólogos, y nada. Entonces, ¿cómo se abrió y solucionó el problema? Ese es el lado como incógnito. Lo solucionó un extraño, un profesor distinto. Yo, a lo mejor, no fui capaz, pero otra persona que veía de fuera la situación lo soluciona fácil. Cambió al Carlos de un día para otro, en un mes tuvo otra vida, dejó de tomar. Ahora, bueno, dejó de tomar... Se toma unos tragos, pero dejó el uso abusivo. Se puso a estudiar. Yo estoy muy agradecido del profesor que lo ayudó. Influyó mucho todo eso y, entre tanto, le abrió el universo de las ideas políticas. El hombre ahora es socialista, porque el profesor era socialista. Entonces caminó por ese camino, pero solucionó otro problema. Prefiero que sea socialista y todo lo demás a que sea un vago.

No todo fue malo. La familia ganó una nieta, hermosa: la hija de Carlos. Ha tenido suerte en todo: Le tocó una buena niña, muy trabajadora. Una hija preciosa, sana. Así que eso es lo mejor. Y que Carlos esté por recibirse, que haya tomado el camino bueno. Nosotros le dimos mucha importancia, es decir, excesiva importancia a un problema que después —mirándolo ahora de viejo— era un problema menor, no era tan grave. En la juventud de hoy día es algo normal.

Una sociedad que oculta

EL PADRE: El cambio de época, el cambio de vida —si se puede llamar—, el no casamiento, todo ese tipo de cuestiones valóricas que yo tengo y que a mí me dolió mucho, he visto que es normal. Yo que trabajo en la universidad he visto que es normal que en los últimos niveles estén todos con parejas, que convivan, digamos. ¿Y tanto desorden, dicen? Resulta que en la universidad hay montañas de latas de cerveza.

Yo pensaba que mi hijo era el único que había tenido problemas con el alcohol, y resulta que no es una minoría, sino que es una mayoría. Es un problema a nivel social, nacional. Para mí sigue siendo un problema, pero solucionarlo no sé cómo. Yo pensaba que me afectaba a mí, porque todos los colegas me decían: “Mis hijos están muy bien”. Después no era nada que estaban muy bien. Después observé más y me di cuenta de que todos sufrían el mismo problema...

pero mucha gente lo esconde. Se maneja en secreto, sobre todo en la clase media y clase alta. Mi hermana, que más o menos se maneja en clase alta: los gallos tienen problemas tremendos, pero los callan. Y problemas peores. Problemas de drogadicción, de hijos drogadictos. En esta sociedad nadie sabe qué es lo que hay.

Yo soy muy creyente, soy muy católico, entonces me he dado cuenta —como católico, como parte de mi Iglesia— de que se cometen muchos errores. Eso lo he observado.

EMBARAZO, ABORTO Y RUPTURA⁴

LA MADRE: Nosotros somos una muy mala pareja. Mi marido tiene una tranca muy grande con respecto a compartir ciertos encuentros de diálogo. Él es hijo de una persona muy dominante y muy vieja, con muy pocos medios. Ella, mi suegra, se casó con el papá de mi marido, que era viudo con ocho hijos. Ella no se entendió con los hijos de él. A pesar de que amaba mucho a su marido, no trepidó en dejarlo y quedarse sola con su hijo, mi marido. Después de eso, siempre estuvo muy aferrada a él. Por eso creo que él tiene dificultad para contar sus cosas; no conversamos, prácticamente.

94 Yo soy súper extravertida y él conversa súper poco. Además, como llega a la casa tan agobiado siempre de cosas, de cansancio, entonces siempre que uno quiere conversar con él o está mirando la tele o está leyendo. Lee dos diarios antes de irse en la mañana o alguna de esas memorias anuales de las empresas. Entonces nunca tiene tiempo uno.

Él llega todos los días a las diez de la noche, once de la noche. Se va en la mañana a las ocho; además, siempre que hay tiempo, él está en otra cosa. O sea, está pensando en lo que va a hacer en la reunión.

Cuando estamos juntos lo pasamos bien, porque tenemos los mismos gustos. Nos gusta mucho viajar, conocemos mucho y siempre disfrutamos del lugar donde vamos y nos gusta todo, nunca no nos ha gustado algún lugar. Pero tenemos poca vida... no sé cómo explicarlo, pero hay poco de amistad. Nunca de decir: "Él va a llegar cansado y lo voy a atender o voy a llevarle el desayuno". En todo nos llevamos mal.

Los viajes

LA MADRE: Los viajes nos han servido, porque hemos viajado tanto. Lo pasamos bien, disfrutamos, pero —por ejemplo— el último viaje a mí me pasó

⁴ Entrevista a la señora Fabiola Huerta y don Alfonso Aguirre, realizada en Ñuñoa (Santiago), 1997, por Alberto Moreno, estudiante de Antropología, en el marco de un estudio sobre familia desarrollado en conjunto por PNUD y SUR, y publicado parcialmente en: PNUD: "Informe de Desarrollo Humano en Chile, 1998: Las paradojas de la modernización" (Santiago: PNUD, 1998).

una cosa extraña. Estuvimos sesenta y tantos días en Europa. Yo siempre que salgo con él no llevo mi propia plata y esta vez tampoco la llevé. Me sentí mal porque Europa es súper caro. Uno no puede comprar y de repente yo tenía ganas de comer algo, o qué sé yo. Sentía como que andaba poco menos que con mi patrón. Íbamos a comer y yo pedía lo más barato de la carta y mi marido se comía un bistec. Entonces me dije, “por qué hago esto, nada que ver”, y empecé a pedir igual que él. Si él pedía carne, yo pedía carne. Me sentí rara, me sentí mal en realidad... debería haber llevado mi plata. Tampoco llevé mi propia máquina fotográfica; él quería sacar todas las fotos. Y es que yo saco miles de fotos, a veces puedo sacar la misma foto varias veces porque me enloquezco con las cosas, me encanta todo. Él no, él es más observador.

LA MADRE: Nosotros tenemos una familia súper grande y tenemos hartos buenos amigos, solos no nos hemos sentido. Cuando tuvimos un problema mayor, mayor, que fue con nuestra hija Mariana, no nos sentimos nunca solos.

Mi familia, la de mi papá, es la familia con que más nosotros nos apoyamos, nos queremos mucho. Con amigos también, que hemos tenido de muchos colegios; mis compañeros de trabajo han sido excelentes, somos muy sociables. Tenemos harta gente que queremos. No tenemos problemas de soledad nosotros. Más soledad tenemos como pareja, pero social, no.

EL PADRE: Siempre hemos tenido el acuerdo de los amigos, la familia. Sobre todo cuando nuestra hija se desapareció, en esos períodos difíciles. Siempre hemos tenido un apoyo de todos. Somos muy cercanos a la Iglesia. Tuvimos la confianza siempre de contarles todo a ellos. La gente que uno pensaba que iba a responderle, siempre ahí estuvo. Nadie del entorno nuestro nos cerró la puerta.

95

Los títulos

LA MADRE: Mi marido es una persona de mucha capacidad intelectual. Él ha estudiado muchas cosas. Primero estudió Ingeniería en Ejecución, después un curso de computación en la universidad, después estudió Pedagogía en Matemáticas, Física y Estadística. Luego la empresa lo envió a hacer un curso de análisis de sistemas, y también lo aprobó; lo terminó todo. Tiene los tres títulos; yo tengo solamente dos: Matemáticas y Estadística. Los dos hemos sido así, hemos terminado todo.

Afortunadamente mi marido siempre ha ganado bien. Yo trabajaba muy relajada, porque no tenía necesidad económica. Podía poner toda mi plata para mis niños.

Trabajé con harta vocación. A mí me gustaba mucho mi profesión. Estudié porque sentí que eso era como perfeccionarse. Pasado el tiempo, después de todo lo que ha ocurrido, siento que estudiar para profesor de Estado no fue perfeccionarme, sino salirme del nivel de educación más importante, la básica. Quizás debí haberme quedado siempre como profesora básica. Habría sido más feliz, porque estudiar para profesora de matemáticas no me produjo muchas satisfacciones. Quizás la única fue sentirme capaz de aprender otras cosas más

importantes, más difíciles. Tal vez no más importantes, más difíciles en realidad. Pero no me sentí nunca realizada como profesora de matemáticas.

LA MADRE: A mi marido se le ocurrió comprar una farmacia y me puse a trabajar ahí, durante quince años. Quince años primero en Pedagogía, pasando por otros niveles, y después quince años en mi farmacia. No gané nada de plata, porque me tocó el período en que las farmacias se empezaron a acabar, las de barrio, y surgieron las grandes cadenas. No quebré, pero no gané ni un veinte. Pero hice mucha labor social en realidad, porque al parecer esa es mi vocación: el servicio. Ahí les ayudé a todas las personas que pude. No solo con cosas, también con palabras, escuchando. Ahí me involucré con una viejecita a la que desde hace siete u ocho años que yo asisto. En realidad, no es que yo le dé cosas, porque ella afortunadamente tiene su entrada, pero yo soy como su mamá. La que la lleva al doctor, la que ve si le falta ropa, todas esas cosas.

Cuando cumplí treinta años de trabajo, nos cambiamos a esta casa en Ñuñoa y dejamos Renca. Creo que treinta años trabajando es suficiente. Hoy soy voluntaria en el Hogar de Cristo, trabajo en una clínica que es como una comunidad y también pertenezco a una comunidad cristiana.

Estoy disponible para mi hija, que está estudiando y que tiene dos hijos. A ellos les regalo dos días a la semana, miércoles y jueves; toda la tarde les entrego mi tiempo. Antes no lo hacía así, no me daba cuenta. Yo hacía cosas y los miraba con un ojo. Ahora no; ahora juego con ellos, los entretengo, trato de que hagan cosas útiles y no que vean tele.

96

Como mis comienzos fueron de pobre, en realidad no tengo temor de verme un día sin nada. Nosotros hemos invertido en propiedades. Pero uno se da cuenta ahora, que aún es joven, que eso tampoco es una cosa segura, porque a mí me ha pasado. En un local que tengo arrendado, varias veces me han estafado. La primera vez, el tipo se fue con mi arriendo de cinco meses, no pagó la cuenta telefónica; quebró la taza del baño, me quebró la mampara. Si yo hubiese sido una anciana, de dónde saco la plata. No sabría qué hacer.

De nuevo lo arrendé y de nuevo me están estafando. No me pagan el arriendo, y esas son las cosas que yo tengo para mi futuro. Aunque pienso que por mi formación y por la vida que tengo ahora, no me conformaría con poco. Mi marido va a tener una buena jubilación, porque tiene un buen trabajo.

El aborto

LA MADRE: Mi hija quedó embarazada a los diecisiete años, con su primer pololo. Si hubiese sido algo que le pasó a una pareja que se lleva bien, habría sido distinto, pero no fue así. La relación de ellos era muy dramática. Él era una persona muy rara, que exigía cosas. Fue una relación fea.

Mi hija iba a ir becada a Italia y quedó embarazada. Él no sabía qué iba a hacer si mi hija no estaba en Chile. Entonces, para fregarla en realidad, la dejó embarazada. Eso fue lo que sentimos nosotros.

Además de todo, nosotros decidimos hacerle un aborto. Creo que fue el periodo más triste de nuestra vida. Ella tenía como dieciséis años. En realidad, no sé por qué tomé esa decisión, porque de acuerdo a todos mis principios yo

no debería haberlo pensado siquiera, nunca. Además, yo no debería haber pensado en mí.

Tuve la poca fortuna de que mi marido me dejó sola. Nunca atinó, nunca opinó, nunca dijo que no, nunca nadie dijo que no. Yo realmente estaba en un hoyo, en un abismo terrible. Me sentía muerta en vida, llegué a pesar cuarenta y cuatro kilos. Para mí fue horrible.

El complejo social

EL PADRE: Quizás, habría que preguntarse hacia atrás por el problema. Mi hija es muy introvertida, nunca había tenido pololo, no tenía pinches. También culpa hay, creo yo, en el colegio de las monjas. Eran muy cerradas las monjas, un colegio muy poco abierto hacia la comunidad.

La llegada de este joven, al principio, fue un agrado para la familia, porque era el primer pololo. Incluso mi hijo menor se hizo amigo de él. Pero había algo que desde un principio fue un problema. Era un joven acomplejado. Él planteó que se sentía económicamente más bajo que nosotros. Nosotros, al contrario, le dijimos que nunca habíamos pensado en eso. Somos de origen humilde y nunca nos ha preocupado ese aspecto. Incluso lo incentivamos mucho. Él tenía problemas con su madre.

En ese tiempo a mi hija le iba bastante bien en el colegio. Estaba en un colegio de monjas y se destacó mucho en italiano. Postuló a una beca a Italia, de estas becas de intercambio. Estaba todo listo, la teníamos inscrita, habíamos pagado la primera cuota, estaban todos los trámites para que fuera. Ahí empezó la inseguridad de él. Yo muchas veces hablé con él. Le dije que si él la quería, tenía que permitirle que hiciera esto; que eran solo tres meses y que les serviría incluso para probar si se querían o no. Pero él siguió insistiendo y la dejó embarazada. Con las mismas intenciones de que no viajara. Ella estaba en tercero medio, y por las características que tenían las monjas, era difícil que Mariana siguiera ahí. Por eso terminó en otro colegio. Para ella fue duro terminar el colegio sin sus compañeras y, claro, perdió la posibilidad de ir a Italia.

Entre todo esto, después vino un tiempo en que se arrancaron. Él se la llevó. Nos sacaron unos dólares que teníamos, desaparecieron. Posteriormente se arrancaron de nuevo. Aquella segunda vez que se arrancaron fue toda una farsa que nos armaron. Es decir, desaparecieron de nuevo y la madre de él nos llamó diciendo que había encontrado una carta, la que decía que no los siguiéramos o se iban a matar. Después nos dimos cuenta de que incluso estaban amparados por la madre, que estaban en la casa de una persona conocida de ella.

Bueno, ahí estábamos bien preocupados, no sabíamos qué iba a pasar. Ya nos habíamos dado cuenta de que la Mariana no era una persona sana, que no era sana mentalmente, que podía hacer cualquier cosa.

La hija embarazada

LA MADRE: Después que pasó esto, tras un año, se juntaron de nuevo y quedó embarazada otra vez. Ahí nació mi nieta Alejandra.

Cuando mi hija quedó embarazada, Raúl, su pololo, nos dijo que tenía dos posibilidades: una era irse a trabajar a Costa Rica, donde un tío que tenía una empresa, y llevarse a mi hija; y la otra era que nosotros le compráramos un camión a él para que lo administrara. Nuestra respuesta fue negativa. En esta ocasión mi marido se hizo presente.

Raúl dijo que se iba, abandonó a mi hija porque no se quiso ir con él. Apareció como a los seis meses, exigiendo. Llegó deportado. La empresa no existía. El tío ni cama le convidó; lo tuvo ahí de obrero, le pagó el mínimo. Después se arrancó, lo deportaron. Así nos contó él y venía a saber ahora qué papel jugaba él en nuestra familia.

Mi hija estaba súper mal. Durante meses nosotros la habíamos levantado, entre todos. Pero igual a ella le faltaba esa parte. Pero ella le dijo que ya no, que desde ese momento no quería nada con él.

Ahí empezó todo un período bueno para nosotros, y mi nieta fue una bendición. La adoramos todos, mis hijos, mi mamá. Fue el centro de nuestra familia por muchos años.

La sanción

EL PADRE: Lo más terrible fue que en esa época mi hija ya estaba en la Universidad Católica. Estudiaba licenciatura en latín, porque tenía aptitud. Había estudiado italiano desde el kinder en el colegio de monjas.

98 Así que fue bien doloroso. Además, ella tenía una gran amiga ahí, y un día le contó a esa amiga que estaba esperando. Esto fue bien duro para ella, porque desde que le contó esta niña no la saludó más. Contó en el curso y le hicieron un vacío general, todo el curso.

Ella no quiso seguir estudiando ahí y yo le encontré toda la razón. Esto marcó mucho a nuestros hijos. Ninguno de ellos, por ejemplo, ha querido entrar a la Universidad Católica. Eso fue bien duro también para nosotros. Pensamos que esas cosas en la juventud no deberían de pasar, caer en una cosa así. Al contrario, si ella se sentía amiga debía haber apoyado a mi hija, más encima estando en una Universidad Católica.

Toda esa cuestión produjo algo que nos dolió mucho, que a mi señora y a mí nos produjo hartos problemas. Familiarmente también, sobre todo a mi segunda hija. A ella le afectó mucho, nos veía a nosotros, cómo sufríamos, y también se sentía mal. A David también, a pesar de que era más chico, pero también tiene que haberle afectado, debe haberlo sentido. Fue todo bien fregado. Para mí fue un golpe bastante duro, no me podía convencer. Era mi hija y yo siempre me pregunté dónde habíamos fallado. Tal vez la sobreprotegimos mucho. Quizás eso hizo que siempre ella estuviera como un pajarito.

La nieta

EL PADRE: Así nació la nieta, sin que él estuviera. Después él regresó y volvió a la casa. Quería entrar y yo no lo dejé. Me dijo: “¿Puedo ver a mi hija?” Le dije que no, porque a un hijo no solo hay que engendrarlo. Mi hija lo encontró por ahí y quedaron en que se iban a ver en la farmacia. Nosotros en ese tiempo

teníamos una farmacia. Ahí él le dijo que poco le importaba la hija. Le dijo que él quería estar con ella, que no le interesaba su hija. Desde esa vez no se interesó más.

Mi nieta siempre quiso conocer a su papá. Ella siempre preguntaba por su papá. Lo quería conocer. Hasta que al final, a través de un primo, mi señora le mandó un mensaje, porque dijimos: “Mejor que la niña vea”. Y salieron un día, con mi hija y la niña. Él le compró muchas cosas a la Alejandra. Mi hija le dijo que no quería que le diera eso, porque la Alejandra no estaba acostumbrada a que le compraran todo lo que quisiera.

Posteriormente, salió una vez solo con ella. Se pasó la hora y no llegaban. Como era medio raro, temimos cualquier cosa, pero finalmente llegó. Creo que fueron tres veces que salieron. La Alejandra al final como que salió de su curiosidad. El problema está resuelto, mi nieta sabe que tiene un papá.

LA MADRE: Alejandra es súper inteligente y nosotros siempre le hemos hablado de su padre. Nunca le hemos contado ninguna historia en realidad. No le hemos dicho que es malo ni que es bueno, sino que era muy joven. Le hemos mostrado las fotografías y todo. Ella el año pasado quiso conocerlo.

Teníamos cómo contactarlo, lo llamamos y vino. Salió un domingo con ella y con mi hija. Le compró muchas cosas, después al otro día vino de nuevo y la pidió. Mi nieta se fue llorando.

Al siguiente domingo, la pidió de nuevo, se fue llorando otra vez la Alejandra. Le presentó a su abuela, la madre de él. Y al siguiente fin de semana, de nuevo la pidió. Pero mi nieta estaba invitada a otra casa de un familiar de nosotros. Él la quería obligar a ir. Ahí la Alejandra no quiso salir, no quiso ni siquiera saludarlo.

Después, hemos tenido conversaciones con ella. Una vez dijo: “Abuelita, yo ya lo conocí; lo encontré feo, pero es simpático”.

Nuestra nieta está destinada a vivir siempre con hombres que no son su padre y eso a mí me preocupa. Yo tuve experiencias malas con familiares míos, directamente a mí me afectó un tío. Yo le digo mucho a mi hija, pero ella tiene otra formación. Yo le digo que hay que estar siempre con el ojo vivo. Yo cumplo con decírselo, porque me nace. A mí me preocupa, porque pasan muchas cosas y siempre pasan con familiares. Eso me produce mucha preocupación.

Nosotros quisimos asegurar a la nieta. Quisimos de alguna manera asegurar su vida. No era que nosotros le pusiéramos los apellidos, como que era hija nuestra o que la adoptáramos. Mi hija, con sus diecisiete años y todas sus rebeldías, no quiso. La niña tiene solo su apellido, porque es hija de ella no más.

Nosotros, haciendo averiguaciones, supimos que en el Código Civil no está determinado que los padres de la madre sean los abuelos de la niña; o sea, somos parientes de su madre, pero no somos los abuelos de la niña, la Alejandra. Entonces, si llega el momento de elegir a quién darle la tuición de la niña, nosotros tenemos la misma posibilidad que cualquier otra persona que la pida.

La depresión

LA MADRE: Mariana después dio la Prueba de Aptitud; intelectualmente es muy capaz. Quería entrar a estudiar Psicología, pero ahí empezó a dar bote, porque estaba mal, anímicamente estaba mal. Se iba de la casa súper temprano y llegaba súper tarde. Nosotros le ofrecíamos todo nuestro apoyo: "Tienes que estudiar". Al final, después de dar bote ahí en Psicología y toda la historia, se emparejó con un chiquillo que estudiaba Sociología. Han formado una buena pareja. O sea, ellos están en este minuto bastante estables, aunque no casados. Yo les encuentro toda la razón; para ser responsables y todo no es necesario casarse. Ellos viven con la niña grande y un niño de ambos. Pero mi hija Mariana está con una depresión muy grande y hace poco trató de suicidarse.

Marcelo es un hombre distinto a los demás hombres. Él es muy... mujer también; acaricia mucho a su hijo, él lo atiende, sabe bañarlo, él sabe vestirlo, sabe darle de comer, le hace su comida. Es un hombre bien especial Marcelo. No es como todos, es muy ayudador.

La militancia

EL PADRE: Mariana volvió a estudiar. Estuvo tres años en Psicología. Pero, después nos dimos cuenta de que no iba a la Universidad. Hablé con la directora de la Escuela y ahí me dijo que no había ido en casi todo el semestre anterior, que en realidad había aprobado hasta el tercer semestre. Se había metido, con toda su inestabilidad, con todos sus problemas, en un grupo político, debe haber sido el MIR o el Frente. Ella estaba propicia para todo eso. Ahí había conocido a Marcelo.

Hablé con ella, le pregunté por qué me había engañado. Quería otro cheque, se lo negué. Se molestó y se fue a vivir con Marcelo a la casa de su mamá. Tuvo que dejar a la Alejandra en nuestra casa, ella sabía que no podía cuidarla bien. Nos seguimos viendo, le llevábamos a Alejandra. Cuando nos veníamos, se armaba un llanterío. La nieta quería quedarse, pero también venirse con nosotros.

Fue una etapa difícil. Marcelo, en el fondo, fue bueno para ella. Él estudiaba, Sociología. Durante ese tiempo, tuvieron un hijo, Matías. Yo hablé con Marcelo, le dije que encontraba que la vida no andaba bien. Me dijo: "Pero, ¿cómo?". Respondí: "Claro, porque la Mariana no va a poder estudiar, tú no vas a poder seguir estudiando, se les va a complicar toda la vida de nuevo".

En todo caso, yo creo que fue muy importante Marcelo, porque la estabilizó. Lamentablemente ocurrió que él congeló. No pudo seguir su carrera y no recibe ayuda económica de sus padres.

La dependencia

EL PADRE: Hemos seguido apoyándolos. Le pagamos todo a Alejandra. La compra de esta casa en la que vivimos fue pensando en ellos. Compramos una casa principal grande con una casita al lado para que ellos vivieran ahí. De hecho, tenían un taller acá. Pero hubo problemas, yo creo que son los proble-

mas normales, de distintas maneras de vivir, chocaban. Sobre todo con mi señora, que era la que más convivía con ellos, que está más en la casa.

El año pasado tuvimos que traer a mi hija por su depresión, volvía la hija. Ahí nosotros dijimos: "No, no vamos a cambiar a toda la familia por culpa de ella, de nuevo no". Sólo estuvo hasta que encontraron, a principios de año, una casa. Nosotros los seguimos apoyando. Yo le pago a ella los estudios. A Alejandra le pago el colegio también.

Mi hija ya se olvidó de lo de Raúl y ahora con Marcelo, por lo menos están bien. Tal vez en lo que no andan bien es en lo económico. Son un poco despreocupados ellos de eso. Como que viven al día, no se preocupan mucho. A él le va bien, trabaja como artesano. Tiene hartas habilidades manuales, trabaja en juguetes y le va bien. De repente vemos que se conforman con poco. No piensan mucho en el futuro. O sea, yo me preocuparía, viéndolos a ellos.

Capítulo tres

SOBREVIVIR EN LA CIUDAD

“Pero tengo la esperanza de que algún día me llegue un golpe de suerte”, dice en su relato el hijo de la señora Georgina. Es una familia como existen miles en Santiago. Migración antigua del campo. Vivieron en el Zanjón de la Aguada en los años cuarenta y cincuenta. De ese lugar surgió el apelativo de “población callampa”, ya que las casas surgían como los hongos, sin que nadie las planificara y sin que nadie tampoco se diera cuenta. El Zanjón fue un lugar paradigmático de la pobreza de los años cincuenta. La familia de la señora Georgina fue beneficiada con una de las primeras y más importantes operaciones de vivienda que se hicieron en Chile: la población San Gregorio, durante el gobierno de Jorge Alessandri. Se erradicaron las “callampas” y se construyeron grandes poblaciones.

Esa generación de migrantes ingresó a las fábricas: fue la ilusión del período industrialista. Eso los hizo viajar desde el campo, dejar la vida rural y aventurarse en la ciudad. La familia de esta historia de vida trabajó en empresas textiles, primero en Hirmas y luego en Panal. El golpe de Estado del 73 terminó con un amplio sector obrero en Chile. Las textiles cerraron sus puertas y fueron muchas las personas que quedaron cesantes. Comenzó un largo andar. Don Jaime, el padre, tras veinte años de vagabundear por oficios diversos, no se resigna y se pregunta aún por qué en Chile se cerraron las fábricas. Sabe que su destino será ser siempre pobre. A no ser “que el Señor algún día se acuerde”.

Doña Georgina, desde aquellos años, cuida autos en el Cine El Golf, en Las Condes. Primero acompañada de sus hijos, hoy con sus nietos. Ella ha aprendido a sobrevivir en la ciudad junto a su enorme prole. Para cada uno de sus nueve hijos, ella siempre soñó una vida mejor, tranquila. No son muchas sus aspiraciones: comer todos los días, contar con una vivienda con más dormitorios, educación para sus hijos y nietos. De poco les ha servido tanto trabajo: después de años de esfuerzo, la familia sigue igualmente pobre. Ella se pregunta por qué nunca ha podido salir de la pobreza. No tiene recuerdos de una vida sin “amargura” y pobreza. En su relato, deja en claro que la pobreza se repro-

duce, de padres a hijos, de hijos a nietos. Todos trabajan en la familia y, sin embargo, apenas alcanza para comer.

Trabajando en la calle fue que los hijos aprendieron de la humillación y el maltrato. Con el paso del tiempo, los sueños de la madre perdieron fuerza. Los hijos tomaron entonces otro rumbo. Aprendieron a sobrevivir en la calle, a ser vivos, rápidos, a perder el miedo, a acumular rabia. Y es que para sobrevivir en la ciudad, al pobre no le quedan muchos caminos. O aprende a ser astuto, o simplemente tendrá que esperar que Dios, la suerte, el Loto o el Kino cambien algún día su destino. Si hay algo que los jóvenes pobres aprendieron de sus padres, es que con el esfuerzo y el trabajo honrado, en Chile nadie se salva de la pobreza.

Esta es la historia de Jaime, hijo de Georgina; de Marcos, un joven poblador de Cerro Navia. Ambos crecieron en la pobreza, en la calle. Vagando por las calles de Santiago conocieron la droga, los hogares de menores, el robo, los márgenes. Marcos relata cómo con su pandilla mataban el aburrimiento de los días que transcurrían todos iguales en las esquinas polvorientas de la población. El baile, la droga, probar los límites de la maldad, permitían sentir “la adrenalina” y olvidar que finalmente no tenían “nada que hacer.” En la calle lograron romper con el aburrimiento y la soledad. Eran tiempos felices, recuerda Jaime, cuando relata sus nueve años de vagancia y patotas de amigos. La vida en los márgenes es eso: vida estrecha.

Ambos, Marcos y Jaime, topan fondo. Y surge el miedo a “borrarse”, a no poder nunca más salir de un espacio que muestra sus límites con crudeza. La cárcel, los amigos que mueren, las sobredosis, hacen volver la mirada a los espacios que aparecen como de integración: el trabajo, los proyectos sociales. Jaime, obstinado en recuperar el espacio perdido en la familia, logra una oportunidad de trabajo. Un trabajo donde la confianza y el afecto de un patrón le devuelven la esperanza de “una vida más tranquila”. Y, sin embargo, sabe que con su trabajo nunca dejará de ser pobre. Como él mismo dice, “en la calle yo me hacía el sueldo de un mes” de trabajo honrado. Es el precio de la integración: la pobreza sin remedio de los que vienen de las orillas.

La historia de Marcos se asemeja. De la pandilla pasa a liderar un grupo juvenil de música, un proyecto con financiamiento estatal que le devuelve la confianza. Abandona la droga y sus días se ocupan en hacer música. Descubre que habita una comuna donde se crea cultura. Y sin embargo, el proyecto finaliza, el espacio ganado comienza a desdibujarse...

La democracia de los noventa trajo esperanzas. No es el tiempo en que José Donoso, finalizando los setenta, escribía *La desesperanza*, ese oscuro y pesimista retrato de la sociedad chilena en medio de la dictadura. El gran escritor chileno no veía la luz al final del túnel. Pero ello cambió. Entre 1990 y 1992 se produjeron cambios económicos evidentes, que se expresan en cifras claras. La distribución de los ingresos señaló por primera vez, y quizá única, un signo alentador. Aunque moderadamente, los quintiles de ingresos más bajos vieron aumentar

su participación en el reparto general de los ingresos del país. Contribuía a ello un aumento en la ocupación, un auge en las construcciones de viviendas y edificios, la fijación del salario mínimo, el acuerdo sobre impuestos a las ganancias logrado por el gobierno, y numerosas otras medidas de política social. En los primeros seis años de la década, disminuyeron las personas de la población chilena ubicadas bajo las líneas de la pobreza (de un 38,6 por ciento de la población a un 23,2 por ciento). Independientemente del método de “medir” esta situación social, no cabe duda de que expresa una realidad: cinco millones de personas eran pobres en 1990, según estos guarismos; terminada la década, eran tres millones. Concretamente, de acuerdo a la Casen, esto significa que en 1998 vivían en Chile 3 millones 160 mil personas (666 mil hogares) en situación de pobreza. Detrás de estas cifras existe esperanza y frustración. Hay dos millones de personas que iniciaron algún camino esperanzador para salir de la situación en que se encontraban, y tres millones que no.

En la Región Metropolitana la cuestión no ha sido tan sencilla. Los niveles relativos de pobreza e indigencia incluso aumentaron, pasando de 14,8 por ciento en 1990 a 15,4 por ciento en 1998. Considerando que el 40 por ciento de la población de Chile vive en esta región, un 28,5 por ciento de la población en situación de pobreza se concentra en el principal centro urbano del país. En Chile, los pobres e indigentes (21,7 por ciento) son una población mayoritariamente urbana que se concentra en rangos de edad entre los 0 a los 18 años, algo más
104 entre las mujeres que los hombres.

Aun considerando la crisis económica que vivió el país a fines del siglo, la persistencia de la pobreza dice relación con una sociedad que transita por un modelo de desarrollo altamente inequitativo. Si bien los efectos de la desaceleración del crecimiento se manifestaron en menor empleo y más bajos ingresos, ello por sí solo no explica la persistencia de la pobreza a lo largo de esta década. Al mirar las cifras en detalle, se observa que Chile es un país donde reina una desigualdad que no se compadece con los exitosos indicadores macroeconómicos. Así como el país ha crecido en términos de sus cifras macroeconómicas, también lo ha hecho en términos de las distancias sociales; distancias entre territorios, sexos, edades, categorías ocupacionales.

Mientras los ingresos del hogar del 10 por ciento más pobre de Chile apenas llegan a 55 mil pesos, para el 10 por ciento más rico ascienden a casi 2 millones. En términos de ingresos per cápita, eso significa que el 10 por ciento más pobre recibe poco más de 18 mil pesos, mientras que en el 10 por ciento más rico algo más de 700 mil. A lo anterior se suma que el ingreso promedio de los hogares del primer decil alcanzó la menor tasa de crecimiento durante la década: entre 1996 y 1998 decreció en un -0,6 por ciento, lo cual se observa también en el ingreso de los hogares del segundo y tercer decil. En cambio, los ingresos de los hogares pertenecientes a los estratos medios altos (deciles séptimo, octavo y noveno) alcanzaron el mayor crecimiento a lo largo de la década del noventa.

Una gran cantidad de personas en la ciudad vive en las fronteras de la exclusión. La pobreza es un asunto de exclusión. La política de victimización de la pobreza y su homologación con la delincuencia construye fronteras al interior de la sociedad. Por una parte, “los de adentro”, y por la otra, “los de afuera”. Las políticas sociales pasan de ser apertura de oportunidades a subsidios focalizados a los pobres, medidas de represión preventiva, y combate punitivo a las manifestaciones más frecuentes de la exclusión, delincuencia, drogadicción, vagabundaje, mendicidad. La sociedad de los “de adentro” marca así claramente los límites con “los de afuera”. Los estigmas entonces se asientan, pegados a la piel de “los de afuera”. Los puentes parecen no ser posibles, sólo hay muros y puertas que se cierran. Adentro, crecen las rejas y los mecanismos de seguridad para retener o al menos persuadir a “los de afuera”. Siempre con miedo, mucho miedo, porque la presencia del otro se siente siempre amenazante. Los espacios de “los de adentro” se reducen a su más mínima expresión: al hogar, al condominio, a los estrechos márgenes de la propia comuna.

Y “los de afuera”, sin puente alguno, quedarán allí, atrapados en los estrechos límites de los márgenes. Para algunos, espacio obligado y detestado; para otros, espacio aceptado a punta de resignación; para los menos, espacio de creación, autonomía, afectividades y solidaridades propias. Todos se saben sin embargo, “los de afuera”. La percepción de una frontera o un muro que no se cruza si no es por un golpe de suerte, hace siempre del propio espacio, un espacio obligado y, por lo mismo, estrecho. Estas son las fronteras de la exclusión. El precio de transgredir los límites y apostar a la integración, o de quedarse y crecer en los márgenes, es siempre alto. Para “los de afuera” no hay finales felices. Y así lo relatan estas historias de pobladores. El siglo veinte finaliza para los pobres de manera desesperanzada. La democracia no les llegó y sus vidas seguirán siendo igualmente duras. Quizá la pobreza sigue siendo la misma y sólo sus formas han cambiado; pero la modernidad y sus promesas han acentuado la exclusión y, con ello, la frustración.

CUIDAR AUTOS EN SANTIAGO¹

De mis recuerdos, qué puedo decir. Nosotros somos nacidos en San Bernardo y de allá nos fuimos al Zanjón de la Aguada y después nos vinimos a la San Gregorio con mi mami, mi papi y mis cinco hermanos. Mi papi no sé de dónde venía; nunca le pregunté, pero eran los dos santiaguinos, aunque según mi papi, la mamá de él era española y decía que yo me parecía a ella.

Por el lado de mi mami nosotros conocimos a sus hermanas hasta por ahí no más, porque todos vivían separadas y las vimos pocas veces. Una de ellas vivía en San Rafael, el hermano vivía en la Población Mademsa. Pero nosotros jamás nunca lo hemos ido a visitar, ni cuando mi mami estaba viva. Nosotras también somos de esas que no visitamos a nadie; yo con mis cabros al lado mío y nadie más, y mi familia, que son mis hijos y mi marido. Porque yo no cuento con mis hermanas, porque ellas son igual como yo de pobres. Las hermanas del Jaime grande no, porque ellas tienen. El marido de la Yola tiene taller de mueblería y mi cuñada trabaja haciendo delantales para Almacenes París.

Mi papi trabajaba de obrero en la construcción y mi vieja era lavandera; a veces trabajaba en la casa y a veces iba para fuera. Eso la enfermó: tanto tomar frío, tanto metida en el agua. Allá en San Bernardo vivíamos en un lado que le decían La Cueva. Mi papi nos contaba que cuando trabajaba en la chanchería, cuando pasaba por el potrero, todas las noches se le aparecía el diablo y nos llegaba contando. Decía: "Sabís que se me apareció el diablo, así con los medios cachos". Siempre, todas las noches decía lo mismo.

106

De ahí nos fuimos al Zanjón de la Aguada; ahí nosotros vivíamos al lado del canal del Zanjón y de ahí nos trajeron para acá para San Gregorio, cuando yo tenía unos cinco años. Cuando llegamos a San Gregorio, nos dejaron en un lugar que había en Santa Rosa, por mientras que hacían las divisiones de los sitios. Aquí no había nada, era puro campo.

Cuando mi mami se vino para San Gregorio, mi papi se quedó allá en San Bernardo y se casó. Con mi mami convivía; cuarenta y seis años convivieron y mi papi se casó allá con otra; con la otra mujer no tuvo hijos.

El maltrato

Nosotros éramos pobres cuando éramos chicos, y siempre lo hemos sido. Yo lo pasaba re mal, porque mi papi era muy malo; que Dios me perdone, pero él era súper malo. Nosotros íbamos al matadero a pedir y si no le traíamos nada, él nos pegaba. Mi papi se levantaba a media noche y nos cascaba con la hebilla de la correa que él usaba. Teníamos que salir cascando para afuera y hacíamos fuego y ahí nos amanecíamos toda la noche, hasta el otro día, porque el viejo era malo.

¹ Entrevista a la señora Georgina Gallardo, realizada en Santiago, 1996, por Susana Aravena, SUR, para el Informe "Pobreza en Chile: Un desafío de equidad e integración", del Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza (CNSP).

Mi vieja no, ella era buena con nosotros; solamente mi papi era malo, porque resulta que a mi papi le hicieron un mal en el vino tinto. Entonces mi papi, cuando tomaba vino tinto, se trastornaba y nos pegaba y nos tiraba para fuera. Entonces ahí mi mami nos pescaba a todos y salíamos de vuelo para fuera.

Siempre amargura

Yo después salía a cantar a las micros. Íbamos para traerle plata a mi papi, teníamos que saber traerle algo, porque o si no él nos pegaba. En ese tiempo él no trabajaba; estuvo como tres o cuatro años sin trabajar, y nosotros manteníamos la casa. Por eso íbamos al matadero a pedir. De ahí traíamos la carne, la papa, traíamos de todo para hacer almuerzo, y después llegábamos a la casa y nos íbamos a cantar y ahí traíamos plata. Así que yo nunca pude ir a la escuela, porque tenía que trabajar. Nunca ninguno de nosotros fue a la escuela, todo fue puro trabajo no más. Mi papi fue a la escuela; él tenía algún estudio, pero mi mami tampoco sabía leer, porque ella toda la vida trabajaba puro lavando ajeno.

Yo no recuerdo en mi vida de chica que lo hayamos pasado bien. Nunca la pasábamos bien, siempre fue amargura para nosotros. Entre mis hermanos nos llevábamos bien, no había ningún problema, pero con mi viejo sí que no. Yo creo que si hubiéramos ido a la escuela habría sido distinto, porque yo habría sido otra. Yo le habría podido enseñar a mis hijos, a mis nietos, porque todo lo que me preguntan ellos, yo no sé. A veces me dicen, cuando llegan de la escuela: "Abuelita, ¿qué dice ahí?". Qué respuesta les puedo dar: que no sé. Entonces a mí me da pena eso y digo por qué no fui al colegio y aprendí. A mí me habría gustado ir al colegio; debe ser rico ir al colegio para aprender. Me habría gustado ir al colegio para haberles ayudado a mis hijos cuando me preguntaban alguna cosa; por ser, cuando me decían: "Mamita, ¿qué dice ahí?", y yo darles alguna respuesta, pero la respuesta nunca se las pude dar porque nunca fui al colegio y no sé nada.

Al principio me daba vergüenza salir a trabajar; eso del matadero, no, pero cantar en la micro al principio me daba vergüenza, porque no cantábamos tan bien que digamos, y salíamos con otra chiquilla amiga que tenía el mismo problema de nosotros. Ahí salíamos las dos y nos poníamos a cantar en la micro y nos ganábamos unas moneditas para llevar para la casa.

Mi cabeza siempre estaba preocupada de tener plata, de que no me pegaran, de llevar algo para comer, de defenderme, porque en la calle uno sufre también, y de tan chica que una se acostumbra a estar pendiente de eso. Entonces, yo nunca tuve tiempo para pensar en lo que me habría gustado ser; no sé qué me habría gustado ser de grande. Toda mi vida he trabajado. Cuando trabajábamos en el matadero, ayudábamos a limpiar los puestos, y todo lo que sobraba nos daban. Ahí nos íbamos a las siete, ocho de la mañana, porque a esa hora abrían los puestos en el matadero. Yo tenía como seis años. Ahí estábamos todo el día hasta las cuatro o cinco de la tarde, y de ahí nos veníamos para la casa. El pago no era plata, eran puras cosas; por eso nosotros íbamos, porque en la casa a veces había y otras no había nada para comer. Entonces, viniendo al matadero, a nosotros no nos faltaba; había que luchar, porque si no luchábamos no teníamos tampoco.

El pololeo

Yo me puse a vivir con el Jaime grande a los doce años y él tenía diecisiete. Resulta que él conoció a mi hermana primero, con mi cuñado; yo era la mensajera de ellos y a mí me daban monedas para que yo fuera a buscar a mis hermanas. Después ellos vinieron para la casa a hablar con mi mami y mi papi y él le dijo que pololeaba con la Katty, con mi hermana; y el finaíto Lucho, mi otro cuñado, también vino a hablar por mi otra hermana.

Total que hablaron con ellos y les dieron permiso para que pololearan. Y ahí fue que ese mismo día convidaron a las cabras a unos tijerales, así que fueron a los tijerales y convidaron a mi papi y a mi mami. Después ellos llegaron de los tijerales y mis hermanas se fueron a un hotel con mis cuñados y no llegaron ese día. Mi papi estaba enojado, parece que le hubieran echado ají quien sabe dónde, y mi mami también, porque nosotras pagábamos el pato.

Al otro día, cuando llegaron mis dos hermanas con mis cuñados, mi papi les dijo: "Váyanse de aquí, ustedes ya no pertenecen aquí. Y vos", me dijo a mí, "te vai también, porque vos soi la alcahuete". Yo iba a cumplir los doce, tenía once años todavía. Y ahí me fui con mis hermanas, mis cuñados, y también ahí iba el Jaime, que era amigo de mis cuñados, y me fui yo también. Yo no tenía nada con él, y yo no quería nada con él, ninguna cosa, porque yo tenía mucho miedo.

Nos fuimos todos a la casa del suegro de mi hermana, nos fuimos para allá los seis. Pero con el Jaime éramos amigos no más, y llegamos a esa casa. Había como un campamento y nosotros teníamos una pieza chica y ahí dormíamos todos en el suelo, los seis. Mi hermana ya estaba esperando guaguüta y ella dormía en una cama. Y ahí estábamos todos y nos reíamos y conversábamos de las cosas que nos habían pasado y todo, y sabe que jugábamos harto, la pasábamos re bien.

Bueno, ahí pasaron los días y el Jaime se me empezó a acercar; una vez me llevó al cine, me compraba cosas para comer, aunque yo igual salía a trabajar, y así fue que pasó. Estuvimos un tiempo ahí y después nos fuimos, porque la gente de ahí a mí no me gustaba; eran muy cochinas. Una con otra se aprovechaban, querían cambiar los hombres. Y eso a mí no me gustó y por eso yo me fui de ahí. Me fui a la casa de una amiga y el Jaime se fue conmigo.

Sin casa

Después que nació la Inés, yo seguía viviendo en cualquier lado. Nos fuimos allá donde un caballero que le decíamos el padrino, pero ahí yo tenía que hacer todo: desayuno, almuerzo, lavar, hacer las cosas, y todo eso por tener una pieza. Para peor me robaron todo; yo ahí me quedé a brazos cruzados con la Inés. Ropa que comprábamos, nos robaban, así que la pasábamos re mal. El Jaime estaba sin pega, hacía puros pololitos; nos arreglábamos pero re mal; pura hambre en ese tiempo. Como estaba chica la Inés, me costaba salir a trabajar con ella.

Después el Jaime me trajo para la casa de él; vivimos con mi suegra y ella era un pan de Dios. No tengo nada que decir de ella, porque ella fue más que

madre para mí, más que abuelita para la Inés. Ahí mi suegra metió al Jaime grande a trabajar en Panal, pero resulta que en ese tiempo el Jaime trabajaba bien, pero era muy mujeriego. Entonces yo no sabía cuánto ganaba, no sabía cuanto sacaba de familiar, porque él pescaba la plata el día viernes, y como andaba con la Rosa, con ella se iba a aprovechar la plata.

Llegaba el día lunes a la casa, y sin ni un veinte. Ahí mi suegra me daba, porque yo hacía todo en la casa: lavaba la ropa, hacía las cosas, cocinaba, en la tarde tenía que tenerle impeque y tenía que esperarla con su ollita calentándose en la estufa. Así que ella llegaba del trabajo, se sentaba y yo le servía su comida, su tacita de té, y ella se iba a acostar. Eso era para ganarme un plato de comida para mí y mi hija.

Los hijos

Yo tengo nueve hijos, pero tuve doce embarazos. Tuve tres pérdidas; una vez yo fui al cine con mi marido y me caí y perdí. Yo me mejoraba en el hospital del Sótero del Río, y de los más grandes allá en Renca. Y me trataban bien, como yo no me demoraba nada en tener la guagua. Yo me aguantaba hasta última hora, no me iba al tiro al hospital. Y yo dejaba todo hecho: el aseo, la comida todo, todo, y ahí iba mi marido a buscar la ambulancia y yo me iba sola al hospital, porque él se quedaba con los demás cabros chicos. Al otro día iban a saber cómo yo estaba, y así lo hacíamos.

Cuando yo estaba embarazada, él se portaba mal con nosotros. Una vez le dio una zumba a la Inés que casi me la mató. La Inés estaba saltando con los zapatos nuevos y él la pilló y con el mismo cordel le dio y le pegó en un ojo y casi me la deja tuerta; y de pura tonta yo no lo mandé preso. Él dijo que nosotros dijéramos en la comisaría que ella se había caído. Ahí todos le hicieron un vacío, los amigos, nadie lo miraba, y eso a él lo hizo sentirse mal y de ahí que juró que nunca más les iba a pegar a los chiquillos.

Me pegaba de malo, porque razones yo no le daba ninguna. Si yo hubiera sido una mujer mala, que yo hubiera tenido algún hombre por ahí, sería distinto y él me habría pegado con razón. Pero no era nada de eso. De los años que estoy viviendo con él, jamás nunca he tenido ningún otro hombre.

Yo digo, si él alguna vez me falta, yo puro trabajaría para mis hijos; pero de tener otro hombre, no. Si él era malo conmigo, muy malo; me dejaba para la historia, pero nunca fui al médico. Yo misma me hacía curaciones y tomaba pastillas para que se me pasaran los dolores. Malo, malo era este hombre.

Y los chiquillos, todo eso vieron desde chicos. Después él se chantó, porque una vez el Jaime chico le dijo: "Mire, ahora nosotros todos estamos grandes y una vez más que le peguí a mi mamá, nosotros no te vamos a mirar como padre, porque mi mami hartó se ha mortificado por nosotros". Y por eso el Jaime grande le tiene rencor al Jaime chico, por lo que le dijo. Es un milagro de Dios que yo estoy viva, con tanto sufrimiento que una ha pasado.

Mis cabros han sido muy sufridos. Ellos no aprendían a leer en la escuela; por lo mismo. Tanto que nosotros sufríamos. Mi marido me pegaba y ellos veían todo; también les pegaba a ellos. Entonces mis hijas se sentaban en el asiento y se ponían a llorar. A ellas también les pegaba. Por eso varios fueron a un colegio especial. Una vez me llamó una profesora y me dijo: “¿Sabe por qué sus hijos no aprenden? Porque tienen mucho golpe en la cabeza y porque ustedes, donde pasan peleando en la casa, a ellos no les entra el estudio ni nada”.

Cuidar autos

Cuando pasó eso para el setenta y tres, el Jaime grande se fue preso y perdió la pega en Panal. Ahí nosotros no teníamos nada, nos cagábamos de hambre, no teníamos ni un poco de azúcar, de té; no teníamos nada de nada. Pasaban semanas que no teníamos qué echarle a la olla; veíamos un pedazo de pan a lo lejos. Fue terrible, era mucha miseria. Y una vez vino mi vecina, que es mi amiga, y me dijo: “Sabís, Georgina, vamos para arriba, para que no te caguís de hambre”. Uno, desesperada por los cabros, puede hacer quizá qué cosa. Y partimos. En ese tiempo nosotras cuidábamos autos en El Bosque; eso es por ahí por Tobaraba; ahí trabajamos en un restaurante que había y al tiempo después nos dio por irnos al cine. Se puso muy malo por acá.

110 Cuando iba para El Bosque iba con el Jaime chico, con el Pancho y con la Charo. Partíamos como a las tres de la tarde para pescar la matiné y la vermut; ahí llegábamos y nos poníamos en los autos y nos decían que se los cuidáramos; también ofrecíamos lavar autos. Ahí en El Bosque yo estuve como cuatro años más o menos, y después nos fuimos al cine El Golf. Por ser, nosotros nos vamos los días miércoles, viernes, sábados y los domingos; ahora nos vamos como a las seis de la tarde y llegamos como a la una y media, dos de la mañana. Igual ahí nos venimos en la Canal San Carlos hasta la Alameda y ahí en San Antonio no venimos para acá.

A veces ganamos para la pura micro. Aquí en este trabajo uno no tiene nada seguro, porque a veces nos dan y a veces no nos dan. A veces la gente le dice a uno, “cúideme bien el auto”, y nosotros se lo cuidamos bien, pero resulta que cuando salen del cine no tiran ni una moneda. Ellos dicen que no tienen ninguna moneda, sencillo. Después de estar hasta última hora, hasta que ellos salen del cine, y para decirle a uno que no tienen ninguna moneda. A mí que me da rabia, porque digo, por qué ellos son tan humilladores, por qué nos humillan tanto a nosotros por una moneda. Si ellos dijeran al principio, “señora, no tengo monedas”, yo convengo; pero para qué a una la ilusionan diciendo “cúidenme bien el auto”, si a veces ni las gracias nos dan.

Imagínese cómo era cuando yo iba con los cabros chicos. Era terrible, porque ahí yo tenía que llevarles frazadas; a veces les llevaba mamadera y otras veces, cuando nos daban monedas, compraba leche y les daba. Ahí antes hacíamos fuego, pero una vez llegaron los pacos y nos iban a llevar presos porque estábamos haciendo fuego. No hallábamos qué hacer, estábamos entumidos de frío, con los pies y las manos como hielo. Ahí yo le dije al paco: “Sabe que estamos entumidos de frío y estamos esperando que salga el cine para irnos”. Y él nos dijo que estaba prohibido hacer fuego aquí. Y tuvimos que apagarlo.

En los autos, en un tiempo era bueno; ganábamos plata, ganábamos hasta para comprar zapatos. Ahora es malo. El día sábado es mejor, pero ya no se gana plata ahí, porque ahora va más juventud. Ellos no dan nada. Cuando dan películas para gente de edad es mejor. La gente de edad da más. La juventud sale del cine y ni las gracias le dan a uno. Se suben, cierran la puerta y salen rajados; y a uno la dejan ganseando. Igual que en la Casa de Casamientos. El sábado yo me quedé hasta las cinco de la mañana cuidándoles los autos; pero la gente es muy apretada. Estuve hasta las cinco y media de la mañana, ¿y sabe cuánto hice? Tres mil pesos. Toda la noche para eso. Tuve que irme en un colectivo para la casa y quedé con dos mil y tanto. Son muy humilladores. Yo a veces les digo a ellos: “Mire, nosotros cuidamos autos porque necesitamos. Si uno tuviera como tienen ustedes, no tendríamos para qué venir a entumirnos de frío y esperar toda la noche mientras ustedes la pasan bien”. Claro, porque es harto sacrificado para que ellos después salgan y no digan nada; no le den ni las gracias. Suben a su auto calientito, cierran la puerta y listo.

Toda la vida hemos trabajado juntos, y a veces la pasábamos re bien. Porque cuando caían sus moneditas, comprábamos pan, comprábamos chanco. A veces me conseguía un termo y llevábamos té. Los días de lluvia son terribles ahí, porque no hay dónde refugiarse.

Machetear

Antes nosotras éramos macheteras, pedíamos a los autos. Mi vecina es machetera y ella me dijo: “Vamos, Georgina, a machetear; así no nos vamos a cagar de hambre”. Y nos íbamos a machetear y nos iba re bien en el macheteo; nos daban, porque incluso teníamos un caballero que a nosotros nos daba todos los meses. Me daba plata para la luz, para el agua; una vez a mí me robaron los documentos y él me pasó la plata; a todas las macheteras nos daba. Y él era muy bueno el caballero, tenía un auto lindo. Cuando llovía, nosotras igual íbamos y era cuando mejor nos iba. Ahí nosotras nos poníamos en la calle Augusto Leguía. Por ahí venían autos, era como una boca de calle y por ahí pasaban los autos. Había un semáforo y cuando tocaba la luz roja, ahí no poníamos a machetear.

Ahí también nos seguían harto los pacos; si en ese tiempo mis cabros pasaron puro presos no más. La Lorena, la Ivonne, la Clara, pasaban presas no más. Siempre me quitaban las cabras; a mí me llevaron una vez no más. Ahí yo iba con mis cabras y veníamos saliendo del Bosque y me llama una paca y me pregunta qué ando haciendo. Yo le dije que venía de un trabajo por ahí. Me dijo: “Eso no es verdad, así que súbase arriba”, y me llevaron a la Décima Comisaría y a las cabras las llevaron a la Casa de Menores.

Ahí el paco me dice que el parte era porque a mí me habían pillado macheteando, y yo le dije que no, que a mí no me habían pillado en nada y que yo no era machetera. El paco después me soltó como a las doce de la noche y me dijo que fuera a buscar a las cabras al Hogar de Menores, y no me las quisieron entregar. Ahí la paca me dice: “Sabe, señora, no le voy a entregar a las niñas”. Yo le dije por qué no me la iba a entregar y ella me dijo que las cabras iban a pasar al tribunal. Y yo le conté la misma historia a la jueza y ella me dijo que yo

mandaba a pedir a las chiquillas y yo le dije que no, que no era cierto. Ahí la magistrada me dijo: "Mire, yo soy harta católica y le voy a entregar a sus hijas, pero que no caigan más por aquí, porque o si no se las quito y las pongo en un Hogar".

Después dejamos de machetear porque se puso re malo; no ganábamos ni uno y a la vez mis cabros se pusieron grandes. Ya no podía tomarlos en brazos y si uno no los toma, ya nadie le da nada. Y lo otro es que también los pacos se pusieron malos. Así que de ahí nos fuimos a cuidar autitos y eso era más seguro.

El robo

Aquí hemos tenido muchas historias. Resulta que una vez nosotros estábamos trabajando, porque ahí en la iglesia a mis hijos todos los conocen porque de cabritos chicos andaban por ahí. Entonces los hijos de las ricachonas de allá arriba le prestaban al Pancho una bicicleta mientras la gente salía de la iglesia y él jugaba con los niños.

112 Ahí el Pancho estaba cuidando autos allá en el cine y un cabrito de allá vino a buscarlo a la iglesia para que anden en bicicleta, y el cabrito le dijo al Pancho: "Querís dar una vuelta". Y en eso que el cabrito le está pasando la bicicleta al Pancho, vienen justo los rati, de ahí de Román Díaz, y ellos creyeron que el Pancho le estaba robando la bicicleta al niño. Vinieron y se bajaron del auto y le dieron una zumba a mi pobre hijo y se lo llevaron; le vendaron los ojos y los brazos, lo amarraron y todo. Ahí el Pancho tenía catorce años. Se lo llevaron a Román Díaz y lo metieron en el calabozo y lo mojaron y le pusieron la corriente por todos lados y me lo dejaron como loco. Después que le pegaron y le pusieron la corriente, me lo tiraron igual como un perro para la calle. Lo dejaron para la historia al Pancho. Por eso él es así, porque le pusieron la corriente en la cabeza y ahí quedó con un cototo en la cabeza y eso fue donde le pusieron mucha corriente. A mi hijo casi me lo mataron. El cabrito, el dueño de la bicicleta, les decía: "Si él es amigo mío", pero los tiras no le dieron bola. Si hasta la mamá del cabrito fue a reclamar al Pancho y tampoco la pescaron. Ellos insistían que el Pancho le había robado la bicicleta.

Nosotros después demandamos a los ratis, porque resulta que este cabrito los reconoció. Y yo llevé al Pancho a la posta y todos los exámenes le salieron malos, tenía heridas. Estuvimos en el juzgado de Compañía, en el Décimo Segundo Juzgado, y resulta que a los detectives los pasaron por otro lado y el Pancho los reconoció. Después de eso quedamos citados para otro día y al Pancho le dio miedo seguir. Ellos se arreglaron y no les dieron la baja. Una vez pillaron al Pancho allá arriba y los tiras le tiraron el auto encima. Así que ahí no seguimos, porque si hubiéramos tenido plata para defendernos habría sido distinto. Habríamos tenido fuerza, pero desgraciadamente somos pobres. Entonces yo después fui al juzgado y hablé y yo les dije: "Mire, yo soy pobre, yo soy pura cuidadora de auto, que si yo tuviera plata esto no habría sido así; pero no importa que se queden con las de ellos; a mi hijo casi se lo comieron, pero así ellos también la van a tener que pagar".

Siempre la pobreza

A veces yo me siento aquí en la cocina y pienso por qué seré tan tonta. Me siento aburrida, pienso y pienso y no puedo entender. Pienso tantas cosas, tantas cosas que nos han pasado, digo yo. Por eso yo sufro, la pobreza, como estamos viviendo, tantas cosas que hemos visto y vivido, y por qué, digo yo, debimos de ser así, cuando no debíamos de vivir toda la vida en el hoyo que se vive y sin poder salir nunca... nunca.

Yo pienso, podría trabajar el Jaime grande, porque la Charo está trabajando, la Ivonne igual, el Pancho, la Chabela. Las cabras deberían estar estudiando y no pueden estudiar, porque la plata no nos alcanza. Ahora en el colegio que yo puse a las chiquillas también tenían que pagar, y el uniforme y los cuadernos y todo eso, y por eso se salieron del colegio. Qué sacaban con seguir.

Entre todos mis hijos que trabajan me dan plata. Por ser, el Pancho trabaja en la construcción y gana como noventa mil; a mí me da treinta mil, y la Charo, la Chabela y la Ivonne trabajan haciendo aseo en el *shopping* y ganan el mínimo; y la Clara cuando va medio día, le pagan treinta mil mensual; pero es poca plata, porque ellas trabajan toda la semana con un solo día libre. Y entre todos yo junto noventa y cinco mil al mes y cuando ya se acaba la plata, tenemos que ir a cuidar autos para tener plata para el pan. Ahí yo me desespero y me pongo a llorar cuando los chiquillos chicos me piden un pedacito de pan; yo los reto, porque me desahogo con eso, pero después me pongo a llorar.

Me da rabia la pobreza. Cuando no tengo plata no quiero ni levantarme, y cuando mis nietos me dicen “un pedacito de pan; abuelita, un poquito de comida”, me da una rabia; no sé qué me pasa, me dan ganas de irme lejos y no saber de nada. Me pongo a pensar y me pongo a llorar sola, porque digo yo, por qué tan pobres. Me conformo con tenerles un pedazo de pan a los cabros.

Yo pienso, nosotros no somos flojos; todos trabajamos, menos el Jaime grande, pero todos los demás trabajamos y igual estamos cagados; a veces ni para echar a la olla hay. Y a mis nietos, que los quiero tanto, ellos pasan pendientes de mí. Cuando vamos a trabajar para arriba y yo les digo a ellos “ustedes no van a ir hoy día porque hace mucho frío”, se ponen a llorar y quieren ir conmigo y no hay caso que se queden. Yo les llevo su frazadita y ahí duermen.

113

Vivir contentos

Nosotros, igual tratamos de vivir contentos, y cuando se puede celebramos los cumpleaños, el día de la mamá, pero a veces no más, no es siempre. Los bautizos también los hemos celebrado. De mis hijos están todos bautizados, menos la Ivonne y la Clara. A mí me gusta que los padrinos sean matrimonios y han sido los mismos vecinos. Gracias a Dios hemos encontrado buenos padrinos, gente pobre igual que uno no más, así que no es mucho lo que se puede ayudar, pero eso sí que siempre hablamos, conversamos.

Mi cumpleaños casi siempre me lo celebran las chiquillas y eso le da envidia a él. Dice, y por qué te celebran el cumpleaños a vos y a mí no me celebran nada. Ellas me regalan cosas a mí, pero a él no. A veces las chiquillas me traen un queque, un pastel, una bebida, pero a él no le traen nada, y él dice “por qué

le traen a la vieja y a mí no me compran nada. Yo les digo a las chiquillas, tráiganle un regalito a tu papi, y ellas me dicen, no estamos ni ahí con mi papá. Yo les digo que ellas no tienen que ser así, porque al final igual es su padre y él se siente también. Igual que los cabros. El Jaime chico, por ser, me compró zapatillas; me compró a mí no más, pero eso es porque ellos tienen más confianza en mí que en él, porque él nunca les dio confianza. Puro castigo no más, y yo se lo digo a él. Pero él todavía es así, pesado, no los escucha, y yo no; yo me siento y les escucho todo lo que ellos quieren decir y los aconsejo, les converso.

Los sueños

A mí me gusta vivir aquí, en San Gregorio. Tengo casi toda mi familia cerca y he tenido buenas vecinas. Pero a veces pienso que ahora me gustaría irme de aquí para sacar a mis hijos del ambiente. Aquí es duro; además, la familia del cabro que mató mi hijo no van a dejarnos nunca tranquilos.

Me gustaría tener una casa más grande, con más espacio, con piezas para mis hijos, porque aquí estamos demasiado amontonados. Mi hijo, el Pancho, duerme en la misma pieza de nosotros; en la otra pieza todas las chiquillas con las guaguas y la Charo en la cocina con sus niños. Me gustaría tener una casa grande para que mis hijos tuvieran sus piezas solos, pero desgraciadamente no lo podemos tener. Y me gustaría vivir tranquila.

114 También me gustaría tener la comida asegurada para todos. No me gusta cuando no hay nada. Ahora incluso tengo empeñada la radio —ya para fin de mes la saco—, porque quedamos cortos con el convenio de la luz; ahora tengo que juntar la plata para pagar el convenio.

Al final, yo me conformo con lo que soy, porque yo no soy mala persona, pero igual me gustaría tener un poco más para mis hijos. Me gustaría tener para la comida de todos los días, haber podido darles buen estudio y que yo les hubiera podido enseñar algo más.

Mis sueños de ahora serían tener una casita más grande, cambiar el trabajo; me gustaría trabajar de empleada puertas afuera, estoy aburrida cuidando autos; que mis hijos tengan buenos trabajos y que tengan buena suerte con sus matrimonios. Yo les deseo lo mejor a mis hijos, que sean otros, que cambien. Y me gustaría dejar de ser pobre, pero difícil. Dios sabe, no más.

Yo creo que esto va a seguir igual no más, porque no va a cambiar. Me gustaría verme mejor, ver mejor a mis hijos, y que los pobres vivamos con un poquito más de cosas y que podamos cambiar, porque yo me siento aburrida de la pobreza; yo digo hasta cuándo, y me enojo yo misma, me enojo con todos. Me siento tan mal, miro las cabras, miro la casa, miro la pobreza que hay en la casa y me da rabia, porque me gustaría tener un poquito más ordenado y tener lo que yo quiero tener para mi casa. Quisiera tener camas para mis hijos, tener mi jueguito de comedor, tener algo para ofrecerle a las visitas para que se sienten, porque para qué voy a decir que tengo sillas, si no tengo. Me gustaría que Chile cambiara y que no fuéramos tan pobres y que los ricos no nos miren en menos, porque somos todos iguales, al final.

LA NOSTALGIA DE UNA SOCIEDAD MEJOR²

Yo soy Jimmy, soy nacido el siete de diciembre del cuarenta y tres. La historia de nosotros es simple: somos una familia grande; hasta la fecha somos ¿dieciséis? ¿diecisiete? ¿o dieciocho?, contando nietos, yernos, a todos.

Con mi señora nos conocimos en los juegos. ¡En la rueda del amor! Yo masticando chicle y ella, comiendo algodón. En esos años los muchachos no usaban gomina. La gomina nosotros la hacíamos con pepas de membrillos. Así nos iniciamos con mi señora. Yo a la edad de dieciséis años y ella iba a cumplir doce. Aquí mismo en San Gregorio.

Nos conocimos como en el sesenta, porque el veinticinco de abril del cincuenta y ocho llegamos aquí a San Gregorio. Fuimos trasladados de la población Hirmas, en la Panamericana Norte, y ella llegó del Zanjón de la Aguada. No existía la manzana prohibida en ese tiempo. Y así empezó nuestro romance.

Fue un amor que, nada que ver, que nació de la nada. Éramos amigos no más. Había otra hermana mayor, que en ese tiempo andaba con un conuñado mío. Que actualmente son casados. Yo salía con la Lucy, con la hermana de él. Entonces el otro me enganchaba a mí. Y esta, como era menor, se metía por entremedio. Ella era como la tía mala que teníamos nosotros.

Hasta que una vez, nos fuimos al cine Prat. Ahí en San Diego con Franklin. Daban seis películas por diez pesos. Puras mexicanas. Nos íbamos al teatro donde daban más películas, para poder estar un rato con ellas. Podíamos sacarnos los pillos. Empezamos entre “tú la llevai” y “tú la llevai”; ahí empezó nuestro diálogo. Y empezamos a convivir hasta que ella quedó encinta. A escondidas de mi mamá. Hasta que yo le dije: “¿Sabís, mamá? Ando con una mocosa”. Porque para mí era mocosa.

115

Trabajar de niño

Yo salía de la escuela y me arrancaba para La Vega. Ahí en el puente de los carros, la gente iba a botar manzanas y nosotros las lavábamos. Yo salía a venderlas a las calles, a las poblaciones. Además me ponía a cantar en las micros, hacía mis *shows*. Siempre he tenido un desplante único, porque tuve estudios. No lo supe aprovechar, porque me entró muy temprano el amor por mi señora.

Estudié hasta segundo humanidades. Mis cursos fueron en el Liceo Francés, ahí en Dieciocho con la Alameda. Tuve que empezar a trabajar porque había que dar acá, en la casa. Yo llegaba con plata a la casa, estudiaba de día, trabajaba en las tardes en La Vega y después, en la noche, me ponía a cuidar autos, ahí en Bandera, en el “Zepelín”. Frente a la Estación Central, o sea, en la Estación Mapocho.

² Entrevista a don Jaime Fuentealba (padre), realizada en Santiago, 1996, por Enrique Moletto y Antonio García, estudiantes de Antropología, para el Informe “Pobreza en Chile: Un desafío de equidad e integración”, del Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza (CNSP).

Ya me habían pillado varias veces. Que en vez de estudiar iba a roncar. Y en el Liceo, mala onda, porque había gente de la buena. Porque mi mami nos había querido dar la mejor educación, a mis hermanos, a mí.

Antes, nosotros, cuando estábamos estudiando, nos íbamos al cerro a cazar arañas, culebras, todas esas cuestiones. Hacíamos negocio con esa cuestión. Había laboratorios que estudiaban y nosotros les íbamos a vender. Vendíamos en las boticas, en las farmacias. Ahí era donde nos pagaban más. Después ellos nos llevaban para sus laboratorios.

Después dejé el liceo. Mi mami me conversó, se me hizo difícil. Porque después ya no iba a estudiar, sino que iba a dormir al cine Capitol.

La fábrica

Mi mami, como trabajaba en Panal, pero cuando era Algodones Hirmas, allá en la Panamericana, me consiguió trabajo y yo entré a Panal Hirmas Dos. Hasta que se terminó toda esta cuestión, por la llegada de los uniformados; se fue todo al hoyo, como están cerrando todas las textiles ahora. Viví una gran experiencia en la fábrica, estuve trabajando doce años.

116 Ahí entré a la mantención no más, que se componía de hacer el aseo en las plantas. A medida de eso, tú te ibas ubicando. Como ser, en las cardas, conos, donde están las vaporizadoras. Y di buen resultado. Liviano de cerebro. Aprendí a trabajar en todo. Llegué hasta la engomadora, que de ahí viene telares, pura hilandería. Yo me las sé todas. Reunidora, retorcedora, peinadora, cardas. Bonita la profesión esa y se conocía el billete, porque ahí podías trabajar dos turnos.

Era buena época, ahí no se conocía la miseria. Todo lo contrario. Te daba hasta para tener otras piernas, otras minas. Después empecé a trabajar para las puras piernas, menos para la casa.

Las textiles es casi igual que estar en una escuela, donde hay hombres y mujeres. En vez de estudiar, vámonos a la Plaza de Armas, vámonos al cerro Santa Lucía, vámonos al San Cristóbal. Vámonos al parque. Había tantas diversiones. Ahora la gente no tiene la mentalidad como la teníamos antes. Porque hoy en día los cabros están metidos en la drogadicción. ¿Ahora que? Se encuentran y, “loco, sabís, que tengo cincuenta pesos. Arreglémonos un restito para un pito o una pastilla”. ¡Antes no! Antes no existía esa cuestión. Claro que antes se fumaba hartó y todo eso.

El golpe de Estado

Después nos fuimos para allá para Renca. Vivíamos en Zañartu 141. Resulta que vivíamos al frente de la fábrica y ahí sí que sufrí. Para el golpe, me tuvieron preso, en el Tacna. Nos tuvieron en la caballeriza, en el galpón. Aquí estaban los hombres y al lado las mujeres. Nos daban mierda. Si yo estoy viviendo de puro coliflor no más. Este es regalo, no sé de quién. Seguro que el de arriba me dijo: “Vos tenís que estar pisando la tierra para contar tu verdadera historia a los demás. La verdadera historia”.

El golpe fue el día once, a nosotros nos pelotearon adentro de la fábrica el día trece. Nosotros vimos todo. Los asesinatos, el río Mapocho cuando botaban los muertos. Salíamos de la fábrica, nos pasaban por el puente. Si estirabas mucho el cogote para mirar, llegaba un milico y te ponía el culatazo.

Estuve nueve meses en el Tacna y después estuve año y medio con arresto domiciliario. Yo salía de la pega con el milico al lado, o sea, atrás mío. Yo le decía: “Loco, sabís qué más, vuélate de aquí, me estás aburriendo, voy a pegarte”. Me seguía hasta para ir al baño. “Te voy a matarte”, me decía.

En ese tiempo había muchos bomberos locos, que llegaban, les tiraban una pistola, y yo como nunca fui violentista ni ninguna cuestión, no se me pasó por la mente, pero me daba indignación. A mí me pegaban matiné, vermut y noche cuando estábamos en el Tacna. ¿Y por qué? Por nada.

Yo decía: “Mátenme, qué tanta cuestión. Tengo nueve hijos, ¿usted cree que soy cabro chico para andarme metiendo en forro? ¿Quién va a alimentar a mis cabros?”. Decían que yo había descargado un avión soviético con armamentos.

Eso es una indignación. Ni aunque les lloraras te librabas de la zumba. En unos tambores de fierro echábamos la cagada, con dos pelados encima. Estabas comiendo con tu plato y te pasaban los mojones por el lado. Eso fue mucho abuso para todos los que tuvimos que vivir eso. Gracias a Dios que podemos contarlo; otros no tuvieron la misma suerte.

La Unidad Popular

117

Antes del golpe, a mí el presidente del sindicato no me simpatizaba, porque eran choros, eran patoteros. Pero me tocó un problema con una muchacha. Resulta que yo había quedado de salir con ella el sábado, y no salí. Entonces la cabra se picó y me tiró una taza caliente. Ahí mismo yo me fui encima y le saqué la cresta, frente a mi madre, que en paz descansa. Entonces ahí el sindicato me quiso cagar y dejarme sin nada. Después de catorce años de trabajo. Entonces los del FTR, Frente de Trabajadores Revolucionarios, me defendieron a mí contra estos otros y ahí me puse alborotado como ellos.

Bueno, y como estos cabros me ayudaron, cada vez que uno de ellos estaba en problemas, yo lo ayudaba también. Y me alboroté; no iba a ninguna de las reuniones políticas, pero iba a todas las paradas. Íbamos a vender los tejidos, nosotros mismos a las poblaciones. Repartíamos a todos, por manzanas. Tomábamos una manzana y la dividíamos para saber a quién le íbamos a ofrecer. Buscábamos que les tocara a todos por igual, del más pobre al más rico.

Siempre teníamos atados con los del GAP, los PC y los PS. Nos atendían con todo servido, pero después querían que nosotros les sirviéramos a ellos. Yo me ponía choro, aunque anduviesen apatotados. Una vez nos tuvieron hasta detenidos. Querían que nosotros les vendiéramos a ellos y yo me puse choro. No íbamos a dejar entrar los camiones. Uno me amenazó con pistola.

Ahí los locos me veían y decían: “Este loco es pulento”, y me invitaban. Salí hartas veces en los folletos. El sindicato nos quería dar un veinticinco por ciento de los años de servicio; a mí me tenían que pagar los once años con once meses. ¡Si a mí me tendrían que haber cortado mucho antes!

La nostalgia

El pasado es muy bonito. Yo no sé cómo vivía mi papi. Él era ferrocarrilero, dormía en los carros. No sé cómo vivirían ellos. Nosotros, del cincuenta al setenta teníamos pega, trabajo, estudio; la gente era comunicativa, había voluntad de expresión. Alguien decía: “¿Vámonos a ver la parada militar?”. Íbamos en un lote, con toda la familia. Mis hermanas, mis sobrinas, la vieja, las tías. Entre todos comprábamos el chuico, mi vieja hacía empanadas. Nos curábamos, bailábamos cueca. Todo eso uno lo echa de menos. Ahora tú vas a la parada militar, te pones a chiflar, ¡por detrás te están pegando los feroces palos!

Antes, en las comisarías, los mismos pacos te daban alojamiento. Vos ibas curado. Pasabas por una comisaría:

—Buenas noches, mi cabo, ¿le puedo pedir un favor? Sabe que ando perdido y no quiero que me cogoteen, ¿me da permiso para quedarme aquí?

—Pasa para dentro, loco, pero mañana a primera hora, me barres la comisaría.

Dormías toda la noche con platita en los bolsillos, no importa si mal dormido. Al otro día en la mañana, a las seis de la mañana, estabas barriendo las calles: “Mi cabo, muy agradecido, muy agradecido y hasta luego”.

Ahora, pasa por frente a la comisaría. Como te pillen los pacos tomando una cerveza, te pegan, te quitan la plata y te llevan preso. No sé quién tendría que nacer de nuevo para que arreglara todo el mundo. Se terminen las guerras, la drogadicción, que salgan hijos más inteligentes, no mongolitos, enfermos mentales, locos.

118

La televisión

Uno tiene que andar cuidando a las cabras, cuidando a los cabros, a los nietos, que hay que enseñarles, poner mano dura. Yo le echo toda la culpa a estas cuestiones de la tele, los telecables, los teléfonos, toda esa técnica. Porque imagínate: la tele no te da nunca algo constructivo, ya que te da películas de delincuentes, de drogadicción, de comedias en que se destruye el matrimonio. Antes nosotros no teníamos nada; teníamos la pura radiofonía no más y si te daban malas noticias, alguna muerte, era a las mil quinientas. Eran puros derrumbes, terremotos, temblores. Ahora estás todo el día viendo como se fugaron de Alcatraz, como armaron motín en tal y tal parte. Ahora en la misma oficina pasan en puro teléfono, trescientas lucas; y las cabras que se están ganando los porotos haciendo el aseo en las calles, cuarenta y ocho lucas, cincuenta lucas; más encima, tienen que aguantar tallas.

Pero yo en todo estoy con el de arriba, porque me ha ayudado, me ha aporreado. Como cuando Cristo va llevando la cruz, y se cae y después camina bien. Ese es un gozo, una tranquilidad, una paz. Pero viene otro porrazo. Entonces aquí nosotros la pasamos bien y la pasamos mal, nos aporreamos y gozamos. El gozo es cuando nos sobra la comida. Pero cuando no tenemos nada, ¿a quién acudimos? Ahí veímos si empeñamos la radio, o si empeñamos lo otro. Esos son aporreos, son caídas que tiene uno. Pero cuando tenemos, la gozamos y la compartimos.

A pesar de todo, vivimos felices, no como el racismo estúpido que tienen en Estados Unidos. ¿Viste en la tele a los compadres mexicanos que apalearon? Los inmigrantes. En plena "Panamericana", los pacos famosos, pescaron de las mechas a una niña embarazada, y la azotaron contra la camioneta. Los otros dos, dándole a otro. Para mí que tienen que haberle reventado la cabeza al compadre. En una camioneta venían los compadres, y les pusieron ahora que eran traficantes de droga. Ni aunque hubiesen sido. El Carter y todos esos gringos retamboreaos. Sabís qué, por ahí debería abrirse el Mar Rojo y venir un terremoto o un maremoto, cosa que desaparezcan sin compasión.

Todas las cosas que uno ve en la tele. Yo lloré. Llamé a mi señora y le dije: "Lorea, hija, mira. ¡Putá! Si no tenemos plata nos pasamos para allá para la Argentina, si aquí en Chile no tenemos dónde trabajar. Si estamos cagándonos de hambre; puta, tengo derecho. Si en Argentina hay trabajo, me voy a la Argentina. Por qué me van a pescarme a palos y me van a mirarme a huevo". El racismo de los de alta sociedad me da impotencia. Me dan ganas de que se acabe el mundo. Que Dios lo haga realidad. Tenemos que cambiarlo todo para que salga una nueva generación. No vamos a estar con estas mentalidades pervertidas de huevones malos y diferencistas.

La sociedad enferma

Antes nosotros éramos tan creyentes, éramos tan humanos, que nos defendíamos unos a otros. Ahora veís que están cogoteando a alguien frente al frente tuyo, y ni te metís. Antes nosotros nos metíamos con palos, con fierros, a defender; eso cambió cuando la gente se puso más deseosa de ser alguien. En el sesenta o sesenta y seis, por ahí, cuando veías que te estaban cogoteando, o te estaban violando a una cabra, salíamos todos y nos defendíamos los vecinos unos a otros. Había más humanismo.

Después vino una época de la flojera. Cuando creyeron que el presidente les iba a darles comida hasta por flojear. Hacían paro de día, paro de noche, hacían huelga, hacían todas las cuestiones. Después vino el otro régimen, para que te voy a contar. Entonces vino la codicia, el ansia.

El mundo está loco. Y eso que están las grandes ciencias, la tele. Antes nosotros pescábamos el silabario y nos daban la mansa marraqueta para estudiar. Ahora la otra va con una computadora. Nosotros nos sabíamos las tablas, teníamos que estudiarlas, repasarlas. Ahora llegas y pescas una computadora, y empezai a leer y se te va grabando toda la cuestión. Y después andas caminando, andas como escuchando música. Todo lo que estabas leyendo está grabado, entonces andas Florentina Flores. Si querís lo recordai, si no, no. Total, ya lo tenís grabado. Antes nosotros hacíamos pillería, hacíamos torpedos. Usábamos la inteligencia, pero ahora nos ganan todos estos aparatos. Yo puedo ser pobre en persona, pero rico en inteligencia. Yo creo que la tecnología, con los satélites, todas esas cuestiones, todos los avances, nos tienen enfermos a nosotros.

Ahora estamos viviendo la era, dicen de la avanzada. Con la tecnología. ¿Adónde? ¡Están más perdidos! Deberían tener hartas escuelas, no estar cerrando. A los estudiantes, cuánto les cuesta estudiar: cinco años. Los cabros con

cuarto medio, ¿adónde están? Trabajando en las construcciones, de jornal, están de comerciante ambulante o en teatro callejero. Tú tienes todos tus estudios, sabes inglés y francés, y ¿para qué? No vas a encontrar nunca un trabajo de intérprete. Antes salías de la universidad y ya tenías tu puesto y tu oficina aparte.

En las construcciones, los cabros míos son testigos. Trabajan por quince días, los cortan, reciben otros. O sea, te llenas el estómago una semana y después son dos o tres meses que estás buscando. Estamos mal, estamos funcionando mal. ¿Cómo se les puede ocurrir a los chilenos ser tan estúpidos, tan ignorantes? Cerrar las industrias donde estamos trabajando nosotros mismos, manteniéndonos, y traer pantalones usados de Estados Unidos, de Alemania.

El Señor

Me gustaría tener plata; yo no sé qué daría, porque yo he sufrido. Le digo al Señor: "Señor, aunque sea dame un poco para repartirla". Yo sé que aquí, arreglando mi casa, arreglando el sitio, arreglándoles las piezas a mis hijos, estoy al otro lado. No quiero nada una casa de segundo piso, ni vivir en el barrio alto. No quiero un auto. Aunque podría ser un autito, una camioneta para salir con mi señora a Santa Rosa, aunque sea.

Y yo sé que lo hago, si yo converso con el Señor. Yo le digo: "Señor, Tú que eres poderoso, ¿por qué no me das una mano y yo cubro la otra?"

120 Siempre les he dicho a los cabros, le he dicho a mi vieja: "Sabís qué más, vieja, estas camas las entraría a cambiar, se las daría a unos torrantitos". Claro que yo me tendría que entrar a acomodar. Yo no sería tan naranja y pera china de quedarme en la misma. Arreglo mi casita de ladrillos, mi hija que no se llueva, compro mi otra piececita. Y cuando estemos listos, voy a decir: "Sabís, loca, vamos a ir a visitar a esta persona". Y yo sé que lo hago. Porque yo lo he soñado, lo he parpadeado en sueños. No lo digo porque mi Señor me esté escuchando. Mi Señor me tiene que dar la mano alguna vez.

Y me quedaría aquí, ¿adónde me voy a ir? No voy a comprar en el barrio alto. Si aquí me crié, me hice como hombre, me hice como padre, me hice como abuelo y me voy a hacerme como bisabuelo. Y si el Señor me da algo, aquí tengo que repartirlo. Porque habemos hartos que estamos mal. Antenoche, cuando llovía, mi hijo me decía: "Papi, ¿y la gente que duerme en las calles?"

La desesperanza

La mejor esperanza es que no va a haber nunca nada. Mientras no se acabe el mundo. Pero fin de mundo no va a haber nunca, porque va a haber sobrevivientes. Pero esos van a vivir otra generación. Va a haber trabajo, va a haber gente que se va a tener que esforzar para estudiar. No como ahora, que hay doctores acuñados, profesores acuñados.

¿Y qué pobre ha surgido? Cabros con cuarto medio te andan barriendo calles. Hay cabros con cuarto medio que están trabajando en la construcción, o en una empaquetadora. Con cuarto medio y aseadores municipales. Las cabras del viejo Fuentes —el viejo científico—, cabras con terribles estudios, ahí están

barriando la plaza de la municipalidad. El viejo anda haciendo letreros, anda pintando las calles y los sueldos son de sesenta y cinco lucas. Si el mes tiene treinta días, tienes que vivir con dos lucas diarias. Ahora, ¿de qué sirven las Isapres? Si vas al consultorio, tienes que pagar igual. Ahí tienes el caso de mi señora: cuatro lucas por sacarle una muela, y al final le sacaron la muela buena y le dejaron la mala; parece chiste, pero no es.

Entonces son doctores pillos, dentistas pillos. Aquí no hay forma; la única forma de que uno pueda solucionar los problemas es muriéndose. Te morís, y se acabaron los problemas para ti. ¿Quiénes siguen sufriendo? Los vivos. Y ese vivo después sigue viviendo la desesperación, el mierdal. Si aquí esto es un mierdal. Y no voy a decir que en este país no más; es en todos los países. Te muestran las mejores imágenes en la tele. Brasil, así unos pezones, mansas minitas. En Estados Unidos, las mejores gringas. Claro, y vos ves la miseria que hay. Entonces la persona se está enfermando. Con drogas y sin drogas la gente se enferma igual, no más. Entonces, ¿a quién le vamos a pedirle? A nadien. Nos pedimos a nosotros mismos, no más: “Esfuézate hijo, esfuézate, esfuézate. Porque nadie va a venir a decirte: toma, aquí tenís esto”.

UNA OPORTUNIDAD PARA EL “HIJO DE SATANÁS”³

Tenía como siete u ocho años. Hueveaba con los cabros. Andaba en la volá de los flípper y los videos. En las mañanas, por ser, alojábamos aquí en los metros, no ve que el aire acondicionado del metro es calentito; entonces yo me pegaba los piqueros ahí en el metro, me tapaba con cartón. Pegado a la reja sube todo el aire de la ventilación, en invierno y verano igual.

Andaba en la volá de la calle. Y después en las mañanas, como a las ocho más o menos, me ponía a vender maní confitado y después helados. Después en la noche, meta flíppers hasta como las cuatro de la mañana, me gastaba todo lo que ganaba en el día. Mi mami de repente venía al centro a buscarme. Porque me conocían a mí en el centro los que tienen los carros, los que venden fruta ahí donde están los Almacenes París, en San Antonio. Todo ese sector lo recorría. Íbamos para Mapocho, a Bellavista, cualquier palanca.

En esa época estaba yendo a la escuela. Pero me arrancaba con los tarros. Yo anduve por todos los colegios, me echaban por mala conducta. La señorita se descuidaba y yo le piteaba la plata. Iba a estudiar sin cuaderno. En un puro cuaderno tenía todas las materias, de todos los ramos.

Yo en ese tiempo le hacía al cigarro. Un profesor me mandó a comprar, me acuerdo, con una luca, un cuaderno de sesenta hojas para hacer repaso de toda

³ Entrevista a don Jaime Fuentealba (hijo), realizada en Santiago, 1996, por Enrique Moletto, estudiante de Antropología, para el Informe “Pobreza en Chile: Un desafío de equidad e integración”, del Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza (CNSP).

la materia. Porque me iba a castigarme. Y me arranqué con la plata, me compré un paquete de cigarros y me vine al centro.

Me juntaba con los cabros y hacíamos maldades. Lo que cayera en la noche. Teníamos la media cuadrillita. Ahora todos los cabros, por ser, de mi edad, de mi infancia, están todos presos, los locos. Salían a robar, eran lanceros aquí en el centro. Algunos están muertos. Atropellados. Aquí en la pasada de Plaza Italia murió un cabro compañero mío. Lo atropelló una micro. Se pitió una cartera y, por cruzar, justo acelera una micro y lo pesca, lo tira al medio de la calle y lo pesca otro auto. Le querían poner gruta ahí y no dejaron. No dejaron poner gruta porque era un delincuente. Yo ahí tenía como doce o trece años.

En la escuela estuve hasta como los nueve años, más o menos. Mi mami iba a la escuela a llorar que me aceptaran. En la escuela una vez nos tocó técnicas manuales y la señorita nos hizo llevar neoprén. Y yo me puse a aspirar neoprén. Andaba más volado a la hora del recreo, andaba puro pintando monos. Me llevaron a la oficina. Me iban a expulsar, me iban a echar del colegio. Ahí pararon la mano las profesoras, que no, que aquí, que me perdonaran.

Después, un día maté un gatito en la escuela del padre Juan, un padre que era de Bélgica y hablaba con voz ronca: "Oooye túuu eeres un maaal elemeeento para la escueeela, porque túuu eres hiiiijo de satanáaas". Y yo, piola no más. Iba a expulsarme el padre Juan, pero también me dio otra oportunidad. Después le pegué a un compañero porque nos tocaba prueba, y a él le tocaba revisarme la mía y a mí la de él. Y le dije: "Me sacai una cruz y el charchazo que te voy a pegar". Una cruz y ¡paaaf!, el charchazo. El loco se puso a llorar.

122

En otros colegios me echaban porque me pasaban la inasistencia y de ahí me viraba yo. Después llegaba justo cuando íbamos a salir, de ahí llegaba suave. Yo tuve cualquier anécdota, mi mamá estaba loca. La tenía loca, yo.

La Casa de Menores

A los diez años ya estaba pisando la Casa de Menores. Estuve en Casa de Menores ahí en San Francisco, en los Tres Alamos. Me fugaba de ahí. Porque las Casas de Menores eran con unas rejas en los patios, unas mallas altas. Y en la noche nosotros pedíamos permiso para ir al baño, entrábamos cinco y salían cuatro. Y el que se quedaba ahí, volaba. Un día en San Francisco me pillaron. Me pillaron arriba de la micro, la pararon justo ahí antes de Franklin. Me pillaron los tíos. Me dieron la media cuática. Me mojaron y me tuvieron toda la noche en el patio, los tíos.

Después, cuando cumplí dieciséis años, pasé a Puente Alto. Ya estaba pasando casi por mayor de edad. Porque la cárcel de Puente Alto es cárcel de menores también. La primera vez que estuve en Casa de Menores fue a los nueve años. Llegué por vagancia. En ese tiempo nos pillaban las pacas, andaban en una furgoneta azul. Veíamos la furgoneta y salíamos con la media polvareda. Cualquier cabro chico. Porque cazaban puros menores. Y después pasé a la Casa de Menores como internado.

Yo llegaba a mi casa cuando me iban a buscarme a la Casa de Menore. Pasaba un mes, dos meses, cuatro meses seguidos en la calle. Me vestía en la calle. Claro que nunca anduve así cochino. Porque ganaba plata yo. Me com-

praba mis zapatillas. Andaba bien vestido, con ropa bacán. De repente colgábamos a los locos que viven para arriba. Les quitábamos la ropa. Les pasábamos la ropa de nosotros para que no se fueran en pelota. Y andábamos taquillando con la ropa de ellos, hacíamos cambalache.

También íbamos para Mapocho a cagar a los curaditos. Les metíamos la mano. Un día me acuerdo cuando le pitié la billetera a un viejo. Le metí la mano y le volé todo el bolsillo. El viejo, como estaba curado, se metía la mano al bolsillo y no se encontraba el bolsillo, porque tenía el pantalón abierto. ¡Yo le había llevado el bolsillo! Y me acuerdo que le llevé, ¿cuánto le llevé? En ese tiempo eran como diez lucas, era plata.

De ahí toda la noche en los videos, métale video. Si el viejo de los videos se hizo la pinocha con nosotros. Nos tenía cafecito, sanguchitos. Después empezaron a mandar a las pacas a los puros videos no más. Ahí nos calababan a nosotros, en los videos. Porque cuando hacíamos maldades, no nos pillaban ni cagando.

La cárcel

Tiempo después, cuando ya pasé toda esa época, caí preso. Como adulto, en la penitenciaría. Ahí tenía como diecinueve años ya. Ahí la vi de otra manera. Claro que después salí y volví al mismo ritmo, a robar no más. La primera vez caí por robo. Hice un hurto aquí en Las Condes. Me metí a una casa de segundo piso. Salí hasta en el diario yo. Salí con otros tres cabros y decía: "Banda de desvalijadores asaltaron una casa en avenida Las Condes". Pero no con fotos, eso sí con las puras iniciales, un párrafo chiquitito.

Y después, la segunda, me hice un robo con sorpresa. Le pitié la cartera a una acturaria, en Gran Avenida. Ella se iba bajando del auto, estaba metiendo la llave y yo paso y me la piteo. Ahí vine a pesar el peso de los fierros, porque allí no hice meses, hice años. Estuve casi tres años en la cárcel de San Miguel. Finalmente, salí por conducta.

Ahí ya iba para los veintidós años. Sentí el peso, el aburrimiento. Y decidí que yo no era para eso. Además que cuando estaba ahí estaba maduro ya, estaba cachando la volá. Cachaba a mi vieja llegar con sus bolsitas, de repente lloviendo. Mi vieja toda mojó me iba a ver y nunca falló a las visitas. Siempre me llevaba cualquier engaño. A mí nunca me faltó, nunca me cagué de hambre adentro. Porque mi vieja se movilizó cualquier caleta hasta que me sacó. Ahí yo le prometí a mi vieja, delante de Dios, que nunca más. Que nunca más iba a meter la cabeza al water, que me iba a regenerarme, que iba a trabajar para ella, y todo lo que había dado por mí, ahora iba a recuperárselo. Y de ahí nunca más he pisado la cárcel. Nunca más hasta ahora.

Y aquí estoy. Ahora voy a hacer mi familia y todo. Estoy con mi guacha. Claro que tengo otros cabros chicos. Tengo un cabro chico allá en Pudahuel, y otro cabro chico de antes que pololeaba con una chiquilla. Pero es que esa chiquilla la perdí porque en ese tiempo yo andaba robando. Cuando tuve ese cabro chico yo andaba robando en la calle. Ahí tenía como diecisiete años. Y la perdí por puro que los viejos de ella eran evangélicos.

Los locos

El drama más charcha que hemos tenido en la familia fue cuando mi hermano se pitó el condoro con el Loro. Yo venía de una fiesta andando con mi primo y, de repente, aparecen con pistolas, cuchillos y todo. Dijeron: "Eh, allá viene el Chocolo", porque a mí me dicen Chocolo porque soy bueno para la pelota; me gusta el deporte. Vamos caminando y llega la media cuadrillita, porque esos locos son como dieciséis hermanos, y son todos ferianos, de cuerpo grande, bien alimentados con verdura buena. Y ahí dicen: "Te vai a morirte, te vai a morirte, mataste a mi hermano". Y yo sin saber qué pasaba. Yo quedé loco.

Y de repente viene otro hermano y me pega un sablazo, con una espada. Me pegó en la cabeza, tengo todo el mate partido. Tengo la media cicatriz. De repente me veo sangrando y me volví loco. Dije: "Aquí no se conversa, hay que puro reventar no más". Y empiezo a dar cachuchazos para todos lados. Nosotros éramos dos no más, los otros eran como dieciséis, fuera de las mujeres y los amigos del Loro.

Yo tenía que haber sido finado. Ahí tenían que haberme matado, porque como estaba yo, agarré a uno y lo hice correr por un pasaje, a cortaplumazos. Yo lo único que quería era pillarlo. Se me arrancó; tuvo suerte, si no hubiera quedado otro tirado ahí mismo. De repente sale mi mamá: "Jaime, cálmate, cálmate", gritaba mi vieja colgada de mi cuello. Y mi vieja empieza como a ahogarse, porque es enferma del corazón. Y la quedo mirando y me escurro
124 altiro, como que me despabilo, y la pescó y le digo: "Ya, vieja, vamos para la casa, no pasa nada, no pasa nada". Mi vieja me miraba la cara no más, estaba bañado de sangre.

Me la llevé para la casa y los locos mandaron a decir que apenas enterraran al finado iban a morirse todos los de mi casa; que iban a quemar la casa. Y yo dije: "Aquí a todo ritmo no más, hay que morirse altiro, hay que matar como loco". Porque yo tengo gente conocida del ambiente. Fui donde unos cabros a decirles: "Oye, sabís que necesito una pistola". Me pasaron una escopeta recordada. Y yo tenía dos fierros, así que mandé a comprar unas pastillas, unas chichotas, que se llaman. Me tomé como siete chichotas; estaba súper volado, ahí afuera de la casa. Todos durmiendo y yo sentado en una silla con la escopeta. "Al que pase para dentro le voy a pegarle el medio tiro en la cabeza". Y los locos pasaban en auto y decían: "¡Ya, calmao, ya queda poco, ya queda poco!". El finado murió en el hospital. Tenía como sesenta puñaladas. Lo velaron tapado, en cajón tapado. No tenía rostro, el Pancho le había dejado caer unas piedras.

Allá cualquier atado pasa. Peleas por vicio, por mujeres. Pero a los locos lo que más los está volviendo locos es el vicio. Se mueve la pasta base y la coca, que ahora está tirada. Hay coca buena, la cristalina legal, esa que venden arriba como a quince o veinte pesos el gramo, aquí la venden a cinco lucas. Y hay pastillas, escanciles. Esas los tiene locos a los cabros. De repente meten la cabeza al water, de repente por mujeres, por trampas con plata, por vicio, se pescan a puñaladas. Eso lo encuentro charcha yo, andar pegando por un vicio. Llegar a matarse no tiene brillo.

Una oportunidad

Cuando yo salí de San Miguel, le dije a mi vieja que iba a cambiar, y cambié. Salí un día miércoles, y descansé jueves, viernes, sábado y domingo. El día lunes salí tempranito a buscar pega. Y conseguí en el edificio que estaban construyendo en Alcántara con Colón. Y me instalé afuera, y veo que entra gente, y me meto también. Y el jefe me dice:

—Y vos, ¿qué estás haciendo aquí?

—Nada, es que vengo a buscar peguita— le dije.

—Sabís que aquí se admiten puros conocidos. Además, ¿tenís papel de antecedentes? ¿Carné?

—Sí, tengo el comprobante.

—No hay pega— me dijo.

Yo le había dicho a mi vieja en la casa: “Viejita, préndele una velita a la Virgen para que me vaya legal”. Yo lo único que quería era trabajar. Quería probar cómo se ganaba la plata así, legal. Bueno, y como justo al frente del edificio había pasto, me instalé ahí. Eran las doce y salieron a almorzar. Yo me pitié la comida que me había hecho mi vieja y me fumé un cigarro. Y salía el jefe, me miraba, y se metía para dentro. Después subía, me quedaba mirando y yo lo miraba. Eran como las cuatro de la tarde y yo había llegado como a las seis y media de la mañana. Tenía un presentimiento y me quedé, me quedé, me quedé. Y de repente, como a las cuatro y media sale el jefe:

—Oye, ven —dijo—. Y a vos, ¿no te dije que te fueras? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Bueno, mirando como hacen el edificio.

—Pero sí sabís que aquí no hay pega.

Y justo como que ya había entrado en confianza, le dije:

—Jefe, sabe, que acabo de salir fuera de presidio y quiero una oportunidad. Tengo a mi vieja, a mis hermanas, y quiero ver qué pasa con la pega, porque no tengo carné y mis papeles de antecedentes están sucios.

—Sabís —me dijo—, me gustaste. Fuiste sincero. ¿Querís trabajar?

—Sí. No importa que gane poquito, pero quiero trabajar.

Le dije la verdad. Estaba contento. Tenía hambre y se me había pasado hasta el hambre. Y llegué a la casa y le dije a mi mamá: “Sabís, que encontré pega”. Estaba más contenta que la cresta. Yo de repente no la quería creer.

El trabajador

El día lunes llegué como a las seis de la mañana. El portero era el único que había llegado primero que yo. Y el portero estaba durmiendo cototo. Así como a las seis y media, siete, empieza a llegar la primera gente. Y yo a las seis de la mañana tocando. Entré y cuando el jefe llegó, dijo:

—Ah, el negro con que habíamos hablado. Ven para acá. Vos soi bueno para la pega, ¿no es cierto?

—No, no soy bueno para la pega, pero voy a ponerle empeño.

—Ya, anda a hacerte altiro una excavación allá solo. ¿Querís trabajar? Allí vas a tener pega.

Andaba a todo chanco, así que me saqué la polera, agaché la cabeza y me puse a trabajar. Dieron la una y yo era el único que estaba trabajando; todos los demás habían ido a calentar la olla. A mí se me había olvidado poner hasta la olla. El jefe me miraba no más. Todos los días el jefe me observaba. Ahora hago de todo. Me tiene terrible de buena el viejo. El viejo me dio una mano. Si es buena tela el viejo, porque tuvo una hija que nació a los seis meses y el feto todavía no estaba bien hecho. Y la hicieron revivir con puras maquinarias, y eso le costó cualquier plata al viejo, millones y millones. Todavía le debe plata a la empresa. Un día hicimos una colecta nosotros. Yo llegué y pasé la colecta con otro cabro. Nos hicimos ciento treinta y dos lucas entre puros trabajadores. El viejo lloró. Dijo: "Bajen todos". Nos hizo reunir a todos en el subterráneo y nos dijo: "Saben, ha sido el personal más bueno que he tenido". El viejo es buena tela, por eso Dios lo ayuda.

Allá hay hartos cabros con piso y el viejo los apoya. Y los cabros son los mejores trabajadores que tiene. Hay uno hace dos semanas que salió de la cárcel de Colina y el jefe le dio la mano. También andaba de aventurero, se estacionó ahí y el jefe lo metió para dentro a trabajar. A mí me tiene terrible de buenas el viejo, y de confianza. De repente me ha mandado a dejar cheques al banco, o a sacar plata. Una gamba me mandó a buscar la otra vez. Y la otra vez el viejo andaba terrible de arranado porque el Morales se le arrancó con un millón de pesos. El patrón le dijo que lo denunciara y el viejo no quiere denunciarlo. Terrible de buena tela el viejo. Yo ya he trabajado como en tres obras con él.

126 Son casi cuatro años ya que salí de San Miguel. Ha sido un cambio de vida para mí. Y el enemigo de uno es la levantada temprano, porque de repente en la mañana uno está de lo mejor y suena el despertador. Y como antes estaba acostumbrado a levantarme a las doce, una, dos, tres de la tarde, cambió. Ahí se siente el peso de la pega. Antes ganaba fácil y desparramaba. Ahora no. Uno tiene que administrar la plata, porque se gana con el sudor.

Y la otra en el trabajo, uno no está acostumbrado a que lo manden: "Oye, hace esto; oye, hace esto otro". A mí me costó paciencia, me costó adaptarme a la pega. Me costó caleta, pero igual le gané. Hasta que ahora me acostumbré y no me para nadie. Porque es bacán la vida del trabajador; vive tranquilo uno, sin problemas con la justicia. En la otra, no; por ganar plata tan fácil a uno de repente lo matan. Tiene sus momentos bacanes, pero cuando llega la mano que aprieta...

Antes me gustaba ser lanza. Era lanza-escapero. Me gustaba el arrebató, le piteaba las carteras a las minas, las gargantillas, los aros. Pero sin daño. De repente cogoteábamos a las minas en el centro, pero sin hacer daño. Su anillo, su gargantilla, su plata. En esa estábamos con el finado. Y cuando hice el último canazo, ahí ya conocí a mi mujer, y me hizo cambiar mucho mi flaca. Porque conocí el amor, lo que era bueno.

De principio uno ganaba la vida fácil, y me ha costado adaptarme a un sueldo. Por ser, yo tengo un sueldo de ciento y tantos mil pesos, y cuando andaba choreando de repente en una noche me echaba una gamba, dos gambas, y tres gambas. Esa es la diferencia. Y nadie me mandaba. Me levantaba a las diez o a las doce del día. Aquí no, tengo que levantarme a las cinco o seis de la mañana. Andaba todos los días con plata, tenía para mis vicios. Tenía para tomarme

todos los días una cerveza si quería, o fumarme un pito. Aquí no, tomo una cerveza cuando tengo plata no más: para la quincena y fin de mes. Y pare de contar. Pero uno se acostumbra a ganar la plata honradamente. Me ordenó a mí la pega. Hacer mi horario, levantarme temprano, comer a mis horas. Eso es lo que pasa con la construcción

La sociedad mezquina

La sociedad es mezquina. Uno quiere superarse y te cortan al tiro. Yo hablo por otra gente que tiene ficha y no encuentra pega. La sociedad discrimina al delincuente, pero hay delincuentes y delincuentes. Y, ¿quién crea la delincuencia? La misma sociedad, porque no hay trabajo.

Me gustaría que fuéramos todos unidos, que el grande ayudara al más chico. Yo no creo en la política. La política es lo más sucio que hay. Los locos más sucios son los políticos, porque son falsos. Ellos dicen una cosa y al final ellos no más se salvan, y no están ni ahí con que la gente se coma la mierda no más.

Ahora es muy comprada la política, es comprada por el que tiene plata. El político te dice: "Yo voy a hacer una plaza". Y claro, sale y después no está ni ahí, queda el peladero igual. No me gusta la política a mí. Todo delincuente no está ni ahí con la política. Porque la política con el delincuente siempre se llevan mal. Porque adentro en la cana se pillan el político con el ladrón delincuente y siempre trompean. Vendedores de patria, les decían los ladrones a los políticos.

A mí me daba lo mismo que estuviera o no estuviera Pinochet. Me daba la misma, porque no estaba ni ahí con la política. Porque en el fondo tenía que salir a robar igual no más. Para el trabajador de la construcción también da lo mismo, porque el pobre tiene que sacarse la cresta igual, toda la vida tiene que trabajar. Y para cambiar tienes que sacarte el quino o el loto.

A los que favorecen los cambios de gobierno son a los bacanes, los que tienen plata, que tienen empresas grandes. Por eso es injusta la vida. La era de Pinochet fabricó cualquier delincuente. Yo nací en la era de Pinochet y tengo ficha, era delincuente. Pinochet fabricó cualquier delincuente.

Y este Presidente que está ahora [Eduardo Frei] también está haciendo cualquier delincuente; es falso el Presidente. Habla cosas que no tiene que hablar. Yo le tengo bronca, porque es vendido. El Pinocho lo mueve como quiere. Es puramente Pinocho este gobierno, no ha cambiado ninguna cagada. ¿Qué ha cambiado? Nada. Al contrario, uno está más sufrido, subió la micro, subió el pan. A mí no me alcanza la plata y eso que no tengo cabros chicos; para el que tenga cabros chicos, ¿cómo debe estarla pasando? Esto va de mal en peor.

La suerte

Yo creo en Dios, y tengo esperanza. Porque el pobre siempre vive de esperanza, porque es lo último que tiene uno. Yo tengo esperanza que algún día me llegue un golpe de suerte, esa es una esperanza. Que no me llegue harto, que me llegue lo justo y necesario no más, como para salir de la construcción.

Uno necesita una mano, y no se la dan. A mí me la dieron, pero hay como dos que tienen suerte, y los demás quedan chapaleando y no tienen más que volver a su oficio. Eso es todo lo que pasa en Chile. Lo único no más, es que me gustaría sacarme el Loto. Pero no juego al Loto. Voy a empezar a jugar. Voy a probar suerte. Puede que sea la mano.

Lo primero que haría: aseguraría a mi vieja. Le compraría una casa y que descansa para todo lo que le queda de vida, ella y mi taita. Y a mis hermanas, a todas las casadas, comprarles su casa aparte, cosa que salgan de ahí del lado de mi mamá, que queden las puras solteras, no más. Y yo comprarme mi casita, mi ruquita. Yo llego a sacarme el loto, compraría puras casas. Puras casas, viviría del puro arriendo no más. Ese es el mejor banco que tienes. No tienes para qué comprarte micros. Una casa es eterna. Compras diez casas, o veinte casas bacanas, y listo.

La vida

He aprendido hartito de la vida. Pasé hambre, pasé frío. Lo pasé bacán. Todavía me queda que aprender, en la vida uno nunca termina de aprender. Uno se muere y la vida sigue todavía. El mundo sigue. Si es uno el que se muere, uno el que se termina. Pero es bonita la vida. Por eso la aprecio y la cuido. Por eso yo soy caballero, ubicado, siempre ubicado. En todos lados me tienen buena a mí; todos los jefes con que he trabajado me han agarrado buena, porque soy trabajador, empeñoso.

128

Nunca me han echado de una pega por flojo. Siempre he salido con mi frente bien alta. Nadie me puede apuntar con el dedo que soy flojo, que soy aquí o soy acá. Nadie me puede apuntar con el dedo, porque yo soy legal. Voy a mi pega a trabajar y nada más.

Pero me tengo fe. Yo soy ganador. Dos años me doy para tener mi casita. Es que estoy recién; no puedo tener de la noche a la mañana toda la huevía. Tengo que hacerlo con esfuerzo. Me va a costar mucho, pero sé que lo voy a lograrlo. Esa es la meta mía. Todo eso se hace con paciencia. Si la vida fuera fácil, no sería vida. La vida hay que vivirla y el que la vive mejor es el pobre. Porque la sufre. Y eso es bueno, porque hace que uno aprecie las cosas. Por ser, yo, con sufrimiento voy a tener mi casa: pasando trabajo, levantándome temprano, con lluvia, el mismo trayecto para allá es un sacrificio. Así aprecia uno las cosas. No es como esos que dicen: "Papi, quiero tener una tele". "Ya, toma", le dicen. ¡Esa no es vida! La vida hay que sufrirla para aprenderla. Yo sé que voy a tener mis cosas. Desde cabro chico me acostumbé a tener plata y a luchar por lo que quiero. Para mis niños me gustaría una vida bacana, no tan sufrida, con profesión, que estudiaran.

EL GRUPO MUSICAL⁴

Me llamo Marco Monsalves, tengo dieciocho años y estoy estudiando diseño gráfico. Estoy en segundo año medio. Yo vivo con mi mamá y mis hermanos; mi mami es mi papi, es todo. He vivido casi toda la vida con mi mami, con mi papá casi no he vivido nada. Mi papá se fue cuando yo era chico.

Ahora, aparte de estudiar, participo en un centro juvenil. Mi primera participación fue en un programa del Fosis. Ahí yo tenía como doce años. Después ese proyecto se acabó y todo se desapareció y nos quedamos sin nada. Algunos monitores decidieron volver a retomar, pero sin apoyo del Fosis; ellos siguieron con este centro juvenil. Había varios grupos, un grupo de danza andina que es el Arak Saya, y el grupo musical. A nosotros nos capacitaron, nos fueron ayudando a crecer como personas para poder ayudar a otros. Ahí yo empecé en esto y me empezó a gustar, a gustar hartito. Lo único que, cuando terminó el Fosis, nos tuvimos que ir todos para la casa, porque ahí no teníamos ningún lugar donde estar.

Actualmente estoy en el grupo musical Antara, soy el director del grupo. También mi hermano, y también les hago un taller a unos niños chicos; o sea, les hacía, porque habíamos quedado sin local. Ahora vamos a empezar de nuevo el taller a los niños chicos. También estoy metido en unas colonias urbanas, el movimiento nacional de niñas y niños nuevos. Eso es a través de la Usach; ahí llegué por intermedio de mi polola, que estudia Psicología.

129

Neoprén, marihuana y pasta base

Igual yo en mi corta vida he tenido caleta de problemas. Yo creo que fue porque mi mami no estaba con nosotros, y yo no puedo reprocharle eso, porque si mi mami estuviera aquí con nosotros no tendríamos qué comer. Eso hace que uno pase solo, sin que nadie se preocupe mucho de lo que uno hace.

De chico empecé con el neoprén; primero empecé metiéndome en la marihuana a los once años, y después, por la plata y por alargar momentos placenteros, me metí en el neoprén, igual por mono también. Después me fui metiendo cada vez más, hasta que parecía el pan de todos los días.

En ese tiempo hacía la cimarra con mis amigos. Después empezamos a rebuscar otras cosas; estábamos en la edad en que uno empieza a buscar otras cosas. Y me fui metiendo en otras cosas. Empecé por la marihuana, después copete, después ya me arrancaba de la casa los fines de semana. En ese tiempo me puse "brígido".

Mi mamá igual se daba cuenta que yo salía a fiestas, pero no sé qué se imaginaba; no sabía que yo fumaba marihuana y que me copeteaba. Lo bueno es que nunca robamos, nunca salimos a robar; o sea, hacíamos la plata entre

⁴ Entrevista realizada a Marcos Morales, realizada en Santiago, 1997, en el marco de un estudio sobre familia, desarrollado en conjunto por PNUD y SUR, publicado parcialmente en: PNUD, "Informe de Desarrollo Humano en Chile, 1998: Las paradojas de la modernización" (Santiago: PNUD, 1998).

nosotros. El tarro de neoprén nos salía como a quinientos pesos. Eramos como once, así es que nos salía barato.

Ahí en la volada jugábamos y conversábamos; de hecho había veces que conversábamos harto y una vez nos pusimos a llorar. Uno de repente se pasaba un rollo y le contaba al otro y empezaba a darnos pena y terminábamos todos llorando. Yo empecé a consumir porque no me daban ganas de ninguna cosa; uno siempre está buscando algo que lo vuele más. En ese momento te hacía sentir más bacán. En ese tiempo yo venía solo a dormir aquí a la casa. Y como mi mami no estaba en todo el día, no se daba ni cuenta.

La diferencia entre el neoprén y la marihuana es que el neoprén es un alucinógeno y la marihuana es un relajante. A mí la marihuana me producía pensar más; como que me metía más y me ponía a pensar cosas tontas. Y me metía en eso, y empezaba a pensar y a cranear. El neoprén te alucina. Yo puedo estar aquí contigo y te veo como un monstruo; te veo cachos, colmillos.

Hubo un tiempo en que estuvimos traumatados, porque alucinábamos mucho con el diablo, con cosas de la muerte, el Apocalipsis. De verdad, incluso una vez estábamos así con un amigo mío, estuvimos aspirando neoprén, y vimos que estaba llegando el Apocalipsis; o sea, yo le decía a mi amigo que se quedara tranquilo porque él estaba nervioso.

La pasta base también la probé, pero no me gustó. Por último, con la marihuana podís salir, pero con la pasta no podís salir. Ahora ya no aspiro, no fumo pasta. Igual tomo cuando hay que tomar, pero moderado. Me ayudó harto mi polola en ese sentido, para pegarme la escurría. Pero la pasta base ya no; era
130 mirar por mí, empecé a ver algunos locos súper embarrados —o sea, mal— y me daba miedo llegar a eso, andar vendiendo mis cosas para el vicio.

Yo creo que consumir marihuana es distinto a la pasta. Sales de todo lo otro, pero de la marihuana no te puedo decir que sales un cien por ciento. Igual estoy consumiendo marihuana; no como antes, no todos los días, pero sigo consumiendo de repente. Lo modero harto ahora, lo más que puedo, pero de repente no hay nada entretenido y uno se aburre.

Igual uno le tiene miedo a eso de quedar borrado, porque siempre te estás pasando el rollo de quedar pegado; pero cuando lo haces, te das cuenta que no te borras. No te borras con nada, ni con el alcohol, ni con el neoprén, porque incluso con el neoprén, cuando no te gusta una alucinada, cuando te estás alucinando muy fuerte, puedes entrar a controlar lo que uno siente.

La pandilla

En ese tiempo teníamos un lote grande. A veces nos juntábamos como veinte; algunos estudiaban, otros ya habían abandonado y otros estaban en Hogares. Y aparte de ir al río, bailábamos. En ese tiempo bailábamos *break dance* en la calle.

Con ese lote de amigos nos llamábamos los Kayron. No teníamos idea lo que significaba, no sé ni por qué le pusimos ese nombre. Porque cuando yo llegué, estaba ese nombre. Y también pregunté y me dijeron que no sabían; se lo habían puesto porque sonaba bien. Todos nos pasábamos rollos tipo pandilla de Estados Unidos.

Nosotros por lo general andábamos siempre bien arreglados; no nos gustaba andar desordenados. Había veces en que andábamos desordenados, cuando nos íbamos al río; ahí no nos preocupábamos de nosotros. Igual, nos vestíamos como bien loly pop; igual pelábamos cables y peleábamos con otros grupos.

Entre nosotros discutíamos harto. Esa fue una de las razones por las que me alejé de allá. En ese grupo yo estuve harto tiempo, estuve como tres años. Ahí entré a los catorce años y hasta hace poco. Harto copete, marihuana y también neoprén.

Cuando estuve en ese grupo, fue mucha farra. Ahí ya me empecé a despreocupar del colegio, o sea, ya no me gustaba el colegio. Vacilábamos tanto en la noche que después al otro día no me levantaba para ir al colegio. No me gustaba, me cargaba ir al colegio, los encontraba a todos giles.

El grupo en el que yo participaba cuando estaba chico y bailábamos se disolvió con el tiempo, porque fue pasando como a “lolypancia”; no queríamos ser “loly pop”. Bailar para nosotros era como un arte. O sea, eso era lo que sabíamos hacer y nos gustaba. Pero después fue catalogándose como loly pop. Ser loly pop aquí es como ser un jote. O sea, locos que les gusta solamente vacilar en buena. Nosotros igual siempre estábamos exponiéndonos al peligro. Nos gustaba pelear y los “loly pop” para nosotros eran tontos y no queríamos ser como ellos. Como que nos subía la adrenalina cuando venían los pacos. Nos gustaba que vinieran los pacos y nos dijeran: “Ya, párense ahí”. Nos gustaba, porque salía gente para afuera; cuando estaba aburrido se llenaba de gente altiro; y la otra es que nos gustaba hacer lesos a los pacos; les teníamos mala, les tengo mala. Y nos gustaba lesearlos.

Nosotros, de partida, los veíamos en qué plan venían. Si venían muy agresivos, les decíamos: “Oiga, pero cómo, si no estamos haciendo nada”. Uno siempre trata de llevarlos por la buena, pero cuando vienen en peluseo —porque igual pasa harto eso, como que a lo mejor creerán que van a entrar más en confianza con los locos, una onda así—, que llegan así con otra disponibilidad, o sea leseando, ahí nosotros los dejábamos entrar, pero después les dábamos los medios filos.

131

El escepticismo

En religión yo nunca me he metido, porque igual hay corrupción en todos lados, hasta en la Iglesia. Hay que puro prender la tele. Hubo un tiempo que puse en duda la existencia de Dios. Por eso mismo, yo me preguntaba: cómo si hay un Dios va a haber corrupción en una Iglesia. Yo me preguntaba, y todavía no encuentro una respuesta.

En política yo nunca me he metido, no me gusta. Igual aquí está la Jota, está el Partido Comunista, derechistas, hay de todo. Pero yo no me he acercado nunca. A lo mejor porque no me inculcaron eso, no me fueron metiendo en eso y tampoco me interesa meterme en política; soy como apolítico. En lo que me gusta estar es en el centro cultural y en el club deportivo, el Real de Las Lomas.

Los políticos siempre están como garrapateando. Siempre están diciendo: “Oye, ven aquí, que yo te doy esto”. La verdad es que cuando están las elecciones nos ponemos en el plan como grupo de música, de que sea Partido Comu-

nista, derechista, cualquier partido político que sea que vaya a hacer una actividad, paguen.

Lo que pasa aquí es que la alcaldesa dice: "Tirémosles un proyecto a estos cabros, a ver qué pasa". Ya, nos tiran el proyecto, pero casi nunca salimos aprobados. A todo esto hemos salido aprobados una pura vez con un proyecto. Compramos instrumentos. Pero no recibimos ningún apoyo más, porque ellos nos pasan la plata no más, nos pasan la plata y nos dicen: "Ya, tráigannos las boletas". Pero después de que pasa eso, nada más, o sea, de ahí se olvidan. Para qué nos sirve que nos aprueben proyectos, si no nos van a dar espacios donde vamos a poder estar. Al menos nosotros no salimos de las peñas. Una vez fuimos a tocar a la peña del Nano Parra, otra vez que fuimos a tocar fuera de Santiago a Talagante. De ahí, nada más; puras peñas no más y llevamos dos años tocando.

Todos los grupos, lo mismo; por eso no entiendo cómo en las municipalidades, o de repente en la tele, salen los políticos y dicen: "Se están perdiendo los jóvenes". Cómo no quieren que se pierdan si están tratando de hacer algo y no tienen espacios, no tienen cómo sacar adelante sus proyectos.

Igual tocar es una cosa y a lo mejor hay algunos que no lo miran tanto como yo; o sea, igual a mí me gusta tocar, me gustaría mirarlo como para mi futuro. Pero no puedo. Algunos locos a lo mejor ya no tienen la oportunidad de volver a estudiar, y miran esto como su futuro y no pueden; entonces se tienen que retirar.

132 El estigma

Uno tiene que conformarse con andar por aquí no más. Hacen fiestas comunitarias y no se puede tocar, porque se arman puras peleas. Las peñas sí se hacen hartas aquí en Cerro Navia. A veces uno mira los diarios y aparecen tremendos párrafos diciendo que en la comuna de Cerro Navia viven puros volados; salió el liceo donde estudiaba yo y decía el diario que ahí tenían que ir con miedo. Y eso es mentira, es falso. Igual hay locos volados y papás de los locos que son volados, pero igual hay patos malos como hay en todos lados; o sea, hay delincuencia como en todos lados; aquí hay delincuencia, para arriba hay delincuencia, en todos lados hay delincuencia.

Por qué no dicen nada bueno de aquí; yo nunca he visto que un diario diga: "Cerro Navia se destaca porque es la comuna que rescata más cultura". Si vas para otros lados, los locos hacen heavy metal, punky, rap; de verdad he ido a hartas comunas a tocar y no he visto en ninguna más grupos que hagan folklore chileno que aquí en Cerro Navia. O sea, que bailan cueca, bailan danza nortina, hacen caleta de cosas; o sea, canto popular.

Yo creo que los locos tienen que venir más, así como viene de repente ese mismo diario que viene a decir solamente que Cerro Navia vale hongo, pero que venga también a las actividades. Que vengan a las organizaciones grandes a ver qué están haciendo, y ver cómo podrían apoyarnos a nosotros, no que vengan a destruirnos más. Sería bonito y nos gustaría que en el diario pusieran: "Cerro Navia se destaca por su rescate del folklore chileno".

Aquí las cosas están mal hechas; la misma policía, la justicia, son más corruptos que uno. Aquí el que tiene más, gana. Eso es malo; si dicen que ley pare-

ja no es dura, que sea pareja entonces. Que no estén viendo ni raza, ni senda política, ni clase, ni nada, que no vean nada. Igual aquí el que le pasa más plata a los pacos gana. Yo conozco ratis y soy amigo de locos que trafican; conozco ratis y pacos que van a la casa de los traficantes a pedirles plata, no para llevárselos presos; es para no llevárselos presos que les van a pedir plata a la casa. Entonces, qué puede pensar uno.

Aquí en la población no toda la gente es ladrona. Entre los jóvenes, algunos roban, pero casi la mayoría roba por necesidad. Yo conozco varias familias que igual roban por necesidad, porque igual han caído presos una vez, y a lo mejor fue un condoro, pero después de eso se les cierran todas las puertas, y más si eres de Cerro Navia.

Se dice que Cerro Navia es la comuna donde hay más delincuencia, más pobreza; entonces, teniendo antecedentes, ahí ya estás sonado. Nada que hacer. Y de qué van a vivir, porque los locos siguen comiendo y todo, entonces no les queda otra. Yo creo que es legal que los locos la hagan. Yo, por ser, si a lo mejor no estuviera estudiando, si no tuviera a mi mami, o si tuviera a mi mami pero que mi mami no pudiera trabajar, igual voy a tener que hacer algo para mantenerme. Si tengo antecedentes y se me cierran las puertas, no me quieren dar trabajo en ningún lado, voy a tener que robar; o sea, por necesidad.

Igual para mí eso no es pecado. Yo creo que no tiene la culpa el ladrón; yo creo que es la sociedad la que tiene la culpa, en ese sentido. Lo único no más es que los locos no estén robándole a alguien de aquí del barrio; ellos tienen que ver dónde roban, o si no van a pasar a ser domésticos y ya no los van a mirar como quieren que los miren; los van a mirar como domésticos, y esos locos caen mal, esos son chinchas.

133

Superar la adicción

Yo creo que mi problema ahora va en vías de superarse, porque igual me queda algo; por ejemplo, la marihuana, sigo consumiendo. O sea, ya no es lo mismo que antes, pero igual sigo. Igual un adicto puede dejar de fumar tres años y si vuelve a fumar, igual es adicto; igual sigue siendo adicto, va en vías de superarse. Pero sé que voy a terminar por dejar todo.

Yo creo que lo que más influye que uno caiga en esto es el ambiente. Para mí lo principal es el ambiente. Si te crías con puros locos drogadictos, vas a ser un drogadicto. Y lamentablemente no había nadie que me dijera: "No salgas para la calle", porque mi mami estaba trabajando y mi papi no estaba. No había nadie que me dijera: "No vayas a juntarte con estos locos". O sea, mi mami lo hacía, pero cuando ya era tarde, porque ya me había juntado con los locos. Yo no alego eso, yo no le echo la culpa a ella, ella hizo lo que pudo.

Igual yo tuve suerte porque tuve amigos, monitores del centro cultural del Fosis, que fueron lo mejor, mis amigos. Todos me aconsejaban, nos ayudaban. Una vez me aconsejaron en un centro con un psicólogo, pero tenía que ir toda la familia y yo no quería meter a mi familia en esto; además que mi mamá trabajaba todo el día.

Pero yo me he ayudado harto y mi polola, este último tiempo sobre todo, ella me ha hecho ver las cosas. Yo no las veía, era muy infantil. Ella igual me ha

hecho ver cosas que yo no veía; el sacrificio de mi mami yo no lo veía; para mí era normal que ella saliera a trabajar todos los días a las cinco de la mañana; eso para mí era normal. Mi hermano también me ayudó, pero lamentablemente no nos llevamos muy bien. Es que él tiene su carácter y yo el mío, y chocamos. Igual podemos estar bien un rato, después se arman las discusiones.

Ahora que estoy saliendo del problema, las cosas en mi casa están mejor. Igual seguimos teniendo atados, pero no es tanto por mi problema. Es que igual eso me achacó. Mi mami quedó medio mal, porque por cualquier cosa me ataca. O sea, yo asumí que estaba bien que me retara, pero no por todo. Yo también la he pasado mal. Estuve bien mal, igual tenía recaídas fuertes. Pero ya no hay caídas fuertes y es porque quiero, quiero salir; quiero ser libre y salir de todo esto.

Segunda parte

LA GENTE DEL OTRO PAÍS

En esta segunda parte se escuchan las voces que vienen desde diversas partes del país. No son las personas que habitan en las grandes ciudades, sino los que trabajan y viven en el campo, en los parronales y packings de la producción exportadora, en pueblos campesinos, en las viejas minas hoy abandonadas, en las plantaciones forestales, en el norte y en el sur. Son también los mapuches, la gente de la tierra, expresión de la diversidad y diferencia de los chilenos.

La vida del campo ha cambiado fuertemente. Así lo atestiguan las temporetas que trabajan en nuestros campos y los productores de Copiapó y La Serena, que han visto en una generación cambios que no ocurrían en varias anteriores. Observan la modernización y sus contradicciones de cerca. En Curepto, de Talca a la costa, en cambio, la modernización se ve a lo lejos. Es igual a lo que ocurre en muchas otras partes de Chile, donde aún se mantienen formas tradicionales de vida. En estos pueblos rurales, como el de Buenos Aires, lugar donde vive la familia entrevistada, se ha quedado la gente de edad. Vieron pasar la Reforma Agraria y los cambios que se operaron en la agricultura. Ellos se mantuvieron en sus antiguas formas de vida.

Mucha gente del sur expresa en sus propias biografías los cambios que han ocurrido en Chile en estas últimas décadas. En Lota se cerraron las minas, y la gente vive como si aún existieran o algún día fueran a reabrirse. Se refugian en su comunidad llena de símbolos de un pasado duro, pero significativo.

Los mapuches de Tirúa, un poco más al sur de Lota, por la costa, señalan sus esperanzas y frustraciones en esta década de cambios. Quieren educar a sus hijos y que logren ser algo más que lo que ellos han sido. Tienen esperanzas en ello. Quieren, además, mantenerse en la comunidad, vivir como mapuches.

Todos estos relatos muestran cómo la desigualdad se instala en el país. La sociedad chilena crece y se moderniza en ciertas zonas, mientras en otras se mantienen muchos de los aspectos más duros de la vida tradicional. No es solamente la desigualdad social que vimos en la primera parte de este libro, entre

personas con opciones de ingresar en la espiral del modelo de vida moderno y personas dejadas fuera, excluidas de ese sistema de vida. Es una desigualdad territorial. Por eso, hemos denominado esta segunda parte como “La gente del otro país”. Otro país para quienes vivimos en Santiago, en las principales ciudades, pareciendo no ver ni saber de todos esos otros chilenos, tan chilenos como los otros o como nosotros, que producen, viven y mueren en un país que a veces se nos presenta inmensamente lejano.

Dos mujeres temporeras hablan de la vida, de sus vidas, de todas las vidas de miles de mujeres chilenas. Viven en los campos, en las cercanías de San Felipe, uno de los símbolos de nuestra modernidad. Desde esos huertos frutales se exportan uvas, peras, nectarines, duraznos, kiwis y todo tipo de frutas a todas partes del mundo. Hace muchos años dejó de ser el campo de las haciendas tradicionales, de trigales y vacas pastando. El paisaje está cubierto de packings que le dan un contenido moderno e industrial a los bordes de las carreteras. Los parronales se suceden uno a uno en las fértiles tierras regadas por el río Aconcagua. Las nuevas empresas agrícolas han reemplazado a las viejas casas patronales, antiguamente rodeadas de grandes parques. Durante varios años en la década recién pasada, San Felipe tuvo el récord de ventas de camionetas de todo el país. Se puede observar las oficinas de financieras y bancos que rodean la antigua plaza de lo que fue un pueblo tranquilo y colonial hasta pocos años atrás. Junto a caminos asfaltados y bien señalizados, se ven las recientes poblaciones de los trabajadores de la fruta. Lomajes y cerros cercanos a los fundos comenzaron a llenarse de gente desplazada de otras zonas, de los antiguos campos, de las haciendas transformadas en empresas. Trabajadores que llegaron al sonido de la modernización. La nueva California. Se ve un conjunto de mediaguas que la Municipalidad intenta urbanizar a duras penas. Se los ha denominado, con algún grado de ocultamiento, “villorrios rurales”. Crecieron como “callampas” al sonido de la modernización agrícola de los últimos años.

La señora Erlinda vive en una de esas poblaciones. Trabajadora desde pequeña, solo recuerda una niñez de “pura yerba, pura amargura”. Una vida de mucho golpe, primero su padre, luego su marido. Madre de cinco hijas, la señora Erlinda trabaja desde hace quince años como temporera en los parronales. Empezó cuando sus niñas aún estaban pequeñas, y las más grandes cuidaban y cocinaban para las más chicas. Aprendió bien el oficio: “yo salí inteligente”, dice. Aprendió mirando, cuenta con orgullo que ha supervisado packings enteros. De pequeñas sus hijas la acompañaban y ayudaban. Allí le tomaron el gusto al dinero, al trabajo, se enamoraron, se embarazaron y ya no quisieron ni pudieron estudiar más. Todas ellas son temporeras, viven de allegadas con su madre, van y vienen entre los packings y los parronales. Y sin embargo, la señora Erlinda siempre quiso que sus hijas estudiaran, que tuvieran una profesión, porque ella siempre ha “aspirado a más”. Aún tiene esperanzas con la menor: “yo quiero que ella sea otra, y no puedo”. Sin embargo, la indiferencia de los profesores y los trámites infinitos para poder acceder a una escuela para niños

con problemas de aprendizaje, le indican que sus sueños no prosperarán. Ella sabe que sus hijas no saldrán de la pobreza, que tendrán que conformarse con “andar al rayo del sol y trabajar en los potreros” por el pago que quieran darle y acostumbrarse a subsistir a pesar de las largas temporadas sin trabajo.

“Igual uno desea salir, para poder tirar un poquito la vida; pero hay que hacerse la idea de que uno nació y va a tener que morir aquí”, dice la señora Maribel. Ella trabajó como temporera, hasta que nació Matías. Su hijo nació sin manos, sin piernas. La única explicación que los médicos le dan es que la malformación del niño se debe a los pesticidas con los que ella estuvo en contacto mientras trabajaba en los packings. La vida de la señora Maribel y su familia cambió desde ese día. Siempre fueron pobres, acostumbrados a los trabajos temporales, a la cesantía, al hambre, a la vergüenza de tener que hacer trabajos indignos, por necesidad. Sin embargo, con el nacimiento de Matías las preocupaciones pasaron a ser otras. Ya no solo se trata de tener un trabajo para poder comer, sino también de obtener la tarjeta de indigencia para el cuidado de Matías. Y entonces, a la humillación de “tener que llorar miserias, más de las que uno vive”, le sucede la rabia. La rabia de tener que suplicar por un papel al que se tiene derecho. Los días transcurren para la señora Maribel, entre trámites y súplicas a las asistentes sociales, los concejales, hasta finalmente llegar al alcalde. Aunque el marido se oponga, la señora Maribel insiste, porque se siente discriminada. Aunque el alcalde no la salude con la mano derecha como corresponde, dice ella, no cederá en golpear puertas. Porque “yo he aprendido, como que uno se pone más dura, que es la única forma que a uno no la piso-teen”.

164

Más de trescientas mil mujeres, se dice, trabajan como temporeras de la fruta en el Valle Central de Chile. Muchas de estas mujeres temporeras son campesinas. Otras viven en poblados y poblaciones semi-rurales e incluso netamente urbanas. Los campesinos del norte y del sur ven pasar a sus hijos a las ‘temporadas’. Los ven ir a las plantaciones forestales y luego volver con sus regalos y un poco de plata a la casa.

El trabajo temporal en la fruticultura, junto con el servicio doméstico, constituyen los dos oficios en que en mayor número se emplean mujeres. Pero son dos oficios muy diferentes. En el caso del empleo doméstico, las mujeres mantienen su tradicional rol de “dueñas de casa” y cuidadoras de niños, por cierto en casa ajena y con niños ajenos. No hay, sin embargo, un cambio fundamental en el tradicional “hacer” de la mujer; no hay capacitación, tampoco trabajo plenamente asalariado. La institución chilena de la “nana” es aún un resabio de la vieja servidumbre hacendal que nos ha recordado en sus novelas y mundo profundo el escritor José Donoso. En cambio, en la fruticultura las mujeres han asumido un papel productivo central para el desarrollo exportador del país. Trabajan en los huertos, limpian y ralean los árboles frutales, cosechan y apoyan la cosecha, y prácticamente son quienes monopolizan la labor de embalaje. Los packings son fábricas en que trabajan casi exclusivamente mujeres. La

modernidad es evidente: grandes instalaciones, mesones y cadenas de trabajo, ropa de trabajo adecuada, duchas y baños aseados. Acuden cotidianamente estas mujeres a las empresas que mayor riqueza producen en nuestra economía y que han permitido que el país se abra a los mercados del mundo. Son trabajadoras que conocen su oficio, y eso es importante en sus vidas. Pueden dirigir complejas faenas con claridad y método. Han aprendido en la propia producción. No les ha parecido mal salir de la casa, del mundo puramente doméstico, caminar hasta los packings, juntarse con las compañeras y trabajar largas horas. Esa experiencia, sin embargo, se cruza con las evidencias de que las nuevas generaciones deberán repetir probablemente sus mismos ya trillados caminos. Con la evidencia de que cuando se necesita defender los propios derechos, poner normas y reglas, el Estado no está, no se hace parte.

La modernización del mundo rural trae consigo una compleja relación de oportunidades y desesperanzas. El trabajo se ve como una oportunidad. Se lo valora. Las mujeres, y también los hombres en menor medida, ven en la actividad frutícola una posibilidad real de inserción en el mundo productivo. La desesperanza proviene de la incapacidad de movilidad que está ligada a este tipo de actividad. La estamentalización de la sociedad chilena ha conducido a modernizar la antigua y tradicional experiencia del hombre y mujer rural. Antiguamente se decía “nacido y criado” en este lugar, señalando de ese modo la estabilidad del inquilino o el peón. Los hijos, se sabía, serían también “nacidos y criados” en el lugar y seguirían la senda de los padres: “desde chico a picarle el poto a los bueyes”, se decía. Hoy día ya no hay bueyes a quienes pinchar con la picana. Hay camiones, líneas de embalaje, máquinas fumigadoras, tijeras de podar, pero se sabe que los hijos seguirán en el mismo ritmo que sus madres temporeras, aunque tengan expectativas de surgir, de educarse, de estudiar en las universidades, en fin, de cambiar de trabajo.

Porque se sabe también que cuando corresponde poner límite al libre mercado, al uso de los pesticidas, a las precarias condiciones de trabajo, el Estado está ausente. En los packings los límites los pone el mercado; los heridos que en el camino van quedando botados, como Matías, tampoco son acogidos. Porque no fue casualidad que en estos sectores rurales altamente asalariados ganaran las posiciones democráticas a comienzo de la década del noventa. Y no es por casualidad que al final de esa misma década, en las elecciones presidenciales, triunfara la candidatura de la derecha política chilena. Durante la década no ha habido modificaciones a la estructura laboral, a la vulnerabilidad del trabajo temporal, a la desocupación persistente y reiterada; no se ha producido un mejoramiento de las condiciones de trabajo de este sector.

Una vez más se produce en Chile algo que los historiadores han señalado como una de las constantes de la vida nacional: modernización de las tecnologías y sistemas productivos, sin modernización de las relaciones laborales ni del contexto social y cultural en que se producen. Junto al fenómeno masivo de la exportación frutícola, se mantienen en el mundo rural —rural-urbano, por

cierto— formas muy tradicionales de vida social, de separación y segregación de los distintos actores de la vida productiva. No es una simple casualidad, por ejemplo, que así como en el siglo diecinueve prácticamente no había escuelas en el campo, hoy en día coincidan las áreas de mayor capacidad exportadora con aquellas donde existe mayor déficit de universidades, institutos tecnológicos y escuelas destinadas a capacitar y preparar a los trabajadores de las faenas de exportación. En San Felipe y Los Andes, capitales frutícolas de la Provincia de Aconcagua, no hay universidades regionales y se han cerrado incluso antiguas escuelas agrícolas que allí funcionaban. Lo mismo ocurre en Rancagua, San Fernando, en la Sexta Región, zona de la mayor importancia exportadora. El Estado se ha mostrado impasible frente a la sociedad rural inmodificada. El sentimiento de desigualdad es quizá más expresivo en los espacios en que la modernización ha sido más exitosa, en que se la percibe como “oportunidad frustrante”. Las temporeras son conscientes de esa desigualdad, de la relación injusta entre quienes reciben los frutos de la modernización y quienes los producen. La sociedad y la democracia chilena tienen un desafío en este ámbito: no reproducir el esquema expansivo de fines del siglo diecinueve, en que la riqueza salitrera fue acompañada de la miseria de los campamentos; en que la expansión modernizante de las industrias, los ferrocarriles y los servicios, fue concomitante con la aparición y proliferación de los conventillos. Las temporeras interpelan en sus historias de vida al conjunto de la sociedad, para no repetir de manera infinita una misma historia.

166

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE LA SEÑORA ERLINDA¹

Yo en el año mil novecientos sesenta me casé, acá en San Felipe. Somos de acá del campo. Vivíamos en los fundos, el sesenta. Me casé en malas circunstancias. Duré muy poco, me separé después. Tenía cuatro hijos cuando me separé del Lucho. Yo tenía como... pues no me acuerdo a qué edad me casé. A ver, ¿tiene veintiséis la Juana? Como hasta el setenta duró mi matrimonio. Como el setenta me separé. En el sesenta y dos, tuve mi primera hija y ahí tuve la otra, el sesenta y tres; la otra, el sesenta y cuatro. Y la Juana, el setenta. Y de ahí, al año, ya me aparté yo. Me quedó de nueve meses; ella gateaba.

¹ Entrevista a la señora Erlinda Leiva, realizada en San Felipe, 1997, por Patricia Beltrán, estudiante de Antropología, en el marco de un estudio sobre familia desarrollado en conjunto por PNUD y SUR, y publicado parcialmente en: PNUD, “Informe de Desarrollo Humano en Chile - 1998: Las paradojas de la modernización” (Santiago: PNUD, 1998).

Los primeros años

Habíamos pololeado como cinco años antes de casarnos, a escondidas, porque mi papi era muy curado. Nosotros quedamos solos con él. Yo tenía cinco años cuando murió mi mami. Yo no me acuerdo bien. Se murió ella y entonces yo quedé ahí sola con él. Y él se casó de nuevo. ¡Tuvo once hijos más!, con ella, con esa señora. Nosotras éramos tres hermanas. De los nueve años me mandó a trabajar de empleada. Y eso por la pura comida. Puro sufriendo; todo el tiempo que duró la adolescencia, puro sufrimiento. Después conocí a este hombre, se puso a pololear, se enamoró, se casó y, ¿qué pasó? Que fracasó. Me crié en un ambiente de curadera yo, pues. ¡Era muy curado mi padre! Todavía, si está vivo. Yo no sé cómo crió a esos once niños de esa pobre mujer que se casó ahora. De ahí llegaron los hijos de ellos y yo me tuve que casar. Después estuve trabajando de empleada para allá para el lado de Los Molles. Después ya ahí me mandaron para Santiago a trabajar. De empleada, pues. De ahí ya me casé. Tenía quince años yo cuando me casé. Si ahora debo tener cincuenta y cinco, más o menos.

El marido, el conviviente

Mi marido era mayor él que mí. Si cuando yo me casé con él yo tenía quince, él tenía veinte ya. Después me separé, porque a él le dio el amor por otra mujer. Era malo, pues; si me pegaba re mucho a mí. ¡Era tan malo! Como veía que mi taita era curado, no tenía ni un respeto. No tenía dónde recurrir yo. Una vez estuve hospitalizada yo. Cuando él me pegó mucho en la nariz, me dio un derrame. Y claro: patada y puñete, entonces me dio derrame. Y ahí me fue a hospitalizar y lo metieron preso a él. Después lo sacaron. Con más ganas me pegó. Claro, me echó la culpa a mí, que yo lo había metido preso.

167

Todavía está por ahí, con otra mujer.

Malos años pasé... ¡Malos! Pura yerba, puro amargo. Y altiro, un niño por año, porque no había tratamiento. Claro, me quedaba altiro embarazada de la otra. Llegaban por año los niños. Cuando me separé, me junté con otro hombre. Nos conocimos trabajando por ahí. Él, el Oscar, también es casado y separado. Se le fue con otro la señora. Me junté a convivir. Como veinticinco años desde que estoy conviviendo con este otro. Salió más o menos bien. No salió malo. Bueno, que si se porta mal, yo ahora no me aguanto que me peguen. ¿Por qué? Porque la niña esa que anda allá, es de él conmigo. Es una hija con él.

Comprar un terreno

Con el Oscar nos metimos aquí, porque hicieron una toma de terrenos. Entonces yo tenía una mediagua. Y me vine yo, pues. Dijeron: "Ya, vamos a hacer trámites para comprar", porque les resultó la toma de terrenos, ¡con banderas, con todo, pues! Yo me metí, dije yo, para tener alguna vez un pedacito. Ahí me separé de él yo, y me fui a trabajar, al parrón. Una señora de ahí de la esquina me cuidaba a las niñas, que estaban chiquitas. Y ahí empecé a juntar plata, a economizar, y a juntar y a juntar, y compré el pedacito de terreno. Aquí

vivo yo. Soy individual. Claro, con él acá. Pero yo compré el terrenito, gracias a Dios, para los niños. Si no, nunca habiéramos salido de allá adentro. Él todavía no sale del lado de la mamá. Con él primero vivíamos con los suegros míos, con los papás de ellos, pues. Y las hermanas y los hermanos... Todos mandaban ahí. Nos daban una pieza. Los cuatro años de martirio ahí. Y él todavía no sale. Si tiene a la otra mujer ahí mismo viviendo. No le gusta salir de donde la mamá. Muy amamado, parece. Y por eso son los problemas, pues. Nunca tener mujer, por eso. Ve que la mamá y las hermanas van a estar metiéndose en todo, pues. ¡Claro, se metían en todo! Hasta cuando me pegaba, le echaban carbón para que me pegara más. Fueron malas... Malas, malas, malas. Nunca me apoyaron. Nunca que hayan dicho: "Oye, no le peguís a esta mujer". Si él era de esos que ya, llegaba a la hora del almuerzo, yo le servía, pero limpiecito todo, porque a mí toda la vida me ha gustado limpiar. Uno se acostumbra así. Y llegaba con la maña, y pescaba el plato y lo tiraba así. Donde cayera. A veces me caía hasta por la cabeza a mí la comida; me caía por la espalda, me quemaba. Y después, ¿sabe lo que hacía? Pescaba la olla y la daba vuelta y la botaba. Para que no comiera nadie. Ahí me dejaba con las niñas chicas muertas de hambre y se iba a comer donde la mamá.

Era malo... Yo nunca más lo miré en los veintiséis años aparte de él. Se han casado algunas niñas. Una se me casó, las otras conviven, no más. La segunda se casó, más o menos bien ella. Y ya: yo fui al Registro Civil con la niña, y él se fue a la iglesia con ella. Así nos apartamos, para no juntarnos. Después se casó otra, pero ni me convidó a mí; lo convidó a él, no más.

168

Es diferente al Oscar, mi conviviente. Él ha sido bueno. Porque él es trabajador y me daba todo a mí. Claro, cuando toma se pone un poco hablador; todo hombre es hocicón cuando está curado. Y después dicen "no me acuerdo", aunque se acuerden. Pero él se adapta. No me va a ir a dar esas tandas como las que me daba el otro, que pasaba en cama. Este no. Nunca unos puñetes huachos me ha tirado, pero cuando él me tira uno, yo le tiro tres encima, con un palo, con lo que tenga me definiendo yo. Porque si yo le hubiera dado la primera pasada como al otro... Y lo bueno es que con este yo he vivido aquí sola con él, a la idea mía. No con la familia de él.

Los partos

Las hijas las tuve en el Hospital de San Felipe, salvo una sola que la tuve en la noche yo, que no me pude ir al hospital y yo misma la vi. Sola, sola. Yo le corté el ombligo. La Hilda fue. Vivía yo en ese rincón. Y llovía y llovía, y no hallaba qué hacer, ¿y a quién recurrir? Si no había nadie, pues. Ni mujeres parteras, ¡nada, pues! Yo pienso ahora: ¡Ah, me habían pasado tantas cosas! Y llover y llover. Era el mes de julio. Llovía y llovía, en la oscuridad. ¡Adónde salir a buscar una ambulancia! En qué se iba, si no había un camión, no había un auto, nada. Ahora casi todos tienen auto, camioneta. Yo salía a asomarme y andaba con dolores. "Qué", dije yo, "me quedo aquí, acostada". Y me acosté, y ligerito me vinieron los dolores, fuertes. No alcanzaba a irme. Tenía que haberme ido temprano, cosa de haber tomado el tren, o el bus. Y ahí fíjese que la tuve. Si yo misma le corté el ombligo, con una tijera lo hice. La metí en una cosa de alcohol



Fotografía de Alvaro Hoppe

no más y lo corté. Y se lo amarré con un hilo de esos de los sacos quintaleros que hay ¡Quedó amarrada, ¡Qué tanta matrona, digo yo! Por eso, oiga, qué tanto la ciencia, las matronas. ¿Eh? ¡Si yo lo hice, pues, yo misma la tuve! No me dio ni una hemorragia, nada... Y después me tomé un agua de tilo, para que me sacara la placenta, porque no me salía. Dije yo, ¡no me le vaya a quedar adentro y me haga mal al estómago! Me asusté yo. Y después llegó el marido mío, el verdadero. Pero yo ya había tenido la guagua cuando llegó él. Al otro día la llevé al doctor. Me levanté como pude, fui al doctor, y la examinaron, la encontraron sanita.

—¿Quién la cortó? —dijo.

—Yo —dije yo—, si la traigo para que vean si está bien.

—Sí, está bien —dijo—. Bien sanita.

¡Si yo tuve tres niños hombres, y se murieron! Tres en el primer matrimonio. Me le murieron porque yo tengo cero negativo, la sangre. Y el niño hombre, si no le hacen recambio, se muere. Entonces, nunca los médicos de aquí vieron que era eso. Así que los niños, yo enteraba los nueve meses, nacían normales, me los ponían en incubadora y morían. Se murieron los tres niños hombres. Se ponían amarillos, ¡como un zapallo! ¡Todos los hombres! Las niñas mujeres quedaban. Era la sangre, mala.

Los hijos, los allegados

170

Cuando me separé, me traje a los cuatro hijos. Los cuatro me los entregaron a mí, pues. El juez me los entregó. La mamá de él me dijo que le diera a las más grandes, porque estaba acostumbrada con ellas; las había criado abueladas, pues. Yo se las di. Pero duraron poquito las cabras con ella. Tenía la Lucila cuando ella me la empezó a criar. Es que si vivíamos todos juntos, ¡si se criaron todos juntos, más bien dicho! Tenía nueve meses cuando ya ella empezó a... abuelarla. ¡Igual como estoy abuelando yo a esta otra! Esta chiquilla chica, la Lucila, la mayor, ¿duraría hasta los veintiuno? Más o menos. Hasta los veintiuno y después se fue con un hombre casado. Está con ese hombre, pero ¡curado el hombre! Le tocó mala suerte, porque ha sido buena niña, lo aguanta. Y tiene una niñita como de ocho años, ¿no es cierto? Y al final, la que mejor se casó fue la Leila.

La Leila vivió conmigo. Esa vive en San Felipe ahora. La tiene él allá. La Hilda, esa después se casó a escondidas, pues no regresó aquí a la casa... Vino una vez, pero estuvo también aquí un tiempo. También se vino de allá cuando le pegaban. También le pegaban ahí después las tías, los tíos. No querían que saliera, que pololeara... Se vino para acá unos días. Después se fue para allá otra vez. Después yo le dije: “¡Qué estai haciendo acá, quédate allá no más!”. Y como ya estaba pololeando con ese hombre, entonces la cabra andaba ya alzada, ve pues. Si iba y venía, iba y venía: no hallaba a quién decirle: “Estoy pololeando, este hombre me conviene...” No sé, pues, qué le pasó. Cuando después la veo que se va para allá yo, y después a los meses me dicen a mí que se casó. Pero a escondidas. Fue al Civil con el hombre y se casó. Después, el casamiento por la Iglesia. Pero invitó al papá no más, pues.

Un montón de mujeres

Conmigo vive la Juana, la mamá de la niñita. Ahí duerme, en esa pieza. Quiere estar conmigo. Y soltera, pues. Yo le crié a la niñita. No ve que yo tengo puras mujeres... Cinco mujeres con la niña que está acá arriba, la Carola. Y ninguna con plata... puros dolores de cabeza. Siquiera uno con plata, le digo yo a la Luisa, para poder vivir. Traen puros viejos para acá... Ni uno con grasa.

La Leila viene, a veces llega. Ella hizo esa casa ahí para ella, como una casa de allegado aquí al lado. También le tocó malo. Si ellos viven apartándose, juntándose... El hombre se le había ido con otra mujer, después volvió. Tiene tres niñitos ella. Uno de quince, uno de diez, y la niñita de tres. Se lleva bien por aquí conmigo. Ella es la mejor que me salió. Me ayuda, cuando puede, con lo que puede. Esa es buena hija. Aquí viven como seis. Tengo un niño allegado ahí, porque no tiene donde vivir. Es soltero. No es familiar. También está cesante. Nosotros somos cinco, y el niño, seis. Hace más de un año que el niño vive con nosotros. No tenía dónde vivir, y después le dijimos: "Métete a este comité para que tengas una casa". Y él se metió. Vamos a ver, ojalá.

Yo digo que les ha tocado malo, pues, que se apartan, se juntan. Y los problemas me los tengo que estar llevando yo, como madre. ¿Cómo las voy a dejar desamparadas? Esta niña que vivió acá conmigo, estuvo el papá de la niñita. Le salió más malo, marihuanero. Así que imagínese, lo aguanté cuántos años yo por aquí, como tres años o cuatro lo tuve aquí. Pero, horrible de malo. Le pegaba a plena vista mía. Y ella negaba. "Déjalo, déjalo, si yo he estado pegándole... y qué", me dice ella. "¿Cómo se le ocurre, mami, que me va a estar pegando! Si estamos jugando", y ella llegaba con un ojo ¡así! Lo quería mucho. Estaba enamorada de él. Pero yo digo, ¿cómo? Tanto aguantarle... Él le decía "me voy", y ella salía detrás de él, y dejaba a la niña botada, a la guagua. Lo iba a buscar a Santiago a pie. Él se iba para Santiago, porque tenía familia en Santiago. Si no es de mala familia, el tonto. Se iba por la marihuana.

171

Anteanoche estuvo por aquí, viendo a la niñita. Está en Rinconada de Silva; lo tiene allegado un caballero, lo tiene de lástima. Un milico. Anoche llegó a ver a la niñita por acá. Hacía tiempo que no venía a ver a la niñita. Yo le digo a la cabra esta: "Ese es tu papá; o sea, tienes que decir, es tu papá porque te dio el apellido". Pero hasta por ahí no más, porque nunca le trae nada; una caja de leche, no más.

Salir adelante

Así ha sido mi vida, mi juventud... Hambrunas, ¡qué no pasé! No me quiero ni acordar. Tuve una juventud perdida. Sufrí con mi taita curado para criarme, con madrastra. Y caer a esto. Y trabajando por ahí por el puro plato de comida. No tuve estudios, casi nada. Hasta cuarto me aceptaron, porque él me mandó a trabajar de nueve años, pues oiga. Y así, esos han sido los problemas más difíciles míos. La muerte de los niños, los malos tratos... y hay tiempos malos y tiempos buenos, pues. Porque hay que hacerse el ánimo. ¿Qué vamos a hacer? Si nos ponemos a pensar que todo es malo? De alguna manera hay que salir adelante. Hay que terminar de criar a estos niños. Ella va a la escuela ya. Pri-

mer año que va a la escuela. Está saliendo bien habilosa. Y duerme conmigo no más, pues. No quiere dormir con la otra mamá. Tiene dos mamás, pero duerme conmigo no más. ¡Y tres papás, qué me dice usted! Claro, si aquí se pasan malas y buenas, oiga.

La niña que está trabajando ahí, trabaja para esta niña y me da a mí. Está ganando dos mil pesos diarios. Con descuento, le quedan como mil seiscientos pesos. Y tienen que estar las ocho horas parada ahí. A veces hace unas dos horas extra, a cuatrocientos la hora. Gana ochocientos pesos más. Y él, que está cesante hace un mes ya. Casi todos los años en este mismo tiempo está cesante. Se pone muy malo... viene a durar hasta octubre. Ahora anda viendo por ahí acaso encuentra; para allá en el río, para el lado de Putaendo, para arriba fue. En bicicleta salió. Todavía no puede llegar. Y a ver si encuentra algo ahí, en alguna construcción.

El Oscar no tiene jubilación ni nada, porque trabaja de temporero, tres meses, tan poco. Esas imposiciones no tienen casi mucho valor. Yo tengo imposiciones, pero no las he ido a ver, desde que dejé de trabajar.

A donde vaya usted, se quejan de lo mismo en esta época. De marzo empiezan a trabajar. Marzo, abril, mayo, junio, algunos por ahí encuentran algo. Después viene la lluvia, no pueden trabajar. Hartos meses, pues, casi seis meses... Hay que ahorrar antes... Póngale que trae aquí unos cuatro diítas, trae de dos mil, pero trae algo. Compra de a poquito. Si es la única manera. Si no, los niños se mueren de hambre. Los que van a la escuela se salvan algo, porque van del desayuno hasta el almuerzo, tienen clases hasta las cuatro de la tarde.

172

El trabajo en la fruta, el trabajo en la casa

Después que me separé, me metí a trabajar en la empresa David del Curto, que era la empresa más grande aquí en San Felipe. Ahí yo trabajaba invierno, verano y todo. Hasta las cuatro, las cinco de la mañana. Al otro día tenía que estar a las siete allá otra vez. Me tenían buena, porque era buena para la pega yo. Quince años ahí, invierno y verano. Hasta día domingo tenía que ir. Y todo lo que compré me costó. Gracias a Dios, ahí está.

Las niñas más grandes me iban cuidando a los otros. La Leila se hizo cargo de la casa, la mayor. La otra niña, de veintitantos, esa se hizo cargo de la Juana, la mamá de esta niña. Y después, yo tuve a esta otra niña, y se hicieron cargo ellas también de la otra niña. Y yo me iba a trabajar igual. Ellas hacían comida; yo les enseñé a cocinar, a todo. A lavar y a todo. Se arreglaban, iban a la escuela, volvían, hacían las cosas y veían a los cabros chicos. Y yo trabajaba. Mientras tanto, ayudaba él también a andar con las chiquillas por ahí cuando iba a trabajar. Me llevaba a las cabras chicas para allá. Las veía cuando llegaba yo en la noche. Yo a veces trabajaba en packing, llegaba a las tres, a las cuatro de la mañana. ¿No ve que los packing salen tarde en la uva, limpiando uva? Y después, al otro día, me llevaban para ir allá a hacer fruta redonda, o si no que quedaba uva de la noche. Y de ahí almorzaba; me llevaba el almuerzo yo, y a las dos entraba de nuevo al packing.

Y así, pues, si no había día domingo ni nada. Yo en la noche a veces llegaba a lavar un poco de ropa. Con puro chonchón y vela, no más, lavaba. Aquí no

había luz antes, ni agua. ¡Era una oscuridad muy grande! No había agua, pues. De la acequia. En ese pozo guardaba yo, ¿no ve que ahí está el pocito todavía? Y en tambores guardaba. La aclarábamos, porque era lo único, porque llegaba re mugrienta; pura brea, oiga. Toda la gente aquí igual, pues. Después empezaron a salir proyectos para poner el agua, la luz. ¡Y era una soledad! Si aquí no había tantas casas. No había esos chalets ni nada. ¡Si era una soledad muy grande! Para allá arriba de nosotros no había ni una casa. Era un cerro pelado ahí. Esto no estaba aquí, no estaba este camino tampoco. Esto eran puros pozuelos y ríos, pues. Era el puro camino allí adentro. Y por más adentro nos pasaba el tren. Había tren también para acá. Si no era poca cosa. No había micros. Y lo demás, los viejijos traficaban en burro para allá para San Felipe. En burro, en caballo, en esas carretas que andaban antes con bueyes. Y el tren que uno lo tomaba allí no más. Había un paradero del tren allí donde doblamos nosotras en la esquina. Por ahí pasaba el tren, por esas calles. Y por aquí había otro paradero. Y en tren tenía que irse la gente no más, pues.

Ahora se llenó de gente que llegaron de otros lados, que no tiene dónde vivir.² Pidiendo sus pedacitos para poner una mediagua.

La educación esquivada

Llegué hasta cuarto básico. Pero no por no querer, porque a mí me gustaba estudiar. Lo que pasaba es que por problemas, que se me murió mi mamá, ¿quién me apoyaba? Mi papi tomaba, no había plata, no había nada. Me pusieron a trabajar, pues. Ese fue el problema mío. La niña menor que tengo yo ahí, la Carola, repitió dos años el sexto y el tercero, y ahora no le aprende y se le olvida. Así que no la mandé nada este año.

Los otros hijos llegaron hasta sexto, séptimo. No tuvieron la cabeza. Llegaban hasta esos cursos tan bajos. Y aquí les dan todo en esta escuela, desayuno, almuerzo y los útiles escolares, todo. Lo único que tiene de bueno esta escuela.

Es difícil hacer estudiar a los hijos aquí, no hay a quién pedirle ayuda. El profesor vive en Putaendo, así que no puede uno decirle: "sabe qué señor, no tengo un libro, ¿usted me lo podría prestar para sacarle una tarea a la niña?". Uno va al colegio y está todo cerrado, no hay a quién pedirle algo. No hay biblioteca, no hay nada. Entonces, ese es el problema, a veces uno dice: es la niña la que no quiere estudiar, pero es que tampoco uno los puede ayudar en nada. Hay materias que uno no sabe. Cuando ellas iban como en cuarto básico yo las ayudaba, pero de ahí para arriba no entiendo nada, más ahora que están cambiadas las materias. Y eso que en este colegio enseñan re' poco. Les dan muchas tareas para la casa y uno no tiene de donde ayudarles. Entonces los cabros se van hundiendo, en vez de sacarlos para adelante, se hunden. Si uno no les puede ayudar, los profesores tampoco, uno no les puede comprar los libros que

² Se refiere a un cerro en la comuna de Santa María cerca de San Felipe que, como muchos otros lugares del campo, se ha poblado de mediaguas junto con el aumento de la producción frutícola en la región. (N. de los E.)

necesitan. Entonces todo es un drama. Está muy mala la educación en los campos... cada vez más.

Aquí deberían dar más ayuda a los niños. Deberían traer un profesor en la tarde, por ejemplo, de cuatro a cinco, un profesor dispuesto a ayudarles en las tareas. En el verano no hay ningún jardín infantil y nosotras trabajamos en ese tiempo, la mamá que quiere trabajar tiene que pagar jardín y uno no puede. Entonces, lo único que queda es que la vecina le vea al niño y así van quedando botaditos los niños.

A la Carola voy a buscarle trabajo este otro año, no más, y a trabajar. Para que se vista ella, aunque sea. No va más a la escuela. Porque no saco nada, si me la van a echar para la casa, me van a decir que no sabe... Si no aprendió aquí, imagínese si la mando a otro colegio, que son más profesores. Aquí es un profesor para todos los cursos. Yo no sé qué le pasó a esta niñita que de un momento a otro se echó a perder pues. Al principio le iban bien, y después el profesor me dijo: "sabe, que a ella la vamos a hacer repetir porque no aprende". Yo le dije que muy bien, siempre que no me la eche de la escuela y le dé otra oportunidad, está todo bien. Después llegó el fin de año, el profesor me llamó y me dijo que quería mandarme para la casa a mi niñita. Yo le pedí otra oportunidad para ella, le dije que si me mandaba para la casa, ¿adónde la voy a mandar yo? Yo quiero que ella tenga una oportunidad porque yo quiero que sea otra. Después el profesor mandó a buscar a mi marido y le dijo que no hiciera ni tal de mandarla a otro colegio, porque a mi niñita no le daba la cabeza para estudiar.

174 Después, nosotros hablamos con el director de la escuela. Queríamos meterla a una de esas escuelas especialistas, porque en San Felipe hay una. Él quedó de mandarnos con una carta y hablar por la niña. Llegó marzo y yo fui y le pregunté qué había pasado, y él me dijo que todavía no hablaba. Al final no pasó nada, porque a mí me dijeron que esa escuela era pa' los mongólicos. Pero ahí ya no supe qué hacer porque ésta no está enferma de la cabeza, si yo lo único que quería era que ella estudiara alguna cosa profesional, algo manual, no importa lo que sea pero una profesión. Que después se gane la plata de alguna manera.

El profesor tampoco me apoyó mucho, porque me dijo que íbamos a ir a ver ese colegio para que yo viera que no eran puros mongólicos, y que se pueden aprender especialidades, pero tampoco me apoyó, porque yo sola no sabía cómo hacerlo. Si él me hubiera llevado, yo como sea la habría matriculado, de alguna manera me habría conseguido. Es distinto ir apoyada por un director, pero si yo voy sola ni me habrían inflado a lo mejor. A veces pienso que todavía me gustaría visitar esa escuela, pero tendría que ir con una persona, porque ir sola y entrar a explicar, no puedo, no me atrevo.

Yo quería estudiar. Pero él, mi papá, no quiso. Mire, pues, yo quería y él no quería. Aquí es distinto: yo quiero y ellas no quieren. No saben el daño que se están haciendo. "No estoy ni ahí", dicen. Es que creen que toda la vida les vamos a durar nosotros. Nosotros no les vamos a durar toda la vida... Si lo único que les puede dar uno es estudio... Eso es lo que le digo yo a ella: "Porque usted, teniendo estudios, en cualquier trabajo la reciben. Y si no tiene estudios, ¿adónde? A las parras. La pisotea cualquiera". Y ahora, imagínese ahora, como está la sequía, ¿qué van a hacer?, ¿y de qué van a vivir? Ojalá que cuando uno se

llegara a morir los hijos tuvieran veinte años, cosa que supieran valerse por sí solos.

Yo pienso que lo más importante ahora para mí son los estudios de esta niña, porque yo quiero que sea otra, y no puedo. Yo quisiera que ella, cuando yo algún día me muera, ella se gane la vida con facilidad. Yo lo que esperaba para esta niña era que ella estudiara cualquier cosa que a ella le ayudara después. Pero no fue así, pues. Porque yo pienso, digo yo, después va a andar por los potreros como he andado yo toda la vida, y es sacrificado, le pagan lo que quieren. Entonces por eso que yo aspiraba a que ella saliera con una profesión, algo, aunque fuera... pero no pasó nada, pues. ¿Qué hago yo ahora? Si ella no quiere, yo no puedo a la fuerza. Y eso es lo que aspiré yo para todas mis hijas, pero eso es lo que no pasó. Yo le decía a esta: "Juana, estúdiate un secretariado, cualquier cosa, o trata de llegar al cuarto medio para que tú en una panadería, en cualquier parte entres". No, pues: llegó ahí y ahí quedó, y todas iguales me salieron.

Yo he soñado siempre que una hija mía fuera profesional. Si alguna vez estoy tan vieja y ya no pudiera, que alguna hija llegara y me dijera: "Yo estoy en buena situación, mamá, tome". Pero nada, pues.

El aprendizaje en el trabajo

Yo sé todo el trabajo, de campo, de lo que sea. Supervisora, de lo que sea sé yo. Yo salí inteligente. He supervisado packings enteros, he sido jefa de cuadrilla de cincuenta o cien personas de raleo, que eso es lo más delicado de la uva. Y yo eso lo sé, todos esos trabajos, la enfermedad de la uva. Pero aprendí en el parrón. No aprendí yo en una escuela, que me dijeran esto, no. Yo aprendí todo eso en el terreno. Porque en David del Curto tenían técnicos muy buenos; entonces ellos a uno la van enseñándole en la mata: esto, enfermedad de esto, esto otro. Y usted va aprendiendo. Entonces la que quiere aprender lo aprendió. Yo aprendí ya. Así que me vienen a buscar aquí y me dicen: "¿Me puede ir a supervisar ese packing?". Y yo voy, se lo superviso. Porque sé toda la variedad de la uva, todo el calibre, toda la enfermedad, todo. Me dicen: "¿Puede ir a hacerse cargo de cuadrilla para ir a ralear?". No le digo yo que he andado hasta en Lampa yo con cuadrillas de gente. Y enseñándoles. Si a todas estas niñas les enseñé yo. De once, de nueve años me las llevaba al potrero cuando estaban de vacaciones y les enseñaba. Que el huesillo, que el secado de pasas, que lo otro. El otro año yo estuve en un secado de pasas, con los Gioia, de San Felipe.

Yo he andado siempre aspirando a más. Con el poco estudio que tengo — con cuarto, de esos básicos que había antes—, yo sé lo que hay que hacerle a una uva. Y yo les he enseñado a todas las niñas, la juventud que hay aquí. A mí me lo agradecen, ¿ve? Si no es preciso tener, digo yo, cuarto medio o todos esos cursos, porque la gente si quiere aprender, aprende... Yo aprendí puro mirando y practiqué en las matas. Para todo: para descargar el durazno, para la nuez, para partir nuez, para seleccionar los colores, que eso cuesta... el miel, el otro, el otro... La persona que no entiende, no entiende no más. Y cómo yo, las entiendo todas. A mí me llevan a un parrón, me decían los patrones: "Este trabajo se le va a hacer a la uva". Y yo tenía que saber qué tenía que hacerse, y decirle a toda

la gente que andaba conmigo, y revisarles a todas, y verles que quedara bueno, cosa que cuando viniera el técnico dijera: "Bueno, está bien". Porque si estaba malo, me llamaban a mí no más, pues: "Bueno, esto usted me dijo que sabía y por qué lo hizo mal". ¿Ve? Si llegaban con viejitos de afuera allá cuando estuve en Rinconada de Los Andes, cuando estuve a cargo. Yo estuve siete años ahí. Llegaban de donde mandaban la uva, de Estados Unidos, mandaban; llegaban los chinos. Una recachada de viejos ahí llegaban con el patrón, y me llamaban a mí:

—¿Qué raleo está haciendo usted?

—El tanto.

—Súbase aquí y hágamelo.

Tenía que subirme yo ahí a un piso, y hacérselo. Y delante de todos los viejos que venían de allá a ver la uva. Después se las compraban allá. ¿Y cómo yo se lo hacía? Y:

—¿Cuántos raleos sabe usted?

—Seis o siete.

—¿Cuáles son?

—Estos son.

—Ya.

Venían como a estudiar los viejos, y se iban todos conformes. ¡Pero a mí me tiritaba así arriba! Yo decía, tengo desplante y no tienen por qué ganármela estos viejos a mí, porque tienen más estudios. Decía yo ante mí, bien agallá. Y me paraba no más [risas]. Y no salió ni una de estas a mí. Y me paraba así, y empezaba a ralearlos a los viejos. Les hacía distintos raleos. Y ellos miraban y miraban. Y después, cuando ya estaba cosechándose la uva, venían ahí. ¡Eran así los recamotes racimos de uva, así los grandes! Sabe que los viejos sacaban fotos, sacaban de todo ahí. Les daba la uva más linda yo.

Y esto con todos los patronos. Tuve varios en varias partes yo. Me mandaron a trabajar a un secado de pasas. Yo fui, miré bien no más, cómo lo hacían los técnicos. Y fui yo con una cuadrilla. Y: "Se hace cargo de esta cuadrilla usted". Yo miré bien no más; dije yo: "Ya, me hago". Ya, se fue el que estaba a cargo de todo ahí, el técnico, y me dejaron chantada a mí ahí. ¡Con todo, oiga un potrero tan grande! Yo dije: "¡Ay, aquí sí que me llegó! ¡Ay, me dan el cargo a mí!", yo decía, "¿Qué hago, por Dios, Señor?". Pero yo sabía. Me dijeron:

—Si usted sabe, porque estuvo secándole a tal persona y usted recogió buena pasa y sabe.

—Pero no para tanto —le dije yo—; son muchas estas.

Yo, asustada. "Me la pongo no más, si esta cuestión no me la tiene por qué ganar, ya". Conversé con las mujeres, con todas las niñas que andábamos. Y conversamos y listo, y me las puse. Les secamos el fruto... Y, sabe usted que el viejito, le recogí toda la pasa yo, se la recogí toda, toda, toda. Sacó un premio el viejo, de la mejor pasa y todo. Y a mí ni las gracias me dio el viejo. Me hubiera dado siquiera un bono de producción. Se la sequé toda, toda. Fue la mejor pasa que llegó ahí.

La señora Erlinda, médica y rezadora

A mí no me la gana ni un trabajo, no me la puede ganar. Después que tuve una guagua sola... No, si a mí no me la ganan. Yo tuve a la niña sola, yo misma me atendí con esta. Yo decía: “¡Qué tantas matronas y doctores!”. Y si se ofrece el caso y estoy vieja por aquí, y una niña no tiene recursos, ya, se la atiendo también. ¡Si hay que decidirse a todo! Yo aquí les rezo a los niños, les tiro al empacho, ¡qué no hago con los chiquillos! Aquí llegan todos con las guaguas enfermas. ¡Parezco médica! ¡Me falta poquito pa’ ser doctora, digo yo! [risas] Sí. Yo les soluciono los problemas, llegan las guagüitas re enfermas. Sabe usted que los doctores las han tenido hasta hospitalizadas, les dicen infección a la guata, ¡Infección a la guata! Son empachadas... No lo conocen los médicos eso. Yo llego aquí, busco ceniza, les tiro el empacho, les hago remedios, yo misma a veces se los doy, les doy remedios, ya. Al otro día está el chiquillo bien sano, comiendo y jugando. Les rezo a los chiquillos, también. Han traído guaguas casi muertas aquí. A mí me ha dado miedo a veces, ¿y cómo sanan? ¿Ve?

A mí me da miedo a veces; una vez me trajeron un niño que tenía ocho días, ¿te acordai, Carola, de ese niño? Lo traían muerto, oiga. Lo ojearon de ocho días. Y yo estoy trabajando, y como a las tres de la mañana, veo que estaba un montón de gente aquí... “¿Qué pasará en la casa que hay tanta gente?”. Qué, estaban esperándome para que le rezara a ese niño, y ahora el niño tiene el mismo cuerpo de él, y cuando me pilla por ahí me dice “mamá”. Y me dio tanto susto a mí, si traía los ojos blancos p’arriba, así, y yo no lo quería recibir. Yo dije: “Se irá a morir en los brazos míos”. Yo no hallaba qué hacer, y me dijeron:

—Réceme, señora, por Dios, que el niño está enfermo; lo llevamos a los evangélicos, lo ungieron, no tiene nada. Lo llevamos al doctor recién, particular, no tiene nada.

—Ay —dije yo—, tan chiquitito, qué será lo que tiene.

—Si es ojo —me dijeron—, es ojo, me lo ojearon al niño.

—Ya —dije yo—, ya.

Me bajé yo para acá corriendo, me metí a la mediagua. Y le dije yo: “Téngamelo ahí al frente”. Y fui yo para allá. Estaban todos llorando. Y lo tenían así, como acostadito. Estaba como muerto. Me dio susto a mí, no quería rezarle. Dije yo: “No se vaya a morir, y me echen la culpa a mí, ¡me van a meter presa!”. Y empecé a rezarle. Los mandé a escampar: “Que nueve cogollos, un lavatorio con agua”, les dije yo, “me traigan”. Y le eché sal. Ya. Y sola me dejaron ahí. La mamá salió llorando para fuera. Dije yo: “No llore, si Él es el único que sabe aquí”. Y empecé a rezar yo. Cuando ya le llevo como dos veces del rezo, el niño pega un suspiro: “¡Ahhh!”, me hace, y vuelve, y vuelve la vista para abajo. La tenía hacia arriba. Y ahí ya como que le vino el alma al cuerpo, como que viví yo también. ¡Si yo estaba como en el aire rezando, si me daba susto! [risas] Y ahí volví yo, pegué un suspiro y seguí rezándole. Boté el otro cogollo y ya: “Hagan un fueguito pa’ hacerle un sahumero”, dije yo, “para que a este niño se le vaya todo el ojo. Le sacan toda la ropa que tiene puesta y le ponen ropa limpiecita”. Y los papás del niño haciendo fuego ahí. ¡No había ni luz! Si andábamos con unos chonchones, unas velas. Y ahí ya lo tomé yo, y revivió. Lo saqué de la cama yo y lo di vuelta, lo recé por la espalda, por todas partes. Y lo dejé quietito

y el cabrito al ratito miró y pegó un suspiro y volvió la vista hacia abajo. La vista normal.

Y fíjese que ahora yo al cabro lo veo el otro día, casi me caí de espalda: ¡manso niño! Me lo topé en San Felipe. Si no lo había visto, después me le perdió de vista. Le recé como cuatro veces más no más. Me lo topo en San Felipe, me dice:

—Hola, mami.

—¿Quién me dice mami? —Veo que la señora se esconde atrás de una cuestión, pues. Y lo miro y le digo yo:

—¿Quién soi tú?

—El hijo del Pancho —me dijo.

—¡Ah! —le dije yo—, el que te recé cuando te estabai muriendo.

—Sí —me dijo.

LA TELETÓN³

Con el Matías no sabíamos cómo actuar. Uno se imagina que a todo papá le pasaría, o sea, de esperar un hijo sano, que nazca sin problemas...

178

Matías nació con una malformación congénita, carece de las manos y su pierna, debido —supuestamente por los médicos— a los pesticidas. Yo trabajé hasta los ocho meses de embarazo en parronales, con diluyentes, todas esas cosas. No había el cuidado que ahora se tiene. Trabajábamos todos sin mascarilla, sin ningún tipo de precaución.

Yo fui mamá soltera; tengo dos niños aparte de mi matrimonio, son cuatro mis hijos. Matías es el menor y ya tiene siete años.

De aquí soy, aquí es mi vida, o sea, yo me voy a otro lado y pienso que voy a echar cualquier cantidad de menos. Igual uno desea salir, para poder tirar un poquito la vida, pero hay que hacerse la idea de que uno nació y va a tener que morir aquí.

Cuando nos casamos, primero estuvimos en San Felipe; estuvimos de allegados en la casa de mi suegra. Después de ahí tuvimos problemas con mi suegra, y nos fuimos a la capital. Arrendamos y posteriormente nos vinimos de allegados, cuando nació el Matías. Nos dieron una mediagua en la Municipalidad de San Felipe, y ahí nos vinimos donde mi cuñada, la hermana de José.

Esta es la casa de mi abuelita. Pero estamos de palabra ahora, porque todos los papeles, todos los dominios, todo, todo está a nombre del hijo menor de ella. Ahora vivimos aquí mi marido y mis cuatro niños, y mi abuela. Ella me crió. A mí me abandonó mi mamá muy chica.

³ Entrevista realizada a la señora Maribel Retamal, en San Felipe, 1997, por Luis Moreno, estudiante de Antropología, en el marco de un estudio sobre familia desarrollado en conjunto por PNUD y SUR, y publicado parcialmente en: PNUD, "Informe de Desarrollo Humano en Chile, 1998: Las paradojas de la modernización" (Santiago: PNUD, 1998).

El apoyo en la familia

A mi marido también lo abandonaron cuando chico. También ha estado de casa en casa. No hay unión de las familias, como eso rico de tener una familia, de llenarse la boca y sentirse orgullosa... no.

Yo me siento orgullosa ahora de mi familia, de mi actual familia. Tuvimos hartas crisis, cuando nació el Mati, hasta el año pasado se puede decir. Pero yo pienso que está superado. Hay más comunicación, más comprensión, apoyo. Nos apoyamos más como pareja para enfrentar cada situación. Todo lo decidimos ambos, siempre conversamos primero. Porque a veces yo puedo estar en un momento de arrebató, voy, actúo, y puede él tener la razón.

Lo que todavía nos tiene inseguros es qué va a pasar con nosotros, porque lamentablemente mi abuelita no nos va a durar siempre, cumplió setenta y siete años... Yo sé que una vez que ella no esté, nosotros tenemos que salir de acá; yo eso lo sé. Y no están los medios como para decir: "Yo tomo mis cosas y me voy con mis niños". No está la situación, no se puede. Yo pienso que para cualquier persona es re fome estar de allegado en una y en otra casa. Ese es el problema que más nos aflige hoy día. No vivimos tranquilos, a pesar de que tenemos un terreno. Pero no es de nosotros. Existe un comité, ahí están los que están encargados. A nosotros nos hicieron un precio y pagamos siete mil pesos para que nos prestaran la máquina, o sea, entrar un poco en el cerro, y nos dejarán el espacio como para poder poner la casa. Y cerramos el sitio, pero se cayó el algarrobo y nos botó todo el cierre.

Hemos trabajado en la máquina, pusimos el agua, pero si no lo habitamos de aquí a fines de octubre, nos quitan el terreno. Así de simple. Después tuvimos que trabajar para poner la luz, porque irnos sin luz y sin agua era algo terrible. Ahora tenemos la luz y no tenemos agua: yo así no me voy.

Haber pasado por tantas, una quiere por lo menos tener una persona que al menos la escuche. Saber que mañana tengo con quien tomar desayuno. Me da miedo quedarme sola. Yo no sé en realidad qué sería de nosotros si nos apartáramos, no sé que destino tendríamos.

179

Los trabajos y la vergüenza

Nosotros trabajamos a veces. Hace un tiempo atrás, yo iba con el Mati, ayudaba en la lechuga, la cebolla, que acá había en varias partes. Ahora ya no hay, ya todo eso se paró y se reemplazó por otras cosas. Mi marido, ahora, por ejemplo, actualmente está sin trabajo. Lo último que alcanzó a hacer fue un reemplazo de un guardia de seguridad, un mes en San Felipe. Y terminó y ahí quedó. Ahora, lo que hay: cortando paltas, limones.

Un problema importante es que acá no hay una persona que le ofrezca trabajo por lo menos en seis meses, una cosa así.

Hacer tareas que nunca antes había realizado me da plancha. Por ejemplo, yo nunca había ido a sacarle leche a las vacas, a pesar de que vivo en el campo, y lo hice. Me pagaban tres mil pesos y lo hice, con ayuda como de veinte niños que me entretuvieran la vaca mientras yo le apretaba. Lavar ajeno, nunca había lavado ajeno. La gente como que se aprovecha de eso; el primer día

puede que sean diez piezas de ropa y al segundo día son como cincuenta piezas de ropa.

O José, que lo mandaron a limpiar los corrales... A veces da plancha de repente: es que uno recibe mucha burla, la gente es burlesca. José aprendió a ver electricidad, que antes le tenía terror. O cortar leña, por ejemplo. Con hacha José cortaba algo, al interior, casi llegando al principio de la cordillera; en Quiliquilún tiene que estar todo el día cortando leña.

No hay tiempo como para dedicarle a la pareja, porque antes que le sale un pololito y hay que partir. O él llega y a veces yo estoy lavando o planchando.

Carné de indigente

Lamentablemente mi marido es temporero; trabaja en lo que hay, y resulta de que a mí me dan una tarjeta —me la están regalando hace mucho tiempo, desde que nació el Mati—, la tarjeta de indigencia. Y yo con el Mati viajo constantemente a Santiago, ya sea a Valparaíso, por la rehabilitación. A mí me dan los pasajes con esa tarjeta. Pero resulta que yo estoy hace cuatro años con el mismo asunto de la tarjeta, entonces pasa que ya es la última vez que me la dan, y me incluyen al puro Matías. Yo y el Matías existimos en la tarjeta; no existe ningún niño más. Lo del Mati es el problema que va a estar siempre. Al Matías, por el hecho de arrastrarse, le salieron unas infecciones. Entonces yo no tenía esa tarjeta, no podía solucionarlo ni llevarlo a médico ni que me dieran un remedio o algo. A la Daniela le dio una bronquitis obstructiva, y ella no aparece tampoco en la tarjeta. Entonces no entiendo: yo principalmente soy la afectada.

180

Aquí cada persona que es indigente, que no cuenta con un trabajo estable, que no sea casada, mamá soltera, cosas por el estilo, el Ministerio de Salud le otorga una tarjeta de indigencia. Yo empecé cuando iba a ser mamá soltera, en el ochenta y cinco más o menos.

No tenía cómo para pagar todo lo que significa un parto. Me imaginaba que por ser un municipio, iba a encontrar personas más cultas; que nosotros íbamos a ser mejor recibidos, pero me llevé una desilusión bien grande. Perdí, primero que nada, la poca confianza que tenía en un alcalde, en una municipalidad. ¿Qué gané? No sé, en realidad, qué gané. Llega a dar miedo acercarse al municipio. Ahí hay que llorarles miseria, más de las que uno vive. Yo me siento totalmente discriminada. Porque aquí, ¡pucha!, si no hay plata no hay nada, pero por lo menos que hubiera una buena atención. Yo pienso que es lo mínimo que nos podemos merecer.

La Teletón y la dignidad

Matías está desde el año pasado en la Teletón. Allá no se necesitan explicaciones; con o sin tarjeta, para ellos la persona va y sale adelante. Igual que en el colegio. Ellos harto que me ayudan, porque si faltaba una vez, faltaba otra, me volvían a recibir, volvían a integrarme al Mati. Pero lo que pasa es que si yo dejaba de ir el Mati perdía todo el tratamiento, y vuelta de nuevo a empezar. Perdíamos todo lo hecho, vuelta a lo mismo. Nos fuimos a Santiago y le expli-

camos al director lo que nos pasaba. Sin siquiera tener citación, nos fuimos. El director le dijo a José que él se iba a jugar por el Matías, pero que él también tenía que poner cien por ciento de su parte.

Se han portado tan bien. El tío Manuel, del taller, nos ayudó en todo. Fue con José a hablar con el director, él nos ayudó en todo. Cuando no llevábamos plata para comer, nos daba la colación, nos anotaba para la colación. Él nos llamaba por teléfono: “No le toca hoy día, pero vengan igual; la prótesis está más o menos, estamos apuraditos”. Cien por ciento bien.

Tuve que dejar de ir a la Teletón porque hubo un tiempo en que se me venció la tarjeta. No tenía para movilizarme, para llevar al Mati a Valparaíso. Fui a la municipalidad, fui y les expliqué el asunto, para ver si podían conseguirme los pasajes. Si no, que me prestaran; costaba ciento cincuenta el pasaje. No me prestaban ni para ir a San Felipe, menos para ir a Valparaíso.

Nosotros, por inasistencia, perdimos la ayuda de la Teletón. Me mandaban a llamar, venían las asistentes y me preguntaban si iría; yo les explicaba que se me venció la tarjeta, soné. Después de ahí ya no hallábamos qué hacer; perdí el lugar de la Teletón. El Mati necesitaba la prótesis, necesitaba el tratamiento. Nosotros necesitábamos el tratamiento psicológico. Entonces nos fuimos a hablar al hospital de Santiago para que nos solucionaran el problema de los pasajes a Valparaíso. Es que sin la tarjeta a uno no le dan los pasajes, y además al Mati hay que llevarle un yogurt.

Al final, tuve que llorarle a la asistente social del consultorio, y por ahí me dio de nuevo la tarjeta, que es la que tengo a la fecha. Por eso me preocupa que me digan que la tarjeta la tengo solo para un mes más.

Es que ahora con la prótesis que le pusieron tiene problemas, se le hacen grietas. Y se ve que no le van a crecer las piernas, porque tiene justo hasta la rótula de la rodilla, hasta ahí no más, no tiene crecimiento. Si he pensado que las manos igual, porque ésta podría crecerle. Tiene sólo un pedacito. Pensaban operarle la pierna en abril, no se pudo. El único problema que tiene es que el Mati debería estar caminando ya, pero por esa cuestión de la prótesis no se pudo.

181

El saludo del alcalde y el concejal

El alcalde me atendió una vez, me dio la mano izquierda. No se me va a olvidar nunca. Lo fui a saludar con la mano derecha y me dio la mano izquierda. Yo me imaginé... la otra la mantuvo siempre tapada con el vestón. Yo pensé que era enfermo, cómo me dio la mano así tan cursi: “Tendré que darle un beso”. Menos mal que no se lo di. Pero de ahí como que a uno la miraba como poca cosa. Si en ningún momento me dijo “tengo frío” o “tengo la mano así”. No. Fui a pedirle ayuda, así me dijo un concejal que le pidiera...

Ese mismo día, estuve en el Concejo por la cuestión de la tarjeta, que no me la iban a dar. Resulta que el concejal que me invitó se paró cuando llegué, y se puso a reír. ¡Se puso a reír! Yo le encontré que no venía al caso reírse, me molestó... Pero así se llevó unas cuantas verdades también el señor. Tampoco me quedé callada; ahí como que uno va con toda la rabia. Es tanto tener que llegar allá para que me dieran la tarjeta por seis meses. No era justo. Ahí tam-

bién les dije sus cuantas verdades al alcalde, al concejal, al secretario. Como que les hice recordar de todo lo que prometieron cuando nació el Mati. Y con el deber que debían cumplir. Así es que no sé de aquí para adelante cómo va a ser.

La operación de Matías cuesta trescientos catorce mil pesos. ¿De dónde saco yo esa plata? Sin esa tarjeta, de dónde, y los pasajes... A mí me retó harto el José: "Ya, negra, déjate de ir a lesear, qué te vai a seguir humillando, ya está bueno". Yo le dije: "No importa, voy a seguir igual". Ahí fue cuando logré hablar con el alcalde. Yo nunca diré "no voy más, me aburrí". Yo voy a llegar donde fuera, yo esta vez me la juego. No me voy a quedar así, es injusto, para mí es injusto. Si yo solo quiero eso, tan solo una tarjeta. Yo pienso que ellos no se van a hacer ni más ricos ni más pobres por darme la tarjeta un tiempo más. Hasta que, si Dios quiere, podamos solucionarlo nosotros. Que si de nosotros dependiera... ir a humillarse a un municipio o a un hospital, a un consultorio... mirar veinte caras antes que le digan "sí".

Yo era re tímida; todavía soy. Me costaba expresarme, me daba miedo decir algo que iba a parecer mal. Para mí, un alcalde era algo así como un presidente. Ahora lo miro casi de igual a igual, incluso me siento mucho más persona que él. Yo he aprendido, yo me he puesto más dura, uno se pone más dura. Es la única forma que no me pisoteen. Yo creo que ya está bueno que hayan barrido el suelo con uno. Si lo siguen haciendo con uno, lo hacen con los que siguen, que son los niños.

Capítulo dos

TRADICIÓN Y MODERNIDAD EN EL CAMPO

En el campo las historias no tienen fin. Se enhebran una tras otra. La historia del campo ha sido también larga en estos años. Por ello, y no es casualidad, todas las historias campesinas empiezan en la Reforma Agraria. Ahí cambió una época. Cambió una época para el campo, para los campesinos, para los patrones, y también para el conjunto del país. Hasta la Reforma Agraria existió la servidumbre rural, el inquilinaje de las haciendas. Fue un sistema de relacionamiento entre las personas, entre los dueños de la tierra y los trabajadores, que marcó a la sociedad chilena por siglos. Para muchos historiadores, allí reside la impronta cultural nacional, también el carácter oligarca de sus clases altas, la subordinación de las clases bajas, la capacidad de liderazgo de los dueños de la tierra y las familias patricias chilenas. No cabe duda de que se quebraron muchas estructuras con la Reforma de los años sesenta. Pero tampoco cabe duda de que se han recompuesto y reconstruido muchas de esas antiguas y profundas estructuras culturales. Las historias de campesinos así lo muestran. Se mantiene una particular visión de la sociedad y del sistema de poder. Se es profundamente desconfiado de la política y de quienes prometen modernizar la sociedad. Estamos aún ante un mundo conservador dominado por lealtades personales, sistemas de clientelismo rural, adscripciones a liderazgos cacicales no modificados. El campo sin haciendas sigue siendo, al parecer, el mismo antiguo campo.

La familia de parceleros que entrevistamos recibió de la Reforma Agraria sus tierras. Se pensaba en la formación de una clase media rural de propietarios. Así pensó Frei Montalva y los líderes que impulsaron las reformas. ¿Qué ha pasado? Esta familia tiene tierras y, en algunos casos, de calidad. Al ritmo de las sequías, de los altos y bajos de las cosechas, ellos han sido toda su vida productores agrícolas. Creyeron en las promesas de la modernización, se atrevieron a exportar. Durante algunos años exportaron uva. Sus productos “salieron al exterior, con nombre de nosotros, que es una cosa bonita para la familia... uno no deja de sentirse orgulloso”. La llegada de las grandes empresas mineras,

el polvo de los relaves y la disminución del agua de los pozos, terminaron rápidamente con ese sueño. La década de los noventa es para estos campesinos exportadores, una década de pérdidas, de empobrecimiento progresivo. La década termina con una sequía, que los sorprende endeudados y sin poder responder a los créditos del Estado. Esta familia, como muchas otras familias campesinas, se siente acorralada por los grandes y abandonada por un Estado que, sienten, no apuesta a los pequeños. “Vamos a desaparecer”, dice el viejo campesino. El precio lo ponen los grandes, no hay quien les haga competencia. Las cooperativas debilitadas e incapaces de resistir a los embates de la apertura de fronteras, se desgranán y pierden fuerza. Con la globalización, “la familia ha ganado nada más que un poco de ilusión”, señala este campesino. Y es por eso que los hijos han debido migrar, que trabajan como asalariados de estas mismas grandes empresas. Quedan los viejos, los que saben resistir.

Las tierras no valen nada, señala un agricultor de la Séptima Región. Las empresas forestales los acorralan para que vendan, pero les ofrecen muy poco dinero. Siguen sembrando sus trigos y asegurando su comida como siempre: “el carbón, los animales, la agricultura, ése es el trabajo nuestro”. El campo empieza a despoblarse, la juventud se va, “porque encuentran muy duro el trabajo”. No hay esperanzas dice este campesino, “estamos jóvenes para pensionar todavía y viejos para trabajar”. Y entonces los que quedan comienzan a tejer sueños, vender e irse todos juntos, en busca del agua, donde las chacras crezcan, donde poder comerse tranquilo “un tomate con sal”. Pero adónde, se preguntan.

184

La señora María cuenta que sus hijos van y vuelven de la temporada de la fruta. Algunos se quedan y no vuelven más. Pero ella, que tiene su rancho, no ha pensado aún irse. Los suelos en otras partes son caros, dice. No es como estar en los cerros, sin título de propiedad alguno, en lo heredado. A pesar de los afanes de los hijos, de sus idas y venidas, ella intuye que las cosas no cambiarán, ni para ella ni para sus hijos. Porque “está dispareja la cosa en el país”. Los hijos “tienen poco estudio, no pueden buscar otro trabajo. Entonces están ahí siempre trabajando en lo mismo que sus papás no más”. Ellos no pueden decir “voy a hacer otro camino de vida”.

Se señala en los censos que casi dos millones y medio de personas están ligadas directamente a la actividad agrícola campesina. No son pocos en un país de catorce millones de habitantes. Están dispersos en pueblos y caseríos. Por lo general, viven de manera tradicional. La Encuesta Casen del año 1998 señala que en el área rural ha bajado el ingreso de manera absoluta. Es el único caso del país. El promedio de los ingresos urbanos del país fue de 471 mil pesos mensuales; y en el medio rural, 242 mil, la mitad que el urbano. Los subsidios estatales cumplen un papel muy importante en los ingresos rurales, lo que se refleja en las cifras de ingreso. Sin subsidios habría una cantidad enorme de gente viviendo en condiciones mucho más pobres.

El campo se ha ido aislando del resto de la sociedad en esta década recién pasada. Por cierto, hay áreas modernas que están integradas, pero también un amplio sector que se ha ido quedando rezagado, fuera de las rutas principales de la modernidad. Hay muchos datos que lo demuestran. Aumenta la subsistencia, por ejemplo, frente al trabajo asalariado; esto significa que hay menos puestos de trabajo en la agricultura y que las personas que allí viven deben valerse de sus propios medios, de sus propias cosechas, de sus crianzas. Al comenzar la década, el 54 por ciento de los trabajadores rurales no cotizaba ningún tipo de seguridad social; en 1998, la cifra ha aumentado a 58,3 por ciento. Es un buen indicador de que en el campo aumentan los campesinos, los que no tienen relaciones de trabajo con terceros. La escolaridad del mundo rural, por otra parte, se ha mantenido constante en la década —seis años—, mientras la urbana ha subido de nueve a diez años como promedio. El analfabetismo ha disminuido fuertemente en las zonas urbanas, de 5 a 3 por ciento en la década, y ha aumentado en el campo de 13 a 14 por ciento, con una mayor incidencia en las mujeres que en los hombres. Es preciso reconocer avances muy importantes en algunos rubros, como la energía eléctrica, la que se ha duplicado en el medio rural en la década: de 37 por ciento de la población rural que no disponía de energía al comenzar la década, se ha disminuido a 17 por ciento en 1998, lo que sin duda es significativo, dado el hábitat disperso de las viviendas rurales. Lo mismo se ha avanzado en redes de agua potable y acceso a caminos, lo que es señalado en las entrevistas que aparecen en este capítulo.

185

La desigualdad entre el mundo urbano y rural es una realidad de la sociedad chilena actual. Al comienzo de la década, la población rural representaba el 18,5 por ciento de la población del país, y en la actualidad se encuentra en el 14,6 por ciento. Las historias acerca de la necesidad o no de migrar son centrales en las familias campesinas, como se verá en este capítulo. La desigualdad conduce a tomar la decisión de irse del campo. La distribución equilibrada de la población en diversas partes del país es fundamental para un desarrollo nacional. No avanzaría mucho un país cuya población se concentrara en tres o cuatro grandes ciudades, dejando el resto a las plantaciones de pinos y eucaliptos. No pareciera ser un futuro promisorio. Las historias abren una reflexión sobre las posibilidades reales de que los campesinos, los pequeños y medianos agricultores, se integren a los procesos de modernización y puedan mirar con esperanzas la vida de sus hijos.

No nos puede extrañar que estas personas tengan una débil convicción por la democracia. Saben que la sociedad está mal organizada, pero saben también que no será la política ni los políticos los que la arreglen. Simplemente, dicen, no creemos en los políticos. La década del noventa les ha dado la razón.

Siempre fueron personas conservadoras en sus costumbres, siempre desconfiaron de los afuerinos, siempre votaron por la gente que conocían o por los conocidos de sus conocidos. La década confirmó estas aprehensiones. No llegaron hasta esos campos los cambios esperados, y los que llegaron fueron solo

amenazas. Acá, a diferencia de los y las temporeras del Valle Central exportador, sencillamente no hay expectativas de oportunidades. No hay “oportunidades frustradas”. Se mantiene la vieja cultura de la desconfianza. Las clientelas locales juegan su juego a ganador. Es lo conocido. Es el sistema de dominación que les da confianza.

LA ILUSIÓN DE EXPORTAR¹

Toda la vida hemos tenido altos y bajos. En mil novecientos treinta y cinco (yo debo haber tenido entre seis o siete años), recuerdo que tuvimos un aluvión inmensamente grande. Parece que fue en los meses de noviembre, y el agua llegó de bote a bote, inundó todo el valle. El fundo El Salto se llevó ese nombre, porque con el aluvión, aquí en la quebrada bajó una cascada, una cascada que debe haber bajado cualquier cantidad de agua, sobre sus dos mil, tres mil litros de agua. Entonces ahí el agua hacía un salto, el agua saltaba de arriba y caía. Mi abuelo le puso El Salto; a raíz de eso quedó el nombre del fundo. Esa vez empezó a aumentar el agua como a las ocho de la mañana y como a las cuatro de la tarde el río estaba lleno, se había desbordado. A las seis de la tarde las gallinas y perros iban río abajo.

186

Nosotros nos quedamos acá no más; a las nueve de la noche nos llegó el agua. Veinte y tantas vacas que teníamos en el corral y más de sesenta chanchos, todo se perdió. Mi padre estaba con un reumatismo, muy mal, y no podía hacer nada. Entonces había un tío que nos acompañaba, salía con la lámpara, iba a ver que el agua subía.

Nosotros éramos chicos y nos tuvo que llevar mi abuela al fundo de allá abajo, porque ahí hay una propiedad que se llama la Escuela. En esa propiedad estuvimos más o menos hasta el año cuarenta. Después nos vinimos nuevamente para acá a trabajar. Nosotros mismos vinimos a ayudarlo al papá para desenterrar la viña. Igual eran viñas y potrero para animales, hasta que descubrimos la viña y empezamos a hacer terreno y ahí empezamos a formarnos. Después mi abuelo quiso venderle la propiedad a mi papá, y se la vendió.

Esta propiedad fue chiquitita y fue creciendo y se hizo una sola propiedad. Eran terrenos chicos, familias muy antiguas, así que cada uno tenía una parte y esa se fue comprando de parte en parte. Vendió uno primero, después vendió el otro. Mi abuelo fue comprando y después vendió la propiedad completa.

¹ Entrevista a don Gustavo Valverdi, realizada en el valle de Copiapó, por Susana Aravena, en el marco de un estudio sobre familia desarrollado en conjunto por PNUD y SUR, y publicado parcialmente en: PNUD, “Informe de Desarrollo Humano en Chile, 1998: Las paradojas de la modernización” (Santiago: PNUD, 1998).

Los frutales: auge y decadencia

Después de ese aluvión quedamos sin nada, quedamos en la calle. Después de eso mi abuelo hizo un paseo al sur. Tenía unos parientes y de ahí trajo técnicas nuevas de lo que vio allá. Ahí fue cuando se pusieron los naranjales. Eso tiene que haber sido como en el año cuarenta y dos, más o menos. Se pusieron dos hectáreas primeramente de naranjas, y ahí seguimos y después se pusieron duraznos. Fuimos los primeros en tener duraznos y naranjas. Entonces abastecíamos todo con naranjas y duraznos. Teníamos diferentes variedades de frutas y después yo aprendí a injertar, así que hacíamos los viveros nosotros mismos. Yo injertaba y hacía las variedades hasta que cubrimos toda la propiedad con naranjos.

Eso duró, yo creo que hasta el año cincuenta y cinco más o menos. Tuvimos una buena venta hasta ese tiempo más o menos. Después del cincuenta y cinco empezó un período casi igual que el que estamos viviendo ahora. Ese año comenzó la sequía. Antes también hubo sequía en el año treinta. Yo tengo documentos ahí donde se habla de la sequía. Se peleaba el agua para el pueblo, las vertientes que nosotros usábamos, y se atajaba el agua. El pueblo quedaba sin agua.

Desde que tengo conocimiento, las sequías que yo recuerdo son tres, con esta que es tan grande. En el año cincuenta y cinco empezamos nosotros con la decadencia del agua, y empezaron las mermas en las frutas. En el año sesenta ya estaba muerto casi todo el valle. El año sesenta y cinco ya habían mermado las producciones, había mermado todo. Nosotros seguíamos con duraznos y naranjas, y del año sesenta al setenta vino la sequía grande. Y ahí se suma el setenta, que cambia todo el sistema político. Nosotros ahí perdimos todo. Primero perdimos con la sequía.

187

Los años setenta

En el año setenta, todo lo que sembrábamos, todo lo cosechado, no lo cosechábamos nosotros, lo cosechaba "el pueblo". La gente que venía, no había respeto, no había justicia, no había ley, no había nada. El pasto de los animales lo sacaban para criar conejos, todos tenían los mismos derechos. Los que teníamos menos derechos éramos nosotros, que éramos los dueños. Nos amenazaban, era un gobierno sin ley; fue un atropello inmensamente grande, nadie respetaba nada. Usted iba a Carabineros y no hacían nada, porque no podían hacer nada. Eso fue unos de los impactos más grandes que hubo.

El año sesenta me había casado con la María Angélica, tenía los niños chicos. No teníamos qué darles de comer, había que hacer filas, trabajar con el mercado negro, no se podía conseguir nada. Nosotros no conseguíamos nada, porque decían que éramos momios. Así que entrábamos y estaban las puertas cerradas.

En el año setenta y dos, ahí yo me fui y esto quedó botado. Me echaron, más bien dicho; esto me lo quitaron. Yo vivía con un hermano aquí. Ahí yo me fui a trabajar a las minas. Entré de minero, cosa que no me fue nada de bien, no

era mi profesión. Estuve más de un año trabajando en unas minas de oro entre Vallenar y Trequina; dejé la familia en Tierra Amarilla.

En ese lapso falleció mi suegro. Después de eso se hicieron unas ventas de terreno, que ya estaban en venta antes que falleciera. Se vendieron y recibió una parte de la herencia Angélica, mi señora. Entonces le dije qué hacemos. Ella compró unas máquinas de tejer en ese tiempo. A mí me iba mal y ella empezaba a tejer, así que ella afirmaba la casa, haciendo tejidos para la escuela. Le mandaban a hacer todo eso y ahí vivíamos. Después yo me enfermé.

Ahí perdimos todo, yo me tuve que ir. En ese tiempo sacamos una casa en Tierra Amarilla. Una casita que se construye en autoconstrucción, y yo me fui construyendo la casita. Me daban las facilidades, porque había un instructor que dirigía y uno trabajaba. Después me iba con los niños, hicimos todo con la dirección de este caballero. Hice los cimientos, levanté la casa, prácticamente yo la levanté con mis hijos y unos vecinos que nos ayudábamos unos a otros; era un grupito de veinticinco casas. Entonces nos reuníamos todos, sacábamos una casa primero y después sacábamos la otra. Así se construyeron todas. Esto fue para el año ochenta, por ahí.

La disputa por la herencia

Me fue tan mal en la vida, que volví para acá. Cuando murió mi padre empezamos a pedir repartición, cosa que me fue harto dura. Teníamos toda una sociedad —nosotros teníamos máquina, teníamos tractor, máquinas purificadoras— y mi madre me desconoce la sociedad y quiere tomarse todo. La cuestión es que nos echan para afuera, como si hubiésemos sido hijos recogidos, hijos ilegítimos.

La pelea grande que tuvimos, fue con abogados, con todo. Los abogados a mí no me querían recibir, pero cuando se dieron cuenta de que mi madre tenía dos personalidades —una cuando salía a la calle, pero en la casa era otra— ahí me dieron el favor a mí. Duró dos años el litigio para poder repartir la propiedad. Ahí yo pedí esta propiedad para mí y para mis hermanos.

Había otras propiedades, unas grandes en Copiapó; había casas, más otro fundo que era un poco más grande que este y que todavía queda una parte de él. Entonces mi hermana se quedó en el otro fundo y le sacamos una casita para mi hermano a mi madre. Costó mucho repartir todo esto. Suerte que el abogado nos dio el favor y nos dio esta parte a nosotros. Aquí nos repartimos la mitad. Eran dieciséis hectáreas con parte de la calle y nos repartimos la mitad. Una parte se perdió: hay una población al frente, se quedó gente que se instaló sola allí.

El entusiasmo de la exportación

En el año ochenta apareció de nuevo la vertiente; entonces, con vertiente empezamos a sembrar un poquitito, a hacer cositas, a sembrar tomates, cosas así.

Después yo conocí a estos señores de Indap y empezaron a ofrecer ayuda, que me daban un crédito. Yo a los créditos les tenía terror. Después, por intermedio de la cooperativa, empezaron a prestarnos ayuda técnica para la instalación y el mejoramiento de las viñas. Las que había eran demasiado viejas.

En el ochenta y tres estaba en la época de lo más rico de la uva de exportación y yo me entusiasmé, sin tener idea de poner un parrón de uva de exportación. Ahí entré en el crédito con Indap, pedí un crédito para una hectárea de parrón. No me acuerdo cuánto fue lo que me dieron, pero fue para el alambre, la madera, la parra, para todo. Ese crédito me dio para colocar cuatro hectáreas. Lo hice estirar todo lo que más diera la plata. Por intermedio de un amigo mandé a Ángel al sur y me trajo la madera para las cuatro hectáreas. Conseguimos alambre barato, que también encontré aquí.

En el año subsiguiente, cuando las parras estuvieron arriba, levanté el parrón y pagué el crédito. Claro, el ochenta y tres fue cuando me hice cargo del fundo y cancelé el crédito en el año noventa y uno. Para ese tiempo era un crédito grande, porque para conseguir la madera me parece que fueron como dos millones de pesos, algo así. A mí me asustaba, pero logramos pagarlo con la hectárea de parrón que tuvimos. De ahí seguimos con otros parrones, seguir colocando las otras parras, y llegamos a tener cinco hectáreas de parrón de exportación.

La sequía y la contaminación

Hasta el noventa anduvimos bien; del noventa para adelante empezaron a instalarse con las minas. Empezamos a sentir, por una parte, la sequía y el polvo de las minas, porque se puso la planta aquí atrás de mis tierras. Entonces nosotros recibimos todo el polvo de los relaves, que cayó sobre los parrones.

El problema es que la uva de exportación no puede salir con polvo, sobre todo polvos minerales. Entonces me vi en la obligación de injertar un parrón de dos hectáreas de uva de exportación a uva pisquera y me quedé con una sola hectárea de uva de exportación, que todavía la tengo.

El noventa y cinco empezamos con la sequía, y empezamos ya a mermar una vez más. También se hizo un mal negocio con una gringa que nos estafó. Ahí ya fue el acabose, ahí empezamos prácticamente a perder todo. La sequía se nos vino encima, se restableció un canal que se llama Canal Mal Paso, un canal grande, antiguo, que teníamos antes del ochenta y siete. Con la sequía se restableció de nuevo y me cambian a mí la bocatoma. En vez de acercarme, me corrieron más. Esa bocatoma no fue una entrega que haya sido legal, bien hecha, sino que metieron un desagüe al río. Entonces mi agua de turno, que son dos horas y media, caen al río, corren por el lecho del río. Para entrar a la bocatoma mía, que es un canal de un metro y tanto, recorre como dos kilómetros y medio y aquí no me llegan ni veinte litros por segundo. Ahí empecé a perder todas mis parras, y en eso estamos ahora.

Las pérdidas empezaron en el noventa y cinco; el año noventa y seis también nos fuimos con pérdida. Pero este año ya tenemos más del ochenta por ciento perdido; perdimos producción y tenemos parras perdidas. Bajó totalmente la producción por falta de agua, se terminó la uva de exportación. No pudimos exportar. Estamos otra vez al nivel del año setenta y dos: tengo problemas con el canal, no hay autoridades que se pongan, no hay justicia, estamos con la misma sequía y yo creo que estamos con la misma ley del setenta. Estamos mal. Yo me siento mal y a mí me da mucha tristeza, porque yo he caído tres veces

para perderlo todo. Ahora estamos a punto de perderlo todo, ya vamos para perderlo todo. Si no se nos soluciona el problema del canal y el pozo que tenemos, perdimos todo otra vez.

Se hizo un pozo que es una noria; el caudal de agua que nos entrega es muy poco: son tres litros por segundo. Entonces no nos alcanza, no podemos regar. Estamos tratando que sea de goteo, pero nos falta capital; no tenemos capital, y es ahí que estamos luchando por intermedio de Indap para sacar un crédito.

Anteriormente sacamos un crédito para un tractor, que lo chocaron, lo hicieron tira; tuvimos que pagarlo sin que prestara ninguna utilidad. Posterior a eso pedimos crédito para hacer un pozo, que también estamos pagando, y no nos ha dado ninguna utilidad. Entonces, ahí es donde nos vamos encalillando y con la sequía estamos mal.

Todo este terreno está hipotecado, la casa que tenemos en Tierra Amarilla también, la camioneta en que anda Ángel está hipotecada, o sea, tenemos todo hipotecado en esos créditos y no podemos salir este año, es imposible. Y ahí nos están entreteniendo; todos los días estamos juntando papeles, ¡tanto documento que piden! En eso estamos, para ver qué podemos hacer. Hicimos una represa, a ver si podemos acumular agua por túneles para regar a goteo en vez de sacar del pozo y ahí regar, que es más fácil.

Ahora esa idea tenemos que hacerla muy bien hecha, porque con cemento no lo podemos hacer. Con las descargas que hacen en Candelaria parece terremoto: se parten los cementos, los pisos, porque todo se mueve.

190

El abandono de los pequeños productores

Yo veo esta situación casi igual que la del setenta y dos. Nosotros perdimos todo; ahora existe la cosa de la naturaleza: si no tenemos agua, no tenemos nada que hacer. Las grandes empresas están en las altas cordilleras y el gobierno se ha dedicado a las grandes empresas, a entregar todos los recursos hidráulicos. Entonces están sacando agua subterránea, les está entregando cantidades de agua a las minas grandes, que es la esponja que favorece hacia abajo, y la están sacando. Esto se va a ir secando y yo creo que en un año más no solo nosotros vamos a perder, sino que se va a perder parte de la ciudad, porque va a quedar sin agua. Y no solo va a quedar Copiapó sin agua, sino también va a quedar Caldera, Chañaral, que se abastecen con las aguas de acá.

Si se está entregando el agua arriba, y si no llueve, automáticamente nosotros morimos, porque ya en este momento los pozos profundos han bajado a un nivel considerable. Todos están bajando sobre veinte metros o más, otros se secaron; hay pozos que ya están secos.

Entonces si esto sigue así, va a ser peor que el setenta, va a ser peor. Eso a mí me desespera. Estamos viendo que si no llueve no va a ser muy bueno.

Dentro del río hay bombas que las mineras colocan, substraen el agua. ¿Y cómo uno puede hacer justicia? No se puede hacer justicia; hemos tenido grandes boches, grandes encontrones con la gente de arriba, y siguen manejando la situación los de arriba. Esas son empresas nacionales y que están muy cerca del gobierno. Los más grandes que tenemos acá son los Ruiz-Tagle. Ellos son los

dueños de casi todo el valle, han ido comprando cada vez más y nosotros, que somos los chicos, no tenemos nada. Todo el productor chico terminó y quedó en manos de ellos. Se los vendieron, porque empiezan a presionar, y se perdió todo. Todo desde arriba desde la precordillera, desde Iglesia Colorada, todos grandes y antiguos propietarios, fueron vendiendo sus partes.

Aquí el río principal pasa por dentro de una propiedad, y el dueño se toman derechos que no le corresponden. Y, ¿quién le pone el cascabel al gato? Nadie. Él hace lo que quiere y en el río se está juntando no más de ciento veinte a ciento ochenta litros de agua, cuando es el río que ha abastecido toda la vida Copiapó y ya casi no le queda agua.

La crisis de la cooperativa pisquera

Nosotros tenemos la cooperativa pisquera, que es nuestra: La Cooperativa Pisquera del Valle Copiapó. Esta cooperativa existe desde hace aproximadamente unos treinta años. Los principales iniciadores de la cooperativa fueron don Teo, don Néctor, Alfonso y mi padre, no recuerdo, pero eran nueve. Había que formar un grupito de nueve para formar la cooperativa. Y después empezaron a caer uno, a caer otro y se fue formando la cooperativa; era una buena cooperativa.

Se hacía todo el pisco acá. Nosotros mismos éramos los dueños de la planta. Un pisco que tuvo mucho furor; justamente en la Unidad Popular, era cuando el pisco salía. Después llegó un momento en que la cooperativa ya no pudo vender, porque los mismos cooperados fueron culpables de ir hundiendo la cooperativa. Resultaba que todos tenían amigos en ese tiempo, era todo abierto, había que sacar cualquier cosa, lo que se pudiera. Entonces venía gente de Santiago y no compraban el pisco en la cooperativa, sino que se valían de los socios y cada socio tenía un descuento y el pisco era mucho más barato de lo que salía para afuera, sin fijarse los cooperados que se hacían daños ellos mismos.

Entonces, qué pasaba: que estos señores sacaban gran cantidad de pisco y lo vendían todo afuera, se lo llevaban a Santiago, y tenía gran éxito. Así empezaron de uno en uno a sacar su cosecha, mejor dicho, empezaron a vender por fuera. Cuando llegamos a darnos cuenta, la cooperativa estaba prácticamente quebrada, no había venta.

Entonces se cambia el rubro de uva vinera a uva de exportación; en esa uva de exportación empezaron a quedar atrás las uvas pisqueras. Entonces, qué pasó: empezaron a haber socios sin entrega de frutas a la cooperativa, porque todos se dedicaron a la uva de exportación. Eran socios inactivos a la cooperativa y, como consecuencia, esta fue decayendo más; en vez de levantarla, se hundió más. Hasta que llegó un momento en que la cooperativa hubo que arrendarla, porque ya estaba perdida.

Qué pasó ahí, según mi explicación: las grandes empresas empezaron a comprar los terrenos, donde fueron cayendo los socios de la cooperativa. De los ciento y tantos que había al principio, fueron vendiendo. Ahora tenemos casi la misma cantidad de socios y todos inactivos. No hay ningún socio que entregue uva, porque ellos vendieron su parcela, vendieron todo y figuran como socios. La cooperativa la estamos manteniendo un grupo como de cinco o seis produc-

tores. Ellos se mantienen como socios inactivos por los derechos a las acciones, y no se puede liquidar, porque en los derechos de acción, si soltamos a un socio para fuera, todos quieren al tiro y la cooperativa está sin plata. Lo que hay que hacer ahí es indemnizar, comprar la acción, y si otro compra la acción, la va a comprar un grande. Si ponemos las acciones en venta, las van a comprar las grandes empresas, entonces nosotros los chicos desaparecimos automáticamente. Nosotros vamos a desaparecer, porque se lo puede tomar un Ruiz-Tagle, uno de estos grandes que están en Río Blanco, y ellos van a manejar la situación. Y como nosotros estamos ahorcados, no nos podemos defender, nos van a poner las manos encima. Entonces, eso es lo que estamos luchando, cómo mantener la cooperativa.

Yo no la estoy viendo muy clara; dentro de la misma administración de la cooperativa no la estoy viendo muy clara. Actualmente la está administrando un señor que es el presidente; también hay un gerente y la secretaria. Y esta gente es la que está y para poderla mantener, nosotros estamos entregando un poco de uva, cuatro o cinco toneladas de uva. Yo entregué más la vez pasada, cerca de treinta toneladas, para mantenerla y tener derecho a voz y voto, porque si no tenemos actividad no tenemos derecho a nada, no tenemos derecho ni a reclamar.

También intentamos abrir por otro lado, que era exportar jugos de fruta, pero no resultó eso tampoco. Para poner un producto afuera es complicado, se necesita de una buena cantidad de plata. Se perdió mucha plata ahí. Entonces no se pudo resistir para otra salida afuera, con etiquetas nuestras, de la cooperativa, y ahí dijeron hasta aquí llega la cooperativa.

192

Ahora la cooperativa está arrendada; se arrendó a estos de la Coca Cola y la parte productora de pisco se arrendó a Capel, o sea, está arrendada en dos partes. Capel tomó la planta pisquera, que la está manejando; aparte de eso tienen su planta en Piedra Colgada y manejan las dos plantas.

En estos momentos, si nosotros manejáramos la cooperativa, puede ser muy beneficioso, porque lo que nos hace falta a nosotros es competencia; si nosotros pudiéramos levantar la cooperativa nuestra, competiríamos con Capel. Si hubiera competencia estaría mejor pagada nuestra fruta, pero aquí no hay competencia. Entonces, lo que dicta este señor hay que pagar. Lo que él dice y dicta, Capel pone su precio y no podemos hacer nada.

Ahora que nos conocemos entre todos los productores, formar un grupito de agricultores, todos los que le quieren poner el hombro, porque los demás no le quieren poner el hombro. Ahí podríamos tal vez, haciendo un esfuerzo grande, podría ser levantada nuevamente la cooperativa. Teniendo una buena administración y llamando a la gente, puede mantenerse, podríamos nosotros mantenernos, porque hay mucha más experiencia. Con todo esto de la uva de exportación hemos conocido mucha gente de afuera, extranjeros, y se puede negociar. Pero hay que tener una buena organización, una buena cabeza, y podríamos salir adelante, pero también nos falta un buen capital para poder competir, o si no la cosa no anda.

Defender la agricultura

Puede que ahora se pueda hacer un poco más de justicia, porque nosotros tenemos la Junta de Vigilancia del Río Copiapó, que tiene que ver todos los derechos de agua y toda el agua que corre. Ahí están representadas las personas de distintas comunidades. Estamos organizados por distrito y cada distrito tiene un representante, tiene un director y un presidente. Después se juntan los presidentes, hacen reuniones cada quince días. Todavía no ha podido sacar su personalidad jurídica, pero dentro de este mes sale. Y nosotros, teniendo la personalidad jurídica, tendremos una oficina jurídica donde tengamos un abogado; vamos a tener que tener un ingeniero hidráulico también.

Esta Junta de Vigilancia son como dieciocho personas que la controlan. Son agricultores de la zona, es una comunidad grande. Hay una cabeza mayor arriba en la comunidad y después salen todas las otras ramas, las comunidades chicas que se forman dentro de cada parcela. Tenemos nueve distritos y en esos nueve distritos se reparten presidentes de comunidades; cada comunidad reúne aproximadamente veinte parceleros, y así se forman las comunidades. Es la defensa de la agricultura.

Nosotros estamos peleando la personalidad jurídica de la Junta de Vigilancia, deben ser sus diez años. No sé qué pasaba, por qué no se daba. Cuando se construyó el tranque, nosotros los agricultores pagamos el tranque, costeamos el tranque. Se llenó una sola vez, porque quedó mal construido y hubo que vaciarlo. No recuerdo en qué año se vació el tranque; se demoró cuarenta años para volverlo a llenar, se llenó el año ochenta y siete. Y cuando el tranque se llena, es dueño el Estado. Y cuando el tranque está en problemas, si es que hay que hacerle reparaciones, alguna cosa, pasa a ser de los agricultores. Entonces ese es el problema que ha habido. Por qué nunca los agricultores podemos ser directamente dueños del tranque. Ahí tenemos el lío grande otra vez y se ha luchado mucho tiempo, se está peleando por la personalidad jurídica y ahora en esta sequía, se ha agilizado un poco más, pidiendo intervención del río. Haciendo tantas cosas, salió la personalidad jurídica hace una semana y esa es una cosa buena que encuentro yo, porque con eso podemos hacernos justicia.

Ahora tendríamos que ir a los tribunales y vamos a tener un abogado y los señores de la Junta de Vigilancia tendrán que hacer el trabajo. Aquí nunca se pudo hacer ley, aquí es una cosa sin ley. Esto creo yo que puede ser una cosa positiva, una de las salidas que pudiera haber ahora para manejar la situación.

El Estado y el crédito

A los únicos que les hemos pedido ayuda es a Indap. No queremos pedir en otras partes, porque en situaciones como estas nadie está en condiciones de salvar a otro. Estamos todos en las mismas condiciones, así que ninguno nos podemos salvar. Recurrimos solamente a esta cosa que Indap ha estado generosamente dando, el crédito.

Lo que yo veo en Indap, o en la parte del gobierno, es que aquí ha valorizado mucho al campesinado de esta zona, al criancero de animales, cabreros, podemos decir. Le ha dado toda clase de ayuda, toda clase de facilidades, y no es

porque uno esté en contra de los cabreros. Esta gente, en año bueno goza todo tipo de terreno, porque ellos toman donde está la travesía; lo más lindo de la flora y fauna, son ellos quienes la destruyen, la hacen tira con el ganado. Sacan queso, buena crianza, se echan la plata al bolsillo, y qué aportan al gobierno: ¿pagan algún arriendo de campo?, ¿en qué forma ellos devuelven algo al Estado? Yo creo que no devuelven nada, absolutamente nada; al contrario; van a la cordillera, a la alta cordillera, gozan igual de todos los campos, y nunca devuelven nada. Sin embargo, el gobierno les ha dado toda la ayuda, incluso ahora les ha dado terreno, les ha dado bombas de agua para incentivarlos con terreno y les ha dado derechos de agua, siendo que los derechos de agua están todos constituidos.

En esa parte no estoy de acuerdo y el gobierno nos ha dejado a nosotros un poco de lado, porque nosotros pagamos impuestos, estamos dejando el IVA, todo para el Estado dentro de la uva de exportación. Los que exportamos dejamos al gobierno una parte y estos campesinos no entregan nada, absolutamente nada. Están privilegiados y lo he visto en todas partes de la zona, de la Cuarta Región; hasta acá ellos han desbordado la mayor facilidad de plata. Les dan alimentos para ellos, alimentos para los animales, y a nosotros qué. Todos estamos pasando por un período climatérico, que nos está dando un golpe; tenemos que de alguna manera resistir, pero a ellos se les favorece y nosotros nos aguantamos como podemos.

La competencia

Cuando el gobierno haga la baja en el impuesto al whisky, cuando ya se concrete y se dicte la baja del whisky, ahí a nosotros nos va a afectar los ingresos, porque la cooperativa vende a tal precio el pisco, y al bajar el whisky, va a tener que bajar el pisco. Ahí va a hacer algo más doloroso todavía que nos va a afectar a nosotros, según oí el otro día al señor Peñafiel, que es el presidente de Capel, cuando le pedía al gobierno que no permitiera esa baja que se les va a hacer a los licores que vienen de afuera, porque no podemos competir con el precio de afuera y con el licor que viene de afuera, porque la gente prefiere lo de afuera. Entonces ahí estamos mal, mientras no podamos salir a flote con la exportación, porque todavía es muy poca.

Se estaba saliendo con pisco sour; se sacó afuera y nadie lo conoce, nadie lo consume afuera, porque no es un licor conocido. Se ha estado sacando nuevas calidades de vino, para ver si se puede salir con esos vinos afuera; se están buscando muchas formas, pero la competencia va a ser fuerte.

Con esta nueva ley del Mercosur vamos a estar mal, para nosotros va a ser malo. Creo que la competencia va a ser dura, muy dura, en general dentro de la agricultura, porque una vez que aquí se abra el paso a la Argentina, el paso San Francisco, vamos a tener una competencia dura. Yo me pregunto: "El argentino, ¿qué nos deja a nosotros?".

Los hijos y los saberes

Podrían cambiar las cosas, ser mejor, porque nosotros tenemos mucho conocimiento dentro de los parrones, dentro de la práctica. Yo nací dentro de las pipas, porque mi abuelo era agricultor, siempre se dedicó a la viña. Entonces hay mucho conocimiento, que yo se lo he enseñado a mis hijos, y Ángel es el que más a recogido de todos. Ahora tenemos demasiados conocimientos que podemos trabajar perfectamente bien, ir renovando plantas, injertando, traer nueva variedad. Podemos hacerlo mejor; todo depende del agua y de eso depende todo. No solo para nosotros, sino que para el valle; no los de arriba, que están privilegiados.

Yo creo que hemos aprendido a hacer frente a situaciones difíciles. Por ejemplo, uno de mis hijos, el año antepasado yo lo obligué y lo hice hacer injertos, porque no había cómo pagar los injertos. Estamos transformando las plantas, cosa que se perfeccionó muy bien. Mi hijo ha tenido muy buena mano para hacer los injertos y ha estado bien, porque lo han contratado, y este año ha estado injertando cantidades de plantas. Varios agricultores lo han llamado; no ha tenido fallas, ha andado muy bien. Entonces yo creo que a él se le abre una posibilidad muy buena. Lo van a contratar posiblemente en las empresas. El año pasado, por cobardía, porque no se atrevía, perdió de injertar más de veinte hectáreas de parrón.

El otro de mis hijos se fue de empleado a una empresa, está trabajando en empresa; dos están trabajando en empresa. Uno se perfeccionó en máquina pesada, cargadores frontales, él es el que está en mejor situación de todos, porque ahí ganan mucho. Claro, si uno piensa, él tuvo que salir a trabajar a propósito que aquí no alcanzaba el trabajo para todos. Aquí está Ángel y yo no más, porque no da la propiedad. Entonces en esa forma se están abriendo paso afuera y están bien y ayudan. Esa es otra cosa, que ayudan a la casa también.

195

El descenso de la clase media

Para toda la familia ha significado, como se dice, que al mal tiempo, buena cara; hay que amoldarse a lo que está sucediendo y todos estamos esperando a ver qué pasa. Muchas veces me dicen que soy pesimista, pero he pasado muchas cosas, he visto mucho. Ellos se dan más valor que yo, pero yo no es mucho el entusiasmo que tengo, porque veo que esto va mal; para mí, lo veo mal.

Para la clase media, la de nosotros, esto va mal. Han entrado todas las grandes empresas al baile, los grandes empresarios, y los empresarios manejan la situación en todo. Entonces nosotros no podemos manejarnos. Dentro del río mismo que nosotros íbamos a manejar, cerraron todo; el río tiene sus medidas de ancho que uno antes podía ir a vigilar, de entrar a ver el agua para poderla traer. Ahora no puede entrar, porque todo es privado. No puede entrar ni con carabineros, ni con abogados; no puede hacer nada.

La familia ha ganado nada más que un poco de ilusión, porque nos hemos realizado de tener los parrones que antes no teníamos, porque hemos parado los parrones del año ochenta y tres a la fecha. Nuestros productos han salido al

exterior con nombre de nosotros como exportadores, que es una cosa bonita para la familia. Salir al extranjero con el nombre de nosotros, eso nos hace sentir realizados, realizados, porque después de haber perdido todo y haber llegado a lo que tenemos, no deja de sentirse orgullo.

Lamentablemente ahora viene la decadencia. Al mal tiempo, buena cara y a tratar de salir de algún modo, no echarnos a morir, porque si nos echamos a morir ahí si que no avanza la cosa. En esto yo he estado precaviendo siempre, mirando más lejos; por eso le he dado todo el poder a Ángel, yo le cedí todos mis derechos a Ángel, porque ha sido el que más se ha sacrificado. Trabajamos en sociedad, pero mientras yo viva; después él va a ser el dueño. Mis hijos son cuatro, pero dos de ellos nada con la tierra. Entonces yo no podría decir "les voy a dejar un pedacito de tierra a cada uno", cuando los otros no se han sacrificado nunca con esto. Ha habido períodos muy críticos donde Ángel siempre ha estado. Las decisiones siempre las tomo yo. La última palabra es la mía, pero él actúa.

La decisión que yo creo que no tomaría es dejar todo; iría en contra de nosotros mismos, sería como estar colgando el guante. Lo que no haría sería colgar el guante. Luchar, seguir luchando, tener valor y entusiasmo. Nosotros, qué haríamos si tuviéramos que irnos de aquí, adónde tendríamos que irnos; buscar un lugar fuera de donde nosotros estamos acostumbrados, sería muy difícil, y la plata en un abrir y cerrar de ojos se va. Porque la otra vez andaban comprando terrenos, haciendo ofertas. Un negocio mal hecho y quedamos en la calle. Por eso no pienso vender. Mientras yo esté vivo, va a ser difícil de vender, muy difícil.

196

EL ABANDONO DEL CAMPO²

Nosotros siempre hemos vivido acá, en Buenos Aires.³ Mis abuelos, mis padres... Mi papá tenía ochenta hectáreas en ese tiempo. Después vendió. Ahora vivimos acá mi hermana y yo no más; los otros están todos fuera de acá. Yo acompañaba a mi papá a trabajar. Trabajaba con los bueyes, araba el terreno para sembrar, hacía el carbón, le tiraba palitos al horno. Teníamos unos bueyes para el arado, eran para trabajar y mantenerse. Se sembraba maíz para los animales, porque no daba el choclo; era puro forraje. Y en el invierno trabajaba el trigo.

² Entrevista a don Pedro Guzmán, realizada en Chillán, por los sociólogos Cristián Pérez y Marlene Mesina, para el informe "Pobreza en Chile: Un desafío de equidad e integración", del Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza (CNSP) (Santiago, 1996).

³ Buenos Aires es un pequeño pueblito cerca de Curepto, en la costa de la provincia de Talca, Sexta Región.

Nosotros cuando éramos chicos no la pasábamos mal, porque nos íbamos a una cancha y jugábamos por ahí. Los días domingos nos daban permiso nuestros papás, no nos daban permiso para ninguna cosa más. Y después ir a rodear ovejas, iba a rodear en la tarde.

Yo fui poco a la escuela, llegué hasta tercero. Yo iba muy poco al colegio, por causa que tenía que quedarme en la casa y mi padre medio enfermo y tenía que ir a cuidar los animales, sacarlos al agua, darles caña, y así me llevaba trabajando. Muy pocas veces yo fui a la escuela, se me pasaba el año.

La vida de antes era distinta a la de ahora. La trilla cambia mucho ahora, porque ahora el trigo no sale cochino; ahora sale ensacado y hay que ir guardando altiro. Antes estaban más de un mes ahí aventándolo después que trillaban. Antes se vivía mejor, porque había más. Habían más animales; ahora no se pueden ni criar, se ven muy pocos animales, apenas una yuntita de bueyes. Caballos no tenemos nosotros, no alcanza el trabajo de uno para tener cosas. Ahora no hay dónde sembrar, por causa de que es húmedo y bajo el suelo. Aquí sembramos puro triguito no más, y el trigo al año siguiente se vana, así que no aprovechamos nada tampoco y perdimos.

Yo me casé a los veintidós años y tengo cinco hijos. Ahora ya están grandes. Mi primera señora se murió bien jovencita y después me casé con la Julia. La juventud se va de acá, porque encuentran muy duro el trabajo y no da resultado para tener lo que necesitamos; aquí los viejos ya no podemos ir a trabajar. La gente joven está opinando por irse. No quieren más estar más acá y los caballeros de más edad no son capaces de hacer el trabajo solos.

Poca gente llega por acá, estamos muy aislados aquí nosotros. Antes no habían caminos para acá, se llegaba de a caballo no más. De repente llegaba el casero a vender algo de ropita. Otras veces llegaba el cura a hacer la misa.

Antes nosotros andábamos a patita pelada. Lo peor es que nos mandaban al cerro, teníamos que ir a juntar a las ovejas, lloviera o no lloviera teníamos que ir igual. Algunas veces llegábamos mojados, y ellos se enojaban porque no encontrábamos a las ovejas. En la casa siempre había fuego y ahí secábamos la ropa; no había ropa para cambiarnos. Así era pues, era triste la vida en esos años.

Antes tampoco llegaban los médicos. Habían unas personas que sabían cómo sanar a las personas, y le daban cualquier remedio, o si no le daban mistela, agüita de poleo, agüita de apio, dependía del dolor que tuviera; le recomendaban su agüita, y con eso la gente se medicinaba. Así soy criado yo, con puros remedios del campo no más.

Antes se hacían algunas fiestas. Había una procesión cuando celebraban San Antonio. Nos juntábamos toda la gente de por aquí. El finado Rodemil siguió celebrando San Antonio por causa de que tuvo un hijo enfermo y le hizo una manda a San Antonio de tenerlo siempre ahí y de rezarle para su día y salir en procesión. Había una procesión para arriba y plantaron una cruz en el altito y ya después venía toda la gente a la cruz el día de San Antonio.

El trabajo

Para hacer el carbón, hay que cortar la madera a pura hacha no más. Se trabaja mucho en cortar la madera; primero hay que cortar la madera, dejarla que ore un poco, que se seque para poder hacer el carbón. Después queda una pila de madera y enseguida se hace un barro; el barro hay que dejarlo unos tres días para que después la madera se tape con el barro. Entonces se hace una pelota de barro, encima de la madera, y le hacen unos portillitos así con un palo, antes que el barro se seque; le menea los palitos para que quede un portillito para que salga el humo para afuera. Eso es harto trabajo, es duro...

La mejor madera para el carbón es la madera del litre; y el quillay, si no está apolillado también es bien bueno, sale un carbón granado, grande, queda el palo prendido, hecho carbón todo quemadito, se quiebra. Ese es el trabajo del carbón. Nunca hay que ir a verlo cuando tiene prendido el horno; llega el fuego abajo y se funde y sale para afuera el fuego y quema y quema ahí no más. No es lo mismo que este otro fuego que hace uno aquí...

Aquí siempre hemos tenido que aprovisionarnos en Gualañé no más. De Buenos Aires íbamos a Gualañé y ahora a Curepto también. Cuando las bestias estaban flacas, no se podían cargar, ni hacer trabajar duro, íbamos a pie no más. Ahora el problema que hay es que si uno siembra dos sacos de semilla, cosecha muy poco, cosecha unos diez sacos no más. Y a media, de diez sacos uno toca cinco y esos cinco no son suficientes, porque uno ve que queda muy poco para mantener un hogar, la casa. Lo demás se lo lleva el patrón. Por eso está muy mala la agricultura. Para cosechar esos diez sacos, se trabaja mucho. Entonces cuando viene a salir la siembra, se saca la producción y uno no ve nada de plata.

Yo trabajo a media con otra persona y también con el patrón. Yo tengo veinticuatro cuadras. Ya no me queda madera de pino, no he plantado pinos tampoco. El suelo vale re poco ahora, hay que plantarlo y tiene que ser pino para que valga.

El trabajo a media con animales, eso es otra cosa que nosotros hacemos. El dueño del animal le da a media a uno y uno los cuida y los cría, donde uno tiene talaje; y el que le da a media, entonces, viene a repartirse los animales. Uno gana la mitad del animal. Lo difícil de eso es que hay que estar asegurado con los animales, porque se pierden y después hay que pagarlos y al final tampoco conviene.

A mi hijo aquí le gustan las abejas y a mí también. Es bonito el trabajo de las abejas. Lo que tiene que a veces algunas son mañosas y lo pican a uno; al hijo mío le picaron como seis y él no largó la cuestión. El trabajo de las abejas es más aliviado así como está ahora, con lo que hemos aprendido. Antes muchas veces las echábamos en un cajón, no más, las abejas; no le sabíamos hacerle ninguna cosa y perdíamos mucha miel.

Yo ahora tengo veinticuatro cuadras de terreno⁴, pero no tengo nada en la tierra; no vale mucho, porque no tengo nada plantado. El suelo vale re poco

⁴ Una cuadra es equivalente a 1,2 hectáreas.

ahora; hay que plantarlo y cuidarlo y ahí puede valer. Nosotros sacamos la madera para hacer el carbón de aquí de la propiedad de nosotros; como aquí hay quillay, sacamos la suela de encima y de la madera hacemos carboncito. Vamos dejando crecer los más nuevos, los más viejos los vamos sacando. Hay años que vale el quillay, hay años que no vale nada también. Este año que pasó valió el quillay. Siempre hay que sacar lo viejo para que siga lo nuevo, y así no se acaban los arbolitos y la madera.

Ese es el trabajo nuestro: el carbón, los animales, la agricultura; en invierno hay que arar para las siembras. La miel la vendimos aquí mismo nosotros, los otros que no tienen nada de miel la compran. La vendimos a quinientos pesos el litro. Con unos cincuenta panales que tuviera yo, ya viviríamos mejor.

Hay harta gente que está vendiendo acá, para poder irse a otra parte para poder surgir un poco. Hace poco anduvo un caballero ofreciendo comprar tierras para plantar pinos, pero quieren comprar las tierras en una miseria; pagan muy poco y uno se queda sin tierra, sin nada. Y la plata que ofrecen no nos alcanza para comprar tierras más abajo. Habría que comprar tierras en el bajo; hay más trabajo para allá, hay manzanales.

A mí me gustaría irme de aquí por causa de que aquí no hay trabajo; me iría a un lugar donde hubiera más trabajo, más posibilidades de vivir mejor. Nosotros estamos muy aislados para este cerro; no hay cómo acarrear las cosas, si hay que ir al pueblo es muy lejos. Ahí en el bajo hay más cómo vivir, se hace más fácil. No me da pena irme, porque me quiero irme por mi gusto, y viendo que va a ser más lindo no me da pena; más alegre iría para allá, pues. Habiendo riego, es un gusto. Una mata de tomates que plante allá, ya estoy aprovechando, y me siento y me como un tomate con sal si quiero. Y hay a quien trabajarle también; siento mucho el trabajo yo. A mí me gusta trabajar apatronado y me gusta trabajar así también, en una huertita en la casa. Uno puede vender algo de la huerta, un repollo, un tomate; aquí no hay a quien venderle nada. Después uno se puede comprar una camioneta y vender cositas; verdulería, como se dice.

199

Abandonados del Estado

Ahora estamos recibiendo una ayuda para plantar pinos por la Conaf, pero eso es a muchos años. Ha andado la gente de Indap también, pero para el otro lado. Aquí no ha llegado nada todavía; a lo mejor más adelante pienso yo que podrían venir. Si aquí vamos a tener que vender no más y ponernos todos de acuerdo, porque o si no, venden algunos y los otros se quedan encerrados con sus tierras, porque venden los de las orillas.

Hay que buscar otro método. Aquí no se puede hacer nada; ellos deberían ayudarnos, porque nosotros estamos abandonados. Nosotros sabemos como es el trabajo de la tierra. En la tierra podemos plantar lo de uno, y nos vamos a vender allá para sacar algo de plata, poder tener para los oficios de la casa, y aquí no pues. Aquí uno no tiene: planta una mata de lechugas y se seca, y le queda lo que come uno no más, puramente para comer y no saca nada. Está malo para vivir acá en Buenos Aires. Y el trigo, cosecha un poco también, no tiene para vender tampoco.

Los caballeros de antes eran más plantadores, habían más árboles frutales. Ahora se han terminado los árboles frutales, la gente no planta. Antiguamente habían muchos perales, ahora no quedan ni los troncos de los perales; se terminaron los árboles frutales.

Faltan caminos, faltan las alcantarillas para que corra el agua, porque se echan a perder los caminos. Aquí hay dos pasaditas de agua. Son esteros grandes; entonces en invierno, cuando se llenan, se inunda y se pierde el camino.

La municipalidad no ha ayudado en nada. Ha venido aquí, pero no nos ha ayudado en nada a nosotros; ayuda allá a Huelmapu, pero aquí no pues. Necesitamos en el camino hacer un corredero de agua, que no desmorone el camino. Nos dijeron, “tienen que pedirle al alcalde”. Dicen que tienen un proyecto, pero para el otro año, y nunca llega.

La búsqueda de trabajo

Nosotros, los vecinos, nos llevamos todos bien. Nunca nos hemos enojado, porque somos todos emparentados, suegros, yernos. No hay enojaduras ni envidias entre nosotros.

Aquí los vecinos se han juntado por causa que hay una junta vecinal. Ahí don Enrique, un vecino, nos hizo una sede para que estuviéramos todos juntos. Las señoras ahí están aprendiendo a hacer trabajos que les enseñan, dibujos para teñir las lanas; hacen unos paños para mesas; también les están enseñando a hacer bolsones. A nosotros nos enseñan más que nada a la agricultura. Nos enseñan el trabajo con las abejas. Los chiquillos míos creo que se trajeron cajones modernos para las abejas. Este año dieron poca miel, trabajaron muy mal las abejas; salieron como dos litros no más, ni pa’ nosotros tuvimos.

A mis hijos los invitaron a capacitarse en la cuestión de las abejas. Ellos quieren salir; primero querían aprender todo eso de los cajones modernos. Se entusiasmaron y fueron a las reuniones y aprendieron; de allá los trajeron a conocer la abeja reina y ahora ellos la conocen. Los chiquillos después cambiaron las abejas a los otros cajones y aprendieron a hacerlo bien. A ellos les gusta trabajar con las abejas y les gustaría quedarse trabajando acá, pero todavía no se sabe qué va a pasar.

Aquí uno se las arregla como puede. Si no hay nada para la olla, hay que salir a buscar no más. Una posibilidad son los conejos; también se pueden recoger callampas, pero nosotros, que ya estamos más viejones, no sacamos las callampas tampoco; cuesta mucho para secarlas. La juventud más nueva trabaja con la callampa, pero para uno es más sacrificado.

El futuro incierto

Yo quiero que mis hijos estudien para que no salgan como uno, porque uno, por falta de estudios, trabaja mal. Que sea más aliviado el trabajo de ellos para adelante. Que no trabajen tanto, así como trabaja uno.

Los hijos quieren quedarse, pero con ellos nunca se sabe mucho; uno piensa una cosa y ellos piensan otra. Así que uno no sabe el pensamiento de ellos; a

lo mejor se quieren ir de aquí también. A mí me gustaría que mis hijos se quedaran para que me ayudaran a trabajar, pues; pero si ellos se encuentran mal, qué le va a hacer uno. Ellos tienen que ver también por su vida.

Nosotros ya no tenemos esperanza, ni una, porque estamos viejos y tampoco podemos pensionar. De esta edad cuesta mucho; estamos jóvenes para pensionar todavía y viejos para trabajar, y quedan varios años todavía...

Yo creo que la gente está aburrida aquí, saben como es la vida de trabajar aquí. Casi todos van a vender el suelo, la gente está muy aburrida ya. Si alguien les viene a ofrecer comprarles y si les alcanza para irse para abajo, la gente va a vender. Aquí no va a mejorar nunca.

Yo también me iría, aunque fuera un sitio que tuviera para comprar en otra parte, donde consiguiera más trabajo, donde salir más a trabajar. Aquí no hay animales, y si uno los tiene, ¿de qué se alimentan estos animales? No hay alimento ni para uno; hay que comprar los fardos y uno no tiene de dónde sacar esa plata. Estamos muy mal aquí en los cerros; todos estamos pensando la hora de vender aquí, más que sea un sitio en otra parte, donde sea, en Curicó, para trabajar en cualquier cosa. Eso está pensando la gente, en irse.

Aquí nosotros lo hemos hablado con los otros caballeros; si vendemos aquí, poder comprarnos en otro lado, donde estemos todos juntos, aunque sea una hectárea de buena tierra para tener donde vivir y darse vuelta. Hemos conversado, ya tenemos conversado el proyecto. Nosotros aquí somos como cuarenta personas que estamos hablando esto. Estamos de acuerdo con el proyecto. Aquí no se puede hacer mucho porque aquí es muy seco, no hay agua; aunque regaran con manguera, igual se seca, porque aquí no dura la humedad; aquí no ha resultado nada; huertitos chicos y algunas matitas de cebolla se conservan.

Ojalá que este proyecto ande, para cambiar la vida, más que fuera un poquito, porque por aquí no da más resultado. El suelo es muy malo: siembro tres sacos y recojo lo mismo. Nada progresa.



Fotografía de Alvaro Hoppe

CUANDO LOS HIJOS SE VAN⁵

Yo aprendí a tejer telar a los doce años porque mi mamá me enseñó, y a mi mamá le enseñó su mamá y yo le enseñé a mi hija. Ella también sabe tejer. Sabe tejer, hacer comida, comidas de trillas en fondo grandes. Hace unos pocos días hubo un funeral de una pariente mía de aquí de Maldonado; también fui yo a hacer la comida para varios. Con otra señoras, para sesenta personas, setenta personas, en los fondos hay que hacer comida.

El trabajo

Aquí no falta el trabajo. Una se levanta en la mañana y hay que ir a darles comida a los animales, y ahí me voy a regar; después vuelvo y la tetera está hervida. Entonces tomamos desayuno y José sale a las ocho para el cerro y trae leña y así salen las cosas.

Yo siembro, riego y me salen bonitas y tremendas matas de lechugas; repollos, también. Se dan buenas zanahorias, porque es jardín nuevo; lo hice el año pasado, no más. De primera no tenía ni rejas. El año pasado hice una manta, y dije yo: "Voy a comprar una reja aunque no compre ni una cosa más". Hice el empeño y compré esa reja.

Las verduras sirven de mucho; la cebolla, que estaba tan cara el año pasado: así una matita, daban tres por cien pesos y bien chiquititas, y dije: "Si yo tengo agua y tierra y semilla, por qué no se hace". Y empecé a hacer el jardín, a picar, y les dije a los chiquillos que me tiraran la tierra.

A mí me gustaba mucho el trabajo apatronado. Esos tiempos yo tenía una patrona que me quería mucho a mí, y yo me levantaba bien temprano, a poner la tetera al fuego. Yo tomaba mate con ella; estaba viejita la patrona y era buena. Me traía galletas, queques, brazos de reina, tomábamos mate ahí con todo. Salíamos a ver la chacra. Yo tenía una huerta, tenía porotos verdes, tenía cebollas, tenía ají, choclos. Lo pasábamos re bien con la patrona.

Los hijos lejos

Mis hijos se van a trabajar en la temporada a la fruta. Pero allá llueve, ya opinan por la casa, dicen que les dan tanto deseos de venirse para la casa y no aguantan el frío. Donde ellos han ido de chicos a trabajar allá, les duelen mucho las piernas. Y a lo que llegan tienen que ir a los baños, y ya se empiezan a aliviar. Hace tanto frío p'allá, todos mojados, que no quieren irse. Después empieza lloviendo ya y por eso tienen que venirse, y más como tienen que venir a ayudar aquí también. Y cuando ellos llegan, más trabajo, más bocas... ahí tengo

⁵ Entrevista a la señora María Salgado, realizada en Chillán, por los sociólogos Cristián Pérez y Marlene Mesina, para el informe "Pobreza en Chile: Un desafío de equidad e integración", del Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza (CNSP) (Santiago, 1996).

que apurarme más en hacer la comida; cuando llegan ellos, más pan, más harina, más de todo hay que tener. Después ya no se van más, hasta vuelta del año atrás; pero a ellos les gusta mucho su trabajo; les encanta, porque reciben su plata y aquí no. Ya llegando el tiempo de irse p'arriba, no piensan ni comen cuando se acuerdan.

Por aquí ellos ayudan, hacen la siembra por ahí, pero no tienen ni un peso para el año, y cuando pillan un par de conejos y los venden, esa es la plata que reciben.

Mis hijos son trabajadores; apenas llegan, empiezan a limpiar la siembra y ya después llueve y empiezan a sembrar, y a darles de comer a los animales, y así. Ellos no están nunca parados. No falta qué hagan por aquí, ya se llevan cualquier cosa, los mando yo por aquí, hasta limpiar el agua por ahí, a ver los animales, a darles de comer... Pero aquí nunca ha habido un año bueno, que se coseche de todo un poco; no, nunca. Todo el tiempo poquito. Aquí el año pasado sembraron ocho sacos a medias y se cosecharon algo de cincuenta sacos a media; tocan veinticinco, y de ahí sacaron para pagar la máquina que hace la trilla, que se lleva la mitad. Nos quedaron como diez sacos.

Todo el tiempo ha sido bien duro para vivir, porque si es poca la cosecha, es más difícil, pues. Años que pasan por alto no más, y no se cosecha. Eso es lo que pasa, los suelos están más lavados, ¡y una de pájaros que hay!

Irse del campo

204

Aquí los chicos han ido a la escuela y han aprendido lo que les han enseñado; claro que aquí enseñan muy poco: a multiplicar, sumar, restar, leer, escribir, es lo que les enseñan y eso es lo que han aprendido.

Quizá si mis hijos van a querer seguir viviendo aquí, pero, ¿para dónde van a ir? A lo mejor después encuentran algo mejor para otro lado y pueden irse a trabajar. Aquí hay tanto joven que se ha ido y se ha acostumbrado por allá. Tienen su pega y se quedan. Nosotros tenemos que quedarnos por aquí no más, qué le vamos a hacer. Ya tiene su ranchito uno por aquí. No hemos pensado irnos todavía. Más adelante.

Es difícil trabajar al irse pa' otra parte; los suelos pa' otra parte son caros, no es como estar en los cerros. Nosotros no tenemos título de dominio; no tiene nadie por aquí, porque es caro. Y no podemos inscribirnos pa'l subsidio, porque no tenemos la propiedad del terreno. El año pasado estuvimos sacando unos papeles y después un caballero vino de Talca. Yo mandé a consultar después de qué había pasado con los papeles. Entonces me dijo que los iba a mandar a Curepto y de entonces que no se sabe nada más. Aquí no se ha repartido nunca, por las cuadras no más. Antes eran cuadras, ahora son hectáreas; o sea, una cuadra es una hectárea.

Yo no he pensado salir para otra parte, porque una ni conoce, y más que ha sido toda una vida aquí no más. Eso será que no me da por irme a otra parte. Porque, una que pa' otra parte ni conoce, entonces... y más que él, cómo ha sido toda una vida aquí no más, y eso será digo yo, que no le da por irse a otra parte. Al salir va, pero vuelve a su casa. Si no se queda por allá, vuelve a trabajar otra vez aquí.

Hay que hacerle empeño para que cambien las cosas. Hay que trabajar más para que cambie; si no, ¡cuándo va a cambiar! Habría que trabajar en algo, y la juventud tiene deseos de irse. Es muy difícil pa' ellos aquí, por eso quieren irse, y ahí es donde está lo grande: no ve que de ahí van a quedar los puros viejos...

Yo hallo que las cosas están malas, a mi parecer. Lo que uno compra está tan caro y lo de uno no vale nada; vende un cordero y no vale más; y las cosas tienen que comprarse todos los días, por lo menos el Omo, la azúcar, el arroz. Uno no recibe una atención de nada, o hace puros trabajitos no más y le va mal en todas las cosechas, todo poco, muy poco. Está dispareja la cosa en el país. Así son las cosas.

Aquí las familias han tenido hartos hijos. Entonces los hijos trabajaron har-to y ahora se fueron, pero quedó trabajado el lugar y se quedaron con hartos animales, cabras, ovejas, vacas, bueyes. Entonces tienen buen vivir.

A veces hay familias que se mojan en el invierno y no hayan qué colocarse; secar la misma ropita no más. Nadie ayuda, no hay un proyecto que tiren, un proyecto por lo menos pa' la reparación de las casas; si no hay, nadie hace eso. Estamos ahí no más. Si no tenemos apoyo, cuándo vamos a cambiar... Estamos ahí no más.

El futuro de los hijos

Yo veo más o menos no más el futuro de mis hijos, no tan bien. Porque ellos tienen poco estudio, no pueden buscar otro trabajo. Si tuvieran más estudios, sería otro futuro mejor pa' ellos. Entonces están ahí, siempre trabajando en lo mismo que sus papás no más. Y en una larga vida va a ser igual también, lo mismo. Si llegan a casarse, van a tener que formar una vida igual que nosotros no más. Trabajar, sembrar y todo eso no más. Ellos no pueden decir: "Voy a hacer otro camino de vida; yo tengo plata, voy a ponerme un negocito por lo menos, pa' ganarme la vida más fácil". Los más chicos, ahí están, criándose todavía. El futuro más lindo que tienen es que son sanos; es lo mejor, y se van criándose bien. Eso es lo mejor, lo más triunfal que tienen; son sanitos, gracias a Dios.

Ojalá que el país fuera bien, que se compusiera, estaríamos lindo. Que los hijos de uno salgan para fuera para que la pasen mejor, porque uno ha sufrido en la vida, que sean otras personas, que sean más que uno.

Me gustaría ver a mis hijos en otro lugar; aquí en este lugar ya no. Tendría que ser a otra parte, irse, tener buen trabajo, porque ellos no son viciosos, no fuman, no toman. Entonces les falta una pega buena no más, un trabajo bueno, y ahí serían otros. Ahí habría un cambio, habría un cambio lindo, porque ahí tendrían su plata, se vestirían, tendrían con qué alimentarse.

EL MALTRATO PATERNO⁶

Nos conocimos en el año sesenta y cuatro, no me acuerdo del mes. Pero sé que ese año pololeamos y nos casamos el sesenta y seis. Él venía de afuera y ahí nos conocimos. Trabajaba de peón, en una hacienda. Ahí nos conocimos, de la manito [se ríe].

Tenía como quince años no más, diecisiete cuando me casé. Justo cumplía diecisiete. Él tenía veintitrés cuando nos casamos. Primero, estuvimos en una piecita solos no más, porque no habían casas para casados. Después nos desocuparon una casa grande y nos fuimos a una casa en la hacienda de mi marido, en la hacienda San Pedro. Después nos cambiamos a otra casa, estuvimos viviendo en tres o cuatro casas. De ahí, nos quedamos en la definitiva. Ahí nacieron mis cinco niños, en esta casa.

Me vine a Copiapó por el año ochenta y cinco, por el estudio de mis hijos, que tenían que estar viajando en bus para abajo y para arriba, todos los días. A veces tenían una horita de clases no más y se quedaban por ahí, así que optamos por tener casa en Copiapó. Pero yo hice tanto empeño, que ya me salió por cansancio la casa. Y el año ochenta y cinco nos vinimos para acá, con los hijos no más y él se quedó allá en la hacienda. Yo necesitaba urgente la casa porque los niños; eran niños hombres, además, eran más quedaítos. No tenía familiares donde fueran a almorzar o a tomarse una taza de té en Copiapó. No es como ahora, que le van a buscar y a dejar los niños a la hacienda en vehículo. Ahora es así. Los van a recoger en la mañana, temprano. La municipalidad los manda. Antes era en bus; pasaran a la hora que pasaran, llegaban atrasados, porque el bus no pasaba a la hora bien temprano, para que ellos entraran a clases. Incluso los niños tenían pase que llegaban tarde y nunca llegaban a la hora y perdían horas de clase. Y a veces les tocaba doble jornada. Yo me llegaba a enfermar, enferma de los nervios andaba. Yo preocupada de los niños que andaban por ahí.

Así, me vine yo con los niños no más a Copiapó, con todos los niños, con los cinco. Él en ese tiempo viajaba todos los días en la mañana a dejar la leche aquí en Copiapó. Entonces en la mañana nos traía el pan, tomaba desayuno con los niños y después se iba. Nos veíamos más seguido, pero después ya no... de a poco.

Yo viajo lo más que puedo los fines de semana, o feriado que hay yo me voy para Laja con la Carolina. Y él viene cuando algo tiene, diligencias o trámite, pero no viene casi nunca. Los niños no han estado mucho con el papá; se criaron lejos del papá. Es que a él no le gusta acá, no viene. Pero es mi marido el que soluciona todos los problemas. Si hay alguien en la clínica, él trae el cheque en garantía. Los problemas de nosotros, nuestra familia, nosotros tenemos que solucionarlos.

⁶ Entrevista a la señora Marta Matamala, realizada en Copiapó, por Susana Aravena, en el marco de un estudio sobre familia desarrollado en conjunto por PNUD y SUR, y publicado parcialmente en: PNUD, "Informe de Desarrollo Humano en Chile, 1998: Las paradojas de la modernización" (Santiago: PNUD, 1998).

El allanamiento de la hacienda

Nosotros vivíamos en la hacienda. Cuando vivíamos en la hacienda, llegaron el diecinueve de septiembre a hacer un allanamiento. Y le pegaron a mucha gente, a mi marido harto también. A mi papá le pegaron harto. Lo tomaron preso. Según ellos, los llevaban en lista, así como si alguien hubiera dicho “esta persona, esta persona”. Y a mi marido lo llamaron. Fue tan divertido; nos pilló así, porque nos tomaron a todas las mujeres a un lado, los hombres a un lado, los niños a otro lado. Entonces nosotros lo tomamos tan frío, como lo vimos todo tan feo, todos con tanta arma, tanta cosa, dijimos: “Nos van a matar a todos, a las mujeres. No importa que nos maten a todos, a mi marido, a mis hijos, a todos”. Era igual que ver una película de guerra, lo mismo que en una película de guerra. Y ahí, cayeron visitas —no ve que era diecinueve de septiembre—, a gente que no tenían nada que ver en la hacienda, les cortaron el pelo. A mi marido lo sacaron, le dijeron: “A ti no te vamos a fusilar, te vamos a ahorcar”, y le pusieron una cuerda al cuello. Ahí mismo, donde estaban todos, todos los niños. Al niño, a mi niño mayor, le daba como un ataque nervioso, y como nos veía a nosotros, como estábamos todos, nos pusieron con las manos arriba en una pared. Decían: “Ahí nos van a correr”. Y no, ahí nos revisaron. No sé pa’ qué nos revisaron, si nos estábamos vistiendo, nosotros estábamos así. ¿Y adónde nos íbamos a meter armas, si ellos nos estaban viendo cuando nosotros nos estábamos vistiendo? “Y usted, tienen que saber dónde está tal persona, si esta persona entró, si esta persona salió”. Nosotros, nada que ver. “Que cuándo entró, que esta también”. Si nosotros no sabíamos quién entraba y quién salía. Uno vivía su vida, no estaba preocupada de otras cosas. Nosotros no sabíamos si iba a pasar algo o no. Pero por algo dice un caballero que uno se mató, un caballero se mató. Él dice que se mató, que se ahorcó cuando estaba preso, pero no sé. Y a otro caballero, sabe que al otro caballero lo dieron vuelta de los pies para atrás, lo dejaron...

Eso fue feo, feo. Por lo menos uno nunca se va a olvidar, los niños chicos, tenía chiquitos a los tres. El mayor, igual él nunca se va a poder olvidar. Si a él cuando lo tomaban, como él era ‘mamitis’, se iba corriendo a donde estaba yo y lo tomaban y lo tiraban, ¡chico!

Nunca más tomaron a mi marido, pero quedó él traumatizado, quedó mal él. Porque quedó con miedo, de cualquier parte podían venir.

La entrega de tierras

Cuando nos entregaron las tierras, nosotros teníamos todo listo para irnos de la hacienda. Él, mi marido, había trabajado dos años en la hacienda; no pensaba que le iba a tocar, que le iban a dar tierras. Por ser un trabajador tan reciente, no era un trabajador antiguo; no como mi padre, que era antiguo, llevaba toda su vida trabajando en la hacienda y no le tocó tierra. El no tenía, no estaba organizado ni nada. Solamente llegaron un día y le dijeron que le había tocado tierra. Pero él no tenía idea que le iba a tocar tierras. Como que hicieron un sorteo, me parece, algo así debe haber sido. Pienso yo, porque nosotros teníamos todas nuestras cositas arregladas para irnos de ahí, porque como ya él no

iba a trabajar más ahí. Nos íbamos a la hacienda Dos Hermanas, él se iba a cambiar de patrón. Él tenía la casa adonde íbamos a vivir, todo. Nos íbamos a ir, si teníamos las cosas listas, embaladas, todo para irnos. El no podía creer, porque él decía por qué, si él era tan nuevo. Porque no supieron entregar las tierras, nosotros pensamos. Había gente tan antigua, que debían haberle entregado a esa gente las tierras. Le entregaron a unas personas que eran demasiado viejitas, que no podían, no tenían hijos, que incluso no tenían ni esposa. Entonces nosotros pensamos que tiene que haber sido un sorteo. Pero no les entregaron tierra a personas que vivían años ahí, que habían sido nacidos y criados, que conocían tan bien las tierras y todo. Les entregaron tierra a personas solteras. No sé las personas que lo hicieron, no tengo idea. Nadie se explica tampoco, hasta el día de hoy, por qué a él le tocó tierra [se ríe].

Sabe que a mí me dio rabia que le tocara la tierra. A mí me dio rabia, porque sabe que yo quería salir de ahí, porque toda mi vida ahí yo viviendo, nacida y criada ahí en la hacienda, y yo quería salir de la hacienda. Yo dije: "Aquí ¡ay! me voy a quedar toda la vida y nunca más". Tampoco pensé que yo me iba a ir a vivir a Copiapó. Yo eso lo veía lejano, que me den una casa. A mí me molestó, porque yo quería salir de ahí, quería irme a otro lado. Pensamos en La Serena, habíamos hecho hartos planes, pero irnos pa' otros lados, porque no queríamos estar ahí. Y nos quedamos ahí, hasta el día de hoy.

Nos cambió hartos la vida porque él ya no trabajó más apatronado. Trabajó ya en forma particular. Y a veces igual trabajaba así, lo llamaban para hacer unos trabajos en tractores. La siembra, tres meses hay que esperar para que... por eso en ese período trabajaba en otras cosas, mientras las cosechas se daban.

208

Los estudios

Nosotros queríamos que ellos estudiaran, que siguieran estudiando, igual que el mayor. Él no dio la Prueba de Aptitud, porque no estudió, no se preparó y ya después se puso a trabajar. Pero los otros no; a los otros les dimos varias veces la oportunidad para matrícula y todo.

Varias veces tuvimos problemas en la compra de libros. Incluso en este momento tenemos ese problema con la Carolina, porque en el colegio leen libros que son demasiado caros. Le piden tres, cuatro, y no teníamos en este tiempo para comprárselos. Y también que uno no tiene la capacidad para ayudarles. Yo, por ser, no puedo ayudarle a la Carolina, porque yo llegué hasta quinto año básico. Me enseñaron hasta quinto año no más. Y a la Carolina yo le miro los libros y quedo nula, porque no sé.

Por lo menos con el mayor, no tanto; por lo menos le enseñaban las tablas, que eso era lo más fácil que antes le enseñaban; a restar, a sumar, uno le explicaba. Pero ahora le enseñan tantas cosas de otra manera a la mía. A la Carolina yo no puedo ayudarla a hacer una tarea. Mi marido tampoco no había ido casi nunca a un colegio, no fue nunca a un colegio. Después, cuando fue más adulto, ahí aprendió un poco. Y como yo sabía un poquito más, yo le enseñaba a escribir, porque él tiene faltas de ortografía; él siempre escribe y yo le estoy corrigiendo.

Uno siente que uno no puede. Por ser, la Carolina dice: "A las otras compañeras la mamá les enseña", pero esas mamás han tenido educación. Me enseñaban a sumar, a restar, multiplicar. Y nada más. Y ahora les enseñan tanta cosa a la Carolina, que yo no lo estudié.

Al papá, a él le da igual que los niños estudien o no estudien. Si es por el caso mío, que yo estoy ahí que estudien, que estudien. Si a veces peleamos por la Carolina: "Necesito cincuenta y dos mil pesos para comprar libros, que me pidieron en el colegio". Y le dice: "Anda a trabajar y te comprai los libros". Si la niña depende de él todavía, tiene que él darle.

El alcoholismo y el maltrato paterno

Desde que nos casamos, él toma, pero últimamente se pone a beber hasta ocho días, bebiendo así sin descansar. Es un problema pa' nosotros, como familiar. Pero yo no quería hablar, porque sé que usted le va a decir a él y me va a retar [se ríe]. Los niños, anoche me decían: "¿Y le vai a decir a la señora todo lo que te hacía mi papá?" [se ríe]. "Tenís que contarle a la señora todo", me decía el Luis. Él tiene el problema del alcohol hace mucho tiempo. Pero ahora que me dio la diabetes, doy gracias a la diabetes, digo yo, que estamos juntos a lo mejor, porque si no a lo mejor no hubiésemos estado juntos.

Cuando él está bebido, con los niños igual. Pero con los niños el maltrato verbal, como se dice, ha sido hasta el día de hoy. Cuando están grandes, casados, hombres, igual los trata mal. Una vez le pegó a lo grande al mayor; quizás por eso se fue de la casa. Por el maltrato, porque tenía como diecisiete años y le pegaba como niño chico. Por eso ninguno está con él. Y ahora que es hombre, es grande, casado y todo, no lo maltrata a golpes, pero con malas palabras. Entonces a los niños los hirió eso. Yo les digo: "Ojalá hubiese sido otro papá". Los tiene a todos trabajando con él en la parcela, son todos hombres. Yo le digo que si está con sus hijos trabajando, que sea amable.

Hasta el día de hoy me maltrata con malas palabras. Y esto del brazo me lo hizo él, no me caí na'. Me tomó muy fuerte de la mano; fue hace poco, un mes y medio nada más. Pero cuando está bueno y sano, él llora y pide perdón. Los niños me dicen a mí: "Mamá, ¿por qué a usted le pide perdón y usted le cree que no le va a pegar más?". Dicen que eso es mentira. Pero es que él, no sé, él dice que no es alcohólico. Y yo le digo que sí, porque cuando él no toma, por ser un fin de semana, él anda rabioso. Y yo las paro altiro, porque anda mal genio. Entonces le digo. Y él dice que no. A veces le pongo ese programa de la Paulina Nin, que es tan bueno, que hablan del alcoholismo, de esas cosas. "Pero yo no soy alcohólico", dice.

Muchas veces he tratado de decirle que nos vamos a separar, pero yo a estas alturas de la vida, con cuarenta y un años. Yo lo tengo claro, que eso del alcoholismo nunca se va, que él no va a dejar nunca de tomar.

Pero si casi se mató, se quedó con el brazo... y no agarró miedo. Ya no cambia. Los niños no pueden ir a la casa, porque si van a visitarme, van a la parcela, él siempre está bebiendo; se ponen a discutir y nunca pueden estar en una reunión juntos, ni una cosa, porque siempre pelean. Se pone violento para mal-

tratar a los niños, incluso les ha pegado; hasta de hombres grandes les ha pegado. Por eso los niños no quieren ir, no van a la parcela.

Uno llega a un momento en que no halla cómo actuar, qué hacer. Porque yo lo podría llevar a una parte donde lo atiendan, y él no va. Dice: "Pero si yo no soy alcohólico". Igual, como es gordito, le digo: "Pero si ya tiene cirrosis". Y se enoja, porque donde está "tan gordo", digo yo, "tan guatón, debe tener cirrosis". Pero se enoja, no reconoce.

Ahora estoy más acostumbrada a estar acá, más silencio, sola. Por una parte fue peor, por otra mejor, porque estábamos acá y teníamos el colegio cerca. La parte peor, porque el papá estaba lejos. Y a veces a los niños el papá los retaba por alguna cosa, o porque al papá allá en la hacienda le decían algo, él venía y los venía a machacar, sin saber qué es lo que había pasado. Así que los niños estaban con temor acá. Estaban todo el día pensando, "ya va a llegar mi papá". Y yo estaba ahí atrás todo el día con los niños. Fue como peor. Siendo que los niños estaban grandes.

Cuando él llegaba acá, era igual que cuando yo vivía en la hacienda. Yo en la hacienda me enfermé de los nervios. Tanto, sabe, que yo tenía miedo. Sabe que me pegaba todos los días. Porque él llegaba de la casa de la mamá, él llegaba y me agarraba, y yo decía: "¿Por qué me está pegando, si yo no sé qué he hecho?". Les pasaba igual a los niños, a los niños igual les pasaba eso. Como a mí sus padres nunca me aceptaron como esposa. Hasta el día de hoy, nunca me aceptaron; nosotros no tenemos contacto con los padres de él, ni mis hijos, nada.

La diabetes

Me enfermé, por mi marido [se ríe]. Yo le echo la culpa a él no más. Siempre me dice: "Me echai la culpa a mí", y de verdad que yo creo... porque fue una noche que estaba lloviendo, me acuerdo, y vivíamos en la parcela. Y como en la parcela no hay ninguna comodidad de agua, luz, nada, entonces como estaba lloviendo, él nos trajo a la casa en que vivíamos antes. Teníamos una cama de dos plazas no más, para dormir yo con los niños. Y ese día que nos habíamos quedado en la parcela, él se fue a tomar a Perales.

Y llegó en la noche curado, y decía: "Cómo, están todos mis niños durmiendo". Y él venía curado y dónde iba a dormir él. Entonces, como estábamos ahí reducidos a una pieza no más, yo le dije que con la lluvia la otra pieza se pasaba todo. Entonces dijo que por la lluvia seguro que estábamos acá. Y bien curado. Entonces esa noche pasé rabia, no dormí en toda la noche. Y dormí sentada, porque él no me dejaba ni a mí ni a los niños tranquilos, donde estaba curado. Yo con una sed, como que se me declaró en la noche. Nunca había tenido un síntoma de diabetes. Llegué a mi casa con sed, sed, sed. Tomaba agua, litros de agua. Me pasaba a puro orinar y a tomar agua, agua. Y pasó un día y pasó dos días, y seguía así. Y yo pensé, "caña mala", como se dice. Hasta que me tuvieron que llevar al doctor. El doctor, cuando me vio, me dijo: "Si tú tienes diabetes". Yo no creía.

Con los años, después fui a un yerbatero y tampoco me dieron, porque ellos no tienen remedio para eso. Que uno misma tiene que ir tomando aguas

amargas, a uno le dicen, pero no le dan a uno un remedio que le digan que uno se va mejorar de eso; para estar estable, no más.

Al menos, yo gané algo: que no me trataron más mal, por lo menos ya no me maltrataron. Empezaron a cambiar de ahí, desde el momento en que me dio la diabetes. El doctor, estaba él con el doctor, me dijo que yo tenía diabetes, que no se me iba a quitar, que iba a vivir con esta enfermedad, y él no iba a haber maltrato conmigo. Poco a poco fue cambiando. Porque él, después de que hace las cosas, él reacciona así, con miedo. A que me pudiera pasar algo. Siempre le ha tenido miedo a que me pase algo a mí, así como una enfermedad. Pero nunca ha habido comunicación, por ser, de conversar, de que los niños, de que nos sentemos en una mesa a conversar todos, así los papás y los niños, no. Siempre nos ponemos a conversar cualquier cosa y salen todos peleando [se ríe]. Hasta el día de hoy.

La unión de los hijos

Cuando me enfermé de diabetes, mi hijo mayor se le enfrentó al papá: “Si le pasa algo a mi mamá”, le dijo, “yo te voy a matar”. Mi hijo mayor, hasta el día de hoy es bien indio, porque ya era demasiado lo que me molestaba. Ya los niños empezaron como a defenderme. Y ahí empezaron todos. “Si le haces algo a mi mamá, yo voy a llamar a los carabineros”, así gritaban.

El momento en que yo estuve enferma mis hijos se desorganizaron, no hallaban qué hacer... Ellos pudieron salir adelante, sí. Ellos cuidaban a su hermana, la peinaban, la mudaban, le hacían todo. Les sirvió harto a los niños, al menos algunos aprendieron a cocinar. El mayor todavía no aprende [se ríe]. Pero los otros niños, sí; a lavarse, incluso. Cuando yo estaba enferma, ellos se lavaban sus calcetas, su ropa para ir al colegio. No dependían solamente de que yo estuviera, que yo les haga.

Para todos significó un cambio. Los niños hombres, todos se han reunido conmigo. Yo cuando estuve en el hospital, todos los días ellos estaban en el hospital. ¡Pobrecitos! ¡Qué parecían, mirando para arriba, en el hospital!

Son así, o sea, cualquier cosa que le pase a uno, todos estaban ahí. Si al otro le pasaba algo, todos estaban ahí. Entre ellos. No ve, como le digo, que entre la familia nos unimos; la familia son mis hijos y uno no más.

El terror al padre

Los problemas de mi hijo José empezaron cuando él tenía siete años. Yo viajé a Iquique y se quedaron mis hijos con una señora y mi marido. La señora, en ese tiempo, se fue pa’ su casa a ver a sus niñitos y dejó a los niños solos. Mi hijo José, que siempre le ha tenido miedo al papá, se acostó a dormir abajo del catre. Y el papá lo buscaba y no lo encontraba. El niño estaba durmiendo debajo del catre. Y él le dio una “chanca” que casi lo mató. Y de ahí el niño quedó hasta el día de hoy con problemas. Y yo decía, por qué siempre mi hijo escribía, en las ventanas, en partes donde él viera, así: “Mi papá a mí no me quiere”, “mi papá a mí no me quiere”. Él escribía eso. Y después, siempre andaba escribiendo y

decía que el papá no lo quería, porque como a él fue el único al que castigó. A los otros no los había castigado tan fuerte como a él. Entonces quedó con eso, hasta el día de hoy. A él como que le falta el papá; no tienen contacto, nada, con el papá. Siempre, cuando estaba en el colegio, él dejaba por ahí escrito que él se quería matar, porque a él nadie lo quería, y se tomaba unas pastillas, lo que pillaba, se las tomaba.

Después cuando estuvo más grande, estábamos veraneando, y el papá le dijo: “Tú te vai a quedar acá”, como que a él siempre lo marcaba más. Entonces él eso lo sintió de chico. Entonces él dijo: “Tu mamá va a ir con ellos a veranear y tú te vai a quedar un día conmigo y después vai”. Y él se sintió tan mal, que tomó veneno. Estuvo en la UCI grave también. Tendría como diecisiete años, diecisiete años tendría. Él estuvo en el hospital, pero nunca dijo qué es lo que tomó.

Al poco tiempo, entonces, mi hermana me dijo: “Yo me lo llevo a Santiago, me lo dejan no más. Yo me lo llevo y tú lo vai a ver a Santiago”. Entonces yo le dije que lo llevara mejor. Le tuve que mandar todas sus cositas, sus zapatos, sus cosas, que no le faltaran. Ya se había tomado dos veces pastillas y todo eso. Y después, allá en Colina, donde vivía mi hermana, me avisa urgente que el José había dejado un papel escrito que él —siempre andaba escribiendo para llamar la atención, en realidad—, que él se iba a matar. Se había tomado un frasco de cloro. Y allá tuve que partir urgente. Ahí es cuando la Carolina repitió el segundo año del colegio. Me la llevé conmigo a la Carolina a Santiago y me dijeron que el niño tenía una cuestión cerebral, neurosis tenía. Y me dijo: “Su hijo tiene una neurosis grave”, me dijo, “mejor que no salga del hospital”. Y yo le pedí al doctor que me aconsejara que dónde podía internarlo. Me dio un papel que lo llevara a una clínica psiquiátrica. Diecisiete años tenía cuando entró en la clínica psiquiátrica.

Lo iba a ver; primero no me dejaban, porque estaba recién. Después ya me dieron permiso para dormir adentro, permiso para que saliéramos pa’ afuera, para ir a tomar tecito, compartir. Así que los viernes íbamos todo día con él, con mi hermana.

Me llamaron los doctores ahí pa’ yo explicarles. Yo les explicaba que el papá le pegó. Y después, cuando tenía como quince o dieciséis años, le volvió a pegar fuerte. Llegó a hartarse, como le decía yo. Llegó de la hacienda, lo encerró en la pieza y le empezó a pegar con una cadena. Esta con la que amarra al perro. Y el otro niño chico entró a defenderlo y también le pegó a él. Entonces como que él estaba muy marcado. Como que a él, como que todo le pasaba a él, y todo a él. El más golpeado. Por eso él está soltero todavía. Pero es bien allegado a mí. Por ser, como yo voy pa’ abajo todos los fines de semana, se va conmigo, toma mate conmigo, comparte hartito conmigo. Él tiene su pieza, bien bonita, su cocina, su cama, tele, equipo de radio. Él trabaja y se compra sus cosas.

Yo le contaba la historia porque tenía que contarle al médico, qué es lo que tenía que estaba atacándole; él tenía eso de intentar el suicidio. Siempre, de chico, de cuando tenía tres años, siete años, cuando le pegó fuerte, fuerte. Y como que de ahí le hicieron tratamiento. Después tenía que ir a control. Tomaba medicamentos.

A nosotros, en esos años, nos cobraban tres mil pesos diarios por estar él ahí. Fuera de todos los medicamentos que él consumía. Esos gastos, para recuperar el cheque en garantía del amigo, él tuvo que dar un pie en plata. Y el otro lo hizo en cuotas y lo pagamos en el Banco Osorno. Firmó letras. Entonces todos los meses teníamos que pagar en la caja del banco; con plata que sacábamos de las cosechas.

Yo me lo traje de ahí. No se quedó en Santiago. Me lo traje para acá no más. Estaba conmigo no más. Después ya se puso a trabajar. Después de ahí ya estuve como un año conmigo, así no más; después se puso a trabajar solo. Estuvo viviendo con la abuelita. Es que a él nunca le gusta estar aquí en la casa. Duerme un día y se va, duerme un día acá y se va al otro día... Él tiene la casa de mi mami en la hacienda, él tiene una piecita atrás, en el patio de mi mami. Empezó a trabajar en la hacienda. No ha vuelto a tener crisis así de querer matarse, así no. Le dio el alta el doctor.

A veces, cuando ha estado en vacaciones, yo le lavo su ropa. Se lleva bien igual conmigo. Cuando está de pago, me regala plata, me compra cositas o su engaño. Pero con el papá, nada. Se hablan, incluso ahora le había hablado él para que se quedara allá en la parcela. Pero no está ni ahí con él.

Está soltero todavía, tiene mala sangre también. Por eso yo, a veces tenía miedo. Decía yo, por qué siempre que se quería casar, a la niña no la dejaban los suegros. Ahora está bien. Vive solito ahora. Y tiene un vicio, le digo yo, porque tiene sus cosas, pero eso le hace bien: juega en la tele en Nintendo. En eso se lo lleva, cuando llega del trabajo.

Capítulo cuatro

GENTE DE ESTA TIERRA

Muchos relatos se van transformando en uno solo, en una larga narración. Es el relato de las familias mapuches del sur de Chile. Hablan sobre sus recuerdos, su futuro, su vida comunitaria, el temor a perder la cultura, y las presiones y necesidades por integrarse. Son testimonios sencillos donde nada es negro o blanco. No está acá el guerrero mapuche, del que ha contado la historia. Tampoco está el joven visionario que busca una nueva dimensión política para su pueblo. Esa también es una realidad, pero no la que aquí se consigna. Tampoco está el campesino vencido, el pobre marginal, que muchas veces busca la ayuda de la autoridad para subyugarse más aún. Hay gente pobre, que quiere educar a sus hijos, que quiere trabajo y oportunidades. Es una combinación de discursos y textos que van formando lo que son estas personas, los mapuches. Por cierto, un aspecto de los mapuches.

El sentimiento de desigualdad y discriminación cruza sus vidas. La señora Josefina y don Pedro tienen nueve hijos; con suerte, tres de ellos terminarán la enseñanza básica. Sus vidas transcurren entre las chacras y la crianza, siempre pobres, pero sabiendo que “cuando uno cosecha, se echa una sonrisa y se siente feliz”. Para sus hijos no quieren esa vida de campesino: “con la agricultura pasan los años y uno no pilla ni un peso”. Valoran la educación, y por ella dejaron las tierras y se trasladaron al pueblo, donde está la escuela. Pero la educación no alcanza para todos; por uno de sus hijos que estudie, dos deben trabajar. De los dos caminos, dice ella, el de los estudios es el mejor. Y, sin embargo, aun cuando los tiempos han cambiado, la educación no alcanza para todos. Don Pedro cuenta con orgullo cómo uno de sus hijos llegó a ser mecánico. Porque “si el huinca tiene la capacidad de ir a la universidad, el mapuche tiene esa misma capacidad”. La diferencia, precisa luego, es que “igual, siempre tienen que ir los mapuches con proyectos; si mi niño no hubiese ido con uno, no habría podido estudiar”. Y esos proyectos son pocos; tres becas por escuela. Una de esas fue para el hijo de don Pedro y doña Josefina. Y así como se construye la desigualdad entre huincas y mapuches, don Pedro teme que ella se instale dentro de su

hogar: "A mí me da miedo que entre los hermanos se digan cosas feas, que surjan envidias, que digan que no se les dio más educación porque no se les quería a todos igual".

Doña Hortensia y don Agustín intuyen que las razones de tanta pobreza y miseria del pueblo mapuche, residen justamente en su olvido y en su descuido para con las tradiciones. Ellos también apostaron a la educación de sus cuatro hijos y a la modernización de las tecnologías para trabajar la tierra, pero siempre en el marco del "temor y el respeto" a los valores de la comunidad y la tradición. Reconocen que los nguillatún "no se hacen como se hacían antes... la gente está media achilenada". Y a lo mejor señalan, "por eso Dios se enoja, por el olvido".

El país ha cambiado, los mapuches ya no son los mismos, señala don Segundo. Y aun cuando cuenta con orgullo que crió bien a sus hijos, porque siempre lo han sabido respetar, reconoce que las costumbres se han modernizado. "Todos quieren andar bien vestidos, sobre todo los chiquillos. No conocen la necesidad, no saben andar a pata pelá". Y esto que puede ser un logro, a sus ojos es también una amenaza: la mayor libertad de que gozan los jóvenes a menudo se contradice con los principios de la comunidad. Porque, como bien dice, "ahora, el que quiere estar mejor, tiene que mirar para adelante, sin mirar atrás". Y así es como el campo se ha ido transformando; "parece población", y los hijos "ya no saben de la vida antigua", "pasan más en la micro, son modernos". El problema, dice don Segundo, es que a pesar del agua, la luz, las casas que parecen de población, los hospitales y las mejores tecnologías, no hay dinero para trabajar. La pobreza se sigue sintiendo y las alternativas son pocas: huir del campo, como en la historia de Lucía; refugiarse en la religión pentecostal o encerrarse en sus precarias comunidades. Porque aunque don Fermín se empeñe en querer creer que "ser mapuche es como ser chileno", su experiencia le indica que "los del pueblo no dicen eso, porque ellos siempre miran en menos al campesino, no quieren ser amigos de un campesino".

246

Los relatos mapuches están cruzados por muchas tensiones. La expectativa de salir de la pobreza mediante el acceso a los beneficios de la modernidad y de la modernización, y ello sin traicionar a la propia cultura, atraviesa muchas de estas historias. La experiencia de las oportunidades a su alcance les indica ya, en especial a las nuevas generaciones, que esa tensión no se resuelve fácilmente. En parte, porque acceder a la educación, a la luz, al agua potable o a mejores vestimentas, no es condición suficiente para salir de una pobreza transmitida de generación en generación. Y en parte, también, porque la apuesta por la integración no evita la frustración que les genera una sociedad que los rechaza y los fija en su pobreza. No es de extrañar, entonces, que los relatos transiten de manera recurrente entre la alternativa del olvido de la propia historia y la integración, por una parte, y la reclusión y el resguardo en los estrechos márgenes de la propia comunidad, sea mapuche o pentecostal, por otra.

Paradójicamente, los años noventa se pueden caracterizar también por la “emergencia indígena en la sociedad chilena”. Los mapuches se han transformado en uno de los principales actores de la política y del debate nacional en lo que va de esta década. Hasta los ochenta, era un asunto circunscrito al sur de Chile, como tantos otros que cruzaban el país. Su importancia era relativa y de ninguna manera se podía afirmar que los mapuches estuviesen en el centro de los debates nacionales, ni menos en la denominada “agenda política”. Pero ahora, pareciera que de pronto toda la sociedad se hubiera “mapuchizado” y que el tema indígena hubiera recuperado su fuerza cultural y política.

Los mapuches aparecieron en la década del noventa rodeados de una confusa combinación de discursos. Por una parte, exigían sus derechos sociales y culturales reivindicando hablar su lengua, estudiar en los dos idiomas, respeto a su cultura. Señalaron con fuerza el despojo a que se les había sometido y pusieron el tema de las tierras usurpadas como punto fundamental de la discusión. Al mismo tiempo, se unieron con el ecologismo para defender el medio ambiente, los árboles nativos, los ríos y cuencas del país del sur. La combinación creativa de discursos en los que se entremezclan las viejas y tradicionales aspiraciones indígenas a la tierra con las nuevas preocupaciones de la modernidad, el medio ambiente, ha sido fuertemente impactante y exitosa. La década termina con un debate nacional en torno a la construcción de la Represa Hidroeléctrica de Ralco, discutida y alegada por las organizaciones indígenas. La sociedad chilena ve cada vez con mayor simpatía la causa indígena.

247

A pesar de su particular posición en la sociedad chilena actual, la población mapuche rural ha seguido el mismo destino del resto del campesinado. La Región de la Araucanía, donde vive la mayor parte de la población mapuche, es la que muestra los peores indicadores sociales de la década. En particular, el sector rural de esa región se ha comportado bajo todos los índices del país. Las causas son, sin duda, de muy diversa naturaleza, pero no cabe duda de que dos son las de mayor importancia, una externa y la otra interna. La externa se refiere a los impactos de la globalización o apertura económica del país sobre la agricultura tradicional y, en particular, sobre los pequeños productores. Se trataba de una agricultura pequeña productora de trigo, granos secos y ganadería en lo principal. Durante la década, los agricultores mapuches fueron sacados literalmente del mercado del trigo y de la carne. Del primero fueron sacados por el aumento violento de la productividad de las empresas trigueras, que respondieron de esa manera a la crisis internacional de los precios del cereal y a las disposiciones que la política de bandas de precios estableció para el país. En esas condiciones, los pequeños agricultores, tanto mapuches como no mapuches, se debieron retrotraer a la producción de subsistencia. En estos momentos, los productores indígenas casi no venden su trigo en el mercado, o su incidencia es muy pequeña. Lo mismo ocurrió con otros productos, tales como porotos, lentejas, arvejas, que eran la base de su actividad agrícola. Con la carne de vacuno, cerdo y ovejas ocurrió algo semejante. Al comenzar la década, la

presión de los grandes productores de ganado de razas finas condujo a tipificar distintos precios para distintos tipos de animales y carne, dejando fuera del mercado a los productores pequeños. Diversas medidas de control impositivo, boletas y facturas, más una cantidad de restricciones sanitarias, condujeron a que los animales perdieran valor y disminuyeran fuertemente en las granjas campesinas. La modernización económica del país dejó fuera a este sector, empobreciéndolo. Los campesinos mapuches se han visto, por tanto, empujados a vivir en la subsistencia.

Por otra parte, existen razones internas que han conducido a aumentar la pobreza mapuche rural. Durante la década del setenta, se produjo la “división de las comunidades mapuches”. Las tierras que hasta ese momento eran comunales, se dividieron en pequeños lotes entre las familias. Con los años, se han subdividido una vez más. El sistema tradicional comunal se rompió y se instaló un sistema exclusivamente familiar de explotación de la tierra, que aumenta la presión poblacional sobre el recurso cada vez más escaso. La espiral de minifundización se acentuó en los últimos treinta años, aumentando la pobreza del sector. Doscientos cincuenta mil personas mapuches viven en menos de quinientas mil hectáreas, siendo la relación hombre/tierra en la actualidad una de 1,8 hectáreas por persona. En la medida en que se toman en cuenta grandes predios cordilleranos y de la costa, esta relación muestra un promedio relativamente falso, ya que en las áreas de más alta densidad poblacional la relación hombre/tierra es menor a una hectárea por persona.

248

Ese grado de minifundización de la propiedad indígena se encuentra frente a numerosos otros desafíos. Muchas de esas propiedades se ven cercadas de plantaciones forestales, las que, por su naturaleza, condicionan la actividad agrícola de los indígenas. La plantación forestal, al extraer gran cantidad de agua del subsuelo, seca las vertientes y la tierra de las comunidades, convirtiéndolas muchas veces en desiertos. Se acentúa un proceso antiguo de depredación del suelo agrícola en las comunidades, cuestión que se observa en los últimos años. De este modo, como dicen los relatos de las familias mapuches, se observa un creciente deterioro de los recursos. Menos tierra y más empobrecida, es la tendencia que se percibe.

La gente se ve en la obligación de migrar. Pero esa migración no significa abandonar la heredad. La vida en la ciudad no es fácil para personas que tienen poco acceso a la educación formal y que sufren, además, de complejos procesos discriminatorios por parte de la sociedad urbana. Los censos de población muestran que las mujeres emigran más que los hombres, ya que tienen alternativas laborales como empleadas domésticas. Pero muchas mujeres vuelven de la ciudad después de un tiempo, ya que dicen no tener oportunidades de progreso allí y prefieren la vida del campo. Los jóvenes, por su parte, salen a trabajar a lejanos lugares, a las cosechas de la fruta, a las faenas forestales, y luego vuelven. Hay una cantidad importante de jóvenes mapuches “estacionados” en las reducciones indígenas, sin perspectivas de futuro.

Si se analiza la década desde estos indicadores, vemos que en sus relaciones con la sociedad chilena, la sociedad regional mapuche sufre múltiples tensiones. Por una parte, aumenta su presencia en la vida pública de la sociedad chilena; y por otra, se empobrece y margina en la vida económica y real de las personas. Las familias o migran para subsistir en los bordes de la gran ciudad o se refugian en la vida comunitaria. Frente a la modernización del país hay expectativa y rechazo. No es casualidad que en las comunas de mayor votación indígena se produjera un fuerte rechazo a la acción del gobierno, a pesar de la construcción de caminos, instalación de bombas de agua, entrega de subsidios de vivienda y alumbrado eléctrico. No pareciera que en las relaciones entre el Estado y los mapuches se haya logrado entender la manera como se llevará a cabo la incorporación a la modernidad. Las personas que nos hablan en estos relatos contribuyen a complejizar la temática y mostrar, desde una mirada limpia y descargada de ideologías, las expectativas de la gente de esa tierra, la tierra del sur.

APRENDER LOS LIBROS¹

Yo no sé cómo explicarme, porque nunca fui a la escuela, no sé nada. Cuando nosotros éramos niños no había escuelas. Yo nunca fui porque mi mamá era sola y para poder mantener a familia, nosotros trabajábamos. La mamá nos crió a todos; ella trabajaba pa' vestirnos, pa' mantenernos. Nosotros nunca conocimos al papá. Las escuelas que había estaban lejos y era difícil llegar. Y la ropa también hacía falta. Uno, así como estaba en la casa podía andar, pero a la escuela no se podía ir así, con esa ropita, porque la iban a molestar. Además, por la vergüenza; a nosotros nos daba vergüenza andar así.

Nosotros nos juntamos pobres, no teníamos nada, ni él ni yo. No me acuerdo hace cuanto tiempo ya, yo tenía como diecinueve años; creo que es harto, porque de las tres hijas que tuvimos, dos ya están casadas. Antes de juntarnos, pololeamos como un año. Yo trabajaba en la escuela, era manipuladora de alimentos y él era alumno de ahí. De la escuela salió casado conmigo. Nosotros nos casamos en una misión. Yo tengo guardada la libreta de matrimonio. En Tirúa nos casamos por el Registro Civil.

Él vivía con la mamá en la cancha de Miraflores; iba a la escuela todos los días, así pololeamos un año. Él me habló a mí, porque así tienen que ser las cosas: los hombres deben hablarle a las mujeres. Después que nos juntamos yo quise volver a trabajar en la escuela, pero el profesor me quería tener de manipuladora no más, así que nos hicimos una casita en este pedacito de terreno y seguimos teniendo familia.

250 El primero que tuve de él se me murió a los cuatro meses. En ese tiempo, yo todavía trabajaba en la escuela. Ese era el mayorcito. Después de ese tuve nueve hijos más; son seis hijos y tres hijas. Pero yo no me acuerdo de sus edades.

Yo no tengo educación y mi marido llegó hasta segundo básico. De mis hijos, el José estudió hasta quinto y la Verónica llegó hasta octavo, y nunca repitió ningún curso. Lorenzo está en séptimo y el Pedro Pablo parece que va en cuarto y el Jorge Omar parece que está en tercero.

Siempre pobres

Antes de vivir en esta casa, tuvimos otra un poquito más arriba. Era de chupón, así no más era, porque cuando nosotros nos juntamos no teníamos nada, nada. Lo único que teníamos era el terreno que era de mi marido. Después hicimos otra casita de chupón, por donde está el estanque de agua. Mi esposo construyó las casas, y las hizo solo, porque él es maestro, hace casas para el subsidio. Se demora como un mes. Después hicimos una casa aquí mismo, y después a él le dieron una casa del subsidio. Y en el último tiempo nos fuimos a Tirúa, por la

¹ Entrevista a la señora Josefina Marihuén, realizada en Tirúa, 1997, por Rodrigo Herrera, estudiante de Antropología, en el marco de un estudio sobre familia desarrollado en conjunto por PNUD y SUR, y publicado parcialmente en: PNUD, "Informe de Desarrollo Humano en Chile, 1998: Las paradojas de la modernización" (Santiago: PNUD, 1998).

educación de los hijos, porque nosotros no queremos que ellos sean como nosotros. Nos fuimos para allá hace como unos seis años.

Yo, por mi parte, no tengo ningún terreno. Mi mamá tenía, pero cuando la mamá falleció, el abuelito vendió el terreno y uno, como era mujer, no podía decir nada; porque a uno le enseñan que el hombre es el que manda. Así que nos quedamos botados. Nosotros éramos cuatro. Cuando falleció mi mamá, yo tenía un hermano, pero los hermanos se ponen mañosos cuando las hermanas tienen guagua, y esperó que enterraran a mi mamá y me echó. Me dijo que me desapareciera altiro. Entonces me fui donde una tía y ella me buscó trabajo en la escuela... ahí estaba yo.

Mi esposo siempre ha sido agricultor y yo en la casa haciendo cualquier trabajito, mantas, frazadas. Las únicas veces que me muevo es cuando se enferman los niños. Entonces tomo un viaje rápido y me voy a Concepción, pero voy y vuelvo, porque yo no tengo donde quedarme allá. Pa' ir a la atención se requiere plata, así que voy y vuelvo.

Cuando recién nos juntamos... tuvimos muchos problemas, sobre todo con la comida. No había trabajo y no había cómo trabajar. No había buey. Sin buey no se puede trabajar, porque él da la fuerza para la agricultura. Mi marido tuvo que empezar a trabajar en otro lado; entonces se arreglaron un poco las cosas.

Lo más difícil para nosotros era vestir a los niños. Ellos se criaron a patita pelada. Así andábamos en cueros, como pobres éramos así. No nos alcanzaba para comprar ni para mantener los hijos. Después, como se han ido criando los niños, las hijas salían a trabajar y ellas también me ayudaban. Por eso es que tenemos las cosas que tenemos, como las cocinas. La comida también nos faltó... rebuscamos por ahí pa' mantener los hijos. Y así criamos a los niños, y pobres también.

Ahora a veces tampoco tenemos donde trabajar, así que dos de los hijos van a trabajar a otros terrenos. Aquí no se puede, porque la tierra es muy poca; entonces hay que hacer otros terrenos y de ahí obtenemos la alimentación. Si hubiésemos tenido tierra, ahora ya tendríamos pa' poder trabajar. ¡Siempre ha sido así! Todavía sigue eso. Por causa de no tener tierra. Si hubiésemos tenido tierra, ahora ya tendríamos tierra pa' poder trabajar, pero la tierra no está.

Tampoco hay plata para comprar la ropa, los zapatos, todavía sigue ese problema. A uno no le alcanza para darles todo, para comprarles sus cosas. Ahora recibo una plata del subsidio. Esa plata me llega todos los meses de regalo; son dos mil quinientos pesos. Claro que con esa plata no tengo ni pa' un par de zapatos, ni pa' uno me alcanza. Pero con lo poquito que es, para algo sirve, y de a poquito se va juntando para los tres niñitos.

Los problemas que se tienen son con la tierra, porque a veces no se da el sembrado; como no llueve... y entonces uno se queda sin nada. Ya van siete años con el mismo problema; entonces, las tierras se agotan. Cuando uno cosecha, se echa una sonrisa y se siente feliz. Uno se dice qué bueno, que lo va pasar bien. En cambio, cuando no se cosecha, uno se queda triste, porque uno se pregunta de qué manera se va a mantener.

Antes era peor, pero ya no es tanto, porque ahora, aunque no se cosecha mucho ya, se tiene para el diente. Antes no, po'; antes había que buscar en otras casas, mirarle la cara a otro, pillar a alguno que le diera un poco para poder

llevarle a los hijos. Así estuvimos como ocho años, y después empezamos a tirar pa' arriba.

Educación

Nosotros siempre les decimos a los niños que aprendan los libros. No todos mis hijos pudieron seguir estudiando, porque no éramos capaces. Faltaba para la alimentación, faltaba para la ropa, faltaba para los zapatos. Todo les faltaba a los niños, así que por eso no los educamos más y los dejamos hasta ahí.

Con el José René fue distinto, porque él desde chiquitito se entretenía. Me decía: "Mami, por qué no me compras cuadernos, si yo pasé de curso". El nunca repitió. Entonces, un profesor que él tenía nos dijo que dejáramos que siguiera estudiando, porque él tenía buena mentalidad para aprender más de lo que ya sabía. Fue en el tiempo en que el José René ya había terminado la escuela en Primera Agua, había llegado hasta octavo. Entonces los profesores lo trasladaron, lo mandaron a hacer una prueba al colegio de Lebu para ver si era capaz de entrar. Él quería estudiar pa' mecánico, él quería que le dieran la oportunidad para después trabajar en eso. Pero después nos engañaron y a él lo dejaron solo, porque el profesor le dijo que él iba a hablar en la municipalidad para que le dieran el uniforme, porque como nosotros no teníamos plata y el uniforme era obligatorio. Pero después no pasó nada, no le dieron nada. Entonces tuvimos que nosotros comprarle el uniforme, así como pudimos no más; de segunda mano le compramos, porque no teníamos para más.

252

Así mismo lo hacemos con los más chicos, porque es más barato y nosotros somos pobres. Compramos la camisita, los pantaloncitos y a veces los zapatos, pero no siempre, porque son más caros.

A mí me gustaría que estos niños también pudieran salir adelante, igual que su hermano. Ellos van bien en sus estudios, aunque todavía son chicos. Ahora, si se quedan, antes significa que no tienen capacidad para aprender más. Entonces no se les puede exigir más; si no pueden, no pueden.

Con el César Andrés fue distinto, porque él no quiso seguir estudiando y llegó hasta octavo. Un día él nos dijo que se quería salir de la escuela y que quería trabajar para comprarse sus cosas. No lo quisimos obligar, porque para nosotros era un alivio de tener cuatro niños en la escuela... y la ropa y la plata, de adónde la sacábamos.

Los caminos

Yo creo que de los dos caminos, el mejor es el que tomó el René, porque él trabaja y tiene plata. En cambio, el César trabaja, pero no como el otro. Si encuentra trabajo, no es estable; está un mes por acá y el otro por acá, así es más difícil y, además, gana poco.

El René se sacrificó mucho cuando estaba estudiando, cuando iba a la escuela de Primera Agua y llegaba a la casa a las diez o las once de la noche, todo mojado cuando llovía. Y después, en el internado de Lebu, el primer año, salía con su papá a las cinco de la mañana y con el camino malo, con barro, todo

enterrado. Así y todo, nunca quiso retirarse, siempre siguió, y todos los fines de semana volvía para su casa, a la casa de la mamá. Me traía su ropita para que yo se la lavara. Nosotros todas las semanas teníamos que guardarle mil pesos para sus gastos, para que pagara en el bus, y no le podíamos fallar, porque si no le teníamos la plata, él no podía irse. A veces nos conseguíamos con los vecinos, que son amigos, y como saben que uno es de aquí, se los va a devolver.

De mis hijos más chicos yo espero que pase lo mismo. Por lo menos el Lorenzo piensa seguir el mismo camino. Él dice que si el papá no lo matricula o que si del colegio no lo matriculan, él solo va a partir a hacer sus trámites. Yo no sé adónde se iría, pero él dice así: "Hasta donde yo pueda, me voy a estudiar. Y cuando salga de vacaciones, voy a ir a trabajar para comprarme mi ropita". Así piensa ese niño. Pero esas cosas él me las dice a mí no más; a su papá no le dice nada. A mí me dice: "Yo voy a seguir estudiando hasta donde no pueda más". Eso yo creo que a él le dan ganas, porque ve a su hermano trabajar, y a lo mejor piensa que le gustaría hacer lo mismo cuando sea más grande.

El César Andrés tiene otro pensamiento. Hay unos que piensan bien y otros que no piensan; no es para todos lo mismo, no todos tienen la misma mentalidad. Él prefirió salir a trabajar; además, él me decía que en la escuela le pedían muchas cosas y que nosotros no teníamos plata para estarla gastando: "Mejor que no estudie más y me dedico a trabajar".

CUANDO DIOS SE ENOJA²

253

Mi esposo y yo siempre hemos vivido en esta comunidad. Nacimos, nos conocimos y nos casamos aquí. No me acuerdo dónde lo conocí, pero no fue en fiestas; fue de repente no más, de grandes ya. Nos juntamos a vivir más o menos en el año sesenta y ocho; yo tenía dieciocho años y en el sesenta y nueve, en marzo, nos casamos por la ley, porque yo estaba embarazada. Nos casamos antes que naciera el bebé.

Cuando se es joven no se sabe pensar. Una cree que el matrimonio es un juguete, cree que todo es en bandeja y no es na' así la cosa; cuando ya uno tiene unos veintitrés años, ya empieza a madurar.

Cuando cumplí veintitrés años, empecé a ver las cosas por otro lado, que no era llegar y decir que me voy a casar. Uno cree que es una cosa muy liviana, y casarse es una carga enorme y el matrimonio es para toda la vida; no para dos días ni para tres.

Mi mamá nos ayudó un poco, con algunas cositas; lo demás lo obtuvimos trabajando juntos los dos, todo lo que tenemos. Porque cuando uno se casa,

² Entrevista a la señora Hortensia Lincopán, realizada en Ranquihue, 1997, por Clorinda Cuminao, estudiante de Antropología, en el marco de un estudio sobre familia desarrollado en conjunto por PNUD y SUR, y publicado parcialmente en: PNUD, "Informe de Desarrollo Humano en Chile, 1998: Las paradojas de la modernización" (Santiago: PNUD, 1998).

tiene que empezar a pensar que todo lo que uno quiere tener debe salir del sacrificio de la esposa y del esposo, y no del trabajo del puro marido. Eso es algo que yo he tenido claro desde el principio.

Uno se casa sin tener ninguna cosa. A los años, uno tiene que ir pensando: “Este año no tengo esto, yo creo que trabajando al otro año puedo tenerlo”. Así uno se planifica con sus cosas de un año para otro.

Agustín tenía una casita media armada y la fue terminando de a poco; no vamos a decir una casa-casa, una casita no más, y así empezamos juntos a trabajar. Yo tejía, criaba aves y chanchos; con eso podía juntar algunos pesos.

Nunca trabajé de empleada doméstica, siempre trabajé en mi casa. Eso me lo enseñó mi mamá; yo seguí con su idea, porque ella nunca quiso que ninguna de sus hijas saliera de la casa así, sino que siempre trabajáramos acá en Ranquihue, haciendo huerta, tejiendo.

Tiempos difíciles

Agustín trabajaba en el fundo de Tranaquepe. De a poco juntamos una platita y tuvimos un negocio. En ese tiempo que pusimos el negocio, los niños estaban chicos todavía. Surgimos un poco y después, por puro dar fiado, nos fuimos para abajo. Nadie nos pagó, nadie nos ayudó en nada, quedamos sin un peso para seguir trabajando. Tuvimos que salir a trabajar así no más, de cualquier forma. Agustín salía a vender fruta con un canasto y con mi hijo Danilo, que tenía como seis años.

254 Se nos acabó la plata, pasamos por una etapa bien difícil. Nos afirmamos y los niños fueron creciendo, entraron al colegio y la situación económica se nos puso pesada otra vez. Mandar los niños al colegio, a la enseñanza más alta, significaba más plata, pues los tres pasaron de la básica al liceo. De a poco salimos con los chiquillos adelante, pero fue difícil. Nada se nos dio en bandeja, puro sacrificio. Cuando iban al colegio se vestían con las cosas más sencillas; nunca les sobró la ropa y tampoco la plata. Les dábamos para los pasajes y un par de pesitos más para algunas cosas que necesitaban.

Desde que terminaron sus estudios nos hemos aliviado bastante, porque se compran sus cosas solos, se visten a su manera.

Los hijos

Yo tengo cuatro hijos: Danilo, que es el mayor; luego vienen la Amalia, Hugo y la Paty. Mis hijos salieron de buena memoria y supieron valorizar lo que se les estaba dando; salieron estudiosos y ahora tienen una profesión con la que se pueden ganar la plata sin tanto sacrificio como nosotros.

Cuando el mayor terminó de estudiar, empezó a ayudar a su otro hermano. Siempre los chiquillos se han ayudado, porque yo siempre les he enseñado que el que tiene le debe al que no tiene, porque son hermanos y porque creo que la unión hace muchas cosas.

La Paty, que es mi cuarta hija, ya está en octavo y este año se va a estudiar al Liceo. Como solo nos queda ella, pienso que la cosa no va a hacer tan difícil como fue con los otros tres.

Mis otros hijos ya trabajan, el Danilo en Tirúa, y el Hugo en Concepción, pero siguen viviendo con nosotros, llegan acá los fines de semana. En la semana siempre estamos mi esposo, la Paty, la nieta y yo. Ellos nos aportan y nos han ayudado a alivianar los gastos. Nuestra situación económica ha cambiado; ahora vivimos mucho mejor que antes. Aunque, y a pesar de sus sueldos, yo siempre sigo trabajando en lo que pueda. Mientras mi Dios me tenga con salud, siempre voy a estar haciendo cualquier cosa, porque me gusta ganar mis pesos con el sudor de mi frente.

Sequía y nguillatun

En el año ochenta y cinco tuvimos un problema grande debido a la sequía. Se afectó harto la agricultura, porque no había agua, no había pasto para los animales. El Indap nos dio unos créditos para comprarles forraje a los animales, para poder alimentarlos, y así poder mantener de alguna forma a la familia. Fue una ayuda, pero esa plata había que devolverla después con un poco de interés. Nos prestaron diez mil pesos y tuvimos que devolver doce mil quinientos pesos.

El año pasado también fue seco, y los sembrados no se dan si no llueve. Nosotros sembramos papas, pero no sacamos ninguna buena; salieron todas chiquititas, así que se perdió todo en la chacra. Los pozos tenían muy poco agua. Bombeábamos en una bombita casera, empezaba a sonar y no se alcanzaba a llenar el estanque, y eso es porque no llueve.

Ahora igual tenemos ese problema; sigue seco, y estamos nuevamente apesados, porque si no llueve, no hay pasto. Yo he estado en la huerta, he estado cavando —como ha llovido un poco—, pero debajo está sequita la tierra; está por encimita no más mojada.

Este año por lo menos no sembramos, no cosechamos; estamos comprando las papas. Lo poco que se siembra es todo para el consumo de la gente de la casa: tres sacos de papas, un poco de arvejas, un poquito de porotos. No se vende nada de lo que se cosecha como cereal; además, el terreno destinado para eso es muy poco: son dos hectáreas y media. Lo que yo vendo son las verduras del huerto; con eso se junta plata para comprar un saquito de abono. Así no es necesario sacar los créditos en el Indap. Con eso tenemos una entrada, también con las aves y con la fruta de la casa. Se venden todas las verduras que tenemos en el huerto: acelgas, perejil, betarragas, los porros, el apio.

Bueno, para esa gran sequía se pensó hacer un nguillatun, para pedirle a Dios que hiciera llover. Toda la gente pensaba lo mismo, entonces en muchas comunidades se hizo. Se hicieron también en estos tiempos, en este año, porque no llovía nada; por ahí por Reposo hicieron un nguillatun para pedir agua, y yo pienso que mi Dios los escuchó, que lo hicieron bien, porque se empezó a nublarse y empezó a llover más tarde. También los han hecho en Lleu Lleu y también llovió. Es importante pedirle a Dios, porque Él es el que da toda las cosas. Porque la sequía es un problema que no va a solucionar uno; el de Arriba no

más va a hacer caer unas gotitas. Hay hartas cosas que uno puede solucionar, cosas pequeñas; pero cosas de la lluvia, si Dios no le quiere dar agua, al agricultor ni a nadie, Él no va a dejar caer agua; si Él quiere darnos agua y si nosotros estamos afligidos, tenemos que acercarnos a Él.

Una vez, recuerdo yo, cuando años atrás hubo sequía y no llovía, las papas se corrompieron, estaban todas llenas de gusano. La gente de aquí fue a la laguna y llevaron un animal negro; fueron a hacer una rogativa. Mi esposo fue también, los niños estaban chicos. Llevaron machi y llevaron un toro y lo bañaron con agua, le tiraban agua y empezó a llover, casi en el momento. Yo pienso que hacer rogativa es como tener un poco de temor y respeto.

Uno igual se da cuenta cuando viene mala la cosa, porque se florecen las quilas. Si eso sucede es porque se acerca un año malo. Cuando florecen los álamos se aproxima un año lleno de problemas en cuanto a sequía y necesidades, y así la estamos viendo. No llueve, y si no llueve no hay nada, porque la agüita hace crecer todo.

Además, ahora tampoco se hacen las fiestas como se hacían antes. Eran en grande, como se deben hacer. Cuando una fiesta es bien hecha es seguro que vamos a tener agua. Yo creo que ya no es así porque ya la gente está media "achilenada"; la gente ha entrado a la religión evangélica, ha deja toda la parte de los nguillatunes.

También la gente mayor se ha ido muriendo, como eran los de más edad; ellos eran los encargados de organizar las fiestas. Ahora hay gente joven; yo creo que no le dan mucha importancia a las fiestas, a la fe como una creencia de siempre, como algo que viene de antiguo.

256

Yo pienso que esas costumbres no se deben acabar, porque a lo mejor por eso Dios se enoja, por el olvido. Entonces vienen los castigos; primero vienen las pruebas: uno ve las cosas, como las quilas, los álamos; esas son señales. Mi abuelito, que está vivo y que vive cerquita, decía que son siete años que hay que pasar de sequía, de problemas. A lo mejor es verdad, porque él es más viejo y sabe más.

La organización indígena

Aquí siempre ha habido organización; por ahí se busca solución para los problemas de la comunidad. Casi toda la gente que es dueña, participa.

Ahora mi hijo es presidente de la comunidad y ha tratado de dar hartas soluciones para los problemas que a veces hay en la comunidad, y como que ahora la comunidad se ha superado un poco. El año que pasó pidieron los forrajes; dieron una avena y un saco de abono para sembrar, para forraje de los animales. Con un proyecto de la Conadi, el año pasado conseguimos el agua; ahora hay agua potable en veinticuatro casas. La sacaron de unos pozos, la encerraron y la tienen en estanques grandes. Es agua potable.

Así uno se las arregla; puede regar su pedacito sembrado con una manguera, arreglar su campo, y esas son cosas importantes para uno. El agua y la luz han sido avances grandes para la comunidad. Además que uno se siente más seguro teniendo luz; claro que uno tiene que pagarlo, pero es importante para uno.

El negocio

Cuando los niños estaban chicos tuvimos un gran negocio, fuimos “doñes”. Lo empezamos juntando platita, vendiendo fruta, porque antes mi esposo tenía un negocio chiquitito también, pero eso se terminó. Empezamos vendiendo fruta él y yo, acompañada por mi hijo mayor, que tenía seis años. Comenzamos el negocio de abarrotes, partimos de la nada, y trabajando crecimos. Después le compramos patente; teníamos que pagar todos los meses impuestos. Íbamos a Cañete a buscar las cosas y cuando no, el casero nos venía a dejar acá mismo. Comprábamos grandes cantidades... sus veinte bolsas de azúcar, de cinco kilos, todas las semanas. En una piececita que teníamos al lado de la casa guardábamos la mercadería; se llenaba hasta arriba de cosas.

Pero después no nos costó nada terminarlo; no faltaron los amigos que nos pidieron fiado y de tanto dar, el negocio se nos acabó. La plata que teníamos se nos terminó y nunca pudimos recuperarla. La gente no nos pagó. Después, como empezaron a haber más negocios, la gente, cuando tenían plata, se iba a comprar a otro lado. A nosotros no nos compraban ni nos pagaban. Yo no quisiera tenerlo ahora, porque es solo para regalar trabajo a la gente. No aconsejo a nadie que tenga un negocio que dé fiado a los amigos, porque los amigos están cuando le ven algo a uno, y cuando uno está mal, no hay amigos.

Nunca he pensado tener grandes cantidades de plata. Prefiero trabajar en las cosas mínimas, pasando el tiempo no más, pero no tener más. Aunque es bonito tener harto, pero si uno no lo sabe manejar, si uno no lo sabe administrar, ¿para qué? Eso fue lo que nos pasó a nosotros.

257

LA SEQUÍA³

Yo soy de la familia grande Carinao. Mi nombre es Agustín Carinao. Recuerdo también, como decía ella, la sequía grande que hubo en el año ochenta y cinco y que afectó a todas las comunidades y a casi todo el país. Fue un problema súper grande, era una gran preocupación porque no llovía, no había producción; digamos, papas, trigo, arvejas, porotos. Las siembras no tenían buen resultado, todo se quedaba abajo, ni florecían, así que nada se podía cosechar. Se perdieron las siembras de porotos, y en ese tiempo toda la gente sembraba porotos, porque sale más plata de la venta de porotos que de la de papa.

Fue un gran problema para todos los campesinos, el no tener dinero para pagar los créditos que se pedían a Indap. Muchos quedaron morosos.

³ Entrevista a don Agustín Carinao, realizada en Ranquihue, 1997, por Clorinda Cuminao, estudiante de Antropología, en el marco de un estudio sobre familia desarrollado en conjunto por PNUD y SUR, y publicado parcialmente en: PNUD, “Informe de Desarrollo Humano en Chile, 1998: Las paradojas de la modernización” (Santiago: PNUD, 1998).

Con la plata que me prestó el Indap, que fueron diez mil pesos, tuve para comprar las cosas que nos faltaban, porque no teníamos sembrados para vender ni plata para comprar. Como antes era más barato que ahora, sirvió la plata para comprar hartas cosas, como insumos y abarrotos.

Nosotros, como familia, nos tratamos de arreglar de alguna forma. En ese tiempo yo trabajé vendiendo fruta. La compraba en Cañete, eran manzanas, uvas, cebolla. También compraba confites, puras cositas chicas. De Cañete me venía, traía la mercadería en una carretilla de mano, y la vendía acá. Recupera la plata y partía a comprar nuevamente. Así me daba vuelta. Como aquí en ese tiempo nadie tenía negocio, a mí me iba re bien.

En el tiempo de la fruta, también salía a vender por las otras casas. Ofrecía manzanas en el tiempo de las manzanas, ciruelas en el tiempo de las ciruelas; con eso también hacía mi platita y podía comprar fertilizante para poder después trabajar la tierra y tener para el consumo de la casa.

También nos arreglábamos con la venta de ganado, de los chanchos, de las aves. O yo le hacía empeño en la carpintería; así también trabajaba cuando me buscaban.

La transferencia tecnológica

En ese tiempo aquí había dirigentes que empezaron a buscar una solución al problema de la sequía. Se hicieron reuniones con los empresarios que había aquí y que trabajan con los agricultores. Se vio eso de la transferencia tecnológica, como para implementarla y ver cómo se podía paliar la sequía.

Cuando hicieron eso de la transferencia tecnológica, fue solo para mostrar, para dar instrucciones de cómo sembrar. Pero aquí todos los agricultores sabíamos cómo sembrar. Aquí nadie es ignorante como para no saber sembrar cereales; uno hasta sabe pescar. Para mí esos consejos eran inútiles. No nos ayudaba a solucionar nuestros problemas, no salíamos de nuestra necesidad. El problema que nosotros teníamos era que el huerto no era muy grande y queríamos agrandarlo. Así que después no participamos más en eso y empezamos a trabajar solos y nos fuimos agrandando. Ahora vendemos las cosas que sacamos del huerto. Nos hicimos un pozo, compramos un estanque, fabriqué una bomba manual y empezamos a tirar agua; pusimos cañerías y ya se pudo regar la huerta. Nosotros hicimos eso mucho antes de que salieran los proyectos de agua.

Rogar a Dios

En ese tiempo, cuando uno se encontraba y conversaba con la gente, todos hablábamos del problema de la sequía, pero nunca a nadie se le ocurría decir por qué no le rezábamos a Dios a ver si nos ayuda; a nadie se le ocurría la idea de que nos reuniéramos para hacer una rogativa y hacer llover. En lo único que pensábamos era que si no llovía, nunca íbamos a poder tener ni pastos ni animales.

Se conversó entre toda la gente la posibilidad de hacer nguillatunes para rogar a Dios. Esa era la solución. Entonces nos pusimos a buscar entre la gente quiénes hacían de cabeza en la organización de los nguillatunes y decirles que organizaran y programaran un nguillatun para hacer llover. Había que hacerlo de buena forma, así como se hacían antiguamente, no como se hacen ahora; ahora siempre se hacen mal, porque hay bebidas alcohólicas y la gente se cura y después todos terminan peleando. Por eso queríamos hacerlo como antes, para poder rogar bien y echar agua. Se hicieron hartos, todos en diferentes comunidades, y nunca llovía. Yo creo que no llueve porque mi Dios nos quiere castigar, porque nos olvidamos de Él, no nos acordamos de buena forma. Yo creo que Él lo provoca para que uno se acuerde, y le pida lo que necesita.

Se acordó tratar de hacer nguillatunes todos los años después del año ochenta y cinco. Primero se hacía cuando el trigo ya tenía una buena altura, cuando ya todos los tipos de siembras están por florecer. Después, cuando se terminaba la cosecha se hacía otro, para agradecer. Pero la gente se olvidó de nuevo, y con la última sequía, yo creo que Dios de nuevo mandó un castigo. Porque, además, hubo una señal y fue la de que las quilas nunca florecen; nunca nadie las había visto florecer, y cuando florecieron, todos dijeron que eso jamás había ocurrido. Todos se preocuparon, la gente más antigua dijo que venía un castigo. Las quilas se florecieron y se secaron. Eso pasó dos años seguidos; esa es una seña de que todo se va a secar, que va a venir una sequía, de que no va a haber nada.

Ahora de nuevo ha llovido. La gente se acordó de hacer nguillatun; en todas las comunidades se hicieron, pero aquí en Ranquihue no se hizo. La última vez que se hizo en Arauco fue la machi de El Malo a dirigirlo, porque en Arauco ya no hay machi, y dicen que esa misma tarde se puso feo; se empezaron a subir las nubes y se cerró el cielo, y se puso a llover y no paró.

Aquí no se hizo, porque los mayores ya están muertos y la otra gente no se quiere comprometer, nadie tiene ganas.

259

DE CÓMO HAN CAMBIADO LAS COSAS⁴

Yo soy de Piuchén. El apellido de mis padres verdaderos era Millanao, pero yo crecí con mi abuelita, la mamá de mi papá; por eso me lo cambiaron. Mi finado padre murió en el año cuarenta; él era su único hijo. Tenía de todo: bueyes, caballos, carreta. Trabajaba bien. Vivía mejor.

Cuando murió, mi madre vendió lo que nos dejó. Nos quedamos pobres, tuvimos que trabajar de empleados. Yo empecé a trabajar cuando tenía como nueve años; cuidaba ovejas, como sesenta eran. A mi mamá le pagaban cinco pesos; en ese tiempo eso era plata. Dos años anduvimos de empleados.

⁴ Entrevista a don Segundo Curihual Curillán, realizada en Chol-Chol, en 1997, por Alberto Parra, licenciado en Historia, en el marco del proyecto Fondecyt 197 11 25.

Mi abuelita me buscó y me trajo con ella a esta comunidad, la Juan Guaiquil. Ella me crió con su marido y me educaron. Él se llamaba Ñanco Curihual y mi abuelita se llamaba Úrsula Curillán. No tenían hijos. Criaban a un sobrino; así crecimos los dos juntos. El marido de mi abuela nos reconoció.

Nos tocó ir a la escuela, pero en el campo de ella no había campero, así que llegó a un acuerdo con el profesor. Una semana iba uno al colegio y después le tocaba al otro; el que se quedaba en la casa cuidaba los animales.

Nos quisieron educar porque ninguno de ellos sabía leer ni escribir. Venían trigo, entonces cada vez que les compraban, los engañaban y les decían que los sacos pesaban cien kilos, y no era cierto. Querían que nosotros los ayudáramos, ese era su pensamiento. Yo aprendí a leer, pero mi hermano nunca aprendió. Llegué hasta tercero.

Pero mi abuelito también se murió; tuvimos que volver a trabajar al campo. En ese tiempo yo ya era hombrecito, debo haber tenido como quince años.

La mala vida, la buena ventura

Yo tenía malas juntas, me metí en el vicio, tomaba, perdimos los animales. En ese tiempo yo pasé una mala vida. Me dediqué entonces a negociar. Ya no me quedaban animales, trabajaba como canastero. Traía azúcar, hierba, que después cambiaba acá; llevaba pollos y huevos. Íbamos a pie a Temuco y cargando al puro hombro. En ese tiempo no se conocía la hora mirando el reloj. Apenas rayaba el sol, como decimos nosotros, empezábamos a caminar. Llegábamos a Temuco con poquito sol, como a las cuatro de la tarde, en el invierno.

Después llegó la micro hasta Chol-Chol. Yo seguía trabajando de canastero. Salía de la casa al primer canto del gallo, como a las doce de la noche. Teníamos que esperar tiritando de frío hasta que saliera la micro en la mañana. No había camino; cuando llovía se volvía laguna. Nosotros pasábamos con los pantalones arremangados hasta la rodilla y después seguíamos caminando para trabajar.

En ese negocio me ganaba mucha plata, salía a cuenta. La junté y me compré un caballo, empecé a trabajar la tierra con el arado. Vendí el caballo y me compré una vaca; esa tuvo crías y así me armé de bueyes. La vaca siguió teniendo crías y los empecé a vender. Me compré una carreta y una rastra y seguí trabajando hasta ahora, que ya me doy vuelta. Pero estaba aburrido de la mala vida que llevaba. Entré al Evangelio, hice compromiso, no tenía familia en ese tiempo. Antes de convertirme me gustaba tomar. Pero cuando entré lo repudié todo, vino, cigarro. Actualmente no tomo. Entonces ninguno de mis chiquillos tampoco toman ni fuman, solamente trabajan.

La familia buena

Conocí a mi primera mujer cuando ya estaba en el Evangelio; se llamaba Zoila. Estuvimos poco tiempo juntos, porque ella murió de tuberculosis y la hija que me dejó también falleció. Antes costaba llegar al médico, porque no había vehículo; a caballo no más había que ir.

El año sesenta me casé con la Manuela. Yo tendría como veinte años; ese mismo año nació mi hijo. También la conocí en el culto. El vicio que tenía no lo conoció mi familia, ya estaba convertido. Nosotros nos casamos aquí en Chol-Chol, en la Capilla Evangélica. Hubo una gran fiesta.

Vivíamos a la orilla del río. Estábamos muy apretados, vivíamos como en población. Como estaba solo este campo, nos gustó y nos vinimos. Ya son como veintisiete años aquí.

Ahora soy pastor de la Iglesia. Yo le pedí a Dios me ayudara y que en mi familia siempre se amaran los unos con otros y que siempre fueran obedientes.

Tuve cuatro hijos, dos hijos y dos hijas: la Lucía; la Soledad, que está casada; el Fermín, que también está casado y vive aquí en la casa. El mayor, que se llama Domingo, todavía no se ha casado.

Mi hija Lucía vive en Santiago; hace como cinco años que se fue de la casa a trabajar. Tuvo una hija que vive con nosotros y que viene a ver para los veranos. Esa nieta tiene siete años; está en el colegio, en segundo; aprendió a leer rápido. Nosotros la criamos, pero es mi hija quien le compra todo.

De mi hijo Fermín tengo dos nietos más.

A mis hijos los crié bien; ninguno de ellos es grosero, son muy humildes, y todavía no se mandan solos. Ellos siempre se someten a su padre. Eso me enorgullece.

No tuvieron mucha educación; uno habrá alcanzado hasta octavo; la falta de plata a uno no le permitía tenerlos en el colegio. También los problemas económicos influyeron. Nosotros nunca tuvimos mucha tierra, apenas cinco hectáreas; era difícil dar para tanto y nosotros éramos muy pobres.

De todas maneras, criar cuatro hijos en el campo no es tanto, sabiéndolo llevar. Ahora sí es más duro, sobre todo por la educación; cualquier chiquitito ya demanda mucho gasto. Antes uno mandaba a los niños con cualquier vestido que estuviera limpio. Ahora hay que comprarles el uniforme, los zapatos.

La vida antigua, el mundo de hoy

Estamos casi en un mundo moderno; todos quieren andar bien vestidos, sobre todo los chiquillos. No conocen la necesidad, no saben andar a pata pelada. Uno andaba así no más; también era más resistente, uno no se enfermaba nunca.

Hoy no hay facilidad; si hay uno que quiere estudiar, no tiene plata. Yo tengo una sobrina que vive trabajando, y su hermano quería que todos se superaran en sus estudios, pero los cabros no quisieron. Gasta plata, pero no hay caso; los cabros no aprovechan. Es que también la junta mala, más lo que toman. En Chol-Chol hay escuelas que poco prohíben, hay escuelas que tienen mucha libertad.

Cuando yo era chico, nunca vi las cosas malas de la vida. Ya de grande, de tanto sufrimiento, miré otro mundo nuevo y me di cuenta que el antiguo ya no me servía. Entonces mi vida cambió; todos los otros que también miraron, cambiaron sus vidas y se apartaron de los viejos hombres y de sus costumbres. Se hacían grandes rogativas; gastaban mucha plata. También hacían entierros grandes. Eran otras personas. Entre esos hombres había lonkos, pero ahora no

existen lonkos; ahora vivimos en una comunidad a la que le queda solo el nombre.

Los mayores eran lonkos, ahora viven los nuevos no más. Queda solamente un viejito, que tiene como ochenta años, Simón Painen se llama; pero ese está casi sin conocimiento. Los otros todos murieron.

En toda comunidad tiene que haber algún cacique. Así como en la religión hay un pastor, en cualquier orden es así; el jefe es el que mueve todo.

Antes se jugaba chueca; íbamos muy lejos, a Huentelar, igual como juega un equipo de fútbol. La chueca era más peligrosa; ahí volteaban a la gente. Una vez me achuntó uno en la ceja, me la partió. Otro me dejó torcida la nariz. Me gustaba ese juego. Ahí se apostaba plata. Ya no se juega.

Se comía el catuto; hacían un puré, como una pelotita, y se ponía en el plato con un pedazo de cochayuyo y se juntaba un caldillo; a eso se le ponía un poco de ají picante. Por eso eran tan duros los indios; en ese tiempo los viejos no se cuidaban nada, comían casi comida natural. Lo que se encontrara por el camino.

La situación es mejor ahora. Antiguamente casi estábamos en la oscuridad, no veíamos lo bueno. Ahora, el que quiere estar mejor, tiene que mirar para adelante, sin mirar atrás.

Antes todo era en común, no se veían ni estacas ni cercos y cada uno conocía a sus animales. Ahora no, está todo cercado; yo tengo todo cercado; a caballo no se puede pasar, a pie no más.

Ahora está mejor, porque la gente conoce sus necesidades. Ya no se ven rucas, como antes. Con los años todo ha ido cambiando. Se ven puras casas, parece población. Hay tecnología para trabajar, lo que falta es el dinero. Ahora todo se paga; aquí pagamos mensualmente el agua, la luz. Uno está pensando que tiene un compromiso, tiene que pagar, y después hay que pensar cómo va a pagar el mes siguiente; hay que estar preparado, hacer economía.

Ahora todo viene cambiando por la educación, la civilización; todo cambia mucho. Yo le he contado a mi hijo de cuando iba a pie para Temuco, pero él no me cree, se ríe, porque ellos no conocieron la vida antigua, no alcanzaron a vivir eso. Los chiquititos de ahora menos la conocen; ellos andan sentados en la micro, pasan más en la micro, son modernos. Los están criando casi artificialmente; cuando está embarazada una mujer, le dan vitaminas, leche, le dan arroz cocido. Por eso yo creo que los chiquillos aprenden a hablar pequeños, les va bien en los estudios. Yo me admiro de la chiquilla que entró a la escuela a los seis años y ese mismo año aprendió a leer. Y ahora ya está en segundo.

Pero a ellos no les gusta ser mapuche; los nietos no entienden lo que es mapuche; cuando los mando en mapuche, ellos me piden que los mande en castellano. Yo les he tratado de enseñar, pero ellos no quieren aprender. También tienen la culpa los mayores, porque no les hablan desde chiquititos.

La necesidad, el abandono

La necesidad en la comunidad existe. Las cosechas de porotos se pierden. Cuando estaba bueno mi hijo Fermín, cosechaba hasta doscientos kilos de porotos. Ahora no tenemos nada para vender. Aquí estamos todos totalmente

abandonados. La la única institución que nos ayuda, que es Trafkin, ahora está tan pobre como nosotros.

Un tiempo nos ayudó Indap, pero eso nos sirvió para ahorcarnos solamente; nunca se salía de la deuda. El Estado, dicen que ayuda, pero hasta los pobres campesinos como uno la ayuda no llega; todo pasa por manejo político y la ayuda va para los compadres no más. Los jefes, el gobierno puede tener un buen programa, pero los funcionarios no cumplen. Escucha las noticias, que dicen que el gobierno les dio plata a los campesinos, pero esa plata no llega nunca a los campesinos y son los ricos los que pasan por campesinos.

Uno les sirve a los políticos solo para los votos; vienen a las comunidades y prometen todo; pasan las elecciones y no pasa nada.

Aquí yo siembro trigo, alcanza para el pan diario. También arvejas y porotos, pero yo no tenía mucha suerte con los porotos; poco sacaba, dos sacos. Pero con un saco me hubiese podido comprar una motobomba que necesito. Con eso puedo regar el huertito y hasta para el pasto trébol me alcanzaría; pero ahora con la sequía, todo se secó. Si yo tuviera esa máquina, me cundiría.

Mi hijo Fermín salió a trabajar como temporero a Curicó, a tomar manzanas o uvas. Parece que en eso se gana buena plata, cuatro mil quinientos pesos diarios, y se trabaja de lunes a viernes. Pero él se accidentó, se quebró una rodilla jugando a la pelota; se la arregló con una mujer de aquí que compone huesos y se lo dejó bueno.

Yo una sola vez trabajé apatronado, pero duré una semana; no me gustó. Nos trataban como animales, no teníamos ni cama para dormir; juntábamos un poco de paja y así nos acomodábamos; nos hacían levantar a las cuatro de la mañana.

Mi hijo me cuenta que ahora donde él trabaja les pasan colchoneta, les tienen luz y una ducha.

263

Los sueños

Yo quería ser rico cuando chico, quería tener lo de otro. Después cambié mi pensamiento y vi que era mejor hacer negocio y con eso juntar plata para siempre tener algo donde echar mano en caso de necesidad. Y al recibir un poco de dinero, invertirlo inmediatamente. Siempre pensando en el futuro y en los hijos, en qué dejarle a los hijos cuando uno se va a morir. No quiero que a ellos les pase lo mismo que me pasó a mí, que mis mayores se murieron y hasta ahí no más quedó todo. Teniendo animales, nunca vendieron. Los viejos, teniendo la oportunidad de comprarse herramientas modernas, nunca la aprovecharon y siguieron con sus arados antiguos. Tampoco se construyeron buena casa y siguieron viviendo en la ruca. Ellos tenían el temor de que les hicieran hechicería, que la gente los envidiara y les hicieran algún mal, por eso nunca cambiaron.

Ahora, después de haber criado a mis hijos, ya no quiero trabajar más. Quiero descansar y enseñar a los hijos cómo deben trabajar. Les quiero decir: "Ya, hijo, ahí tiene bueyes y arado, ¡trabaje!".

Con los hijos siempre conversamos de lo que vamos a hacer, intercambiamos pensamientos; a mí me gusta practicar con los hijos y no solamente darles la

parte teórica. Los cabros jóvenes siempre tienen otra mentalidad, pero somos los viejos los que tenemos la experiencia.

Yo estoy conforme con mis hijos; a una familia obediente no se le puede negar nada. Jamás hemos tenido problemas porque uno de ellos esté metido en el vicio; eso es lo bonito que pasa entre nosotros.

Y de mis nietos espero que sean mucho mejores que nosotros. No queremos que se queden en el campo; por eso, ya cuando van para el tercer año de la escuela, los mandamos a Chol-Chol. Si mis hijos siguen trabajando, no los van dejar a medio camino, los van ayudar. Si yo hubiese tenido ayuda sería otra persona, pero fracasé desde muy chico, ahí me quedé.

Otro de mis sueños es juntar un poco de plata y poder volver a celebrar mi matrimonio; ya vamos a cumplir treinta y siete años de casados.

EL EVANGELIO⁵

Mi finado papá se llamaba Pascual Pichinao Antiqueo; él era de Cullinco. Mi finada madre se llamaba Avelina Hueichamán; ella era de aquí, de Piuchén. Eran tan pobres, no tenían nada, ni animales, ni chanco. Mi madre se aburría de la vida que llevaban, no aguantó más vivir en Cullinco. Mi padre le siguió la idea y cruzaron hacia el otro lado del río. Se dijeron: "Allá vamos a trabajar".

264

Nosotros no teníamos nada. Allá la gente era muy ladrona, muy weñefe. A mi padre, en Cullinco no lo querían porque él era huacho, no lo respetaban.

Como nueve años tenía yo cuando ellos se vinieron. Yo tengo un hermano, y cinco medios hermanos por parte de papá y mamá. Cuando chicos vivimos todos juntos. Ellos eran mayores que nosotros.

La tierra de este lado siempre fue mejor, y la de Cullinco era mala. Ese era el problema. Mi padre tenía seis herederos, pero no tenía en qué trabajar. Yo lo escuchaba conversar sobre la siembra; decía que el trébol no se daba bien y que las liebres se lo comían. Mi mamá decía que así nunca íbamos a tener nada. Puras hambres no más pasábamos, no sabíamos qué hacer.

En esa tierra donde se vinieron trabajaron un poco y salieron productos altiro, cosechaban bien. Mi mamá en la chacra tenía de todo. Así mejoramos un poco; se recogía leña, se criaban ovejas, chanchos, teníamos una yunta de bueyes para trabajar. Esa tierra se la regalaron a mi mamá; ella era pariente con el viejo Luis Tralma, de él era el pedazo de tierra. La viejita de él encontró que su pariente estaba muy pobre, aconsejó a mi mamá y ella le encontró razón.

Mi mamá se hizo una ruca, de madera, tabla y paja; ahí vivíamos. Después, como trabajaron, se cambiaron. Ahora en esa tierra vive mi hermano.

⁵ Entrevista a la señora Manuela Pichinao Millanao, esposa de don Segundo Curihual, realizada en Chol-Chol, 1997, por Alberto Parra, licenciado en Historia, y Bernarda Espinoza, antropóloga, en el marco del proyecto Fondecyt 197 11 25.

Me mandaron a la escuela; a la de la Tosca fui, dos años, pero después no me mandaron más. Mi papá decía: “¿Para qué va a aprender tanto? Si ya sabe leer un poco, ya sabe poner el nombre”. Me echaron a cuidar los animales, las ovejas. Yo quería estudiar más y no me dieron lugar, me lo quitaron.

Mi mamá me enseñó a hacer mantas, manta amarrada; me enseñó a tejer y yo le quería ayudar. Ella me enseñó a nunca andar de manos cruzadas, ni a andar comadreando. Cuando mi mamá quedó viuda, yo le ayudaba en todo a mi mamá. Mi papá se murió cuando yo tenía doce años, era chica todavía. Nos quedamos solos, nos manteníamos solos; para nosotros no más trabajábamos. Ayudé como hombre a trabajar, yo sembraba la chacra.

Cuando faltaban cosas que vendían en el pueblo, mi mamá me mandaba a mí a comprar a Chol-Chol. A caballo iba; sola aprendí a montar. Del pueblo traía yerba, azúcar. Mi mamá me decía: “¿A quién voy a mandar? Yo no tengo a quién mandar. Tiene que hacerle empeño; no solo los hombres hacen empeño, las mujeres también lo hacen”.

Para comprar las faltas, la ropa, hacíamos mantas y las vendíamos; sacábamos un poco de la chacra, lentejas, porotos, arvejas; juntábamos para vender y así podíamos comprar un poco.

Hasta que me casé y la dejé sola, mi mamá sufrió hartito; además, que en el mismo tiempo se le había muerto un hijo más chico. Con toda esa pena estaba y yo me casé. Ella no se cuidó su salud, no cuidó su vida después que se quedó sola. Se murió de pena. Ella era joven, como setenta años tendría. Yo tenía como veinte; ya tenía a mi hijo Julio. Pero yo, antes de casarme con el Segundo, tuve una hija. Mi madre nunca se enojó por eso conmigo, no me retó; me aconsejó que no lo hiciera de nuevo.

Tuve esa hija aquí en la casa. Mi mamá me ayudó a tenerla. Ella era partera; donde iba a nacer una guagua, de allá venían a buscarla. A veces le pagaban en comida. La viejita era empeñosa. Cuando yo me casé, mi hijita parece que tenía cinco años. La dejé con mi mamá. Cuando ella murió, mi niña sufrió mucho. Hablé con Segundo y me la traje, volvió conmigo. Ahora ella está en Angol.

Yo estuve mucho tiempo soltera, pero quise dejar esa familia, porque yo no estaba tranquila. Mi hermano era borracho; cuando alojaba en el pueblo tomaba y llegaba curado a la casa. Él tenía mucha envidia. Yo estaba cuidando a mi mamá; vivíamos juntos en la casa, yo le hacía el mismo empeño que él. Llegaba del pueblo, entraba dando golpes, llegaba gritando: “¡Adónde está la rica... la reina!”. A mi mamá le decía: “A tu hija no más la quieres, a mí no me quieres nada”. A mí me retaba, incluso una vez me apuñaló. Él era muy malo, yo pasaba pena. Yo no tenía mucho entendimiento, no sabía hablar en castellano; después aprendí un poco. Sufría hartito con mi mamá. Hasta que me aburrí. Como estaba pololeando, le di a mi esposo la palabra y lo seguí. Me fui escondida, me fui a la casa del hombre. Él me llevó donde su abuela, ahí vivíamos juntos.

El matrimonio, los hijos

Mi matrimonio casi no fue matrimonio. Porque matrimonio es ese donde hablan con la mamá de uno y le hacen algo. Antes se pagaba la novia un año antes. Nosotros no, nos juntamos no más.

Mi esposo era viudo. Tenía una niñita de cinco años; yo la crié hasta que se murió, a los doce años. Mi hijo Pedro nació en la casa de la abuelita de mi esposo. Allá apenas caminaba y en la nueva casa caminó firme. Todos mis hijos nacieron en la casa. Me ayudaba una señora a tenerlos, ella no me hacía sufrir. Uno tenía así a los hijos, nada en los hospitales; uno ni se controlaba. Ahora es diferente, todas van al hospital.

Tuve ocho hijos, pero cuatro se murieron, todos de enfermedad. Eran chiquititos entre el año y los tres años. Ellos se morían y yo no conocía el hospital. El viejo tampoco le hacía empeño para sacar a sus criaturas a medicinar. Se enfermaban las guaguas y se morían. Mi primer hijo fue Julio, después la Soledad y después María, que murió. Después vinieron Lucía, Pedro y después María Mercedes, que murió. Se me murió un hombrecito antes de nacer y al final murió la otra niñita, Magdalena.

Todos mis hijos fueron a la escuela. El Julio llegó hasta quinto, después se enfermó de pulmonía y no quiso volver. La Soledad y el Pedro fueron a la escuela del campo. La Lucía estudió en la Escuela William Wilson, en el pueblo de Chol-Chol; llegó hasta octavo básico. Pero el viejo les cortó los estudios. Ellos tenían buena memoria. Dos de mis hijos ya están casados, la Soledad y el Pedro. La Lucía dijo que nunca se iba a casar y tuvo una hija; ella es madre soltera. La Lucía está bien ahora. Aquí viene a ver a su hija, pero cuando ya se va, a mí me da una pena muy grande. Uno nunca se conforma con tener los hijos aparte.

266

La Iglesia

De joven empecé en el Evangelio, cuando tenía como veinte años. Por enfermedad me entregué, ahí se me quitaron [las enfermedades]. Si uno se convierte y se entrega al Señor, Él puede sanar una enfermedad.

Antes de entrar, conversé con mi mamá, le pregunté: "Mamá, ¿por qué será que siempre me enfermo? Yo no tengo buena salud, voy a morir". Así le dije. Ella se puso a llorar, yo era la única hija mujer que estaba a su lado. Me dijo que hiciera mi voluntad.

Me casé con el Segundo y me dije: "Con esta prueba tengo que aguantarme no más". Pero este hombre era borracho, eso era lo malo que tenía; era bueno para salir con los amigos. Y yo a veces no tenía qué echarle a la olla, y tenía dos hijos. Tenía que aguantar. Las mantas que yo hacía, él las iba a vender a Temuco, pero yo no sacaba ni una cosa; él no me traía nada, apenas un poquito de yerba y azúcar.

Yo me volví a entregar al Evangelio, me entregué a la secta Pentecostal. Pedí auxilio en la Iglesia; los hermanos me ayudaban con oraciones. Mis hijos mayores estaban grandecitos cuando él se cabrió. Entonces el Señor me contestó y el Segundo me siguió en el Evangelio. Ahí se mejoró. Él se entregó. Los hermanos lo aconsejaron; él era muy pobre de pensamiento, de repente recibió

el Evangelio. Cuando nos convertimos, todo cambió; de la comida nunca más nos preocupamos. Él empezó a trabajar, preparó la semilla de trigo, poroto y arveja; después empezamos a cosechar bien.

Cuando alguien se enfermaba, los curábamos solo con oraciones. Nunca fuimos donde una médica y menos donde una machi. Con puras agüitas no más, con yerbas y oración; solo Dios responde por mí.

La luz y el agua

Estoy contenta con que haya luz y agua en la comunidad; ya no me sacrifico para ir a buscarla. La luz me sirve para ver la tele, para la radio. Ahora sabemos lo que pasa en otros países, en Chile; de todo vemos: peleas, guerras, que están matando gente como pájaros todos los días. Todo eso vemos, pero yo no entiendo mucho.

Ahora casi no hablo en mapudungun, porque las niñas hablan en castellano y no entienden cuando yo les hablo. Las mismas nietas que viven conmigo hablan en huincadungun.

Yo aprendí a hablar algo en castellano con los comerciantes del pueblo, con los huincas. Por fin aprendí a hablar con mis lolitas.

LA HUIDA DEL CAMPO⁶

267

Mi nombre es Lucía. Tengo treinta y un años, nací en el año mil novecientos sesenta y cinco. Soy madre soltera de una niña de ocho años, que se llama Lily.

Tengo cuatro hermanos, yo soy la tercera. Nací y crecí en la comunidad Curillán; ese era el único lugar que yo conocía. Mi papá y mi mamá eran gente sencilla, siempre fuimos gente sencilla.

Cuando éramos chicos vivíamos en una ruca. La ruca tenía espacios separados: en una parte estaban las camas; en otro el comedor, el fogón.

Éramos tan pobres, no alcanzábamos a tener zapatos; apenas teníamos vestidos, pero nunca zapatos. Las ropas que usábamos eran muy pobres, cualquier resto de chamal servía para cubrirnos. Mi mamá compraba género y nos hacía vestidos.

En ese tiempo, hombres y mujeres cuidábamos chanchos, ovejas. Cuidábamos animales desde que sabíamos caminar. Cuando llegábamos del colegio, también debíamos salir a cuidar. Desayunábamos —por decir desayunar—, comíamos un pedazo de pan y salíamos a cuidar; llevábamos otro pedazo de pan para almorzar. Antes los niños no teníamos buena alimentación; no conocía-

⁶ Entrevista a la señora Lucía Curihual, hija de don Segundo Curihual y doña Manuela Pichinao, realizada en Chol-Chol, 1997, por Bernarda Espinoza, antropóloga, en el marco del proyecto Fondecyt 197 11 25.

mos la leche, comíamos un pan que se hace con afrecho y harina. Catuto comíamos también.

Tuve dos abuelas. Yo quería a mi abuela verdadera; a mi otra abuela, la que adoptó a mi papá, no la quería mucho, no la sentía como abuela. Mi papá debería tener el apellido Millanao, pero la gente que lo crió le dio el apellido Curihual.

La escuela

Los padres ayudaban a los hijos, pero no se acordaban de mandarlos al colegio hasta que tenían nueve o diez años. En ese sentido no fueron muy buenos padres.

A los siete años fui al colegio. El primer día de clase fui al colegio con unos zapatos plásticos; en ese tiempo se usaban esos zapatos; cuando uno caminaba, sonaban. Yo iba sin calcetín, así no más.

Para mí ir a la escuela fue muy bonito, porque así pude salir del lugar donde estaba encerrada. Eso de andar cuidando, era aburrido. Con el colegio, todo cambió mucho para mí. Conocí distintos juegos, veía lo que hacía el profe, ponía atención cuando enseñaba, cuando pasaba la lista; todo era distinto.

En la casa nunca aprendí mucho de mapuche, salí hablando más castellano. Entre los niños hablábamos castellano, los viejos hablaban todo en mapuche. Yo siempre hablé la mitad mapuche y la mitad castellano, aunque a mí me gustó el idioma castellano.

268 Llegué hasta sexto básico aquí en la escuela del campo. A los once años yo era señorita, ya me había llegado la regla. En el colegio el profesor nos habló de la regla que le llega a las mujeres. En la casa nunca nos dijeron nada, porque creo que les daba vergüenza. La gente antigua no era abierta para conversar, no eran amigos con sus hijos.

En el colegio nos daban tareas, pero como no teníamos mucho tiempo, en la mañana cuando íbamos camino al colegio nos íbamos haciendo la tarea. En la casa nunca nos obligaban a hacer las tareas, nunca nos revisaban los cuadernos; como que nada les importaba de los hijos, como si cuidar e ir al colegio fuese lo mismo.

Yo aprendí a leer y escribir; me costó aprender los números, después solita los fui escribiendo. Yo me sentía feliz cuando pasé de curso. Terminé cuarto básico en el campo y me fui a Chol-Chol. Ya tenía doce años. Me fui acostumbrando de a poco. Tenía pocos amigos; las amigas que tenía eran las que venían de la escuela del campo. Nos sentábamos a conversar en la plaza, que nos quedaba cerquita del colegio. Yo pololeaba con un niño en el colegio, empezamos a salir. En el curso ya nos habían dicho cómo era el pololeo. Nosotros jugábamos, hablábamos de muchas cuestiones, íbamos a Temuco a tomar helados.

Cuando mis padres me pillaron pololeando, me empezaron a cuidar mucho. Yo empecé a pololear a los trece años. Me pillaron en el colegio porque no iba a clase.

Estudí hasta que llegué a octavo año básico. No quise estudiar más, estaba súper cansada. Me quedé en la casa, ayudaba a mi mami en todos los quehaceres de la casa.

Los trabajos domésticos

Mi mamá era muy religiosa, le gustaba ir al culto, pero mi papá no dejaba que ella fuera y cuando la dejaba, a la vuelta ya la regañaba; él tomaba mucho, mandaba a la señora trabajar. Mi papá llegaba borracho y no había nada. Mi mamá siempre preocupada por los hijos, qué van a comer hoy día, y qué íbamos a comer al otro día. Ella hilaba, torcía, después tejía; apurada sacaba su manta. La manta cuesta mucho trabajo y nosotras le ayudábamos, porque nos mandaba a hilar; desde chiquititas hilábamos.

Los hombres no sabían trabajar, por eso mandaban a las mujeres a hilar; ellos no se dedicaban a trabajar, a cultivar. Mandaban a las mujeres a trabajar y ellos salían a vender; era más cómodo.

Yo ayudaba a mi mamá en la casa, hacía fuego, buscaba leña, mientras mi mamá tejía mantas cerca del fuego. Ella preparaba el almuerzo, yo buscaba yuyo para comer, con porotos secos; era mi plato preferido.

Mi papá trabajaba la tierra y a veces mis hermanos salían a trabajar en la puerca de arveja o lenteja. En el invierno se hacía una fogata en la casa, porque hacía mucho frío; se cerraban todas las puertas, así la casa se calentaba por dentro. Todos nos poníamos cerca del fuego, en la noche nos poníamos a hilar, a torcer el hilo. Trabajamos en eso mi hermano mayor, mi mamá y yo.

El embarazo

Cuando me fui del colegio, dejé de pololear. Me arrancaba de él, pero siempre me perseguía. Seguimos escondidos. Me empezó a gustar de repente. Yo tenía temor que alguien nos viera y fuera a contar a la casa. A mi papá no le gustaba su familia, porque tomaban mucho y su papá era cacique. Además, le molestaba porque no le gustaba del tipo que era: hijo de los Millanao. Terminé con él porque mi papá me pilló; estuvo a punto de pegarme. Volvimos a pololear; le conté a mi mamá, pero a mi papá nunca me atreví a decirle.

Después de seis años que estuve pololeando con él, me quedé embarazada. Él quería que yo no fuera virgen; siempre hablaba de eso. Y como era tan tímida, cuando me hablaba de eso me arrancaba o dejaba de verlo, pero cuando no lo veía lo echaba de menos. Al final yo me entregué a él, pero fue con un compromiso que si pasaba una vez, no pasaba nunca más. Él aceptó y fue una vez que tuvimos relaciones. Yo tenía como veinticuatro años. Yo le decía que a los veintisiete años me quería casar. A él le gustaba que la mujer fuera responsable, le gustaba que fuera cariñosa, que fuera seria, le gustaba como era yo. Me decía que si llegábamos a casarnos, nunca nos íbamos a enojar. Era un hombre serio, no era mañoso conmigo; de repente se enojaba bien poquito.

Yo creo que la segunda vez que tuvimos relaciones, me quedé embarazada altiro. Fue en tiempo de verano, me tocaba enfermarme después de tener relaciones. Pasó el tiempo, fueron pasando los días y no me llegó la regla. Me empezó a doler la cabeza y un mareo terrible, un dolor de estómago, me daba fatiga. Le conté a mi mamá; ella fue a buscar a una señora para hacerme remedio, pensaba que me había pasado de frío. Me dieron remedios, yo los botaba todos.

Fue a buscar a una matrona para que me arreglara la matriz. Ella creía que tenía algo malo. La matrona me hizo lavado para que botara toda la maleza y me daba remedios. Me dijo que tenía la matriz mala, que la tenía mal ubicada; me la quería arreglar y me la masajeaba. Me lavaba y me amarraba, pero ni así me sentía bien. Entonces fui al médico, me acompañó una amiga. El doctor me dijo que debía ver un matron para que viera mi problema. Me preguntó si había tenido relaciones. Yo le negué todo y me dio una pastilla para que me llegara la regla. Como yo negué todo, no me examinó.

Hablé con mi pololo, pero él decidió llevarme a un doctor a Galvarino. Tenía miedo que alguien nos viera y empezaran a hablar. Ese médico también me mandó a ver a la matrona. Ella fue la que me dijo que tenía tres meses de embarazo. En ese momento me quedé pensando, no contesté nada. Yo no lo podía creer; salí de la consulta afirmándome; estaba tan débil, parecía un palo, no comía nada.

Me sentía tan mal, pensaba cómo le iba a decir a mi papá, cómo iba a actuar. Llegué a la casa, quise disimular. Mi papá y mi mamá me estaban esperando. Dije que me había ido bien; no quise decirles más. Yo no estaba contenta, me sentía amargada, sentía ganas de gritar.

Hablé con mi pololo, le conté lo que había pasado, que tenía tres meses de embarazo, pero no le gustó la idea. Él no quería decirle a mi papá. Lo amenacé con matarme. Él se decidió a hablar, pero él tenía la idea de que yo abortara. Yo no quería hacer eso y se lo dije. Al final fijamos el día para conversar. Le dije seriamente a mi papá que queríamos conversar con él; el Celedonio le dio la noticia de que yo estaba embarazada, le dijo que tenía tres meses. Mis padres se asustaron. Quedaron de acuerdo en ir los dos a conversar con la familia del Celedonio y comunicar la noticia, pero a la semana siguiente no apareció.

270

Pasaron como tres o cuatro meses cuando lo volví a ver. Se disculpó, pero yo ya no lo quería ver más. Le dije que no era un verdadero hombre, ya no lo quería.

De a poco fui aceptando mi embarazo; sentía vergüenza de que me vieran, sentía vergüenza por mi papá, ya que él era un hombre de la Iglesia que dirigía, un pastor.

Antes del nacimiento yo sentía a mi hija, ella se movía adentro, me sentía feliz. A mí se me ocurría que iba a ser una niña. Tejía cosas de niña. Me fui interna en el hogar —me faltaba poquito— y tuve a mi hija. Me sentía feliz. El papá se perdió, nunca más lo vi; ella tampoco lo vio.

La ida a Santiago

Crié a mi hija hasta los dos años, ya sabía caminar. Me fui a Santiago, yo quería trabajar para ella. Le dije a mi mamá que si cuidaba mi hija, yo salía a trabajar. Ya no me gustaba el campo. Empecé a trabajar en un pueblo chico con una profesora; no gané mucho, no valía la pena, así es que me fui a Santiago. Una prima me buscó trabajo, me dejó bien instalada. Yo soy asesora del hogar.

Mis ratos libres los ocupo para ir a la Iglesia. No me puedo olvidar de la Iglesia. El domingo en la tarde también voy y lo paso bien, converso con las hermanas. La mayoría de la gente que asiste son campesinos, y a mí me gusta,

porque para mí son como personas conocidas; es como si estuviera en el campo. Cuando hay mapuches nos enorgullecemos de hablar el idioma de nosotros.

La vida en Santiago no me gusta, porque me molesta el smog. Hay muchas cosas malas; si uno anda sola, te puede pasar cualquier cosa. No me gusta el ambiente de Santiago.

Yo creo que tengo muchas cosas que hacer por delante. Quiero tener una casa en el pueblo, pero cerca de mi familia.

Me siento feliz con mi hija. Siento que estoy más madura. Pienso trabajar, ganar y ahorrar mucho. Y con el tiempo tener una casa sola y vivir con ella. Me gustaría que mi hija fuera inteligente, que fuera habilosa, que estudiara mucho. Que tenga una profesión de secretaria. Mientras que ella estudie, mi idea es trabajar con muchas ganas para ayudarla, seguir trabajando para ella.

ROSA, CUIDADORA DE OVEJAS⁷

Yo me llamo Rosa Curillán Colihuinca. Estoy casada, tengo seis hijos vivos, murieron tres. Crié mi familia con sufrimiento; hacía mantas y las vendía. Con lo que ganaba traía azúcar, yerba. Esas cosas las compraba mi esposo, pero él era muy tomador.

No todo tiempo pasado fue mejor...

El abuelo

La vida de los antiguos era muy triste. Mi abuelo —él se llamaba Ñanco Curiñán— estaba casado con cuatro mujeres. Así me contaba mi mamá. Pero antes la gente no se casaba, convivían. Hacían ceremonias, pero no como hacen los chilenos. Se pagaban: pagaban caballos, pagaban rebozo, plata. Mi abuela sufría, porque al abuelo le trabajaba un chileno, pero él no trabajaba, porque tenía a las señoras que recogían los alimentos en la era para poder comer ellos, para hacer harinita, para hacer comidas de porotos. Vivían en una ruquita de paja —no como esta casa— y de ahí hacían catruntucu, ese coligüe de recorte, y ahí se lo pasaban las viejitas y hacían tremendo fuego. Y las mujeres tenían que salir a buscar trigo nacido, poroto nacido, arveja nacida, para poder darle al marido. Cada una hacía su comida. Antes las viejitas andaban a la siga de los viejos, para hacer comida no más andaban. Si había tres mujeres, tres ollas tenía que sentar y los tres platos tenía que comer ese hombre. Así era mi abuelito. Después la gente como que vino a despertar.

Antes no usaban colchones; se usaba de esa paja que la amarraban y quedaba como colchón, puros cueros, frazadas de hilo, y así éramos nosotros. Esa

⁷ Entrevista a la señora Rosa Curillán Colihuinca, realizada en Chol-Chol, 1997, por Alberto Parra, licenciado en Historia, y Bernarda Espinoza, antropóloga, en el marco del proyecto Fondecyt 197 11 25.



Fotografía de Alvaro Hoppe

gente sufría, porque no tenían ropa como nosotros; se ponían una chiripa, una chiripa de rebozo; se usaba bolsa de pan, de género. Las viejitas se ponían chamal no más y amarraban con trariwe y nada más; ni usan delantal y ahora último vinieron a usar ropa. Hacían mantas, les hacían mantas a los viejitos, pero no hacían para vender. También hacían frazadas, pero no para vender.

Mi abuelo tenía harta tierra, no sé cuántas hectáreas, y ahora está todo dividido de a poquito. El viejito arrendaba su tierra, dicen; entonces el chileno le pagaba; después que sacaban su plata, lo que sobraba se lo dejaban, como mantención.

Mi abuelo, dicen que no sabía nada, pero tenía su mente, estudiaba. Ellos estudiaban en la cabeza no más. Él era cacique, fue el primer cacique que hubo; el segundo cacique fue Juan Huaiquil Curillán. Él, como cacique, hacía nguillatun, juntaba toda la comunidad Huenchunao y Curillán y entonces mandaba un werkén, se mandaba uno de cada lado y llevaban la noticia de que se iba a realizar el nguillatun. Se juntaban en un lugar indicado y ahí se ponían de acuerdo. La machi llegaba en el momento en que iba a tener su trawun. Ella era de aquí, de la comunidad. Había acuerdo entre el cacique y la machi. Cada tres años hacían los nguillatunes. Cualquiera puede ser cacique teniendo palabra para hablar, para conversar con la comunidad, para proponer. Cuando se muere el cacique, se elige otro.

La familia

Yo conocí a mi papá. Cuando mi papá se casó con mi mamá, “llegué”, me dijo mi mamá, “tenía tres señoras y ahí estaba su papá”, me dijo.

—Después nos apartamos; yo traje una yunta de bueyes, la carreta —decía mi mamá— y ahí empezó a trabajar, pero casi más pasaba en el robo —dijo—; llevaba vacas, las mataba, por allá por Pitracó comían carne.

—Usted también comía, pues mamá —le decía yo.

—Cierto, cuando traían comida... Y así su papá era muy vicioso, tomador. Salían para el entierro, no llegaban. Salían para el trawun, no llegaban.

Ella vivía con nosotros; éramos dos nosotros y ahora yo me quedé sola. Gracias a Dios tengo mis seis hijos, un hijo y cinco hijas.

Yo tenía un hermano; murió jovencito, dejó una señora embarazada y ahí salió un hijo y quedó un heredero y de ahí lo reconoció mi mamá y lo criamos de chiquitito. Me decía mamá después, cuando estaba grande. Yo no quería que me dijera mamá, para poder casarme también.

Yo cuidaba las ovejas; nosotros teníamos como quince o doce ovejas, tenía mi papá; antes de que se muriera tenía en medias. De ahí después se murió joven mi papá, y ahí quedaron las ovejas en medias con mi mamá; quedamos las dos no más. Tendría unos catorce años, estaba en la escuela cuando falleció mi padre; primero falleció mi hermano, después falleció mi tía, después falleció mi padre. Falleció de la enfermedad, le hicieron mal.

En ese tiempo, mi papá ya no trabajaba en el robo de animales. Ya después lo tomaron preso. Era muy tomador, también; estaba botado, entonces lo tomaron preso, y con un hombre de aquí al lado, los dos con mi hermano lo fueron a

buscar a Chol-Chol el día lunes. Allá lo tomaron preso; se llama Caranpán el carabinero, era araucano también.

—Y ustedes, ¿qué es lo que hacen aquí? ¿Ustedes están tomando aquí, ustedes no tienen familia, no tienen que llevar algo? Ustedes se lo pasan tomando todos los pesos cuando vienen... ¿Y ustedes están casados?

—No.

—¿Ustedes tienen familia?

—Sí, tengo dos...

—Ustedes pasan tomando, todas las veces... Ustedes se van a casar.

Ahí lo obligaron a mi papá a casarse por el Civil. Nosotros teníamos unos diez años; yo estaba chica, mi hermano un poquito más grande, teníamos como tres años de diferencia, ni una diferencia casi. De ahí fueron a casarse, llevaron sus señoras los dos con el primo y allá llegaron curaditos otra vez. ¡Cuándo iban a dejar el vino!

En ese tiempo mi papá seguía trabajando la tierra que le dejó la mamá. Ahí trabajaba, puro en medias; ahí trabajaba, conseguía bueyes. Antes tenía mi mamá, con eso trabajaba; después conseguía para trabajar y ahí arrendaba la tierra y lo daba en medias. Y así, ¿cómo va a tener? Como dos cuadras entre los dos tenían de tierra, poquita tierra. Por el lado de la mamá no tengo tierra; ella era del lado de Huentelar, pero no toqué nada. Tenía que heredar tierra, porque le tocaba tierra, pero nos quitaron los otros primos, los últimos. Ella fue a darle a un sobrino para que la trabajara; le traían leña, le traían un poquito de papa, ahí se conformaba ella, pero después de eso yo nunca fui a trabajar la tierra, esa que tocaba de parte de mi mamá. Los parientes aprovecharon.⁸

Mi mamá tenía chanchos, aves; ella tenía para poder vender, para tomar mate, para comprar jabón, para lavar. Yo no conocí zapatos; andaba a patita, a patita cuidaba las ovejas, que los pies aquí llegaban a colorear. Con una vecina ahí, Tralma, salía a cuidar, por allá íbamos a cuidar ovejas. La tierra era de todos, era comunitaria, nadie ponía problemas; ahora sí, cada uno pone cuidado en su tierra; antes no. Nosotros salíamos por allá lejos, estábamos todo el día; ella llevaba un poquito de jabón para lavarnos los pies. Ella usaba zapatitos, pero igual coloreaban los pies. Ahora, gracias a Dios, conocimos los zapatos...

La madre al mando de la familia

Comíamos harinita no más, así; fruta cuando había. Casi no se compraba fruta antes, más harinita, pancito, café cuando hay, porotos, papas también un poquito, pero antes no se sembraba papas; se sembraba trigo, se sembraba cebada, se sembraba porotos, eso no más. Era para la casa y para vender; cebada para comer, cebada para vender, se tuesta, se hace mote.

⁸ La herencia mapuche es por el lado paterno y materno. En el caso materno, si los parientes no le reconocen la herencia al heredero, le pagan con algunos productos. Si la hija no reconoce la herencia de su madre, esa herencia se pierde y queda en manos de los parientes.

Mi mamá salía con otros a Chol-Chol; iban en carreta, se instalaba ahí; antes se iba de a pie no más, no había este camino que hay ahora. Ahora hay más comodidad, hay buen camino, hay micro, hay vehículos. La mujer, cuando queda sola, tiene que salir a buscar suerte. Yo cuidaba las ovejas. Ya que ella salía a vender, de allá traía un poquito de azúcar, un poquito de yerba, grasa para poder alimentar a los dos, a los tres con el sobrino.

Un viejito que se llama Francisco Huenchunao, nosotros travesábamos con él. Era hombre, nosotros éramos jóvenes, entonces nos cantaba... "Primero me van a cuidar ovejas y yo voy a salir por ahí", nos decía... Y él salía a buscar chiquillas y nosotros le cuidábamos las ovejas. En vez de decirle tío, le decíamos laku no más. "Ya", decía; empezaba a cantar en mapuche, cosas para la risa no más... Nosotros salíamos donde está el cuñado Osvaldo allá, para allá íbamos a cuidar ovejas. Éramos tres ovejeras que andábamos.

Hablar sólo en mapuche

En puro mapuche, hablábamos. Si no sabíamos hablar en castellano. Cuando entré en la escuela, ahí aprendí a hablar el castellano. En la escuela Tosca, aquí en Pitraco, donde el finado Calfin, ahí aprendí un poco. El profesor enseñaba: "Cuando estén de vacaciones, hay que ayudarlo a la mamá, hay que ayudar a cuidar, hay que ayudar en el trabajo, todo". Todo eso decía el profe, todo eso hacíamos; en veces no lo hacíamos, porque éramos loquitas. Sí, desordenadas; jugaba entre las chiquillas, salíamos por ahí. Cuando íbamos al agua no volvíamos nunca; pasábamos en el agua...

Mi mamá era muy mañosa. Me hizo sufrir mucho, hasta el final cuando se fue y cuando me casé, ¡ay, que se enojó! "El huinca, el huinca, ahora va a ser señora, va a entrar a la escuela, ahora va a ser señora". Así es que no me quiso dar estudio. Ahí me dio rabia. Después me casé.

Yo cuando entré a la escuela, me gustó el estudio y ahí se enseñaba de todo: hablar en castellano, a leer, eso me gustaba. Yo ahí aprendí a hablar también, salí de la vergüenza; era vergonzosa, y ahí se me quitó la vergüenza, cuando salíamos a visitar a otras escuelas. Salíamos a jugar a la pelota, al basketball, los niños aparte y las niñas aparte. Ahí me gustaba... ahí me gustó la escuela, ahí aprende de todo uno.

Me sirvió poquito la escuela. Cuando recién entré, no sabía nada; después, ya cuando estaba un poquito orientada, mi mamá me sacó... "¡Qué voy a hacer... uno sola no puede!". "Porque tienes que cuidar las ovejas", me dijo, "tienes que hilar, tienes que hacer frazadas, tienes que ayudarme a tejer". Ella hacía mantas, tenía que ayudarlo a tejer, y ahí le ayudaba a hilar yo, ahí pasábamos el tiempo... no me mandó más a la escuela. Le ayudaba a hilar y a tejer y ahí se enojaba cuando me obligaba a tejer... Sí, me castigó mucho mi mamá; hasta el final me aborreció, hasta cuando falleció y todavía yo le servía aquí.

Las esperanzas de la señora Rosa

Me gustaría para mis hijos que pudieran trabajar, que estuvieran bien, la salud buena. Yo espero estar bien, estar bien con mi familia, que se acuerden de

mí. Yo ahora estoy sola, pienso mucho que estoy sola... Que mi esposo se porte bien conmigo; a veces los hombres se ponen difíciles y yo más no puedo hacer, porque me molesta la vista. Casi no veo para hilar, para hacer tejidos. Que hubiera trabajo, algo de hortalizas, cualquiera ayuda que hubiera, ya tendríamos más comodidad para estar más tranquilos... Si no tenemos ninguna cosa de ayuda y qué podemos hacer también...

DOMINGO, MEDIERO⁹

Cuando yo era niño, éramos muy pobres. Sufría harto; como era el mayor mi mamá me decía que no teníamos ni con qué comer. A los ocho años recién me compraron zapatos. Zapatos plásticos, que los usaba inviernos y veranos. Esos son mis recuerdos de niño.

Mi padre trabajaba para puro tomar. De la casa no se preocupaba. Si sobraba, él compraba cosas; si no, no. Después, hasta que entró en el Evangelio, ahí dejó de tomar.

Cuando chico soñaba con no estar en el campo. Cuando empecé a estudiar tenía buenas notas; yo quería estudiar más y aprender mucho más. Pero me entró una enfermedad y no fui más a la escuela. Me enfermé de pulmonía, por las mojas y el trabajo. A los diez años empecé a trabajar con arado; también cuidaba animales. Yo creo que con todo eso del trabajo me entró la enfermedad. Me fui al hospital en Imperial. Estuve como tres meses hospitalizado. Pero el tratamiento me lo hicieron para un año. No lo cumplí bien porque, con la falta de dinero, tenía que trabajar.

276

Los estudios

Fui al colegio de Peuchén. Ahí tenía varios amigos, con los que jugaba; lo pasaba bien. Alcancé hasta quinto año básico. De primera aprendí a leer bien, también me sabía los números. Quería estudiar, ir a otra escuela, para terminar la básica. A mí, lo que me interesaba era estudiar mecánica. Una vez me avisaron sobre un curso rápido del Inacap en Chol-Chol. Debía tener octavo básico mínimo, y yo no tenía, no pude.

Con mis hermanos, cuando salíamos a cuidar animales, jugábamos. Mi hermano menor era el regalón de todos; jugábamos con él. Peleábamos como peleas de niños no más.

Los niños de ahora son más despiertos, ahora tienen casi toda la comodidad en el campo. Ven la televisión desde chiquititos. Antes no había ni radio; por lo menos yo no conocía qué era una radio. No conocíamos los pantalones;

⁹ Entrevista a don Domingo Curihual Pichinao, realizada en Chol-Chol, 1997, por Alberto Parra, licenciado en Historia, y Bernarda Espinoza, antropóloga, en el marco del proyecto Fondecyt 197 11 25.

yo a los seis años usaba puras cuestiones de tipo chamal. Después, de siete años ya usaba pantalones, y eso cuando los regalaban, porque el papá no tenía para comprar.

Trabajar solo para vivir

Cuando se es campesino, se trabaja solamente para vivir. En la ciudad no, ahí se trabaja lo justo. A un agricultor si le va mal en la cosecha, lo que desea tener no lo tiene. En el campo es más complicado que en el pueblo. En el pueblo uno trabaja y ya tiene plata todos los meses; aquí mensual uno no tiene plata.

Hay que trabajar en cualquier cosita —verduras, hortalizas— para tener algo, o criar animales; así vende y ya tiene plata.

Mi papá tiene dos bueyes para trabajar, pero yo no tengo. Tampoco hay mucha tierra, nosotros tenemos poco. Salimos a trabajar a la mediería para poder ganar algo, porque aquí la tierra no se hace nada. En total tenemos unas cuatro hectáreas. Y eso hay que dividirlo entre los hermanos. En la casa somos ocho con los niños, ocho familias para cuatro hectáreas de tierra, y no son todas trabajables. Por eso es que nosotros nos dedicamos a medieros.

Lo que se cosecha se va a vender a la feria de Temuco. Ahí se paga un poco mejor. En Chol-Chol compran, pero no a precio bueno. Yo cosecho porotos y arvejas y voy a venderlos. Con esa plata uno puede comprar lo que falta en la casa. Lo que uno necesita también: vestuario, zapatos, zapatillas.

Mi papá trabaja solo, yo solamente lo ayudo. Él siembra en una parte y yo en otra. No trabajamos en común, porque nosotros podríamos tener problemas en la repartición.

277

El futuro

Tuve varias pololas. Algunas eran de por aquí y de otras partes también. Amigas he tenido más, pero de pasada. De repente nos juntamos un grupito de amigos; a veces vamos a Chol-Chol también, compartimos una bebida, una cerveza. Trabajan igual que yo, en el campo. Algunos están casados. Pienso en casarme, pero a la hora que se me presenta la oportunidad, no se me ocurre. Nunca he querido tener hijos, porque los niños sufren también, no saben a quién decirle padre.

En el futuro, uno quisiera tener todo lo que no ha tenido. Tener todo lo que uno quisiera para estar contento, para ser feliz. Ayuda del Estado nunca llega, ni a través del Indap. Porque si uno se pasa en el plazo, ya le suben el interés. Después se va pagando el puro interés, y la deuda no se termina nunca. Entonces no ayuda. Ahora, para conseguir ayuda, hay que hacer una punta de cuestiones. Y cuando se va a la municipalidad, hacen como una lotería, y si le tocó, bien, y si no, no.

Ahora pienso seguir en el campo no más. Si se me presentara una oportunidad de ir a otra parte, a Santiago, quizás iría.

Yo me considero pobre. Y en la comunidad casi todos somos iguales. Las cosas están cada día peor, porque si a uno le va mal con la cosecha, va empeorando más.

FERMÍN, TEMPORERO Y MAPUCHE¹⁰

Tengo veinticuatro años. Yo era el regalón de la casa. Me acuerdo que lo que yo pedía, me lo daban. Como era el único que iba quedando, el más chico, me regalaban hartos. A los otros hermanos se los trataba de otra forma.

Fui al colegio aquí en Piuchén, llegué hasta sexto básico. El séptimo lo hice en Chol-Chol. Estuve tres años, repetí el octavo y no estudié más, no terminé. Pensaba seguir estudiando, llegar hasta el final, pero no fue así. En realidad a mí no me interesaba el estudio; iba a la escuela y me corría de clases; íbamos para Temuco, para Imperial; íbamos a mirar, a conocer.

Tenía como dieciséis años cuando empecé a pololear con mi señora; ella también estudiaba en Chol-Chol. A los dieciocho años nos casamos.

Ahora estamos viviendo de las tierras de mi papá. Todas las cosechas que he hecho desde que estoy casado, allegado, todas han sido juntos. Hace siete años estamos viviendo juntos en la misma casa. No hemos tenido problemas. Yo estoy hartos agradecido con mi papá, nunca me ha dicho nada. Tengo mi casa aparte. Me cambié porque ya teníamos hecha la casa, ya era como mucho ya, muchos años. Junté dinero, así pude plantarme una casa. Estoy cerca igual de mi papá.

De chico empecé a trabajar, de doce años. En casi todos los trabajos andábamos todos los hermanos juntos. Íbamos a la vega, a aporcar. Cuando no iba a ayudarles, me quedaba cuidando y ellos se iban a trabajar.

A mí me gusta el campo; cuando he salido a otra parte, nunca me he hallado. Nunca me encuentro igual, y ahora menos; ahora que ya tengo mi casa, mi familia; menos me puedo ir a otra parte. Ya estoy acá ya.

El trabajo de temporero

Estuve trabajando de temporero en Curicó. Me había ido bien, pero tuve una caída y me torcí la rodilla, me vine. Antes de eso estaba bien; trabajando en la toma de manzana, en la cosecha. Me fui con amigos, vecinos. Nos fueron a encontrar al terminal de Curicó y nos llevaron al fundo. Ahí mismo había un campamento, en donde dormíamos. Había gente de todos lados, éramos por lo menos veintiocho. Pagaban tres lucas diarias; se gana plata. Trabajábamos de lunes a sábado y el domingo era libre.

⁹ Entrevista a don Domingo Curihual Pichinao, realizada en Chol-Chol, 1997, por Alberto Parra, licenciado en Historia, y Bernarda Espinoza, antropóloga, en el marco del proyecto Fondecyt 197 11 25.

La comida era más o menos no más, puros porotos todos los días. Dos veces a la semana comíamos carne. Los días domingo no había comida, pero los sábados daban plata para comprar algo; yo no pedía nada, porque así no íbamos a ganar, había que ahorrar.

El ser mapuche

Yo soy mapuche. Se trata con mucha diferencia al mapuche; siempre es mirado en menos y uno se da cuenta al tiro. Pero yo no veo casi ninguna diferencia: ser mapuche es ser chileno, y uno puede tener mucha más capacidad, más capacidad que alguien del pueblo.

Los del pueblo no dicen eso; siempre miran en menos al campesino, no quieren ser amigos de un campesino, no les gusta andar con ellos.

En mapuche yo sé hablar, pero nunca he conversado; ahora menos, porque la gente no quiere conversar. Ahora en todas las casas se conversa en puro castellano. Yo creo que eso pasa porque hay cambio, va cambiando la gente, la generación. Ahora los niños que van naciendo, no saben ni jota de mapuche; eso pasa porque no se habla, no se conversa en mapuche en la casa.

El futuro

Yo quiero lo mejor para mis hijas. Yo trabajo para ellas, para que estudien; aunque nos cueste, hay que darles toda la educación que se pueda. Lo que uno no alcanzó, que ellas puedan hacerlo. Me gustaría que tuvieran una profesión; ojalá fueran profesoras o alguna cosa así. Pero ellas dirán, más adelante. Porque a uno mientras es chico lo pueden mandar, pero después no.

Para mí, en el futuro espero seguir trabajando; si el trabajo da resultado, uno puede hacer lo mejor para su hogar. Me gustaría comprar alguna herramienta, comprar bueyes para trabajar, aunque me falta mucho. Yo no tengo nada.

gustaría tener

más estudios)

Me gustaría vivir

en una casa



gente

sin frío,

sin barro

ordenada

Tercera parte:

LA GENTE DE FIN DE SIGLO

La década del noventa está siendo también el fin de una época. Estamos demasiado cerca para percatarnos de todos los cambios que han ocurrido. Pero es evidente que en las vidas de muchas personas concluyó un largo tiempo en que las preocupaciones y posibilidades eran diferentes. Las dos historias que siguen a continuación son muy distintas entre sí. En un caso se trata de un hombre, pobre por cierto, que se había arrimado al Bim Bam Bum. Con la destrucción de la vida nocturna santiaguina, él también fue concluyendo su vida. No pudo reciclarse a las nuevas situaciones. La segunda historia, en cambio, es de una mujer joven que vivió una fuerte experiencia de compromiso social y político —como tantos jóvenes— en la década del ochenta, y tras el fracaso y el desencanto, optó por la búsqueda esotérica, mística, y la paz interior, aprendiendo a “no decirlo todo y no tratar de saberlo todo tampoco”.

EL BIM BAM BUM¹

Yo soy Guillermo Rojas, pero todos me conocen como “Gardelito”. Tengo cuarenta y un años y de chico tuve una vida dura, con harta historia. Siempre trabajé para alimentar a mi mamá y a mis hermanos, para ayudar a la casa. Nosotros siempre hemos sido muy pobres.

Yo empecé a trabajar a los ocho años. Salía a fletear a la feria; iba, más bien dicho, a pedir a la feria. Así fui conociendo a los ferianos, les ayudaba a armar los puestos y así me hacía mis luquitas o me daban un poquito de verdura; ayudaba al puesto de pescado, en los subproductos de carnes, y ahí me daban lo que quedaba. Mi manera de fletear al principio no era un carretón, sino que eran de esas cajas plataneras que las amarraba con un cordel y uno tiraba como podía. Después ya fui creciendo y tuve mi carretón.

Mi padre murió cuando yo tenía tres años. Mi mamá era cocinera de un restaurante y yo vivía con ella. Parecíamos gitanos. Era mucho deambular; nunca tuvimos una casa, vivimos botados, se puede decir. En ese tiempo éramos dos hermanos, y cuando estábamos chicos comíamos y dormíamos en la calle con mi mamá, ahí en los subterráneos del Servicio Nacional de Salud, en Borgoño, donde está Investigaciones ahora, y antes estaba la CNI. Yo tengo que haber tenido unos cinco o seis años, pero me acuerdo como si fuera ahora.

Después mi mamá se juntó con un señor y formamos una familia. Él era cargador de la Vega y con el tiempo mi mamá lo hizo cambiar un poco, porque él era alcohólico. Nos fuimos a vivir con la mamá de mi padrastro, con mi abuela, que es muerta ahora. Fue una vida muy amarga, muy dura, que nos tocó vivir con esa gente; puro amargo, no más.

Mi padrastro tomaba mucho. Entonces había días que había plata y días que no había. Después se metió de garzón, que nunca en su vida lo había hecho. Cuando nacieron mis hermanos cambió un poco. Después mi padrastro se metió a trabajar de aseador en las micros y ahí aprendió a ser chofer. Por eso yo digo que mi mamá lo hizo cambiar, lo hizo ser gente más civilizada, más responsable; ella siempre le hablaba —yo me acuerdo de eso—, ella lo aconsejaba, le decía que cambiara, que dejara el trago, y él la escuchaba, parece.

El amor

En el amor también he tenido mala suerte. Una vez intenté formar mi familia; tuve una conviviente cuando yo tenía veinte años, pero a los veintidós ya estaba viviendo con mi mamá. Fue por parte de ella; me hizo una mala pasada. Vivíamos en una piececita en Avenida México, estaba formando familia, y justo me sale un trabajo para ir a Concepción, y en esos días que salí me pusieron los cuernos.

¹ Entrevista a don Guillermo Rojas, realizada en Santiago, 1997, por Francisca Márquez B., SUR, en el marco del Programa Interinstitucional Cerro Navia 1997-2000, FOS/Bilance.

Cuando volví a Santiago, volví en la noche, como a las dos de la mañana, y pasé a un local que yo conocía y me encontré con unos amigos. Ahí me dijeron: "Cómo está tu señora". "Bien", dije yo, "está en la casa". Ahí un colita me abre los ojos y me dice: "Qué va a estar en la casa, anda con el otro que tiene". Yo me puse a averiguar dónde estaba y fui a un local, y ahí estaba ella con otra persona. Yo me fui a la pieza donde vivíamos, y no había ninguna cosa. Ella se había llevado todo. De ahí yo me fui a la casa de mi mamá, y no la he visto más. Después ya he tenido puros leseos no más, como dicen; besitos van, besitos vienen, pero de ir más adelante, no. Uno queda desconfiado, y peor con el trabajo de uno, siempre trabajando de noche.

Los trabajos

Entré a trabajar a una fábrica de carteras y de bolsones escolares, como cortador de plantillas. Se ganaba poco y nos hacían trabajar hartos, no teníamos contrato ni nada. Trabajé en ese lugar como un año. Yo era bien chico, debo haber tenido unos doce años. Ahí yo creo que le tomé el peso al trabajo y después decidí salir a buscar otro trabajo mejor pagado. Pero aprendí algo. Se trabajaba con la plancha de mesa, que es una cuestión parecida al cuero, pero que es puro cartón. Entonces se hace el modelo, se corta, se hacen los ojettos. Eso es lo que aprendí. Después salí con el diario a buscar trabajo. Tenía trece años y yo quería tener plata para ayudar a mi familia y para poder vestirme bien. Yo me sentía mal, porque uno siempre andaba con la misma ropita; eso me angustiaba, siempre me andaba trayendo en menos, bajo, por así decirlo.

Encontré trabajo de copero en Huérfanos, en el salón de té Candy. Fui con mi madre, ella me acompañó. Yo no tenía carné y hablé con una dama que era la jefa de personal y me dijo: "Usted, ¿ha trabajado otras veces en esto?". "No", le dije yo, "primera vez, pero nada se pierde con probar". Me tocó lavar vasos, tazas, platos; las niñas que atienden van dejando lo sucio y uno tiene que estar pendiente. Yo ganaba el mínimo; eso sí que tenía contrato y todo.

Fui conociendo otro tipo de vida, otra gente. Para mí eran todos importantes; aunque hubiera sido el que barría afuera del local, para mí esa persona era más importante que yo. Entonces, de repente me tocaban turnos más largos y tenía una hora o una hora y media de descanso; y para no venirme a la casa, empezaba a vitrinear, a caminar. Empecé a ser amigo de más gente. En ese tiempo estaba el Teatro Quinta, el Teatro Rívoli, y empecé a ser amigo de esa gente. De repente tenía libre y me iba al Teatro Rívoli, y como ya era amigo de los cabros, entraba gratis; en los intermedios les ayudaba a las chiquillas de la confitería a vender helados en la sala, y por ahí me las iba arreglando.

Después la dueña del café decidió cerrar y me quedé sin trabajo. Ahí trabajé dos años. De ahí me fui a trabajar con un tío, haciendo unos camarines al Estadio Palestino, allá en Las Condes. Ahí fue otro ambiente. Yo salí de un roce social alto a uno bajo: en la construcción todo es distinto. Pero ahí también conocí otra gente, porque había que ir a comer al casino del estadio, y eso me ayudó.

La pega que fuimos a hacer ahí era un radier y había que trasladar unos camarines. Duró como cuatro meses, y en esos cuatro meses me hice amigo de

los concesionarios del estadio. Yo siempre buscaba relacionarme con otra gente; fui conociendo a los garzones que trabajaban ahí, a los cocineros. Ese trabajo fue hermoso para mí, porque el día domingo nos daban una invitación para ir a la piscina, y yo nunca había ido a una piscina.

Una vez le dije al jefe de los mozos que cuando se diera una fiestecita, yo venía a ayudarlo y después arreglábamos. Pasó el tiempo y un día viernes me dice que hay trabajo. Así que esa noche me arreglé bien y trabajé. Me gustó el trabajo y como a la semana después me dejaron trabajando de planta. Quedé como platero, o sea, puro lavar platos. Ahí trabajé dos años, pero eso me sirvió mucho, porque fui aprendiendo diferentes trabajos.

Después pasé de ayudante de cocina a los fríos, que es la parte de las entradas; después en la parte de la cocina árabe, que era aparte, y ahí no se me quedó nada en la cabeza, porque era muy complicado; y después pasé a lo caliente, que es la cocina fuerte. Esa fue la experiencia más rica de trabajo en las artes culinarias, porque dentro de tan poco tiempo pasé por varias etapas; después fui hasta barman. Cualquiera que faltaba, yo lo reemplazaba. Me decían: "Ya, Gardelín, ocupa ese puesto", porque así me decían.

Me acuerdo que trabajé una Pascua y Año Nuevo. Al otro día, cuando llegué a la casa, me tuve que ir en taxi, porque la señora me regaló licores, pan de pascua, cola de mono, carne. Eso es para no olvidarlo nunca. Después de esa Pascua, trabajamos como dos meses y llegó la notificación que la concesión se terminaba. Y como yo había conocido gente de todos lados, empecé a buscar trabajo de nuevo.

284

La farándula

Empecé entrando de a poquito en lo que es la farándula del espectáculo, en el teatro Bim Bam Bum. Yo había trabajado en el Teatro Rívoli vendiendo helados y ayudaba a acomodar, y de repente me iba al Ópera, al Bim Bam Bum, a ver los ensayos. Me gustaba eso, lo encontraba bonito. Y de repente me pedían: "Negro, anda a comprar una bebida". Yo partía, y así me iba ganando a la gente y después ya fui entrando de a poquito.

Cuando yo trabajé en el centro, conocí a la gente del teatro Bim Bam Bum, así que ahí me iba a dar mis vueltas, a ayudar en lo que se pudiera, y como la gente me tenía buena, porque yo tengo buena voluntad, me mandaban a comprar cualquier cosa. Yo siempre he tenido eso de tener buena voluntad, soy humilde.

En una temporada estaban haciendo una escenografía para una revista que venía y yo empecé ayudar en la escenografía de puro puntudo no más, ayudaba a pasar las cosas. Entonces me fui grabando en la mente cómo era esto; ahí cada persona tiene su trabajo. Si yo soy tramoya, yo tengo que terminar lo mío, no tengo que meterme en lo que está haciendo el otro. Ahí yo me hice cooperador, ayudaba en lo que me mandaran, en lo que se necesitara.

De repente se me olvidó lo que era el Palestino, lo que era el Teatro Rívoli; me di vuelta al ciento por ciento a esto, al Bim Bam Bum. Fue a tal punto el sistema, que el dueño, que en paz descansa, me tomó súper buena. Y llegó el día del estreno y yo pensé que para mí terminaba todo. Se montó el espectáculo y

yo estaba en los ensayos, y en vez de irme para fuera me metieron para dentro; yo ahí quedé marcado como el cooperador. Eso me gustó desde el principio, porque era otra faceta que estaba aprendiendo, otro sistema. Ahí empecé a tomarle más cariño. Después pasé a ser ayudante de utilería y fui aprendiendo todo de adentro.

Ahí yo tenía un vale de cooperación, que semanalmente me daban cinco mil pesos, y de repente tenía las propinas, porque yo les iba a comprar a las chiquillas. Después pasé a ser el avisador, como se le llama en el sistema del teatro. Para empezar, la gente tenía que estar a las siete en el teatro, porque a las siete y media era la función, así que a esa hora ya tenía que estar todo el personal y yo pasaba por todos los camarines preguntando: ¿van a encargarse algo? Después en los cuadros, porque cada *sketch* duraba diez minutos, una cosa así, en ese lapso tenía que ir a comprarles a las chiquillas y volver. Ahí trabajé catorce años; entré a los dieciséis, hasta los treinta años. Después que fui avisador, pasé a ser ayudante de tramoya; ahí tenía un contrato también y tenía mi sueldo. Ese tiempo fue muy bonito; hice varias giras, salí con *La Pérgola de las Flores*. Fui siete años a Viña a trabajar con el Bim Bam Bum; la gira que hicimos con *La Pérgola de las Flores* duró dos meses, recorrimos desde Tacna a Punta Arenas,

En ese tiempo estaba la Fresia Soto, la Silvia Piñeiro, Emilio Gaete, la Gladys del Río, Pedro Mesone. Ese fue mi cambio total; yo me creía más importante en ese tiempo, porque estaba enrolado con los artistas. Ahí conocí a la Coccinelli, a la Tongolele. Si hubiera estado trabajando en otro lado, hubiera tomado gusto por otras cosas y no habría conocido esto. La plata ahí no era mucha, por lo menos para mí; siempre era mitad para mí; mitad para la casa. Yo creo que ese fue mi tiempo; yo me sentía feliz y contento, ahí yo creo que era feliz.

285

Y después se terminó, como se dice que todo lo bueno dura poco. Ese local se arrendaba a un banco alemán antiguamente, por lo que tengo conocimiento, y lo entregaron y fue una pena para todos, porque éramos una familia que trabajábamos ahí en el teatro, todos los días todos juntos. Después pasó a ser un cine porno. Ahí también yo me quedé acomodando, pero se ganaba poco; el tipo de gente que llegaba ya era otro y no estaban ni ahí con dar propinas, así que me retiré y salí a buscar otro trabajo.

Para mí fue doloroso, porque yo mismo empecé a desarmar el teatro; tenía que empezar a desarmar los camarines, desclavé tabla por tabla. Era triste, porque estaba haciendo tira la misma fuente de trabajo que tenía. Al final me tocó desarmar el escenario, retirar butacas; después yo miraba de la puerta de entrada, sin butacas, el parquet liso, el escenario desarmado, lo único que estaba parado eran los pilares que sujetaban la platea alta. No estaba la lámpara de lágrimas que estaba al medio, no estaban los apliqué que estaban afuera, los cortinajes rojos de felpa, todo desapareció, todo eso se remató. Fue muy triste.

La noche santiaguina

Después de eso me fui a trabajar al Centauro, ahí en Monjitas. Era un club nocturno. Ahí era portero y el día viernes y sábado me metía al bar. De portero tenía un sueldo de tres mil pesos, otros dos mil quinientos por trabajar en el bar

y doscientos cincuenta pesos que me daban las chiquillas, porque yo les iba a comprar. En los locales nocturnos a uno no le hacen contratos ni nada, eso es como un trabajo de temporero. No hay ninguna seguridad de nada, cualquier día estás despedido, y como hay mucha gente que trabaja de noche, si me salgo yo, van a haber dos o tres. Ahí estuve poco tiempo.

Después he seguido trabajando en distintos lugares de la noche santiaguina, pero uno también empieza a cansarse de la noche. Además, se juntó con problemas que he tenido aquí en la casa con mis hermanos. En eso también empecé a enfermarme súper fuerte; no alcanzaba a mejorarme, salía a trabajar y de nuevo llegaba enfermo. El frío, las trasnochadas, todo eso se me fue juntando.

El descenso

Después ya empecé a quedarme en la casa. Si yo salía a trabajar en la noche, encontraba pega, pero me empecé a quedar. En ese tiempo yo arrendaba en Gutiérrez con mi mamá, y el dueño nos pidió la pieza. Mi hermana ya vivía acá en el campamento, y como yo no tenía trabajo, estaba medio enfermo y no teníamos a donde ir, optamos por venirnos acá. De eso hace como cuatro años. Instalamos dos piezas un poco chuecas y ahí vivimos como ocho personas.

Ahí yo tuve un cambio grande en mi vida, porque de tener un espacio adonde vivir donde no tenía a nadie encima, y después vivir aquí donde estamos todos amontonados, es harta la diferencia. Aquí como que empecé a hundirme; no sé muy bien lo que me pasó, pero me fui quedando.

286

Ahora ya llevo como cinco meses sin trabajo. Está malo afuera. Yo salgo y no encuentro nada, y si encuentro, es mucho verdugueo. Ahora estoy viviendo con lo que da mi hermano no más; él trabaja de junior ahí en el terminal y gana el mínimo. Mi sobrino, que trabaja a veces, él gana como quinientos pesos diarios.

Ahora yo estoy a cargo de la casa. Mi hermano me da quince mil pesos los días veinte, y de ahí los tengo que hacer durar hasta el día cinco, y el día cinco me da treinta mil pesos y esos los tengo que hacer durar hasta el día veinte; de ahí tengo que pagar la luz y comprar el gas.

Yo me las arreglo, veo cómo ahorrar; tenemos que arreglarnos de alguna manera. Estoy como preso en la casa; hago comida para dos días, así estoy ahorrando gastos por un día, y todos los días compro un kilo y medio de pan, el azúcar, el té, y la margarina cuando alcanza.

Me gustaría tener una casa donde vivir, que nos salieran los departamentos y que vivamos más ordenados, no como aquí, una casa por aquí, una casa por allá, el frío, la lluvia, el barro. Llega la hora en que uno lo único que quiere es salir de aquí, irse de aquí, porque llega un momento que no da más. Ya vienen las calores, la hediondez del río, cuando se tapan los desagües es un olor insoportable; para un niño chico que recién está respirando, también inhala todo eso; y lo otro son los zancudos y los ratones. Aquí la noche es enfermante para nosotros; la noche no es de descanso, es de pura lucha. O cuando llega el frío, aquí no hay dónde estar; todo está frío y húmedo, uno casi no duerme.

Sin futuro

A mí me gustaría tener más estudios, tener una capacitación de estudios, por ser, de ortografía, para el poco tiempo que me queda, porque ya tengo cuarenta y un años. Me gustaría encontrar un trabajo, pero un buen trabajo donde me paguen bien y tenga un buen trato, y que sea un trabajo estable, porque eso de andar de un lado a otro es difícil. Eso sería bueno para mí. Y que me dé buenas garantías, pero eso es difícil.

Yo veo mi futuro un poco malo, porque yo ya no tengo vuelta, ya no tengo futuro; como que lo mío ya lo viví y qué otro futuro voy a ver. Lo único que me gustaría es que fuéramos más unidos con mis hermanos; la comunicación no es buena, cada uno hace lo suyo no más, nadie se preocupa de uno. Yo a veces pienso, con todo lo que yo he aprendido y todo lo que he trabajado, y como estoy. Me miro a donde estoy, y yo he sido luchador... siempre bueno para aprender y para el trabajo.

La vida me ha dado oportunidades en todo sentido, pero la misma inexperiencia mía y de mi mamá, que no me ayudó a ver para adelante. Nunca nos preocupamos de tener una casa propia. No estaban las posibilidades como están ahora; antes uno se iba a una toma y así te daban la casa, te la daban por el Serviu o la Corvi. Lo otro es que uno siempre ha vivido con un mal sueldo, porque siempre los contratos son por el mínimo, le descuentan y queda poca plata. Yo creo que una persona, trabajando duro y teniendo una vida ordenada, puede dejar de ser pobre, pero igual no es fácil. La gente cree que uno no quiere salir de aquí y cómo uno no va a querer; uno no quiere vivir siempre pobre, viviendo en la calle, comiendo a veces o viviendo como nosotros. Se puede decir que uno vive en la mierda... uno a veces no puede salir de esto no más.

287

LA GENTE SE MUERE, Y SE MUERE DE VERDAD²

Sentirse como un grano de arena, una cuestión insignificante, es sentirse aniquilada. Nunca más tendríamos esa fuerza, porque lo que estábamos haciendo era lo más extremo, y resulta que no fuiste capaz. Muchas veces yo pensé, "para qué haber salvado la vida, si igual se muere parte tuya, se va con ellos parte de tus ideales, lo que tú creías".

Lo difícil era darse cuenta de lo grande y fuerte de este aparato. Ni siquiera tienes la posibilidad de hacerle mella a este sistema. Todo el tiempo que había estado en la organización tratando de buscar una salida. Fue una decepción terrible, frustración. Todo lo que significa jugárselas por un ideal o jugárselas

² Entrevista a la señora Isabel Parraguez, realizada en Santiago, 1997, por Antonio García, estudiante de Antropología, en el marco de un estudio sobre familia desarrollado en conjunto por PNUD y SUR, y publicado parcialmente en: PNUD, "Informe de Desarrollo Humano en Chile, 1998: Las paradojas de la modernización" (Santiago: PNUD, 1998).

por un camino. Y no es una película: la gente se muere, y se muere de verdad. Tú nunca más los ves y no están. Y te das cuenta que se muere gente joven, gente buena, gente que tiene valores con lo humano. Entonces no era tan solo un cambio de poder, sino toda una ideología en la que todavía creo, pero que no le veo cabida.

El sistema impuesto es cruel y se nota en todo. Ahora el sistema está más enraizado que nunca. Aquí no hay ninguna opción, la democracia está entre comillas. En esta democracia no cambia nada en lo económico y en la distribución. La opción aquí es una sociedad de mercado impuesta brutalmente. Entonces mientras esté, no es mucho lo que se puede hacer; quizás son otras cosas, otros caminos. Yo creo que el sistema está muy legitimado, más enraizado, sin posibilidades de cambio.

La represión

Empecé a hacer trabajo social en el año setenta y ocho. La represión y el temor parte cuando empiezas a reunirte, a informar, a entregar panfletos en la calle, casa por casa. Era una actividad clandestina y en todo minuto tú sientes miedo a la represión.

Mis primeros conocimientos de que la represión estaba cerca fueron en el año ochenta, cuando tomaron a un chiquillo del centro cultural. Estábamos panfleteando y tomaron detenido a este compañero. En ese minuto nosotros nos tiramos y se lo quitamos a los pacos; lo hicimos con mucho miedo, y nos replegamos inmediatamente.

288

De ahí para adelante vinieron muchas actividades; tuvimos muchas veces a los pacos metidos adentro de la sede, pero nunca con un miedo muy cercano. Ellos entraban a escuchar lo que ahí se hablaba. Nos sentíamos protegidas detrás de este centro cultural y donde había mucha gente de diferentes partidos políticos: del MIR, del PC, PS, y otros que no tenían ninguna militancia.

Ahí yo no tenía militancia política y procurábamos que la organización no fuese un vocero oficial de algún partido. Insistíamos en realizar un trabajo comunitario; una acción social como organismo poblacional, y se mantuvo bastante tiempo. Eso duró hasta que hubo que definirse políticamente. Después vino otro período donde había que fortalecer lo político, lo partidario.

Recuerdo que la primera vez que quedé deshecha fue por la muerte de Jorge Eduardo. Nosotros fuimos en una oportunidad a una manifestación al centro; ahí nos encontramos a Jorge Eduardo: fue la última vez que yo lo vi. Él era un militante del MIR. Cuando nosotros nos acercamos a saludarlo, él dijo que no nos acercáramos y que nos alejáramos de él, porque tenía seguimiento. Nosotros nos fuimos de su lado. Fue la última vez que lo vimos.

A la semana después, muere dinamitado. La excusa fue un enfrentamiento con la CNI cuando él estaba instalando una bomba en una torre de alta tensión, por allá por La Reina. Al otro día aparece muerta la Loreto, que era su pareja; también es dinamitada en una torre de alta tensión.

Era primera vez que nos topábamos con la muerte tan cercana a nosotros. Un amigo de él nos informó que no era bueno ir a sus funerales, porque la familia estaba muy metida para adentro. Lo habían retirado del Instituto Médico

Legal y un médico de la familia de él lo había revisado. Tenía fracturas en todo su cuerpo. Él fue torturado antes de haber sido muerto, antes de ponerlo en la torre y hacer este aparente enfrentamiento con la CNI.

Después empezamos a asustarnos y a andar con más cuidado. Las reuniones fueron más clandestinas. Éramos bastante ingenuos. Me acuerdo que una vez a las seis de la mañana hicimos una barricada; fue el mismo día que quemaron a Rodrigo Rojas y Carmen Gloria Quintana. Estaban todos los milicos en la calle. Esa vez la represión fue brutal, murió mucha gente. A nosotros nos sorprendió un camión de milicos cuando estábamos retirándonos de la acción. Ellos nos siguieron a balazos; nosotros corrimos y nos dispersamos rápido, pero las balas pasaban por entremedio de nosotros. Sentíamos el silbido y las chispas que echaban cuando pegaban en el suelo. Esa sensación de correr sabiendo que en cualquier momento te llega un balazo por la espalda es muy fuerte, pero afortunadamente no tuvimos muertos en ese momento, en nuestro grupo.

Las medidas de seguridad eran frágiles. Nos juntábamos en las casas, traíamos de guardar ciertas medidas, pero era difícil, porque finalmente todo se topaba con todo. En una oportunidad en que estábamos celebrando un aniversario de la Jota, se corrió la voz de que una población iba a asaltar a otra. Entonces, en minutos, se sintieron ruidos en la calle; había mucha gente y todo estaba movilizado para defender la población. Era una situación de caos que había provocado el mismo oficialismo. Era estúpido. Ahí nos dimos cuenta de que estaba todo el lumpen en la calle y que iban a defender su población. También nos dimos cuenta de todo lo que movilizan y todos los fierros que tenían. Salieron con pistolas, escopetas recortadas, cuchillos, palos. Ahí nosotros iniciamos una relación más política con el lumpen. Conversamos con ellos y les pedimos ayuda, los invitamos a tirar panfletos. Fue como una forma de sumarlos y de subordinarlos. Saber en qué andaban, porque siempre éramos sobrepasados por ellos en los días de protestas. Ellos no tuvieron problemas y se pusieron en otra parada. De ahí para adelante, y por un buen tiempo, nos acompañaban en todas las acciones de propaganda que teníamos. A mí me tocó uno que era inmenso de grande, súper alto y flaco; le decían el "Comandante Puchero". Recorríamos toda la población y ellos se distribuían con nosotras. Así no salimos más mujeres solas, porque éramos hartas mujeres. El sentido era integrarlos a ellos, que a la hora de salir a la calle estuvieran un poco dirigidos, no que ellos nos sobrepasaran a nosotros. Ese sentido tenía, porque ellos estaban mucho más acostumbrados que nosotros a enfrentar a la represión.

Muchos amigos y amigas detenidos, amigos que les sacaron la cresta en la calle. Al otro día de las protestas salía en los diarios: tantos muertos, tantos heridos, tantos detenidos. Eran cifras, pero lo que eso significaba para el que lo vivía no aparecía. Había personas tan brutalmente golpeadas que morían a los días después.

Durante los días de protesta funcionaba una posta donde llegaban los cabros con balines, heridos de balas. Cuando eran tomados en la calle, eran torturados, golpeados, quemados en las mismas fogatas; les quedaban llagas en la espalda, en los pies. Hacían apagar las fogatas con las plantas de los pies y con el cuerpo. Buscaban que la gente quedara espantada de miedo y terror.

Cuando caían nuestros amigos detenidos, teníamos que ir a hacer guardia a un lugar cercano de la comisaría para que no se llevaran a la gente a otros lugares; seguíamos los furgones. Ahí el temor era que desaparecieran, porque los sacaban y se los llevaban; por eso hacíamos guardia. Si agarraban a un chico, había que seguirle siempre la huella donde estaba, porque si desaparecía o ellos lo negaban, era porque se los llevaba la CNI y ahí se corría mucho más peligro.

La muerte de los amigos

La situación más fuerte de represión que me tocó vivir fue la muerte de dos compañeros y amigos. Uno siempre cree que a uno ni a sus amigos cercanos no les va a pasar nada. Yo siempre confiaba mucho en la seguridad. Funcionábamos con la confianza y pensábamos que la otra persona sabía lo que estaba haciendo, que lo estaba haciendo bien y que no había errores.

Pero los errores se cometieron. No quiero hacer un análisis político de porqué el error. Yo estuve con ellos hasta tres o cuatro días antes de su muerte. Yo no sabía cuáles eran sus verdaderos nombres. Supimos de una muerte de un economista allá en Ñuñoa; el día lunes en la tarde había muerto otra persona en Varas Mena. Yo busqué noticias para escuchar, pero no se decía nada. Nosotros sabíamos que ellos estaban en ese lugar, pero no sabíamos quiénes habían muerto. Al otro día, en *La Segunda* aparece todo el cuento.

290 Fuimos a la Vicaría y allá me encontré con la esposa de Omar y con el papá de Juan Enrique. Yo andaba con mi amiga, que era polola en esos momentos de Juan Enrique. Lo que siguió a esa situación fue complicado. Fuimos seguidas esa noche.

El papá logró que le entregaran el cuerpo de Juan Enrique y que fuera velado en la casa de sus abuelitos, que habían sido desaparecidos para el setenta y tres. Nosotros salimos de la Vicaría, llegamos al metro, y un tipo al lado nuestro siempre. Yo iba con mi amiga, porque íbamos al velorio. Llegamos ahí y el tipo fue bastante evidente; nos mostró inclusive la pistola que llevaba; se le veía y él la mostraba.

Arriesgamos todo, llegamos a la casa y estuvimos con él. Cuando volvimos a la casa, le dicen a mi amiga que tiene que ir a hablar con una asistente social de la Vicaría, porque tiene que irse del país. Corría riesgos, porque la estaban buscando. Con mi amiga nos despedimos ese mismo día. A ella la escondieron y después salió del país. Yo fui igual al cementerio a despedir a mis amigos. Lo enterraron en el Metropolitano. Nos sacaron fotos por todos lados y nos filmaron. La mamá de Omar intentó rescatar algunas cámaras, pero no pudo. La CNI siempre estuvo ahí, sacando todo lo que quisieron. Era una situación muy desquiciante.

Pasa una semana y mi familia no estaba enterada de toda mi vida política. Yo sigo trabajando con toda esta carga emocional de sentir la muerte de mis amigos. Pasaron unas semanas, unos días donde yo estaba choqueada. Aparte que no podía contar, hacer una vida normal dentro de toda esta anomalía. Mi oficina estaba vigilada, porque siempre llegaba gente a verme; de hecho, mi

amigo que mataron estuvo cuatro días antes de morir ahí. No podía pensar bien.

La clandestinidad

Fui a la Vicaría, me atienden y les cuento lo que pasó. Ellos me hacen contar hasta dónde yo estaba involucrada, qué es lo que yo sabía. Me dijeron que era peligroso, que yo tenía sanción; inclusive podía ser detenida y encarcelada.

En ese mismo minuto agarro a mi cabro chico y hablo con un hermano que me apoyaba. Entonces él me acompañó; saqué ese día la nada de ropa y les dije a mis viejos que yo me iba de vacaciones por una semana a la playa. Ellos no entendían, pero igual sentían que era otra cosa, que no era eso; pero no fui capaz de contarles, para no hacerlos sufrir. Me desaparecí como tres semanas.

La posibilidad concreta que me ofreció la Vicaría era salir del país. Se enviaron mis antecedentes a Amnistía Internacional para solicitar a Suecia asilo político. En ese minuto yo no entendía nada, y se me ocurre pedir ayuda a un psiquiatra amigo que anteriormente me había atendido en mi primera separación. Él me atendió y me aclaró. Primero me bajó toda la cosa emocional que tenía, sobre todo por lo que había pasado con mis amigos. Él me aclaró la situación, me dijo: “La CNI es una institución que no tiene tantos recursos ni tanta gente como para tenerte siempre vigilada. Por un lado, ellos saben que se les perdió un guerrillero, y quien lo tenía escondido eras tú. Entonces dejan como hilos colgando de gente a la que van a recurrir cuando se les pierda otra vez otro. Cuando se les pierda otro, van a recurrir a esta persona que alguna vez lo hizo y en ese minuto vas a tener un seguimiento. Por otro lado, la evidencia de la CNI era para comprobar si estabas más involucrada en los hechos o no. Si tú conoces a más guerrilleros, tienes que irte. Pero si tú no conoces a nadie más, no te vayas”.

Yo conocía gente físicamente, pero no tenía idea ni cómo se llamaban, o dónde encontrarlos. El grupo más importante había muerto. El psiquiatra me dijo: “No te vayas; si te quieres ir, ándate, pero afuera las cosas son difíciles y creo que no es lo mejor”.

Este psiquiatra estaba especializado en atender presos políticos y conocía perfectamente la lógica de la represión. Atendía torturados, entonces se manejaba muy bien en el tema. Su consejo final fue: “Si tú conoces a alguien más, ándate; pero si no, quédate”. La única condición era alejarme de la vida política, porque ponía en riesgo a la gente.

Yo de ahí agarré otra onda. Busqué una casa donde irme. De todas maneras, estuve con seguimiento por un par de semanas. Además, el psiquiatra me dijo: “No te están torturando en forma directa, pero tú te estás torturando igual; no les permitas eso”. En ese minuto empecé a bajar ese nivel de angustia y de persecución que tenía.

La experiencia mística

Pasada esta situación, yo viví como dos años en forma súper plana, donde nadie se acercó a mí, donde yo no podía seguir involucrada. A la vuelta de dos años, me empieza a generar conflictos. Cuando tú no estás haciendo lo que te gusta hacer, cuando no estás cubriendo tus necesidades, te pasan cosas extrañas.

Yo tenía un rompimiento emocional. En ese período terminamos con mi segunda pareja. Todo esto me lleva a incursionar a esta cosa como espiritual. Leí metafísica, empecé a entender esta cosa de la energía superior positiva y me empecé a meter en ese cuento. Me metí en la onda media esotérica, el tarot. Ahí hubo un consejo de una persona que igual me ayudó mucho en crecimiento y en desarrollo personal. Ella me dijo. "El camino, el que te queda por hacer ahora, es el camino espiritual".

Me recuerdo de una experiencia mística en la que participé, y yo recibí un mensaje de mi amigo muerto. Yo sé que esto puede parecer muy loco, pero el mensaje era que la vida de aquí para adelante tenía que vivirla no como protagonista: "Sé una observadora, una espectadora". Decía que esta lucha que nosotros habíamos dado era como una bicicleta en contra de un tren. Yo no sé si me estarían engrupiendo con la cosa, pero a mí igual me llegó. Me puse más tranquila, más reflexiva, más para adentro.

Este camino espiritual es como volverme a reencontrar con esta parte de mis ideales, de lo que te hace feliz, de cargar energías positivas, de hacer algo. Aprendí a ser humilde, a no decirlo todo, y no tratar de saberlo todo tampoco. Es hacer bien tu vida, o que tu vida tenga un significado.



Gardelito acompañado por la Mellizas del Tango, en el Bim-Bam-Bum. (Fotografía propiedad de *Gardelito*).

Capítulo dos

LAS MUJERES DE LA ESPERANZA

La esperanza de una nueva época que comienza está en las voces de muchas personas. Chile no es visto como un destino implacable. Las mujeres que cierran este libro hablan de su fortaleza, de sus esperanzas en un futuro mejor. Son personas que quieren el progreso para ellas y para sus hijos, que quieren participar. Sus voces animan el futuro de una sociedad que puede ser mejor y más amable.

LA MUJER DE LA BANDERA¹

Me acuerdo que con el Carlos hablábamos mucho. Él también era una persona que no tenía papá ni mamá, así que nos juntamos a vivir. Eso fue como en el sesenta. Después nos vinimos a Santiago. No teníamos dónde vivir y yo busqué a una prima lejana del campo y ella me dejó poner una pieza en su sitio. Esto quedaba en la población Malaquías Concha. Ahí estábamos amontonados, había mucha gente.

Para los que vivíamos ahí, era el mismo tema siempre: no tenían dónde vivir... que eran cesantes, que pasaban hambre. Entonces ahí vi la otra cara de la moneda, pero no me daba cuenta que no era la única, que era una cosa masiva que existía en la clase trabajadora. Primero yo pensaba que eso era la vida: estar metida en el barro y de ahí no salir; una vida de aguantarle al hombre todas las cosas. Yo creía que no había otra salida. Pero empecé a darme cuenta de dónde venía y ahí tuve definición de cuál era mi clase: no teníamos nada. Entonces ahí fue el despertar grande que tuve. De todo lo que sufrí fue de donde saqué el compromiso que yo adquirí para luchar por toda la gente que no había tenido ese despertar que yo tuve.

Ser dirigente

294

La labor de una como dirigente es pensar cómo poder hacer que su sociedad cambie, tanto la de afuera como la de adentro. La de afuera con ese egoísmo que te marcan a las poblaciones y a la gente pobre; y la de adentro que tengan ese espíritu de cambio, de enseñarle al pequeño a ser respetuoso con las cosas y las personas. Que un lindo arbolito hay que saber cuidarlo, no que el niño juegue y le saque el gancho y la mamá está mirando y no le enseñe.

Nunca se han dedicado a cultivar a la gente; y a la gente bruta hay que cultivarla como me cultivaron a mí. Yo era totalmente bruta, yo no te conocía ni los teatros. Qué sabía el burro de tomar chocolate. Después condenamos: "Que en La Bandera hay tanta delincuencia, en La Pintana", pero, ¿por qué? Todos somos culpables que exista. La misma corrupción de la policía: si no tienes un buen policía, bien formado, bien centrado en sus cosas, no vale de nada, porque es lo mismo que dejar a un gato cuidando un bistec.

Todo lo que yo hago como dirigente lo hago no para que me paguen; lo hago para que haya un cambio. Lo hago por conseguir algo para la gente, porque qué pasaría si anduviera pidiendo para mí. Eso es lo que ocurre con los políticos hoy en día, que hacen las cosas para ganarse un puesto, todo es para ellos. Si no tenemos un buen político que sepa pensar en el pueblo, vamos a tener siempre la mierda en este país.

¹ Entrevista a la señora Raquel García, realizada en Santiago, 1998, por Daniela Peña, estudiante de Antropología, en el marco del curso de Historias de Vida, de la carrera de Antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Siempre se actúa por egoísmo, pensando en mí, en mí y en mí. Realmente los dirigentes nacimos para pensar en los demás. Cuando haces feliz a una persona, tú te sientes realizada. El mejor premio del mundo es hacer el bien por los demás. Yo pienso que una persona, para ser un buen representante o gobierno local, debe ser comprometida con la gente y para eso debe ser gente de la misma población, que ve sus necesidades a diario; es el que también sufre en conjunto con sus pobladores. No sirve que impongan a gente de otro lado, que no tiene la más remota idea de lo que pasa ahí y que vienen a tratarte como tontito.

El comité de allegados

Un día me dijeron que me fuera a inscribir a un comité de allegados. Yo les tenía terror a los comunistas, porque me acordaba de doña Tomasa, la señora que me recogió cuando era chica y que les tenía odio a los comunistas. Llegué al comité y fui a una reunión. El presidente dijo que necesitaban una secretaria. Yo no sabía lo que era una secretaria, pero para saber dije que yo quería ser. Y empecé a andar para arriba y para abajo con ellos, pensando “quién será comunista”, porque yo no veía ninguno.

Yo nací como dirigente en la población Malaquíás Concha. Empecé a trabajar con gentes de partidos; ellos tenían una creencia en su partido y ahí empecé a creer en ellos. Pero me gustaban los que más peleaban y en ese entonces era el MIR, cuando vivía Luciano Cruz y todavía estaban los nombres de Guevara, Miguel Henríquez. Ahí conocí a Víctor Toro y empezamos a trabajar todos juntos. Primero yo no tenía ningún color político, porque yo seguía pensando en el Partido Nacional, pero paraba la oreja y empecé a pensar y a darme cuenta que esos eran todos industriales.

Yo le hacía preguntas al presidente del Partido Comunista, al Pepe Villegas, y él me decía: “Los de Izquierda peleamos por los pobres, peleamos por la justicia”. Así fui entendiendo, analizando lo que era y lo que más me convenía. Ahí yo tomé una decisión, pensé en quedarme aquí peleando hasta que nos salgan los sitios. No había dónde perderse, porque entre vivir así para siempre, prefería seguir peleando hasta tener donde caerme muerta.

Las tomas

La primera toma de terrenos que hicimos fue con el comité “Seis de Enero”. Esta toma duró poco, porque nos sacaron y nuevamente nos fuimos a la Malaquíás Concha. Me acuerdo que éramos cincuenta y ocho mujeres que participamos en la toma de ese terreno. En ese tiempo se usaba el Grupo Móvil, no eran las Fuerzas Especiales. Nos fuimos uniendo varios comités. Al final llegamos a formar unos cuarenta comités de allegados y formamos un comunal de allegados. Eran tremendas organizaciones de allegados, y empezamos a luchar.

A mí me gustaba pelearla, siempre y cuando las cosas se hicieran y resultaran. Empezamos a hacer tomas en la Corvi, en los ministerios, nos raptábamos a los ministros, otras tomas de terrenos. Hacíamos miles de actividades

para que nos escucharan. Al final, de tanto que molestamos se aburrieron y nos dijeron: "Les vamos a dar tarjetas a cada familia para que se vayan a un sitio".

todos revueltos, llegó gente de distintos comités. Estaba la toma "Veintiséis de Enero", la "San Gregorio", "Seis de Enero", "Veintiocho de Septiembre". Las dos tomas más grandes fueron la "Veintiséis de Enero" y la "Ranquil".

En ese entonces el alcalde era don Pascual Barraza, excelente alcalde, un tipo bien choro. Estábamos en el gobierno de Frei. El gobierno empezó a entregar los sitios; tizaba un pedazo de tierra y decía: "Aquí vives tú, acá vive este otro".

No teníamos ni agua ni luz. El agua teníamos que ir a buscarla al paradero 28 de Santa Rosa o a la Gran Avenida. El gobierno comenzó a dar tarjetas para que se ocuparan los sitios y la gente se venía. Todos los días llegaban los camiones con gente. Ahí se trajeron a la gente de la toma "Veintiséis de Enero" y también de la toma "Ranquil". El MIR estaba a la cabeza de las tomas. Fue masiva la entrega de sitios a los comités, porque ellos sabían lo que se les venía encima. Estábamos todos organizados y dispuestas a pelear por un pedazo de tierra donde vivir. Esta entrega masiva de sitios fue en los meses de mayo y junio del sesenta y nueve.

Ahí aprendí que si la gente pobre no pelea por su bienestar, nadie le da bola, porque piensan que están bien, que no hay necesidad. Ahí fui aprendiendo la clase de lucha que había que dar. Para nosotros es una necesidad salir a pelear por las cosas que necesitamos. Fui entendiendo todas estas cosas de clase y aprendí que sin pelea no se consigue nada.

296

Y así fui pensando que una cosa arrastraba a la otra. Primero fue pelear por un sitio, luego por el agua, después por la luz. Había que ir a tomarse estas oficinas para conseguirlo, ya que sin presión no había nada.

Trabajé para el MIR y me gustó, porque los cabros eran decididos; tenían un respeto, una confianza única. Me llegaba mucho por lo que se estaba peleando y siempre apechugaron con nosotros. Se formaron ollas comunes, donde llegamos a participar más de quinientas personas. La gente estaba sin trabajo y no había qué comer. Los trabajadores marchaban con sus palas y picotas al centro y nosotros quedábamos haciendo la comida. Íbamos a pedir alimentos mientras los trabajadores iban a exigir solución para sus problemas. Todo lo que nosotros obtuvimos, las poblaciones antiguas, fue en base a pura lucha. En ese tiempo la gente dejaba los pies en la calle golpeando puertas para salir adelante.

Yo, con todos mis problemas que había pasado, decidí luchar por toda la gente que realmente lo necesitaba. Nunca me pagaron, no tuve lucro; sigo con las mismas necesidades, sigo siendo esposa de un obrero de la construcción.

La Unidad Popular

Cuando entra el gobierno de Allende en el año mil novecientos setenta, ya no era tanto el sufrimiento, porque al obrero se le arregló el sueldo. Comíamos dos veces a la semana cazuela de vacuno, pollo; los cabros tenían desde el Milo hasta la leche Nido. Nos alcanzaba el tiempo para ir a estudiar, porque se creó un programa de educación popular para adultos en los colegios. Nos juntába-

mos varias mujeres y hombres, íbamos a estudiar, después que les hacíamos la comida a los maridos. Todas las salas estaban llenas de adultos para estudiar.

Allende les pedía a los profesores que hicieran clases voluntarias, aparte de las clases pagadas que tenían. Estudiábamos desde las siete de la tarde hasta las diez de la noche; mucha gente que no sabía leer aprendía. De mi puro sector nos juntábamos treinta y siete mujeres y nos íbamos a estudiar. Contentas porque sabíamos que al otro día nos íbamos a levantar y teníamos para echarle a la olla. No había más preocupación que limpiar a los cabros, mandarlos al colegio y esperar a los maridos para darles de comer.

Los cabros comían y andaban bien vestidos, con zapatitos. En ese tiempo a los trabajadores de la construcción, en la Cámara de la Construcción, les daban zapatos desde el marido para abajo. Aparte de eso, si estabas esperando un hijo o nacía, te daban desde la cuna. Cuando uno se casaba, le daban desde la cama, cocina, de todo. Nosotros nos casamos en ese tiempo para aprovechar de formar nuestra casa.

Golpe de Estado

Cuando vino el golpe se genera otra tempestad, sufrimos mucho. Con este sistema político que fue la dictadura se perdió el respeto, la dignidad, todo. Perdimos todos los derechos que habíamos ganado luchando. Llegamos a comer pan duro. Mis cabros tuvieron que comer pan verde lavado y rayado, para que se alimentaran. No teníamos nada, porque el golpe de Estado nos pilló de sorpresa.

Empezó a entrar gente con fierros a la población, gente de Patria y Libertad a atacar a la gente organizada. Llegaban a asaltar las casas de los dirigentes. De la noche a la mañana aparecimos rodeados, como para ser bombardeados. Todas las chacras que rodeaban La Bandera se llenaron de milicos, las tanquetas nos apuntaban con los cañones. Invadieron a las cinco de la mañana y hubo su resistencia.

El general Bonilla se opuso, porque dijo que a las tres de la tarde iba a parlamentar con los pobladores. Él no quería bombardeo y dijo que se hacía cargo de la población. Así fue, a las tres de la tarde estuvo con nosotros. Nos llamaron por parlante. Nos dijeron que todos los hombres estuvieran en las canchas de fútbol, que no nos iban a hacer daño; y que las personas que tenían problemas se fueran entregando no más. Y de ahí ya fue terrible, ya no paramos. Fue como una pesadilla. Al principio, toda la gente que se fue presa y que desapareció...

En ese tiempo nos quedamos con los brazos cruzados. Perdimos todo lo que teníamos, tuvimos que empezar de cero otra vez. Pinochet empezó a formar el empleo mínimo. Ahí ingresamos ganando una mugre de plata. Entrábamos a las ocho de la mañana y salíamos a la tres de la tarde. En las carretillas, a veces todas mojadas, teníamos que hacer dormir a las guaguas. Muchas mujeres que tenían niños chicos les empezaron a dar pastillas para dormir a los niños, para que durmieran toda la mañana hasta cuando ellas llegaran. Los niños quedaban libres de hacer y deshacer; por eso hoy día tenemos grandes pérdidas en los cabros jóvenes.

Yo tenía la posibilidad, gracias a Dios, de tener a mis niños en la Ciudad del Niño. Ahí pasaban todo el día, pero la mayor parte de mis vecinos no tenían esa facilidad. Yo a mis cabros no los tuve casi nunca en la calle. Me preocupé mucho, porque decía: "Si yo tengo que pedir, voy a pedir; pero nunca mis hijos. Porque yo quiero ganarlos y no perderlos". Esa era mi intención, y ayudar a toda la gente que realmente tenía problemas.

Fuimos perdiendo terreno. Ya no había ese cariño de la población, porque la mamá llegaba cansada, malhumorada, que no tenía para darles a sus cabros. De ahí recibían golpes los niños. Con rabia, uno muchas veces se olvida que uno es el que tiene el problema y lo traspasa a los chiquillos. Muchos maridos no eran capaces de mantener una familia. Unos optaron por irse, otros por bostarse al alcohol. No se daban cuenta que fallaba el sistema político que se estaba viviendo en el país. Y que los culpables no eran ellos, sino el sistema impuesto por la dictadura.

Sindicato de mujeres

En el año ochenta y seis, formamos un sindicato de mujeres. Fue el primer sindicato de mujeres a nivel nacional. Nosotras le poníamos "Sindicato de Trabajadoras del PEM y el POJH". Pero legalmente era un sindicato de trabajadoras independientes, de artesanas, lavanderas, costureras y temporeras.

298

La razón que nos impulsó para la formación del sindicato fue una olla común, porque trabajábamos en el PEM. Había muchas familias sin trabajo y salían a pedir. Entonces era una manera de ayudar a esas familias y que los niños no se perdieran en las calles o que no cayeran en la delincuencia.

Así empezamos a invitar gente para que participara y les dábamos charlas educativas para que fueran despertando a la realidad, para aliviar la carga. También sirvió para que se desarrollaran como personas, ya que el no tener comida trae problemas psicológicos. Los hombres ya no estaban sirviendo, porque no se hacían responsables. El hombre, por su parte, iba perdiendo la estimación por su hogar.

Entonces empezaron las separaciones. Muchas mujeres quedaron solas, otras se juntaron con otros compadres y así hubo muchos desajustes dentro de los hogares. En este tiempo también nos perseguían. Cuando encontraban gente agrupada iban y nos daban vuelta las ollas con comida, nos llevaban detenidas.

La represión empezó a ser cada vez peor. No teníamos defensa alguna, y por eso necesitamos una personalidad jurídica que nos respaldara. Un centro de madres no nos identificaba, porque como trabajábamos en la calle con palas, carretillas y chuzos, nos sentíamos como trabajadoras. Teníamos otros despertares, nos sentíamos capaces de salir adelante no como simples mujeres de la casa. Fue así que decidimos averiguar como se podía formar un sindicato. Fuimos a la Inspección del Trabajo y nos dijeron que con veinticinco personas se armaba.

Nos sirvió bastante, porque esto se amplió y tuvimos la oportunidad de formar una Federación de Sindicatos Independientes con gente del Empleo Mínimo de Renca, La Pintana, Huechuraba y Valparaíso.

La olla común funcionó hasta el noventa y uno, porque cuando entró Aylwin, nosotras dejamos de funcionar. A las ONG que nos estaban apoyando ya no les llegaron recursos para las ollas comunes. Muchos gobiernos extranjeros retiraron los apoyos a las ONG y nosotros no teníamos maneras de sobrevivir. Muchas mujeres empezaron a buscar trabajo de temporeras; otras, de empleadas domésticas. Empezó a haber más tranquilidad para las mujeres y empezaron a salir fuera.

La población

Llevamos más de veintidós años en La Bandera, y todavía seguimos viviendo en la tierra, en el barro; todavía existen pozos negros. Ningún alcalde que ha pasado por la comuna de San Ramón se ha preocupado de hermostrar la población o la comuna. Queremos unas plazas, unos arbolitos, que la gente de extrema pobreza tenga su casita bien constituida. Existe todavía gente que tiene una pieza de tres por tres y ahí comen, ahí duermen. Hay sitios que son de nueve por dieciocho y ahí viven cuatro o cinco familias. Es un hacinamiento total; en mi misma casa vivimos dos familias. Hay cualquier cantidad de niños que quedan abandonados o quedan a cargo de otros de la familia, porque sus padres hoy día se encuentran envueltos en la pasta base, en el alcoholismo. Antigüamente, cuando llegamos, nos dedicábamos a hacer pan amasado, a vender papitas fritas, hacíamos actividades para ganarnos los pesos. Hoy día, cada dos sitios te venden pasta base. Y a quién le reclamas si hoy día el negocio con la droga existe desde los jueces para abajo. Aquí una no se atreve a hacer la denuncia, pero por ahí la hacen y vienen y te allanan las casas. Hay mucha destrucción dentro de la población.

La población para mí es como mi territorio, porque cuando sales de la población como que vas de visita, como que vas a echar una miradita afuera no más. Aquí está tu cultura, tu casa, una lucha de años. Afuera uno no saca nada; en cambio, aquí lo tienes todo, el dolor, la miseria. Son pocas las cosas buenas, más las cosas malas. Falta mucho para que tenga otras características la población. Sigue siendo muy duro vivir aquí, y yo creo que ahora está peor.

La marginalidad

Somos marginales todavía. No estamos viviendo un proceso de progreso. Estamos casi igual; la diferencia es que tenemos locomoción, tenemos agua, tenemos luz, pero aparte de eso, yo diría que es bien poco lo que hemos avanzado.

La marginalidad se define como la extrema pobreza. Acá no ha llegado nada a la gente; es como un aislamiento sobre la gran ciudad, porque si fuéramos una gran ciudad estaríamos avanzando. En este momento se avanza por algunos lados y la marginalidad queda siempre encerrada. Como una casa en que no se hace ningún orden, siempre un desorden. Es como un pueblo sin ley. Somos hijos de nadie.

Yo creo que lo peor de la pobreza es la pérdida de valores de las personas y de nuestra clase. La solidaridad se ha ido perdiendo, porque hoy cada uno trata

de arreglárselas como pueda. Cada uno está preocupado de uno, de cómo hacerlo para resolver sus problemas. Antes no, porque nadie tenía nada y todos tirábamos para un mismo lado. Ahora hay algunos que todavía no tienen nada, pero que se sienten diferentes y ganadores. Yo me pregunto, a quiénes les han ganado estos que son tan orgullosos.

Desesperanza

Como que se van agotando las esperanzas, estamos desmoralizados. Cuando hacen actos culturales, la gente se agrupa. Es como que se nos está dando vida, como que en ese momento te están dando una esperanza. Cuando no se hace nada es como un campo muerto, es como estar muerto por dentro. Es poca la solidaridad que hay de afuera de la población hacia dentro. Sienten rechazo hacia esta marginación, no quieren ser solidarios. En realidad, casi nadie se ha preocupado de nosotros: "Arréglenselas como puedan".

La cosa está mala y da pena, porque son tantas las cosas que una ha dado por la lucha, por la vida, por una sociedad mejor, y al final te encuentras que no tienes nada alrededor. Estoy tan vacía como todos los demás. Yo trato de dar valor, y al final te encuentras peleando sola; es una cosa desesperante.

A veces pienso que es bueno ser ignorante, porque vives como un pájaro, vives tu mundo. Tener algo de conciencia, de justicia social, te hace sufrir, porque no puedes hacer llegar los reflejos que tienes adentro para educar a tu gente. Es como una agonía, porque te sientes impotente de no conseguir nada.

300

LA MUJER DE EL RESBALÓN²

Cuando yo llegué al campamento había cuatro familias. Llegué en el año noventa más o menos y tuvimos hartos trabajos, porque estos eran montones de basura y escombros. Tuvimos que limpiar y después instalar las casetas.

Nuestro propósito era reunir plata para las libretas. Claro que hay gente que no participa, por los chismes, por las peleas, por eso no participan. Eso es lo que yo quiero cambiar, que las personas hagan lo que tienen que hacer. La gente se cabrió de las reuniones, porque dicen: "Vamos las mismas siempre". La gente ya no quiere participar, porque no cree, porque nos han mentado mucho con lo de las casas. Los años pasan y pasan, y nosotros aquí no más.

Yo me enojo y me da rabia. Yo les digo por lo claro, no les echo garabatos ni nada, pero les digo: "Vienen a la reunión o vienen a pelar. A qué vienen, porque los chismes a mí no me gustan".

² Entrevista a la señora Rosa Molina, realizada en Santiago, 1998, por Susana Aravena, SUR, en el marco del Programa de Intervención Interinstitucional Cerro Navia, FOS / Balance 1997-2000.

El principal objetivo de nosotros es formar un comité de allegados, para que nos saquen de aquí. Eso es lo que queremos y es lo más importante para nosotros. A toda la gente lo que más le interesa es salir de aquí. Este no es un lugar para vivir: las moscas, los ratones, no hay baños, la hediondez del río y todas esas cosas. Yo sé que teniendo el comité sale más luego, porque individual cuesta mucho. Nosotros ahora ya podemos formarnos, porque antes teníamos problemas legales, éramos muy pocos.

Atender a la gente

Aquí, cuando la gente tiene problemas, recurre a mí. Ahora yo mando a la gente donde el presidente, pero él a veces está almorzando o dice que no tiene tiempo. Entonces la gente vuelve donde mí. Uno tiene que estar disponible, por algo se hizo presidente. A mí la gente me viene a buscar a las dos, tres de la mañana, y yo me levanto y parto igual. Entonces por algo uno toma un cargo. Es para ayudar al prójimo, como se dice, y a mí me gusta ayudar.

Actualmente hay una directiva de cinco personas y participan del comité cuarenta familias. Tenemos reuniones todos los sábados; cuando tenemos que tomar una decisión, nos juntamos y el presidente propone una solución. Siempre estamos de acuerdo, y si hay algunos que no están de acuerdo, igual se hacen las cosas. Total, él es el que manda ahora.

Ahora tuvimos un problema para la Pascua. Todo empezó bonito, la gente participó y estaba contenta. Se pidió cooperación a todos. Al final, la fiesta terminó en pelea, porque se empezaron a perder las cosas. La comida que se preparó se desapareció, porque participó gente que no había pagado y más encima llegaron a llevarse las cosas.

Este presidente de ahora igual tiene sus problemas. Yo creo que el problema más grande que tiene es que no nos toma en cuenta. Ahora, después de la pelea de fin de año él se fue, y eso no se podía hacer. Debió decirme: "Mire, señora Rosa, yo me voy a ausentar por tanto tiempo y necesito que usted se haga cargo de esto". Mañana yo tengo una reunión allá en el Hogar de Cristo. Tiene que estar él como presidente, pero voy a ir yo. Yo voy para que no se enoje la gente del Hogar de Cristo, no más.

Yo soy de la idea que a la gente no hay que molestarla mucho. Aquí los socios tienen que pagar quinientos pesos una pura vez no más, y después las cuotas, que son de doscientos pesos mensuales. Esa es la obligación de los socios. También se les exige que participen en las reuniones, pero nunca van todos.

La sanadora

Cuando yo guardaba las platas de las cuotas, las usaba en caso de un accidente, un niño enfermo, comprar remedios; para eso era la plata de emergencia. Pero yo nunca ocupé las platas en otras cosas que no fueran del campamento. También me compré un botiquín para tener de todos los remedios. De repente no tenía nada y yo de mi bolsillo compraba. Un día yo conversé con ellos y les



Doña Rosa y su familia en el campamento El Resbalón. (Fotografía aportada por Doña Rosa).

dije: “Yo quiero un botiquín; quiero algodón, gasa, todas esas cosas”. Aquí, cualquier cosa, llegan donde mí, porque yo estudié primeros auxilios.

A mí me gustaría aprender más, porque de repente hay accidentes en la casa. Yo sé hacer curaciones. Quiero aprender a poner inyecciones y que me enseñen a leer las recetas, saber para qué es este remedio, para qué es este otro. Entonces es eso lo que yo quiero aprender. Yo tengo un botiquín lleno de remedios que nos han regalado, pero no sabemos para qué sirven. Yo voy a la farmacia y les pregunto para qué sirve esto; ahí me dicen y me lo anotan. Tengo penicilina, benzatinas, supositorios, dipirona, mejorales, tengo gasa, tengo hasta guantes.

Yo misma me he conseguido todas esas cosas, porque aquí vienen a cada rato que se cortan un dedo, que se pegó en la rodilla. Tengo hasta parches curitas. Hasta algunos heridos a cuchilla yo los he curado. Les limpio la herida y después les echo aceite humano. También sé arreglar huesos, sé santiguar, sé hacer de todas esas cosas. Yo no lo hago por plata, yo lo hago porque hay que ayudar a la comunidad.

Ser dirigente

Para ser dirigente hay que tener tiempo, hay que tener coraje y hay que soportar las cosas que la gente a uno le dice. En las reuniones la gente grita, el otro no grita, una está conversando, la otra está copuchando y no pone atención. El presidente debe tener dedos para el piano. Para ser dirigente, aquí no se puede ser ni muy autoritaria ni muy blanda; tiene que ser a veces dura y otras veces ponerse del lado de la gente.

El problema que tenemos ahora es que el presidente quiere mandar mucho y la gente no le hace caso, porque él es nuevo en el campamento. Yo era una de esas débiles, pero yo me daba a respetar. A mí nunca me dijeron “esta vieja”. Por detrás quizás qué decían, pero a mí nunca. La gente que más habla es la que no participa en nada. Hay gente que no está ni ahí con el campamento. Esa gente no le interesa irse, no quieren tener sus casas, porque aquí están cómodos. No pagan arriendo, ni luz, ni agua. Entonces ellos quieren seguir aquí igual que ahora.

Ahora le están creyendo más al presidente, puede ser porque él es hombre. Lo que es a mí, un grupo nunca me creyó. Decían que yo como dirigente no hacía nada. Eso a uno también le duele, porque no es así. Nadie hace lo que yo hago: andar a medianoche cuidando a la gente.

Las redes de ayuda

A nosotros nos han apoyado el Hogar de Cristo y la Municipalidad. En general son buenas las relaciones con ellos; a veces igual se pelea, se gritonea, pero al final quedamos todos amigos. Para el invierno, para los temporales, siempre llegan a ver cómo estamos y nos prestan ayuda para las viviendas, los techos, y también algo de comida cuando hay familias que están muy mal. De repente vienen a vernos como estamos. O cuando vienen las postulaciones para

la casa, ahí vienen las asistentes. Nosotros, para postular a vivienda, tenemos que abrir las libretas y meterles plata. Pero era difícil para la gente juntar toda la plata.

Nosotros esperamos que ahora sí nos saquen de aquí. Nos dijeron que un año o dos nos podían sacar de aquí, porque viene la carretera. No pueden construir mientras nosotros estemos aquí. Yo confío en que las cosas se van a resolver y que nos van a seguir apoyando hasta que nosotros logremos nuestras casas. De ahí nosotros podemos seguir solitos; pero sin las casas, no.

El Hogar de Cristo hizo dos cursos de capacitación para líderes. Ahí conocimos a otros campamentos. Fue una experiencia bonita; eso nos sirvió a la directiva, pero después, para la Pascua, se desunió todo y quedó la escoba. El taller de bienestar que teníamos nos ayudaba a querernos como mujer, a querer a nuestros hijos y a nuestros maridos. Al principio éramos quince mujeres participando; nos reuníamos todas las semanas, hacíamos papas fritas, completos. Al final también hubo problemas y eso se desarmó.

El Hogar de Cristo también nos apoyó con un comedor. Mandaba todo lo que es alimentos no perecibles; nosotros comprábamos las verduras, el gas, todas esas cosas. Se cobraba doscientos pesos por familia para tener derecho a almuerzo y la plata que íbamos ahorrando nos servía para ponerla a las libretas.

También han venido estudiantes en práctica. Ellas nos han ayudado harto para que todas las familias saquen sus libretas de ahorro. También hacen actividades con los niños chicos. Un tiempo vino un psicólogo a atender acá mismo. Nos daba lecciones a todos de cómo comportarnos con nuestros hijos. También vinieron de la Compañía de Teatro La Carreta. En ese tiempo se hacían hartas cosas. Después, de a poco se fueron perdiendo esas cosas. Lo del teatro se terminó porque el monitor que venía se encerraba en la sede con las mujeres, y los hombres, que son tan tontos, se pusieron celosos y no las dejaron participar más.

Este año ofrecieron colonias de verano para los niños y el presidente dijo que no, porque los chiquillos se portaron mal. También ofrecieron entradas para ir al estadio y tampoco recibió, por lo mismo. A mí siempre me gusta que los niños la pasen bien. También han aparecido algunos políticos, concejales, diputados, pero se acuerdan de nosotros cuando necesitan votos no más. Nos hacen promesas como locos, pero nunca se cumplen. Nosotros ya los conocemos y a todos les decimos que sí. También nosotros tratamos de sacarles provecho en lo que se pueda, porque ya sabemos que ellos no cumplen.

Gente buena

Aquí es un buen lugar, no como en otros lados, donde ni los carabineros van. Nunca ha pasado nada, nadie cogotea a nadie; aquí uno se siente segura, una conoce a toda la gente.

El problema más grande es la cesantía de los maridos. Eso es lo que más urge a la gente. Cuando no hay trabajo no hay nada, no se puede pagar cuentas. Nosotros, la mayoría de los de aquí del campamento, lo único que queremos es irnos a una casa decente, no como esto. Uno aquí no puede limpiar, no puede

ver bonita su casa, porque no se puede. Siempre está todo lleno de tierra, las moscas que nos invaden. Entonces esos son problemas para nosotros, y cuando llega el invierno y nos mojamos es peor. El frío aquí no se aguanta, y más encima la gente sin trabajo.

A uno también le da rabia, porque aquí la gente es buena, es gente tranquila, pero si pasa algo, afuera al tiro dicen que es la gente del campamento. Como que si uno por ser del campamento tiene que ser malo, y las cosas no son así. Nos miran en menos, creen que porque vivimos así somos todos ladrones o cuchilleros. De repente se arman sus peleas, pero como en todas partes no más.

Si le pasa algo a alguna persona salimos todos, sale todo el campamento. Incluso la otra vez cogotearon a un caballero, a don Abdón. Le pegaron allá afuera unos gallos, pero salió la mayoría del campamento a defenderlo. Todos, hasta los cabros chicos andaban. En eso somos unidos, nos defendemos todos juntos, porque o si no, quién lo va a hacer por nosotros. Y yo creo que somos luchadores, porque no cualquiera vive donde nosotros vivimos. Así que yo creo que somos fuertes.

La unión tiene que demostrarse en todo, sí, y eso le critico a la gente yo. Porque, claro, cuando alguien está mal, o le quieren pegar, ahí salimos todos. Pero cuando se trata de organizar algo en bien de todos, somos el mismo grupo de siempre que trabaja; y los demás, nada. Llegan cuando está todo hecho.

Aquí falta de todo, la gente aquí no hace las cosas porque no saben cómo hacerlo. En el taller de líderes yo aprendí harto, aprendí a escuchar a la gente y no andar divulgando delante de la gente. Aprendí a escuchar y a decir las cosas cuando se debe. Nosotros aquí, cuando tenemos algún problema, le buscamos solución. Por ser, solucionar los problemas sin golpes, nos encerramos y hablamos con la persona. Cuando los hombres se emborrachan y les pegan a las mujeres, ese es otro problema que siempre tenemos. La otra vez me vinieron a avisar que un caballero le estaba pegando a la señora, y me metí y le pegué. Yo no puedo ver que un hombre le pegue a una mujer; yo soy de esas que se agarra a combos no más. Los hombres son muy abusadores con las mujeres.

Igual estamos mejor que antes. Ahora ya tenemos más idea de lo que va a pasar con nosotros. Estamos reuniendo plata para tener nuestras casas. Y aunque nos demoremos, igual nos vamos a tener que ir, porque nosotros vamos a seguir luchando.

GLOSARIO

ACUÑADO: tener cuña, véase *cuña*.

AGÜITA (de apio, de poleo, etc.): infusión de yerbas.

AL TIRO, ALTIRO: de inmediato.

ALCAHUETE: persona chismosa.

ARRANCARSE CON LOS TARROS: sobrepasar los límites o normas establecidos y/o permitidos.

ATADO: problema.

BACÁN: de primera clase, elegante.

BARRER (con alguien): humillar, abusar de alguien.

BOCHE: ruido, lío.

BUENA TELA: de buena calidad, de buen natural, buena persona.

CABREARSE: aburrirse.

CABRO: niño, muchacho.

CACHAR: darse cuenta.

CACHAR LA VOLÁ: darse cuenta de la importancia de algo.

306 CACHUCHAZO: golpe dado a una persona.

CAERSE AL TRAGO: alcoholizarse.

CAGAR, ESTAR CAGADO: quedar o estar en muy malas condiciones.

CAGARSE DE HAMBRE: estar muy hambriento.

CALETA: montón; costar caleta: costar mucho, ser difícil.

CANA: cárcel.

CASCANDO, salir: arrancar.

CASCAR: golpear a una persona.

CATETEAR: molestar insistentemente.

CHAMAL: manta usada por mapuches.

CHARCHA: de mala calidad.

CHARCHAZO: golpe propinado a una persona.

CHICOTA: pastilla de sustancia alucinógena.

chinchorrero: recolector de carbón en las playas del Golfo de Arauco.

CHIRIPA: prenda de vestir consistente en un paño rectangular que se pasaba entre los muslos y se sujetaba, por sus extremos posterior y anterior, a la cintura mediante una faja.

CHONCHÓN: candil.

CHORO: persona ostentosamente audaz; también se aplica al ladrón.

chueca, la: juego entre dos bandos, con pelota empujada por palos, practicado por los mapuches.

- CHUPÓN: vástago que brota en las ramas principales, en el tronco o raíces de los árboles, y les chupa la savia.
- CNI: Central Nacional de Inteligencia, cuerpo de policía política durante parte del régimen militar del general Pinochet.
- COCHAYUYO: alga marina comestible.
- COCHINO: sucio.
- CODELCO: Corporación Nacional del Cobre.
- COIMA: gratificación, dádiva con la que se soborna.
- COLIGÜE: planta gramínea de hoja perenne, ramosa y trepadora, y de madera dura en algunas de sus variedades.
- COLITA, COLA: homosexual hombre.
- COMADREAR: conversar entre mujeres.
- CONAF: Corporación Nacional Forestal.
- CONDORO: desatino grave.
- COPERO: encargado de servir las bebidas en un restaurante.
- COPETE: bebida alcohólica.
- CORVI: Corporación de la Vivienda.
- COTOTO, ir: ir bien.
- CRESTA: en distintas construcciones y contextos, alude a estados extremados (estar más mal, o más bien, que la cresta; sacarse la cresta trabajando, etcétera).
- CUADRILLITA, CUADRILLA: grupo “apatotado”; véase patota.
- CUICO: de clase alta y modales artificiosamente refinados.
- CULTO, ir al: asistir a servicio religioso.
- CUÑA: influencia externa a favor de uno; normalmente relacionado con la obtención de beneficios, trabajo, posiciones, etc.
- DAR BOTE: estar desorientado, sin ocupación ni meta.
- DEJAR PARA LA HISTORIA: dejar en mal estado (a una persona o cosa).
- DESCUEVE: excelente.
- DROGO: drogadicto.
- EL MERCURIO: periódico matutino.
- EMPACHO, tirar el, sacar el, quebrar el: en medicina popular, sanar mal relacionado con indigestión.
- ENACAR: Empresa Nacional del Carbón.
- ENCALILLADO: endeudado.
- ENCALILLARSE: endeudarse.
- ENGANCHAR: hacerse partícipe de (una idea, un estado emocional, una acción).
- ENGRUPIR: convencer con falsos argumentos.
- FALLERO: que falta reiteradamente al trabajo.
- FARRA: juerga.
- FERIANO: el que vende o tiene negocios en ferias de alimentos.

- FIERRO: arma de fuego.
- FINADO: difunto.
- FORRO, estar en un, meterse en un: estar en, colocarse en una situación difícil.
- FOSIS: Fondo de Solidaridad e Inversión Social
- FREGAR: molestar.
- FRENTE: Frente Patriótico Manuel Rodríguez, originalmente brazo armado del Partido Comunista, luego autónomo.
- GALLO/A: hombre, mujer, muchacho/a.
- GALÓN: forma popular de “balón”, recipiente metálico de gas licuado, utilizado en cocinas y estufas.
- GAMBA: cien pesos.
- GANCHO, hacer: intermediar para unir a dos personas sentimentalmente.
- GANSEAR, GANSO/A: hacer necesidades, necio/a, bobo/a.
- GAP: Grupo de Amigos del Presidente: grupo de guardia personal (informal) del Presidente Salvador Allende
- GUACHITO/A: apelativo cariñoso; de “guacho”: huérfano.
- GUAGUA: bebé.
- HALLEY: juego de palabras entre Halley (el cometa) y jale, que quiere decir, aspiración de cocaína u otra droga.
- 308 HOGAR DE CRISTO: institución de beneficencia dependiente de la Iglesia Católica en Chile.
- HUEVEAR: molestar, hacer necesidades.
- HUINCADUNGUN: idioma del hombre blanco (huinca), idioma español, para el mapuche.
- INACAP: Instituto Nacional de Capacitación.
- INDAP: Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario.
- ISAPRES: instituciones de salud previsual; sistema de salud privado.
- IVA: Impuesto al Valor Agregado.
- JALAR: aspirar cocaína.
- JOTA, la: Juventudes Comunistas.
- LA SEGUNDA: periódico vespertino.
- LANZA, LANZA-ESCAPERO: ladrón que roba al pasar y escapa.
- LEGAL, estar, ir: estar bien, ir bien.
- LESEAR: hacer bromas, comportarse neciamente, tratar sin seriedad algo o a alguien.
- LESERA: tontera, necesidad.
- LOCO/A: aplicado a hombre/mujer, en general joven; implica en general algún grado de carga emotiva/expresiva (admiración, enojo, compli-
cidad, rechazo).
- LOLO/A: muchacho/a adolescente o muy joven.

LOLY POP: término algo despectivo para joven (hombre o mujer) de costumbres tradicionales y consideradas adecuadas y sanas.

LONKO: jefe de comunidad mapuche.

LOTO: juego de lotería.

LUCA: billete de mil pesos.

MACHETEAR, MACHETERO/A: solicitar dinero a los autos que se detienen en los semáforos; el/la que lo solicita.

MACHI: sacerdote/curandero (hombre o mujer, pero generalmente mujer) entre los mapuches.

MAL, hacer un: hacer un maleficio.

MAMITIS: excesivo apego a la madre.

MAÑA, llegar con la: llegar con caprichos.

MANO dura, poner: tratar con extremado rigor.

MANSO: inmenso, en frases exclamativas (¡manso niño!).

MAPUDUNGUN: idioma del pueblo mapuche.

MATE: cabeza.

MECHERO/A: que roba en supermercados.

MEDIAGUA: vivienda precaria, de madera, con el techo inclinado y de una sola vertiente.

MEDIO (primero, segundo, tercero, cuarto): cursos de segundo ciclo de enseñanza escolar.

MEJORARSE: parir, dar a luz.

MICRO: autobús de servicio público colectivo.

MINA: mujer atractiva.

MIR: Movimiento de Izquierda Revolucionaria (partido político)

MIRAR A HUEVO: menospreciar.

MONGOLITO: diminutivo (más bien afectuoso) de mongólico (afectado por síndrome de Dawn), con el significado de no muy perspicaz.

MONO, hacerlo de: hacerlo en ánimo de imitar.

MONO, pintar el: hacer algo ridículo.

NEOPRÉN: sustancia utilizada en la fabricación pegamentos, que al ser inhalada tiene efectos alucinógenos.

NGUILLATÚN: fiesta religiosa mapuche.

NINTENDO: serie de juegos computacionales.

NORMALISTA: profesor/a formado/a en Escuela Normal, aquella en que se hacen los estudios y práctica necesarios para obtener el título de maestro de primer enseñanza.

OJEAR: hacer mal de ojo.

OMO: marca de detergente.

ONDA, entrar en, ponerse en: ponerse en armonía con el estado de ánimo (festivo) de un grupo o ambiente.

PACKING: lugar donde se empaca la fruta, usualmente para exportación.

PACO/A: policía hombre/mujer, perteneciente al Cuerpo de Carabineros de Chile.

PALOMA: muchacha bonita.

PAN DE PASCUA: pan dulce que se come en época de Navidad.

PANA: valentía, osadía, atrevimiento.

PASTA BASE: pasta base de cocaína.

PATITA PELADA: descalzo.

PATO MALO: malandrín, aplicado en general a hombres jóvenes de sectores populares de quienes se sospecha malas conductas.

PATOTA: grupo, normalmente de jóvenes, al que se atribuye el provocar desmanes en lugares públicos.

PATOTERO: que anda en patota.

PC: Partido Comunista de Chile.

PEGA: trabajo, empleo.

PEÑA: lugar donde se presentan cantantes y conjuntos de música por lo general del neo-folclor urbano, y se expende comida y bebida.

PENCA: de mala calidad, malo.

PENQUISTA: oriundo de la ciudad de Concepción; de: Penco, ciudad de Chile en la Región del Biobío, primer asiento de la ciudad de Concepción.

PESCAR: tomar en consideración.

PICARLE EL BICHITO: verse incitado por algo, sentir deseos de algo.

PINCHE (de alguien): persona enamorada (de alguien).

PINTA: apariencia.

PIOLA, pasar, andar: no afectarse por las consecuencias de algo; sentirse bien.

PITIAR: fumar marihuana; también robar.

PITO: cigarrillo (usualmente de marihuana).

PLANCHA, dar: dar vergüenza.

PLATA: dinero.

POLOLEO: relación sentimental estable entre enamorados, previa al noviazgo, en general reconocida por sus pares; pololo/a: los enamorados.

POLOLO, hacer un: realizar un trabajo ocasional.

PORRAZO, de golpe y: repentinamente, sin aviso.

PRUEBA DE APTITUD (académica): prueba nacional obligatoria rendida por egresados de educación media, para ingresar a universidades.

PS: Partido Socialista de Chile.

PULPO: exigente, aprovechador.

QUEDAR CORTO: faltarle algo a uno para completar lo necesario o requerido, en particular dinero.

RADIER: cimiento de construcción.

RAMO: cada una de las materias enseñadas en instituciones educacionales.

RATI: inverso de "tira", perteneciente a la Policía de Investigaciones de Chile.

RECACHADA: montón, gran cantidad.

REGALÓN: consentido, mimado.

REMATADO DE LA CABEZA: loco, enfermo mental.

ROLLO, pasarse un: imaginarse y darse explicaciones complicadas de situaciones que no lo son.

RUCA: vivienda de los mapuches.

SABER NI JOTA, no: no saber nada.

SALIR PITIANDO: arrancar.

SERVIU: Servicio de Vivienda y Urbanismo.

SHOPPING: centro comercial

SONADO, estar: estar en muy mal estado.

TAITA: papá o abuelo.

TELETÓN: campaña televisiva destinada a recopilar fondos para financiar institución dedicada a atender niños discapacitados físicamente.

TIJERAL: fiesta realizada al iniciar colocación de techo de una construcción.

TIRA, hacer: romper, se dice también de los detectives, "los tiras".

TIRAR PARA ARRIBA: actuar con optimismo, mejorar situación de vida.

TORRANTITO, diminutivo de "torrante": vago, generalmente sin domicilio; por extensión, persona pobre y mal vestida, sin ocupación fija.

UCI: Unidad de Cuidados Intensivos

UNIDAD POPULAR: coalición de partidos políticos que llevó la presidencia a Salvador Allende.

USACH: Universidad de Santiago de Chile.

VALER HONGO: no valer nada.

VIVO EL OJO, estar: estar atento.

VOLADO: usuario/consumidor de drogas alucinógenas.

VOLARSE: experimentar el efecto de drogas alucinógenas.

WATER: retrete.

YERBA: yerba mate.



La señora Raquel García, dirigente de La Bandera (fotografía aportada por ella).

En el diseño de este libro se utilizaron las fuentes Palatino y Optima. Ambas fueron diseñadas por Hermann Zapf para la Stempel Foundry en Frankfurt, en 1929, la primera y en 1958, la segunda.